CARMEN FERNANDEZ ALSASUA

# LA AMANTE CRIOLLA

Tres mujeres de distinta época. Sus vidas, aparentemente inconexas, van encontrando un sólido y trágico punto de unión a causa de una inesperada muerte y una ruinosa mansión

# LA AMANTE CRIOLLA

CARMEN FERNÁNDEZ ALSASUA

*Título registrado: LA AMANTE CRIOLLA.*

*«SITUACIÓN DESESPERADA»*

*N.º de Asiento Registral: 07-2023-48*

*Primera edición: 2024*

*Autora: Carmen Fernández Alsasua*

*Portada: Pablo Rodríguez*

*No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico o mecánico, por fotocopia, por grabación, o cualquier otro medio, sin el previo permiso escrito del titular del copyright.*

Escribir es un ocio laborioso.

J. W. GOETHE

Su pobreza inesperada le abrió los ojos, que la riqueza hubiera mantenido cerrados.

G. BOCCACCIO

A Carmen, Joaquín y Virginia, mis hijos

*Índice*

*ZARAGOZA, NUESTRA SEÑORA DEL PILAR*
*LILIAN*
*VUELTA AL HOGAR*
*LILIAN Y SUS DOS AMORES*
*LILI. SITUACIÓN DESESPERADA*
*EL TÍO ELOY*
*LILI Y EL AMULETO*
*EL VIEJO CASERÓN*
*DON ALBERTO MONTEGO*
*EL RELATO RECUPERADO*
*¿CÓMO SIGUE LA HISTORIA?*
*LA TRAVESÍA*
*MI FETICHE*
*LILIAN*
*PUERTO RICO*
*CAMBIO DE CASA*
*LILI*
*REGRESA NUESTRO TÍO ELOY*
*M.ª ROSA*
*EL TÍO ELOY*
*CON MI TÍO EN CASA*
*CARLOS DE LA SERRA VISITA SU CASA*
*CARLOS REGRESA SOLO*
*LA VIUDA EN LA ISLA*
*ELOY EN PUERTO RICO*
*LA SORPRESA*
*EL AVENTURERO REGRESA*
*EN LA CLÍNICA*
*EPÍLOGO*
*AGRADECIMIENTO*

## ZARAGOZA, NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

1894

Los doctores estaban de acuerdo: la paciente M.ª Rosa de la Serra, estaba cuerda; tanto como cualquiera de ellos.

Habían logrado curarla, como demostraba su comportamiento de los últimos seis meses. Ya podía volver al mundo exterior.

M.ª Rosa había conseguido la paz y una resignación muy profunda, a fuerza de darse contra un muro que no conseguía romper, mientras ella, en el intento, quedaba hecha añicos.

Una mañana al despertar, repasó su historia. Lo vio todo claro. Le habían preparado una trampa, y ella había caído dentro. No se había resignado a tener una vida como la de su madre o como la de las amigas de su madre. Ella no aceptó compartir su marido con cualquiera de las mujeres que pudieran pasar por la vida de Carlos. Por eso lo dejó. No era una cuestión de celos, ni siquiera había logrado enamorarse, aunque estaba convencida de que hubiera podido llegar a amarlo. Posiblemente habría acabado enamorándose, si no la hubiera engañado con aquella criolla…. Para ella, esta era una cuestión de dignidad, una dignidad que no deseaba perder.

Pero sí quiso ser madre. A pesar de todo. Ese fue su primer fallo, su anhelo de ser madre.

¡Lo deseaba tanto! Tendría que haber seguido renunciando a todo lo que Carlos le ofrecía. Y, lejos de Calandra, junto a Bernardo, el hombre al que realmente había llegado a amar sin pretenderlo, sin que nadie la presionara, cumplir con su anhelo. Entonces sí podría haber sido madre.

Pero, si se hubiera comportado así, ¿cómo habría reaccionado Carlos?, teniendo en cuenta que ya estaba casada cuando se enamoró de Bernardo… y seguían casados por la Iglesia. Ella se habría convertido en una adúltera a todos los efectos. ¿Y qué hubiera sido de sus padres?

Aunque ¿por qué tenía que ser ella responsable de sus padres? ¿Acaso lo fueron ellos cuando la obligaron a casarse con un hombre al que no quería, o cuando dilapidaron su fortuna, debido a lo cual había comenzado todo su infierno?

No obstante, si lo pensaba bien…, no, todo no fue un infierno, hubo días hermosos, días felices. Hasta los hubo en los que creyó sentirse

afortunada, por haber aceptado casarse con Carlos.

En esos momentos se estaba decidiendo su futuro más inmediato. Esperaba la decisión de los doctores, que se habían reunido para evaluar su comportamiento. El de los últimos seis meses.

Ignoraba lo que se iba a encontrar fuera de la protección de aquellas paredes, cuando un día decidieran que podía salir.

Existía un mundo que ella había conocido y que, en un momento determinado, precisamente cuando consideraba que había logrado encontrar la felicidad, empezó a serle hostil…

No, la felicidad completa solo la alcanzó cuando tuvo en brazos a su hijo.

Pero solo duró dos días. Tal vez antes de que Carlos volviese de América.

En su relación con Bernardo su felicidad fue más tranquila y prolongada. En realidad, ya había empezado a ser feliz en el transatlántico que la llevaba a la que iba a ser su tierra de adopción… y sus primeros meses junto a su marido… fueron más de dos años de algo que si no era felicidad se le parecía muchísimo.

Unos golpes en la puerta la sacaron de las evocaciones en que estaba inmersa.

—Buenos días, señora doña M.ª Rosa, los doctores ya han terminado de deliberar, me han pedido que la acompañe al despacho para que puedan comunicarle los resultados.

M.ª Rosa se levantó de la sencilla butaca en la que estaba sentada junto al ventanal. Sin hacer ningún comentario, siguió a la monjita por los poco iluminados pasillos del recinto. Llegaron a una puerta que abrió la sor, tras haber dado en ella unos golpecitos con los nudillos. Su acompañante la dejó pasar, y después volvió a cerrarla, para alejarse de nuevo por aquellos corredores.

Se sintió despojada de todo recubrimiento, ante aquellos cuatro pares de ojos que la miraban como si quisieran desnudarle el alma. Era una sensación de profundo desvalimiento. De ellos dependía su inminente salida al mundo exterior o su permanencia en aquel lugar un año más. De ellos dependía que fuera catalogada de loca o que la considerasen lúcida.

Ella sabía que estaba completamente cuerda, siempre lo había estado, pero ellos, todos ellos, opinaban que no era así, solo porque

consideraban que la verdad era inaceptable, que aquel señor tan respetable, Carlos de la Serra, su esposo, no era capaz de realizar los actos que ella había presenciado. Claro que tampoco creían que ella fuera capaz de asfixiar a un bebé, ¡había que estar loca para hacerlo!, pero es que, en aquellos momentos, ella lo estaba. Fue una locura transitoria, de sobra lo sabía, pero nadie la ayudó.

Ahora escucharía lo que habían decidido esos cuatro doctores, y esa sería la verdad para el resto del mundo. La verdad oficial. Qué más daba si se equivocaban en su juicio.

Escucharía sin inmutarse lo que tuvieran que decirle.

Ella ya no se revelaría, ¿para qué? Había aprendido que no existía más realidad que la que ellos reconocían. Los hechos los interpretaban como si fuera lo más sencillo del mundo. Y, cuando hablaban, era como si lo hiciera el oráculo de Delfos. Por eso, ya hacía tiempo que aceptaba cualquier cosa que ellos desearan que creyera. Ya no luchaba por convencer a nadie de lo ocurrido. ¡De qué le serviría! ¿De qué le había servido?

Se sentó en la silla que le indicaron y escuchó el sonido de sus voces mientras le hacían unas cuantas preguntas. Absurdas, a su entender.

—¿Qué hará cuando salga de esta casa de salud? —pensó que parecía una broma que aquellos señores tan serios llamaran «casa de salud» a aquel manicomio.

—La verdad, no lo he pensado, pero supongo que volveré a casa y trataré de comenzar una nueva vida —su voz sonaba relajada.

—¿Recuerda por qué la trajeron aquí?

—Sí. Claro. ¿Cómo olvidarlo? —sonrió mirando con calma a los cuatro. No había enfrentamiento en su forma de mirarlos. Era la prueba de un examen que podía aprobar con nota, aunque no haría falta llegar a tanto.

—¿Y por qué fue?

—¡Debía de estar loca! No sé por qué, creía haber visto a mi marido matar a nuestro hijo y creí, también, que yo había asfixiado con una almohada a un bebé ajeno que estaba ocupando la cuna de mí bebé. ¡Es de locos! —A ninguno de los cuatro que la observaban, se le ocurrió pensar que M.ª Rosa estuviera ironizando, burlándose de ellos.

—Así es, debió volverse loca, pero creemos que usted ya está curada, podrá volver a su casa. ¿Qué le parece la noticia?

—Me pilla de sorpresa, les estoy muy agradecida por haber conseguido curarme. Estos últimos meses me he encontrado muy bien con todos ustedes, puede que hasta los eche en falta.

—En estos momentos le comunicamos oficialmente que es usted libre para abandonar este establecimiento en cuanto lo desee y pueda. Aquí tiene los documentos que lo atestiguan. Informaremos a los suyos para que vengan a recogerla.

—Tengo que darles muchas gracias por todo. Pero perdonen mi sorpresa, ¿podría quedarme en mi habitación unos días más, sin recibir ningún trato de enferma. Necesito tomar conciencia de la nueva vida que voy a emprender —dijo, sin ninguna entonación que les hiciera dudar, de que el juicio que acababan de emitir había sido acertado.

—Puede, pero nosotros le recomendamos que se enfrente cuanto antes a su vida en el exterior. Hoy mismo se lo comunicaremos a sus padres por telegrama. Ellos se pondrán en contacto con usted de la manera que consideren más conveniente; así le confirmarán cuándo pueden venir para acompañarla en su vuelta al hogar. Les recomendaremos que lo hagan lo antes posible, dado que su esposo está allende los mares y sería mucho más complicado esperar a que él se encargara de usted. De cualquier manera, nosotros les comunicaremos oficialmente su recuperación y alta a ambos, tal como nos exige la ley.

—Está bien, voy a empezar con mis preparativos. Repito las gracias a todos ustedes. Y mis mejores deseos.

Ya solo era un problema suyo si quería regresar con su marido a Puerto Rico, quedarse en su casa de Logroño o volver a la de sus padres en Calandra. Lo importante era que dejaba el sanatorio para integrarse en la vida rutinaria exterior, en lo cotidiano de la existencia. Pensó que, antes de salir de su encierro, debía dejar escrito todo lo que había estado recordando y que deseaba tener muy presente.

—Puede que un día lo necesite.

Intentó adivinar para qué, sin encontrar motivo, pero no cejó en su idea: deseaba reflejar en un papel su vida y sus pensamientos desde que conoció a Carlos de la Serra. Ahora que tenía tan claro todo lo ocurrido.

M.ª Rosa salió de aquel lugar con paso firme y sereno. Había sido capaz de convencerlos, simplemente, aceptando que no había ocurrido nada, de lo que sabía que sí ocurrió.

Lo que no comprendía era cómo habían podido desaparecer dos bebés de repente y nadie había sido castigado. Pero eso lo descubriría cuando saliera de aquella «cárcel». Solo que lo haría con más diplomacia, o con más hipocresía.

Pidió en Administración ayuda para comunicarse con sus padres. Un telegrama era algo demasiado escueto. Le informaron de los horarios de la diligencia, pero solo llegaba a Logroño, Lo que necesariamente retrasaría la noticia.

—También existe otra posibilidad — le dijo una de las hermanas que se encargaba de la parte burocrática del establecimiento—. Tenemos una persona de nuestra total confianza que puede llevar su carta en la diligencia hasta Logroño y, una vez allí, alquilar un caballo y entregar la carta a sus padres en propia mano. Claro que esto se podría realizar solo en el caso de que usted estuviera dispuesta a pagar un extra para que su carta llegara en el día. El colaborador podría hacer el viaje de ida y vuelta, pero tendría que quedarse a dormir en Logroño y eso encarecería el encargo.

M.ª Rosa hubiera querido comunicarles de palabra que ya estaba curada, que podían ir a buscarla, pero no había forma de hacerlo. Podía utilizar el medio que le ofrecían o esperar a que sus padres contestaran al telegrama que la institución iba a enviarles. Apenas lo meditó.

—Les agradezco que me den esa posibilidad, ahora mismo escribiré a mis padres.

—Tendrá que darse prisa si quiere que salga en la diligencia de la mañana. Parte en menos de una hora.

—Lo haré inmediatamente. Gracias.

M.ª Rosa recibía de su marido una importante asignación que iba a su cuenta privada, además de un ingreso en la cuenta del Manicomio de Nuestra Señora del Pilar, conocido como Manicomio del Pilar, con el que pagaba su estancia en aquel centro.

El Manicomio del Pilar era de reciente construcción. Debido a la desaparición del antiguo hospital privado, pretendía ser un manicomio modelo y pertenecía a la Diputación Provincial de Zaragoza. Pero desde 1888 solo se habían podido realizar dos pabellones del proyecto inicial. Ahora, en 1894, todo seguía igual.

Al hacerse cargo la Diputación Provincial, aceptaba todo tipo de enfermos mentales —así eran considerados a pesar del nombre que le

habían puesto al establecimiento—, con independencia de que pudieran pagarlo o no. Al manicomio la falta de ingresos le creaba auténticos problemas para el mantenimiento de sus instalaciones, así como para el abastecimiento de su despensa. Por ese motivo, la espléndida cantidad que Carlos, el marido de M.ª Rosa, les enviaba suponía un poco de oxígeno para la institución, y a ella le permitía tener una habitación individual. Los dos pabellones de que disponía, uno para hombres y otro para mujeres contaban solo con habitaciones de múltiples camas, sin ninguna separación que permitiera algo de intimidad. Eran atendidas principalmente por Hermanas de la Caridad y otras asociaciones mendicantes. Aun así, resultaba ruinoso. Escaseaban tanto médicos como enfermeros.

M.ª Rosa se dirigió a paso rápido a su habitación privada e inmediatamente escribió a sus padres, aunque realmente era a su madre a la que daba instrucciones, además de comunicarle su recuperada libertad.

> *Queridos padres: espero que al recibo de esta carta se encuentren bien. Se la escribo para comunicarles de mi puño y letra que ya estoy curada. Pronto recibirán la confirmación de esta buena nueva de manera oficial.*
>
> *Me lo acaban de comunicar. En estos momentos me acaban de dar el alta.* —No sentía alegría en su interior al comunicarlo, reconocía que tenía que enfrentarse a otra realidad que tal vez fuese igualmente dura—. *Aún tengo que recoger mis cosas y despedirme de algunas personas que me han cuidado muy bien, también de algunas compañeras que están en revisión y tal vez salgan como yo*.
>
> *«¿Por qué pongo estas excusas?» —se preguntó—, «¿realmente me da miedo salir de esta casa de locos?». Ella no tenía allí ninguna amiga.*
>
> *No sé cuándo podrán venir a recogerme. Lo tendré todo preparado para cuando ustedes vengan.*
>
> *Quiero pedirles que no hagan el viaje en diligencia. He oído en esta casa relatar cómo son esos viajes. La diligencia suele ir llena y el viaje resulta sumamente incómodo, y me niego a comenzar así mi libertad. Posiblemente la berlina de ustedes no esté en condiciones para hacer un viaje tan largo, pero supongo que en mi finca seguirá la que utilizamos Carlos y yo en nuestro viaje de novios. No creo que haya desaparecido. Díganle al servicio que la prepare para que podamos viajar más tranquilos los tres. Prefiero*

*esperar aquí un día más y hacer el viaje con calma. Tómense el tiempo necesario; yo, aunque deseando abrazarlos, estaré bien aquí*

*P. D. Como pasarán el día viajando y tendrán que dormir en Zaragoza, creo que será mejor que vengan a buscarme aquí a la mañana siguiente. Prefiero ir a mi casa directamente sin tener que pasar por un hotel.*

*También habrá que contratar el servicio que sea necesario, ahora que ya vuelvo a casa. Madre, confío en que usted se ocupará de hacerlo.*

*Pueden enviarme la contestación con la misma persona que les envío esta carta. Es de la confianza de esta institución.*

*Les abraza su hija:*

*M.ª Rosa*

Se apresuró a cerrar el sobre, tomó dinero del monedero que estaba en un cajón de su cómoda, y salió camino de la Administración. Allí entregó carta y dinero.

—Es excesivo —dijo la misma persona que le había sugerido el servicio personalizado, de entregar en mano la carta a sus padres—. Ahora mismo saldrá para coger a tiempo la diligencia.

—Dígale que espere a la contestación de mis padres. Y si eso le ocasiona más gasto, se lo pagaré encantada por el servicio.

—Descuide, estoy segura de que hará las cosas a su gusto. Es usted muy generosa.

De vuelta a su habitación, se dijo que no iba a decirle a nadie lo que realmente pensaba. Sabía que no era producto de la imaginación de una loca todo lo que había vivido y que nunca lo olvidaría por muchos años que pudiera vivir. No había estado loca. Sí, hubo un momento en que no fue capaz de razonar.

¿Había enloquecido? Solo cuando vio a aquel bebé ocupando la cuna de su hijo, después de haber presenciado lo que su marido era capaz de hacer con el recién nacido. En ese momento sí que se volvió loca de dolor. Fue a su cama, tomó una almohada, y no dudó un instante en usarla. ¡Bien que lo sentía! Pero fue un impulso irrefrenable que en ese momento le pareció tan de justicia que fue capaz de dormir muy tranquila un tiempo, sin ningún cargo de conciencia.

Tardó en darse cuenta del significado y la transcendencia de lo que había hecho. Aunque lo supo mucho antes de que la encerraran. Pero nada podía hacer ya por remediarlo, sobre todo teniendo en cuenta que nadie la creía.

Sus padres la visitaban al principio y solo sabían preguntarle: «Pero ¿por qué lo has hecho, hija mía?». Ella relataba los verdaderos motivos, lo que servía únicamente para que todos lo interpretaran como un auténtico desvarío. Solo su viejo médico de cabecera la entendía y creía en ella. Aunque él no era capaz de comprender qué había ocurrido. Seguro que se alegraría al saber que ya había salido de esa cárcel para locos que llamaban manicomio. Ahí sí que estuvo a punto de enloquecer durante los primeros meses de encierro.

¿Y qué habría sido de Bernardo? Ni una visita, ni una carta. ¿Desaparecido como un cobarde? No lo podía creer. Sin embargo, esa era la realidad, no sabía nada de su existencia. Ella no se había atrevido a preguntar por él, nadie conocía su relación, pero estaba segura de que el silencio de Bernardo había catapultado su desesperación a lo más alto, al no encontrar su apoyo. El único hombre en el que había creído y que, sin embargo, también la había abandonado en sus peores días.

Reconocía que había tardado demasiado tiempo en reaccionar, pero cuando consiguió serenarse un poco comenzó a ver con mayor objetividad lo que pasaba. Llegó a la convicción de que solo había una forma de salir de allí: siendo sumisa a la hora de la medicación, intentando simular que tragaba todas las pastillas que le daban, y reconociendo, ante los demás, que todo había sido culpa de su imaginación. Un trauma posparto que se agravó por la muerte súbita de su bebé. Una muerte de la que nadie tuvo culpa.

Pero le costó tanto decir y hacer todo como si lo aceptara que su estancia en aquel «sanatorio» se fue alargando.

Gracias a que al fin fue capaz de fingir. Y lo hizo tan bien que todos quedaron satisfechos con el tratamiento que le habían aplicado; hasta puede que la utilizaran como un ejemplo anónimo de su buen hacer, de su gran sabiduría como médicos de un manicomio. M.ª Rosa lamentaba no poder soltar una sonora carcajada. Ya lo haría a solas, cuando volviera a su casa.

# LILIAN

Calandra, 1950

—Apresúrate, Lili, los caballos se impacientan.

—Ya voy, estoy dándome crema para protegerme del sol.

—¿Qué sol? A este paso de lo que tendrás que protegerte es de la luna.

—¡Ja, ja, ja! Qué exagerado eres, hermano. ¡Vamos, Lili, que estamos impacientes por ver tu nuevo corte de pelo!, nos han dicho que estás preciosa.

Lili hace su teatral aparición en la puerta de su casa, como si esta fuera un escenario. Ya no luce sus magníficas trenzas; ahora, una melena morena le roza el hombro y revolotea al compás de los movimientos de su dueña. Lleva un gracioso vestido de vichí, a cuadritos verde oscuro y blanco, hecho como toda su ropa, por su hermana mayor, que está aprendiendo a coser en Logroño.

Es la primera vez que le ha tenido que hacer unas pinzas, que parten de la cintura para morir en el pecho, que se está desarrollando de forma ya muy evidente. En esta ocasión se lo ha ajustado a la cintura, de donde sale un primer volante fruncido; desde este parte un segundo volante y desde él un tercero, todos con mucho vuelo, lo que le da amplitud a la falda, que le llega hasta la rodilla. Es lo que más le gusta. Lili quiere enseñárselo a sus amigos con una demostración práctica. Y da dos vueltas que impulsan y elevan su falda, como si fuera un tutú, mostrando parte de los muslos. Los dos hermanos la miran extasiados. Todavía no tienen edad para intentar disimular lo mucho que les gusta Lilian, y aún no tiene catorce años. Claro que Eloy está a punto de hacer quince y Pablo ya ha cumplido los dieciséis.

—¡Vaya! Ha merecido la pena la espera. ¡Estás preciosa! —asegura Pablo con gran entusiasmo nacido de su convicción.

—Sí, ¡preciosa! —confirma Eloy, con auténtico embeleso.

—Qué aduladores sois. Me lo voy a creer. Venga. ¿Qué habéis traído para merendar?

—¿Aún no has hecho ejercicio y ya tienes hambre?

—No. Es solo para saber si merece la pena acompañaros o me vuelvo a mi casa. ¡Ja, ja!

—¡Tendrá cara! ¿Eso es lo que te importa de estos pobres hermanos que llevan media hora esperando para verte?

—¡Vale!, gracias, pero ¿qué habéis traído? Me muero por un bocadillo de ese pan blanco recién cocido, con el paté de cerdo hecho por vuestra madre. Es exquisito.

Pablo fue a levantar la tapa de la cesta que guardaba el secreto de la merienda, con ánimo de satisfacer la curiosidad de Lilian, de Lili, como ellos la llaman, pero Eloy se lo impidió, cerrando la tapa de un manotazo.

—Eloy, no seas tan duro con la pequeña.

—Nada, Pablo. Que espere a verlo cuando lleguemos al río, como nosotros hemos estado esperando para verla a ella.

—Qué cruel eres conmigo, Eloy, cómo te gusta hacerme sufrir.

—Tú sí que nos haces sufrir a nosotros. ¡Ja, ja!

Rieron los tres, mientras Lili descubría impaciente aquella cesta en la seguridad de que había acertado con la merienda. Aquel delicioso olor era inconfundible. Esta vez ninguno se lo impidió.

Se sentó en medio de los dos hermanos, que se apresuraron a oprimir sus respectivos hombros contra el de Lili. Así, muy juntos los tres, estimularon el trote de los caballos camino de la explanada junto al río Ebro, donde acabarían merendando, después de jugar a las cosas más disparatadas que se les iban ocurriendo.

El sol lucía en todo su esplendor; el vientecillo que se removía con el paso de aquel alegre y despreocupado trío contrarrestaba el calor del astro. Sería esta una tarde más, tan divertida como lo habían estado siendo todas sus excursiones de fin de semana, a lo largo de al menos cinco años.

Eran los mejores amigos del mundo, jamás se habían separado enfadados, ni entre los hermanos habían surgido envidias, rencillas o rencores. Tampoco Lilian les daba ningún motivo, no mostraba preferencia por ninguno de los dos, ambos se sentían distinguidos en sus sentimientos y preferencias. Y sobre todo se consideraban muy satisfechos de contar en todo momento con su compañía.

Desde que Lilian recordaba, ellos siempre habían estado a su lado, fueron un gran consuelo cuando, después de una extraña y breve enfermedad, murió su madre. Los padres de ambos hermanos eran grandes amigos de los suyos y sentían lastima por los pequeños de su amiga fallecida. Ramón de Mendoza, el padre de Eloy y Pablo, no dejó

solo ni un momento a su amigo Aniceto Monreal, el padre de Lilian.

Al principio fueron Ramón y su esposa, Silvina, los que se llevaban a los dos pequeños los días festivos a su finca de recreo; más adelante, Conrado, el pequeño de la casa, prefirió ir con los compañeros de colegio, más acorde con sus juegos y, sobre todo, con su edad. Pero Lilian, que en el colegio tenía amigas y amigos, siguió compartiendo los días de fiesta y las vacaciones con aquellos hermanos que parecían sus almas gemelas.

Sin embargo, aquella tarde algo cambió. Tal vez influyó la fisonomía recién descubierta de Lili, aunque ella permanecía igual de espontánea, divertida y caprichosa, algo que solo revelaba ante los hermanos. Con ellos se mostraba auténtica, sin las dobleces a que estaba obligada por la cortesía o la obediencia, u otras normas propias de una jovencita bien educada. Ellos, en los primeros tiempos la trataron como a un amigo más, algo a lo que ella se ajustaba con total normalidad. Poco a poco, y sin apenas apreciarlo, fueron cambiando su forma de verla o de sentirla, pero aquel cambio solo empezó a evidenciarse para ellos esa tarde. ¿Cuántas veces la habían visto en traje de baño? ¿Cuántas aguadillas se habían hecho mutuamente? ¿Cuántas luchas amistosas habían mantenido en el césped entre risas y de igual a igual, estando tan pronto ella sobre uno de ellos como al revés? ¿Qué había ocurrido? ¿Fue el corte de pelo?, ¿aquel vestido?, ¿sus muslos entre el revuelo de la falda?… ¿O, tal vez, la evidencia de que Lili… era una mujer, que tenía pecho? Ninguno fue consciente de lo que había ocurrido, pero en el fondo de sus espíritus jóvenes, en plena pubertad, algo había cambiado.

Al terminar el día, los hermanos preguntaron a qué hora pasaban a buscarla al día siguiente y ella contestó que después de la misa tenía que ir con sus hermanas a comer a Logroño. Comían en casa del que iba a ser su cuñado. Ellos se quedaron más tristes de lo habitual en casos similares, sentían algo parecido a la ansiedad. No se detuvieron a buscar el nombre de aquella nueva sensación. Ni siquiera se les ocurrió que aquel sentimiento que había nacido en lo más profundo de su ser pudiera tener una identidad, un nombre. Tal vez se pareciera a la que sentían la noche de Reyes, cuando, de más pequeños, esperaban impacientes y emocionados para ver los regalos que les habían traído los Magos de Oriente.

—¿No puedes zafarte de ese compromiso? —preguntó Pablo, pretendiendo cambiar el aburrido plan que se les presentaba para el día siguiente sin ella.

—No, Pablo, ya me gustaría.

—Pues pon una excusa: que te duele la barriga, por ejemplo —insistió.

—¡Sí, y después me voy con vosotros! De verdad, no puedo. Creedme que, a pesar de que mi futuro cuñado me cae muy bien, su familia es un coñazo, os lo podéis creer, pero no tengo otro remedio. Empezarán a cantar jotas y no habrá forma de que acabe la sobremesa. No es que no me gusten las jotas, pero tendríais que oír cómo las cantan: un auténtico coñazo, ya os digo, y enseguida se empeñan en que cante yo también. Os aseguro que paso vergüenza ajena cuando los oigo croar intentando las jotas más difíciles. ¡Bueno, chicos! —añadió con voz cantarina, tratando de acabar con la actitud derrotista de sus amigos —, ¡no pongáis esas caras, que más lo siento yo! En lugar de una tarde feliz, voy a tener que cumplir con todas las reglas de urbanidad que existen, incluida la sonrisa, aunque esté mortalmente aburrida. Nos vemos el próximo sábado. —Se despidió entrando en su portal.

—Bueno, igual nos podemos pasar un ratito entre semana y nos invitas a algo en tu casa, así nos cuentas — apuró Eloy.

—Claro, sería estupendo, podíamos jugar una partida de cartas o a la Oca.

—Vale, así quedamos —zanjó Pablo, aún sin querer despedirse.

—¡Ha sido una tarde preciosa! ¡Ojalá anulen la comida! —se le ocurrió de repente a Lilian.

—Y si la anulan, ¿cómo lo sabremos? —preguntó ansioso Eloy.

—No es probable que ocurra, pero yo me las arreglaría para mandaros un aviso. Adiós. Hasta el sábado que viene.

—¡Adiós! —dijeron los dos hermanos al unísono, intentando no parecer demasiado tristes.

Montaron cabizbajos en el carro y, antes de arrear a los caballos…

—¿No te ha parecido que hoy Lili estaba especialmente guapa? —dijo Eloy soñador, mientras miraba al cielo como hechizado por las estrellas.

—Creo que nuestra niña se está haciendo mayor —añadió Pablo, sin atreverse a decir en alto lo que estaba pensando.

Aquel día fue el inicio de una etapa distinta. El cambio resultó tan lento, tan suave, que apenas fue apercibido por ninguno de ellos, pero las conversaciones empezaron a ser más serias, los juegos más seleccionados, las miradas menos francas, más maliciosas, pero solo

un excelente observador que no los perdiera de vista a lo largo de todo un año hubiera sido capaz de apreciarlo.

Todo continuó aparentemente igual, aunque no lo fuera. Nada les divertía más que estar juntos inventando juegos, riendo por cualquier cosa, y despidiéndose en la tarde del domingo, para empezar a esperar ilusionados el encuentro del siguiente sábado. Eso si no surgía un motivo para verse entre semana.

Pasado un tiempo, Pablo fue a la Universidad de Zaragoza (había cumplido los dieciocho en abril), comenzaba Económicas, y al año siguiente lo hizo Eloy, que había elegido Historia y Geografía (cumplía dieciocho al acabar el año).

Un año más tarde, fue Lilian la que empezó a estudiar en Logroño, en la Escuela Normal Superior de Maestros. Existían escuelas de Magisterio femeninas y masculinas en todas las provincias. Le hubiera gustado ser enfermera, pero, a pesar de que desde 1944 se hablaba de la inminente creación en Logroño de la escuela de Enfermería, todavía no se había llevado a efecto ningún paso que hiciera pensar, que en un plazo corto se pudiera resolver.

Lilian no quería esperar, le producía incertidumbre cuándo se constituiría la escuela. Podría estudiar Enfermería en Madrid o en Barcelona, pero no en Logroño. El mismo doctor que impulsó en Barcelona la escuela de Enfermería, pretendía abrir otra en Pamplona, pero tampoco era una realidad aún. Existía la posibilidad de estudiar Matrona en Zaragoza y estar más cerca de sus amigos, pero sus dos hermanas mayores ya estaban casadas y vivían en Logroño y la tercera vivía y trabajaba en San Sebastián. Lilian no quería dejar solos a su padre y hermano.

Sus amigos regresaban a casa los viernes por la noche. Los fines de semana volvían a reunirse los tres, como si para ellos no pasara el tiempo dejando su pátina de experiencias y cambios.

## VUELTA AL HOGAR

Zaragoza, 1894

Recibió la contestación a su carta, tal como estaba previsto, un día más tarde; era ya de noche cuando pudo leerla. Decían en ella que pondrían a punto la berlina y saldrían al día siguiente de madrugada, para dormir en Zaragoza. Ella había tratado de dejar claro, para evitar malentendidos, que quería hacer la vida en su finca desde el primer día. Pensaba que, de no hacerlo así, tal vez nunca fuera capaz de volver a aquella mansión.

Sus padres, Narciso y Ana, habían decidido acompañarla y permanecer en su heredad durante unos días, algo que a ella le pareció perfecto. Serían muchas las cosas que tendría que poner en marcha, si quería normalizar su vida cuanto antes. Tener a sus padres cerca podía ayudarle a iniciar la rutina que prometía ser su vida.

M.ª Rosa aprovechó esos dos días de permanencia en la institución, como ella deseaba, para escribir todo aquello que recordaba, desde que conoció a Carlos de la Serra, hasta que ingresó en aquel hospital para locos, presidido por una reproducción muy elocuente del cuadro de Goya *La casa de los locos* o *El manicomio*.

Cuando llegaron sus padres con la berlina tirada por dos hermosos corceles, se alegró de ver que los cocheros eran los mismos que los acompañaron hasta Cádiz, en su peculiar viaje de novios. Ellos también dieron muestras de su alegría por verla *recuperada*.

Según supo durante el trayecto de vuelta, eran los únicos que habían permanecido en la propiedad, haciéndose cargo del cuidado tanto exterior como interior de la finca; solo una sirvienta y una cocinera habían sido contratadas tras su ingreso en el manicomio de Zaragoza, para el mantenimiento de aquella mansión, de construcción tan reciente.

Hablaron también de sus hermanas: Blanca, la mayor, y Yolanda, la pequeña

—Blanca sigue viviendo en Vitoria y todavía no ha tenido hijos, pero al parecer son felices. Aún no ha habido tiempo para comunicárselo, ocupados en preparar el viaje. Lo haremos una vez que te instales en tu casa. Deberías invitarla a que te visitara —Doña Ana, su madre, trató de convencerla; estaba segura de que eso la animaría y también favorecería el restablecimiento de su vida cotidiana.

—En cuanto a Yolanda, ya te expliqué lo mucho que le costó decidirse a celebrar su matrimonio sin tenerte a su lado, pero, como era imposible saber cuándo saldrías, la convencimos entre todos para que se casase sin esperar a tu salida. Vive en Viana, en el ala derecha del palacete; no ha querido separarse de nosotros, y me ha dicho que, si tú quieres, mañana mismo vendrá a verte. Está deseosa de abrazarte. Creo que se encuentra en estado de buena esperanza, aunque no lo ha confirmado, lo lleva en secreto, pero seguro que a ti te lo cuenta en cuanto te dé el primer abrazo.

—Yo también estoy deseando volver a verla y abrazarla. ¡Mi hermanita esperando un bebé! —M.ª Rosa rio feliz al imaginarla embarazada.

A las dos hermanas M.ª Rosa les había prohibido que fueran a verla; no deseaba apreciar en sus caras la compasión que sentían. No guardaba ningún rencor hacia ellas, a pesar de que ambas la animaron a casarse con Carlos, aunque por muy distintos motivos. Sabía muy bien que su hermana pequeña solo veía en aquel matrimonio una situación idílica, y la verdad era que había estado a punto de serlo. En cuanto a la mayor, ya estaba felizmente casada, pero su situación no era tan boyante como para solucionar los problemas de su familia. Seguro que pensó que M.ª Rosa nunca encontraría un amor como el suyo con su marido. Y puestos a casarse, por qué no una boda por interés, «por mucho interés» —le había aconsejado bromeando—; era algo que a toda la familia le iría bien.

—También a Blanca le gustará visitarte —añadió reiterativa su madre, interrumpiendo sus pensamientos—. Para ella será más complicado venir. Pero cuando te encuentres con ganas de recibirla ella lo hará encantada. —M.ª Rosa se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

Pasaron el día completo viajando, pararon solo a comer, ya que todos habían desayunado bien, antes de iniciar el camino. La tardía cena la hicieron en la hacienda de M.ª Rosa, preparada adecuadamente para recibirla.

Al llegar a su mansión, cansada del ajetreo del viaje, palpó la realidad de que aquel era el comienzo de una nueva etapa de su vida. No esperaba nada de ella, solo poder vivir tranquila. No tenía interés por restablecer ninguna clase de relación con su marido, ni siquiera de odio, y respecto a Bernardo, ya hacía tiempo que había asumido su huida. Suponía por qué lo había hecho, pero le hubiera gustado tener su confirmación.

En aquellos jardines habían enterrado a su hijo y esa sería su principal

compañía, él ya nunca la abandonaría, podría visitarlo todos los días, pero tendría que esperar a estar sola, no sabía cuál podría ser su reacción primera. Le bastaba saber que estaba allí. Lo último que deseaba era ofrecer un espectáculo a sus padres y al servicio. Esperaría a aclimatarse a su nueva vida, a serenar su espíritu, a sentir la paz de aquellos campos con aire de libertad; ya nadie le daría órdenes, sería ella la dueña de su vida.

Al apearse a la entrada de su heredad se sintió extraña; era una especie de liberación total, al mismo tiempo que sentía una opresión en el pecho que la obligó a tomar unas inspiraciones profundas antes de cruzar la puerta de su morada. Iba seguida de sus padres y custodiada por la doncella y la camarera, a las que había saludado como si volviera de un corto viaje.

Su padre le habló de lo agradable que había sido viajar junto a ella, lo corta que se le había hecho la vuelta y lo largo que le pareció el viaje de ida. Su madre trataba de desviar su posible angustia, preguntando si tendría suficiente con ese servicio o necesitaría que contratase a alguien más. Ella fue consciente del esfuerzo de ambos por distraerla con esas cosas cotidianas en las que no era preciso tomar grandes decisiones, pero que podían sustraerla de otros pensamientos dolorosos, que involuntariamente volvían a su cabeza.

En la cena casi no probó lo que la cocinera había preparado con mimo. Sus padres dieron buena cuenta de todo, mostrando su satisfacción por el buen hacer y por tener cubierta esa importante parte del servicio, algo no demasiado fácil de conseguir —según afirmó doña Ana, felicitando a su hija.

Tras una corta sobremesa, en la que M.ª Rosa contestaba a las lógicas preguntas de sus padres sobre su estancia en Zaragoza y su estado anímico con la vuelta al hogar, se retiraron a sus dormitorios. Su madre se ofreció a pasar con ella esa primera noche, pero M.ª Rosa siguió mostrando su fortaleza, decidida a hacer frente a su realidad actual cuanto antes.

En su habitación no había nada que le recordase a su bebé; aun así, vio mentalmente la cuna con su hijo dentro, tuvo que hacer un gran esfuerzo para sobreponerse. Una vez en su antigua cama, daba vueltas angustiada por las imágenes que llegaban a su cerebro. De pronto, recordó los papeles que había escrito y que estaban en la bolsa de viaje que había dejado sobre una butaca. Posiblemente, la curiosidad del servicio sobre ella, podría llevarlos a revisar el bolso y seguramente a leerlos, necesitaba dejarlos en un lugar donde les fuera imposible encontrarlos. Recordó pronto la forma en que se

comunicaba con Bernardo. Se levantó de la cama para guardarlos en el secreter, activó un resorte escondido entre las filigranas de la marquetería y un cajón se abrió mostrando su interior. Le sorprendió verlo ocupado por unos rollos de papeles que ahora no recordaba haber dejado allí.

Los desenrolló y, al estirarlos, seleccionó emocionada uno de ellos, que leyó con el corazón palpitante; no necesitaba ver la firma, sabía muy bien de quién era esa letra.

> *Mi adorada M.ª Rosa: Si estas leyendo esto, es que ya has salido de tu encierro*. —Ella estrechó aquellos pliegos junto a su corazón murmurando: «Bernardo», y continuó leyendo.
>
> *En el momento en que te escribo y desde que te internaron, han pasado tres meses angustiosos, en los que he desesperado por no poder verte ni ayudarte. He tenido que hacer auténticos esfuerzos para no delatarme. Es posible que incluso hayas llegado a pensar que te he abandonado, y eso me produce dolor y desesperación, pero no era el momento para descubrir nuestro amor ¿De qué y a quién serviría?*
>
> *Decidí al fin ser un hombre práctico y pensar en el día en que puedas salir. He hecho lo que he considerado mejor para tu futuro, con independencia de que yo esté a tu lado o eso sea ya una quimera imposible.*
>
> *Como verás, en los documentos que tienes en la mano, y que he depositado en el cajón secreto que estos dos últimos años ha sido nuestro escondite, te dejo unos títulos de propiedad que he conseguido que Carlos pase a tu nombre, para cuando salgas, así como que te asigne unas respetables cantidades, para que no te falte nada en esa casa de locos en la que te han ingresado. Ha firmado las cesiones y los traspasos de todo lo que le he ido presentando, sin negarte nada. Puede que no me haya resultado demasiado difícil porque espera que no salgas, pero yo te conozco mejor y sé que, en cuanto calmes tu dolor, te preocuparás por mostrar tu cordura.*
>
> *Lamento dejarte en esta situación de soledad, pero desde aquí apenas puedo hacer nada más por ti. Lo he pensado muy bien, y tras unos días de organizar tu patrimonio para que no tengas ningún problema económico cuando salgas, viajaré a Puerto Rico, donde también trataré de defender tus intereses. No podré ponerme en contacto directo contigo, pero me enteraré pronto de tu salida.*

*Nunca he creído que estés loca, pero todo lo ocurrido es muy extraño y deseo conocer qué se esconde tras tanta tragedia. He conocido a ese hijo que tanto deseabas y por el que has estado dispuesta a sacrificar tu felicidad, y he visto con mis propios ojos el embarazo de la criolla. No creo que Carlos me lo cuente, a pesar de nuestra gran amistad, pero investigaré lo que ha pasado o por qué ha pasado. Me parece todo muy extraño, tampoco entiendo su salida tan rápida hacia Puerto Rico y que te abandone en esta situación. Pero también me preocupa la reacción que pueda tener cuando sepa que has salido del manicomio. Si tengo en cuenta que solo os unía la obligación de darle un hijo y ese hijo ya no existe… No sé, pero temo que, cuando salgas de esa institución —y si estas leyendo esto es que ya has salido—, te exija que le des otro hijo.*

*Cuando llegue el momento de recuperar tu libertad, al cielo le pido que lo consigas lo más rápido posible, tendremos que buscar una solución, por si eso ocurre. Espero verte pronto. Volveré a España en cuanto tenga noticias de tu salida, encontraré una excusa creíble. Y si no, saldré de Puerto Rico igualmente. Mientras espero que llegue el día, elaboraré algún plan que nos permita vivir juntos en paz y ser felices. Te amo y te añoro cada día más. No te olvidaré nunca.*

M.ª Rosa lloraba de emoción. No era una carta romántica como las que le solía dejar durante el tiempo que estuvo su marido en la casa. Era la carta de alguien que la amaba y se preocupaba por ella, por su bienestar futuro, pero, sobre todo, era la carta que le demostraba que no la había dejado abandonada en el manicomio. Había un futuro para ellos. Pronto sabría que había salido y volvería junto a ella, trataría de olvidar lo mucho que había sufrido e intentaría ser feliz con el hombre que la vida había puesto en su camino y al que de verdad amaba.

Miró la cama con una sonrisa de esperanza que animaba su rostro y relajaba su espíritu. No se había molestado en mirar el resto de los documentos, de los que Bernardo le hablaba como muy importantes para su futuro. Volvió a depositarlos, enrollados como estaban, en el cajón secreto, junto con las páginas que ella misma había escrito mientras esperaba a sus padres en Zaragoza. Durmió tranquila, con la carta de Bernardo bajo la almohada. Durmió como hacía mucho mucho tiempo que no conseguía dormir.

Al despertar por la mañana, saltó de la cama, descorrió las cortinas dejando que penetraran hasta ella los primeros rayos del sol. Era un

buen augurio para el comienzo de su nueva vida. Volvió a introducirse entre las suaves sábanas de hilo de Holanda sintiendo su agradable textura, tan distinta de las que había estado usando en el manicomio, y volvió a releer la carta de Bernardo deteniéndose en algunos puntos, principalmente en las primeras y últimas líneas. Unos suaves golpes en la puerta hicieron que la guardara de nuevo bajo su almohada, justo cuando se disponía a releerla. Tardó en responder. Era su madre, que venía a interesarse por su estado.

—¿Has dormido bien, hija mía? He visto resplandor por debajo de tu puerta y he pensado que ya te habías despertado.

—Sí, madre, he dormido muy bien y me estaba desperezando. Me he acostumbrado a levantarme pronto. Aunque no tenía obligaciones, las monjitas nos despertaban con la luz del alba. Me han enseñado a hacer labores de costura y bordado para entretenerme. Y no se me daban mal.

—¡Qué alegría, hija mía! ¡Te veo tan bien! ¿Quieres que te traigan el desayuno a tu habitación o prefieres que desayunemos con tu padre en el comedor?

—Si a ustedes no les importa, podemos desayunar los tres en el lugar donde ahora dé el sol. Si se pudiera en el jardín…, ¿o hará fresquito a esta hora?

—Voy a comprobarlo mientras te pones algo de ropa, creo que en la terraza del este se estará bien. Diré a la cocinera que lo vaya preparando, aunque por el olor a bollos y café, creo que ya ha empezado a elaborar por su cuenta el desayuno. ¿Te apetece algo en especial?

—Gracias madre, hoy, cualquier cosa en la compañía de ustedes me sabrá a gloria.

Durante la semana que los padres de M.ª Rosa estuvieron viviendo con ella, el tiempo pareció acompañarlos: desayunos y comidas las hicieron al aire libre, lo que le ayudó notablemente a mejorar su aspecto. La compañía también ayudaba a normalizar su vida. Sus hermanas la visitaron e incluso coincidieron las tres durante un día completo, prestando un poco de alegría a aquel lugar que había conocido momentos tan amargos. Blanca le confirmó su felicidad, aunque todavía no había conseguido quedarse embarazada. Aseguró que tampoco tenía prisa por ser madre, y Yolanda, la hermana pequeña, les confesó su estado de buena esperanza.

—Me preocupa que esta noticia te traiga malos recuerdos, pero es algo

que estaba deseando contarte, y además tú misma lo apreciarás pronto con solo mirar este cuerpo que ya ha empezado a transformarse, más bien a deformarse, ¡ja, ja! —Yolanda pareció disculparse por su deseado embarazo.

—Sabes que me hace feliz cualquier cosa que te lo haga a ti. No puedes condicionar tus deseos a las circunstancias de mi vida. Pretendo volver a la normalidad y espero tu colaboración. Me hará feliz ser tía, no lo dudes. —Su intención era no mermar la alegría de su hermana, pero sí que le dolía recordar lo dichosa que se había sentido llevando a su hijo en el vientre. Y ahora ese hijo estaba a poca distancia de ella, pero descansaba bajo tierra.

Al empezar la tercera semana de su salida del manicomio, fue ella la que liberó a sus padres de aquel compromiso, sabiendo que se encontraban muy bien acompañándola, pero que echaban en falta la vida social cotidiana: partiditas de cartas, cotilleo mientras tomaban café o té con pastas…, y ella no tenía ganas de recibir a nadie. La visita de sus hermanas la había alegrado, pero también necesitó hacer un esfuerzo para mostrar su mejor talante mientras se encontraba en su presencia. Después, había dado orden de decir a quienes pretendieran su contacto para cualquier cosa que todavía no estaba preparada para recibir ni para visitar, que la disculpasen. Les avisaría cuando estuviera dispuesta.

Sus padres, más tranquilos, tras apreciar su recuperado equilibrio mental, prometieron visitarla todos los días, por la mañana o por la tarde, y, a menos que ella los necesitase, esa misma noche dormirían ya en su casa.

M.ª Rosa se levantó esa mañana decidida a hacer frente a algo que había deseado y temido realizar. Sus padres habían vuelto ya a su casa y costumbres, y ella solo tenía la compañía del servicio, que en esos momentos estaría preparando el desayuno.

Ya no estaba supeditada al horario que ella misma había establecido, para poder desayunar junto a sus padres. Desde que llegó deseaba hacer esa visita, pero lo había pospuesto, temiendo las consecuencias que de ello pudieran derivarse, y prefirió dejarlo para cuando estuviera sola. Cualquiera que fuera su reacción, no deseaba tener testigos, ni verse obligada a dar explicaciones. Sus padres no lo habían mencionado, y eso la reafirmó en la idea de que debía hacerlo en absoluta soledad.

Se dirigió al jardín que había en la parte trasera de la casa, un jardín umbrío y poco visitado. Le pareció que estaba muy bien cuidado.

Llegó a un punto donde entre rosas blancas podía verse una cruz, también blanca. Sin ningún nombre.

Era la primera vez que visitaba esa tumba.

Era la tumba de su bebé.

No pudo acompañarlo cuando lo enterraron, porque ella también estaba muerta. A ella también la estaban llevando a enterrar a la vez. La trasladaron por la noche en la berlina. A escondidas. Se la llevaron a Zaragoza, y eligieron para ella un panteón grande llamado manicomio. Allí la enterraron. La misma mañana y a la misma hora que estarían enterrando a su hijo. Pero pasados dos años volvió a la vida, si aquello podía llamarse vida.

Rezó, más por ella que por su hijo. Pensó que no era su bebé el necesitado de rezos, recordó que no habían llegado a bautizarlo, y pidió perdón a su hijo, mientras rememoraba aquellas escenas cuya realidad tuvo que negar, para poder salir de su encierro.

Ya habría cumplido dos años, si la tierra no se lo hubiera impedido. Lo imaginó correteando por aquellos jardines. La imagen hizo que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Trató de sobreponerse. Lo tenía allí y podía visitarlo todos los días. Sintió un consuelo de sabor amargo, como la verde cáscara de los frutos de aquel nogal que le daba sombra.

¿Por qué lo habían enterrado en un lugar tan poco alegre? Era un niño que no había vivido, se merecía descansar en un lugar soleado, radiante.

Una voz en su interior la advirtió de que ese tipo de pensamientos podían llevarle al auténtico delirio. Pensó que debía sentirse satisfecha, el nogal que ella misma había impedido talar cuando iniciaron la construcción de la que iba a ser su morada, ahora daba a su bebé cobijo de la lluvia, y las rosas blancas eran las más apropiadas para acompañarlo.

Debía volver al interior, sentía un frío húmedo que le recorría los huesos.

¿Cómo sería ahora si hubiera vivido? Volvió a imaginarlo correteando por el jardín, abrazándolo tras una corta carrera entre los parterres. Oyendo cómo la llamaba madre.

Se esforzó en apartar esas imágenes de su cabeza, le hacían tanto daño, y había sufrido tantísimo por él… Puso un beso en su mano derecha y con ella tocó el centro de la blanca cruz mientras decía: «Hasta mañana, hijo mío».

¿Cuánto tardaría Bernardo en enterarse de que ya estaba fuera? La espera se le haría interminable, pero no dudaba de que él se las ingeniaría para enviarle al menos una carta que le anunciase cuándo pensaba volver.

## LILIAN Y SUS DOS AMORES

Calandra, 1954

Tras los cuatro años de bachiller elemental, y con los catorce cumplidos, que era la edad mínima exigida, efectuó un examen de entrada. Tres años más de estudios, y ahora realizaría la reválida y obtendría el título de maestra de primera enseñanza.

Lilian había cumplido ya dieciocho años.

Habían transcurrido cuatro desde que se iniciaron tímidamente los cambios. En estos momentos, los tres tenían claros sus sentimientos. Se querían. Se amaban. Cada uno de los hermanos no entendía la vida sin su Lili, pero Lilian tampoco la entendía sin ellos dos.

Eloy cada vez era más romántico. Cuando estaban solos, mientras miraban a las estrellas, hablaba con Lilian de una forma tan poética que todas las cosas que decía se le antojaban preciosas y la hacían soñar. Le hablaba de posibles viajes y situaciones maravillosas que vivirían juntos.

Pablo, más serio y práctico, le hablaba de la vida cotidiana desde la obnubilación de su amor, de una manera que a Lilian le hacía pensar en un idílico matrimonio lleno de besos y ternuras, con preciosos niños a su alrededor y unos padres amorosos que no los dejaban ni un segundo solos. Todos muy felices y unidos.

En ningún momento se les ocurrió pensar que un día tendrían que elegir; que los tres juntos no podían llevar a cabo ni los sueños de aventuras de Eloy ni la vida familiar idealizada por Pablo. Muy al contrario, incluso llegaron a comentar entre los tres las posibles vidas que a cada uno le gustaría vivir. Y, aunque parezca difícil, lo hablaban sin excluir a nadie de aquellos sueños. Sin pensar que su conciliación era materialmente imposible.

Durante ese tiempo de estudios, los tres conocieron a otros compañeros de carrera, con quienes hicieron amistad. A veces eran invitados a la finca de recreo de los dos hermanos. Silvina, la madre de ellos, era una excelente anfitriona y los invitados siempre se iban con ganas de volver. Cuando la que invitaba a sus amigas a la finca de recreo era Lilian, Silvina las trataba como si fueran sus propias invitadas. Pero había fines de semana que acordaban no invitar a nadie, para pasarla los tres solos. Lo necesitaban. Todo era más fluido y natural.

A Lilian le sobraban pretendientes, tenía fama de inaccesible y eso estimulaba los deseos de conquista de algunos jóvenes, pero también tuvo auténticos enamorados. Dos de los compañeros de Eloy, principalmente, Julio y Pedro, pero sobre todo Salvador, un vecino, hijo del médico del mismo pueblo, que estudiaba Medicina en Madrid.

Salvador estaba hondamente enamorado, y durante unas vacaciones llegó a solicitar el permiso a los dos hermanos para pedirle relaciones a Lilian. Estaba convencido de la enorme influencia que ellos ejercerían en su favor, si lograba convencerlos de lo auténtico y profundo que era su amor.

Eloy y Pablo se miraron y hasta sonrieron. Lo hicieron de una forma casi inconsciente, posiblemente para esconder la preocupación que les ocasionaba el escuchar la petición de Salvador. Y hasta se encogieron de hombros a la vez, como en un acto reflejo.

—No es a nosotros a quienes tienes que convencer, sino a ella —dijo Eloy.

—Pero ¿vosotros no os opondréis?

—Nosotros solo queremos verla feliz —dijo Pablo. Y sonaba auténtico.

—Creo que debes intentarlo, Salvador —afirmó Eloy un poco más escéptico.

Cuando se quedaron solos los hermanos, se miraron interrogantes.

—Es un buen chico, pero no creo que Lili nos deje por él, nunca la he visto entusiasmada con sus muchas atenciones —manifestó convencido Eloy.

—¿Te imaginas que lo acepta? —dijo Pablo más receloso—. Pronto acabará su carrera y posiblemente se casarían. Si fuera así…, nuestra vida cambiaría totalmente —se aventuró a conjeturar Pablo.

—Cierto. Tal vez debiéramos empezar a fijarnos en otras chicas. Pero yo no he conocido a nadie que la iguale. —Emocionado, Eloy dirigió su mirada a un punto lejano, parecía estar contemplando a un ser de otra galaxia, solo visible para él.

—¿Sabes?, pienso lo mismo. ¿Estaremos abocados a vivir los tres juntos todos los años de nuestra vida? —Pareció más un lamento de Pablo, que un interrogante que no espera respuesta.

—Eso es imposible. ¡Yo quiero vivir aventuras! No soporto la idea de quedarme en el pueblo toda la vida —apostilló rápido Eloy.

La pregunta no había resultado retórica. Esto había que aclararlo.

Pablo, convencido de que su posición era la más lógica, la razonó, sin contar que en esos momentos comenzarían a tomar cuerpo de realidad los distintos puntos de vista de los dos hermanos.

—Pues aquí tenemos nuestra hacienda y nuestro futuro, yo no ambiciono más aventura que hacerla crecer, para mantener a mi familia lo más cómodamente que sea capaz. Tener varios hijos y que puedan estudiar lo que les guste y viajar durante las vacaciones a donde quieran.

—Eso no es evolucionar. Estas hablando de llevar la misma vida que nuestros padres. El mundo es inmenso y bello. ¿Pretendes prescindir de conocer tanta maravilla?

—Eloy, creo que confundes las cosas. No renuncio a conocer maravillas en momentos puntuales, y viajar cuando pueda tener vacaciones; pero yo necesito seguir echando raíces, sentirme seguro en mi tierra, con mis gentes que tienen costumbres semejantes a las mías, sin más riesgos que los que sufre cualquier empresario o hacendado dirigiendo sus posesiones o negocios.

A pesar de que los dos sabían qué era lo que pensaba el otro, esta conversación sirvió para reafirmarse en lo que esperaban hacer con sus vidas. Ya no eran unos jovencitos alocados deseando divertirse, Habían madurado, pero no cambiado de criterio, muy al contrario, las ideas y propósitos se habían ido afianzando. Lo que los devolvió a la casilla de salida. Imposible vivir los tres juntos toda la vida.

La petición de Salvador, estimuló a Eloy para decidirse a hablar en serio con Lili.

Se hizo el propósito de que ese mismo verano, antes de volver a la universidad, le propondría a Lilian viajar juntos en cuanto terminase la carrera.

Pero después sintió miedo de estropear el verano tan feliz que, formando parte de aquel trío, estaban pasando, y decidió dejarlo para las siguientes vacaciones, las de Navidad.

Los hermanos supieron por el propio Salvador de la amable negativa de Lili, lo que hizo que volvieran a respirar tranquilos. Aunque eso no impidió que se hicieran conscientes de la realidad. Se apercibieron del peligro inminente que corrían. Cualquier otro desconocido o conocido podía tener mejor fortuna. ¿Qué sería de ellos entonces? ¿Cómo podrían vivir sin Lili?

# LILI. SITUACIÓN DESESPERADA

Calandra, 1984

Nuestra situación era tan desesperada que no parecía susceptible de empeorar. La súbita muerte de nuestro padre, Pablo de Mendoza, nos descubrió una ruina económica jamás sospechada. Era tan abrumadora la situación que la urgencia en solucionarla casi no nos permitió sufrir el duelo que merecía y que hubiéramos deseado, de haber sido otras nuestras circunstancias.

Habían pasado poco más de tres semanas de su muerte cuando nuestro abogado nos avisó. Debíamos acudir esa misma semana al notario para escuchar la lectura del testamento de nuestro padre. Nos sorprendió que siendo tan joven hubiera pensado en ello. Mamá dijo que no tenía prisa por escucharlo, que ahora lo que deseaba era llorarlo en paz. Pero Daniel, nuestro abogado y amigo de mis padres, insistió en la necesidad de hacerlo lo antes posible. Él nos acompañaría, para aconsejar a mamá.

La lectura de lo que escuchábamos fue algo que nosotras, sus hijas de veinte, dieciséis y doce años, casi no alcanzábamos a comprender, mucho menos entendíamos la gravedad de su significado. Solo nos pareció entender que todo pasaba a nuestras manos, las de las hermanas, por un lado, y las de nuestra madre, por otro. ¿Dónde estaba el problema?, me preguntaba. ¿Por qué esa prisa del abogado y esa preocupación de mi madre? Y, sobre todo, ¿por qué Daniel le aconsejaba que no aceptara la herencia sin pensarlo bien?

A nosotras nos dejaba lo que exigía la ley, la legítima. Lo recuerdo bien. Y algo más que se repartía entre las tres hermanas. Sí, el notario habló de un tercio de mejora para las tres, y después nombraba a mi madre, Lilian, con algún tecnicismo que explicó someramente y con un hablar muy rápido, que luego nos explicaría más detenidamente Daniel. En definitiva, a mi madre le dejaba todo lo demás.

Mi madre se había empeñado en aceptar la herencia de papá a ciegas, a pesar de que el buen amigo de la familia, Daniel, había tratado de persuadirla para que solo la aceptara a beneficio de inventario, convencido de que existían deudas de suma importancia, tal vez superiores al valor de todos nuestros bienes. Pero mamá no tenía dudas. Mis veinte años no debieron de parecerle suficiente para consultarlo conmigo.

—Si papá ha dejado deudas personales, habrá que pagarlas. Está en

juego su honorabilidad y la de toda la familia. Si eso implica que tenemos que vender todo lo que poseemos, lo venderemos, aunque nos quedemos en la calle. Trabajaremos tú y yo mientras Carolina cuida de la casa y de Lucía, y saldremos adelante. No podría vivir de otra manera —me decía convencida. Y aceptó la herencia, con todo lo que ello acarrearía para toda la familia

Aparcando su inmenso dolor, ya que mi madre no podía haber estado más unida a mi padre de lo que estaba —y esto era algo evidente para cuantos vivíamos a su lado—, habló con agentes inmobiliarios, con anticuarios, con bancos. Pidió a unos que vendiesen lo mejor posible, y si no lo conseguían que lo hiciesen a cualquier precio, y a los otros que pagasen todas las deudas acumuladas por papá a lo largo de sus dos últimos años.

¡Todo fue tan precipitado…! Cuando nuestro doctor actual (que había sustituido dos años atrás a Salvador, nuestro médico de toda la vida) nos comunicó la súbita e inesperada muerte de mi padre, tratamos de localizar a Eloy, su único hermano, perpetuo viajero y mi gran ídolo. Pero fue imposible dar con él. Alguien comentó que tal vez hubiera muerto, ya que tenía conocimiento a través de un familiar, cuyo hijo le solía acompañar en alguno de sus viajes, de que unas fiebres lo habían dejado postrado por algún lugar del África profunda. Esta tristísima duda potenció la figura de mi tío como ídolo, pero me sentí doblemente huérfana de padre.

Ahora que lo pienso, a pesar de debatirme ante tanto dolor, no podía evitar comparar a los dos hermanos: papá no era amante de salir de casa. Él era feliz allí, en su finca, rodeado de sus seres queridos.

Mi tío Eloy siempre andaba perdido por los lugares más inhóspitos del planeta.

Mi padre, tan familiar, tan protector, tan asentado en su tierra con sus negocios, arraigados en ella, siempre acompañado de su esposa, a la que mostraba su adoración (algo compartido a todas luces por mi madre), detallista con toda la familia, nunca olvidaba un cumpleaños de cualquiera de nosotras, ni nuestros gustos o preferencias, y siempre tenía un generoso regalo para todos y muy especialmente para su esposa en los aniversarios. Si aceptó viajar a distintos lugares, solo fue debido al interés de mi madre por hacerlo.

Hasta que Lucía, la pequeña, cumplió cuatro años, mis padres no hicieron ningún viaje. Papá nunca deseó viajar solo, y mamá no se permitió el deseo de hacerlo hasta que Carolina cumpliera cuatro años. Pero antes de que eso ocurriera, mi madre quedó embarazada de Lucía, y de nuevo los planes de viaje se trastocaron. Y eso que la

mayor parte del año vivíamos en la misma hacienda de nuestros abuelos y, aunque teníamos las viviendas en plantas separadas y ellos conservaban su casa en Viana, los abuelos casi siempre estaban con nosotras. Podrían habernos cuidado, y a buen seguro que lo hubieran hecho encantados.

Mi tío, en cambio, tan aventurero, tan poco sedentario, con una vida nada tradicional, sin querer echar raíces, ya no en su país, ni siquiera en un continente… Nadie mejor que él para decir que era un ciudadano del mundo. Pero, si lo pienso bien, no sé si se le podía aplicar el calificativo de ciudadano.

No le gustaban las ciudades. Le gustaban las selvas, las montañas de cumbres difíciles de alcanzar; remontar los ríos más salvajes, los menos conocidos, incluso totalmente desconocidos, para descubrir su nacimiento. Decía que nos tenía siempre en su pensamiento, pero solo muy de tarde en tarde se presentaba en casa; eso sí, con numerosos regalos procedentes de los lugares que acababa de visitar. Eran en general cosas inútiles, de factura artesanal y hasta de poco atractivo. La mayoría eran frágiles juguetes. Se estropeaban rápidamente. Pero para él significaba una forma de hacernos partícipes de los lugares, personas y costumbres que había conocido; principalmente servían de juguetes a niños alejados de lo que nosotros entendemos como civilización.

Para mis padres, sin embargo, Egipto fue su primer viaje al extranjero. Recuerdo muy bien cómo se gestó aquel viaje, que parecía destinado a no realizarse nunca. Lo evoco con facilidad, ya que lo hemos comentado muchas veces en esta familia, por los aplazamientos que hubo y como prueba de lo que significaban los deseos de mi madre para mi padre. A él le divertían las razones que esgrimía su esposa para conseguir lo que quería; con mi padre, y solo con él, era como una niña caprichosa. Sí, lo recuerdo muy bien.

En alguna revista, creo que de *National Geographic*, leyó, que el año 1966 sociedades de cinco naciones —Alemania, Egipto, Francia Italia y Suecia— se habían reunido para salvar el templo de Ramsés II de Abu Simbel, que se encontraba amenazado por la presa de Asuán, «obra clave del Egipto moderno».

La conclusión a la que llegaron para salvar dicho templo fue cortarlo en piezas y desmontarlas tras haberlas numerado una a una; después, serían trasladadas a un lugar más seguro, lejos del cauce del Nilo, para volverlo a montar pieza a pieza. Mi madre dijo que le hubiera gustado ver aquel templo antes de que lo trasladasen a otro lugar. Pero solo fue un comentario.

Como mi madre iba a cumplir treinta años, mi padre quiso saber cuál era su máxima ilusión para ese cumpleaños «tan especial». Mi madre, no lo dudó.

—Conocer Abu Simbel —disparó—. Seguramente ya lo había grabado en su mente al leer la noticia.

—De acuerdo, empezaré a preparar el viaje —dijo mi padre.

Mi madre dio saltos de júbilo, algo que me hizo reír. Yo solo tenía siete años, pero aún consigo recordarlo. Le dio un abrazo y, poco más tarde, se puso seria, incluso un poco triste. Dijo que no podía ser. No podría ver aquella maravilla en su lugar primigenio, porque todavía una de sus niñas, Carolina, tenía dos años. Pero quería de regalo la promesa de que, en cuanto lo reconstruyesen, la llevaría a Egipto para poderlo contemplar. A mi padre, que no le negaba nada, no debió de parecerle oportuno empezar a hacerlo en ese momento. Eso sabiendo que el viaje incluía su compañía, algo que no terminaba de seducirle.

Habían previsto que tardarían al menos cuatro años en reconstruirlo. Tardaron más. A los cuatro años, antes de que estuviese terminada su reconstrucción, las aguas del Nilo ya habían invadido el lugar en el que el templo había estado más de tres mil años. Y en ese tiempo mi madre había quedado embarazada de nuevo.

Naturalmente, mi madre no había olvidado la promesa, pero durante la espera había nacido Lucía y de nuevo debían esperar.

Entre tanto, nuestra madre nos mostraba cualquier noticia que apareciera en prensa o televisión haciendo referencia a la reconstrucción de este lugar. Egipto llegó a ser para nosotras un lugar común en el que nunca habíamos estado, pero cuya evolución reconstructiva conocíamos tanto como tenían a bien notificarlo al mundo entero. Aunque dudo que hubiera muchas personas que pusieran tanto interés en la información como lo hacía nuestra familia, Lucía incluida.

Cuando Carolina ya tenía ocho años y Lucía cuatro, mi madre consideró que ya podían dejarnos con los abuelos y empezar a viajar. Y qué mejor viaje que ir a contemplar aquella maravilla, una vez conseguido su rescate y reconstrucción. Era un trabajo en el que se aunaban la desconocida y nunca comprendida técnica egipcia de la arquitectura, reflejada en aquel monumento, construido muchos siglos atrás, con la actual técnica, capaz de desmontar aquel templo y sus colosales estatuas y reconstruirlas en otro lugar con total precisión.

Sabía que a mi padre no le seducía en absoluto viajar para conocer Egipto, pero él aceptó el capricho, como aceptaba y aceptaría tantos

otros en su corta existencia. Había muerto apenas cumplidos los cincuenta años.

Entre las habilidades de mi padre se encontraba la datación de sus fotografías, acompañadas de las anécdotas más destacadas de los viajes, y este, el de Egipto, está subrayado en rojo. Eso también ayuda a recordarlo de forma indubitada o fehaciente, como diría Daniel.

Hicieron muchos viajes al extranjero. Las fotografías de una docena de álbumes lo confirman.

Resulta muy bonito recordarlo, también enternece tanto amor y tanta dedicación al ser querido, pero no consigo comprender cómo había sido capaz de pedir tantos préstamos. Todo para poder mantener ese tren de vida, cuando sus negocios ya habían dejado de darle los beneficios a que estaba acostumbrado. Sin duda no quiso disgustarnos, pensó que cambiaría su suerte en cualquier momento, que todo se solucionaría.

Pero la muerte lo sorprendió sin tiempo para conseguir su propósito.

Trataba de imaginar el sufrimiento que debía suponer para él comprobar que, en lugar de conseguir salir a flote con un nuevo negocio, tenía que volver a pedir un crédito y avalarlo con otro de sus bienes. ¿Sería esa la causa de su prematura y rápida muerte? Tal vez. El dictamen médico fue un fallo del corazón. ¿Quién puede evaluar el coste del sufrimiento que conlleva una sucesión de fracasos, y que te aboca de forma inexorable a la ruina total?

# EL TÍO ELOY

Lili

Ya he dicho que los regalos que nuestro tío nos traía de sus viajes eran en general regalos inútiles, de factura artesanal y hasta de poco atractivo. Y que la mayoría se estropeaban rápidamente. Aun así, nos encantaba recibirlos y nos llenaba de asombro que fuera capaz de acumular y cargar con todo aquello, teniendo en cuenta que debía recorrer con esa carga parajes tan difíciles como los que nos describía con todo lujo de detalles, y que nosotros percibíamos con claridad que no eran los más propicios para añadir carga a su recorrido, sino más bien, para desembarazarse de ella. Y eso con el solo propósito de mostrarnos una parte del que en esos momentos era su mundo.

Su llegada a nuestra casa era una especie de fiesta muy importante, se notaba incluso en la mesa. Mi madre sacaba la vajilla de los días grandes; lo mismo le ocurría con la cristalería o la cubertería. Eran festines con los que mis padres celebraban la llegada del «hermano perdido». Las sobremesas eran siempre largas, muy interesantes y divertidas. ¡Eran tantas anécdotas de situaciones extrañas…!

Nos hablaba de sus viajes por toda la Amazonia y, sobre todo, de los shuar, o jíbaros, que, por lo visto, es el nombre con que los rebautizaron los conquistadores españoles, también los criollos. Nuestro tío decía que él nunca los llamaba así, me refiero a jíbaros, porque ellos lo consideraban despectivo. Había leído que la tribu indígena de los shuar era la más extensa, con cerca de 90 000 individuos, repartidos por la selva amazónica, entre Ecuador y Perú.

Nos contaba su buena relación con este pueblo. Él aprendió su idioma para una mejor y más estrecha convivencia con ellos. También nos hablaba de sus extrañas costumbres, de sus ritos. Nos asombraba el contraste de la idea que teníamos de una vida en total libertad, sin ninguna de las preocupaciones propias de nuestra cultura: sin tener que amueblar la casa, ni limpiarla; sin necesidad de cambiar constantemente de vestidos, acudir a comidas de compromiso… Ellos siempre al aire libre, sin obligaciones. Pero, por lo visto, nada más lejos de la realidad. Nuestro tío nos sorprendía hablando de la rigidez de sus incomprensibles normas. Siempre se ayudaba de anécdotas, gracias a casos concretos que había vivido. A nosotras, las mayores, todavía en la pubertad, nos impresionaban y llenaban de inquietud, al mismo tiempo que sentíamos una atracción morbosa hacia aquel tipo de vida tan paradójica.

Vivían en grandes cabañas toda la familia, con una zona para mujeres y niños y otra para los jóvenes, los hombres y las visitas. Las cabañas de cada familia estaban diseminadas por la selva a horas de distancia unas de otras. Demostraban así su independencia. Era una etnia que se caracterizaba por su libertad. Rebeldes y bravos, nadie había conseguido doblegarlos.

Algo que en cada viaje le hacíamos repetir era la forma que estas tribus utilizaban para engañar a las serpientes. Nos resultaba espeluznante imaginar lo que nuestro tío nos contaba de forma teatral: el indígena capturando serpientes para extraerles el veneno. «Él se coloca frente a ella y la hipnotiza imitando sus movimientos y, una vez extraída la sangre, la suelta», relataba.

La verdad es que, la primera vez que lo contó, nosotras esperábamos que nos dijera que le cortaba el cuello, una vez que ya había conseguido agarrarla, o simplemente que la mataba; pero, por lo visto, los jibaros eran tan respetuosos con la naturaleza que solo las mataban en casos extremos, cuando no les quedaba más remedio, algo que, según contaba mi tío, si ocurría, todos lamentaban haber tenido que hacer. Esto nos costaba entenderlo. «En general, es una especie de rito. Lo llevan a cabo para extraer su veneno. Luego las lanzan lejos entre la espesura de la selva». Alguno de nosotros le preguntó: «Y luego, ¿no lo persigue la serpiente para vengarse». Él reía diciendo: «No, en realidad solo quieren huir de aquel lugar».

Sin embargo, pienso que el hombre no debía de ser considerado por ellos como parte de la naturaleza, ya que, en sus luchas tribales, el jefe ganador no le dejaba huir al perdedor, a quien sí que le cortaba directamente la cabeza. Además, luego la reducía. Según explicaba mi tío, se trataba de esclavizar el espíritu del vencido, para que este no pudiera vengarse por haberlo matado. El resto de esa tribu perdedora pasaba a pertenecer a la tribu ganadora.

Por lo visto, la serpiente formaba parte de la naturaleza y el hombre no; su misión y su deber eran cuidarla y actuar en consecuencia.

Lo comentábamos con mis hermanas y las tres sentíamos esa mezcla de repulsión y atracción, al pensar en esa serpiente en pie de guerra, con su veneno dispuesto para atacar, y frente a ella, sin armas, solo con sus manos, el indígena.

Como transcurría mucho tiempo hasta que volvíamos a ver a nuestro tío, siempre queríamos volver a sentir esa fuerte sensación de aversión atrayente. No obstante, cuando nos contaba anécdotas de los monos, partíamos de cierta simpatía hacia este animal que tanto se parece a nosotros. Decía Lucía que nosotros éramos otra especie bien distinta y

a ella nadie iba a convencerla de lo contrario. Bueno, yo no estaba muy convencida de esa teoría de Darwin, a pesar de que nos pareciéramos algo y ellos tuvieran facilidad para imitarnos. Pero la cuestión es que contaban con nuestra simpatía, la de las tres hermanas.

Nos hablaba de lugares donde abundaban los micos, esos graciosos animalitos, que se volvían peligrosos si no les dejaban que se llevasen las cosas que les gustaban. Costaba creer que entrañara peligro su presencia, nos costaba imaginarlo, dada la simpatía que despertaban en nosotras.

Pero hacía ya unos años que mi tío no nos visitaba. Sabíamos que los dos hermanos habían discutido, aunque desconocíamos el motivo, pero dejaron de verse, incluso de comunicarse. Ignorábamos la importancia de aquella discusión, pero a partir de aquella noche no volvimos a verlo en casa. Ni en casa, ni en ningún otro sitio.

Por lo que al dolor por la muerte de mi padre se unió el impacto de la posible desaparición de quien había sido mi ídolo toda la vida. La precaria situación en la que nos quedábamos solo podría haberla mitigado él. También era posible que hubiera muerto.

Pasado un tiempo, alguien nos alertó de que en nuestra ciudad mi tío había constituido una institución para el cuidado y la conservación de no sé qué especie en extinción, y nombrado un director: don Alberto Montego. No hacía falta entender mucho. Mi tío, en sus últimas horas, se había olvidado de todos nosotros. ¿Tan importante había sido el enfado con su hermano?

A pesar de todo, albergamos la esperanza de que podía seguir vivo, debido a que nadie nos llamó para comunicarnos su muerte, ni para la apertura de su testamento, que, según he aprendido, era lo que pasaba cuando alguien moría.

Casi cada día, el director del banco nos llamaba para darnos la «buena noticia» de que habían conseguido muy buen precio para tal o cual propiedad y que había zanjado alguna deuda. Estas informaciones solo satisfacían a nuestra madre. Cada vez que esto ocurría, yo sentía que algo en mi cuerpo se atrofiaba, que dejaba de sentir la vida en alguna parte de mi estructura ósea, que, por lo visto, estaba compuesta de recuerdos, de vivencias imposibles de recuperar. O de volverlas a vivir.

Después de dar muchas vueltas a nuestro problema, tomé la decisión de llevar a cabo aquello que todas las noches rondaba por mi cabeza,

pero a lo que en definitiva acababa negándome.

Estaba segura de no ser muy bien recibida. Mi tío, seguramente, le habría explicado a don Alberto Montego la razón, o el porqué de no habernos tenido en cuenta en sus disposiciones de última hora. ¡Ojalá pudiera conocer esos datos!

Pensaba, también, que en su casa destacarían muebles o adornos exóticos conseguidos por mi tío y adjudicados a la institución o al director. Intenté estar preparada para no sufrir demasiado al ver las cosas que reconocería como de mi tío.

A pesar de que él decía que le gustaba ir ligero de equipaje, en sus baúles, que llevaban los que mi tío llamaba sus porteadores, había infinidad de cosas. Él nos dejaba que los revolviésemos, y siempre encontrábamos cosas interesantes que nos llamaban poderosamente la atención. Decía que algunas de esas cosas lo acompañaban a donde quiera que él se desplazase. Sería duro para mí encontrar que estaban en manos de un extraño.

Pero nada fue como yo había imaginado. Me recibió en una gran sala de aspecto casi monacal. La persona que tenía ante mí era una figura de dimensiones considerables, pero su rostro era amable. Me preguntó, mostrando una sonrisa que me recordó a la de Mona Lisa, de qué quería hablar.

Mi idea, además de saber de él, era también solicitar ayuda, pero sentí vergüenza solo de haberlo pensado. Mi tío tal vez había muerto, y yo, a pesar de lo mucho que lo quería, no fui consciente hasta ese momento de que yo tampoco había hecho nada por comunicarme con él, segura de que en cualquier momento aparecería por nuestra hacienda con sus viejos baúles llenos de sorpresas y sus muchas historias, unas veces graciosas y espeluznantes otras. Era sabido que con su forma de vivir resultaba difícil, muy difícil, de localizar, pero lo cierto era que mientras nuestro padre estuvo bien yo no lo había intentado. Ahora, tal vez ya era demasiado tarde.

Pensé que de mi tío solo me interesaba saber que estaba vivo y, si no era así, conocer qué le había ocurrido y cómo había vivido sus últimos días.

Los datos ofrecidos como respuesta a mis muchas preguntas me parecieron evasivos y no me aliviaron nada. Cuando ya nos despedíamos, el director de la institución me preguntó si no tenía ningún recuerdo de mi tío. Contesté afirmativamente sin explicarle en qué consistía. Solo cuando él preguntó qué tipo de recuerdo tenía, le conté de qué se trataba.

—Recuerdo muy bien esa talla tan rudimentaria —aseguró tras escuchar mi respuesta—. He oído que tenéis problemas económicos, te la puedo comprar, formará parte de la colección de objetos que tu tío fue adquiriendo durante sus viajes.

Sonreí escéptica.

—Lo siento, es el único objeto que me queda de mi tío.

—¿No me preguntas cuánto te podría dar por ella?

—Da igual. Por lo que me dice, usted tiene muchas cosas de él, para usted no tiene el mismo valor que para mí. Gracias por haberme atendido.

—Déjame que te haga una oferta que no creo que puedas rechazar.

Me encogí de hombros, no quería ser descortés.

—¿Qué te parece 100 000 pesetas?

No entendía la oferta, no lo creía capaz de burlarse de mí y de mi situación. Lo miré tratando de entender qué pretendía.

—Si no te parece suficiente, lo puedo elevar a 150 000. ¿Tampoco? ¿200 000, entonces?

—¿Está hablando en serio o pretende burlarse de mí por tener la osadía de venir a interesarme por mi tío cuando quizás ya haya muerto?

—Nunca sería capaz de hacer una cosa así. Ve a casa y piénsalo, tal vez os solucione algo el problema que os ha dejado vuestro padre.

Sí, hablaba en serio. Durante todo el camino le fui dando vueltas. No quería desprenderme de aquel amuleto, pero mi familia necesitaba ese dinero. El sí y el no se fueron alternando. Decidí no preguntar en casa, sabía cuál sería la respuesta, pero a mí se me hacía muy duro no poder hablar con mi amuleto.

Una vez en casa, miré el amorfo objeto que un día me regaló mi tío. Nadie me lo había disputado nunca. Para mí solo tenía el valor de ser un regalo de ese tío al que adoraba, con el que tanto había disfrutado en la época feliz en que venía a casa a visitarnos y poder jugar con sus sobrinas.

La estatuilla, en realidad, era como un palo entre marrón y verde oscuro, con ligeras ondulaciones; hacía falta mucha imaginación para atribuirle cabeza o piernas. Era como tres piezas de un extraño material mate, unidas por franjas de madera de distinto color, tallada

rústicamente, al igual que el resto de la materia que lo conformaba.

Tanto mis padres como mis hermanas tenían claro que yo era la favorita de mi tío. Por eso no entendieron que, de uno de sus exóticos viajes, a mí me trajera esa rústica estatuilla, el regalo menos atractivo de todos cuantos repartió. Siempre pensé que se trataba de un fetiche que él creía que daba suerte, porque, al entregármela, me aseguró que algún día, cuando estuviese en un apuro, me ayudaría. «¡Cuídala bien!», añadió con énfasis. Ahora, después de escuchar la oferta de don Alberto Montego, pensaba haberlo entendido mal. ¿Podía ser que hablara de su valor económico? Pero no era su estilo.

Intenté encontrar qué valor podía tener para aquella persona que me ofrecía tan alto precio. Seguramente quería probarme, pensó que, a pesar de hablarle de lo mucho que significaba cualquier cosa de mi tío, no dudaría en deshacerme de su regalo a cambio de dinero. Puede que incluso tratase de ver en cuánto calculaba el valor del recuerdo de mi tío. Pero el que yo le atribuía no era cuantificable.

Al día siguiente, volví a visitar al director y le expliqué mi deseo de conservar el recuerdo de mi tío y, al mismo tiempo, la necesidad de mi familia.

—Me gustaría —le dije— que mantuviese su oferta hasta comprobar nuestra situación definitiva. No puedo ser egoísta con mi familia, pero si una vez pagadas las deudas de mi padre nos podemos arreglar con mi salario, no quiero desprenderme de mi amuleto.

—No sabía que tuvieses trabajo —dijo sorprendido.

—Todavía no lo tengo, pero lo tendré pronto —respondí, tal vez con un poco de orgullo.

Al día siguiente fueron el amigo abogado y el director del banco quienes nos visitaron. Los escuchamos expectantes. De sus transacciones dependía nuestro futuro… y el de mi amuleto.

—Se han podido vender todos sus bienes, incluida esta finca y sus viviendas, tal como me pidió, y se han pagado todas sus deudas —explicó el director ante la mirada atenta y cómplice de Daniel, nuestro abogado—. Lamento decirle que solo les queda el viejo coche, una pequeña cantidad de dinero y una gran casa, pero totalmente destartalada. No hemos conseguido que nadie se interesara por ella, ni por curiosidad han querido verla —se lamentaba el bancario—, y con el escaso dinero que les queda… ni siquiera llegaría para adecentarla un poco para que puedan usarla como último recurso. Lo cierto es que está un poco a desmano de todo, pero necesitan un techo bajo el que cobijarse.

Rápidamente, con el corazón dividido, pensé en visitar a don Alberto, para decirle que no me podía quedar con mi fetiche. A pesar de intentarlo, no pude evitar que las lágrimas se desprendieran en abundancia recorriendo mi rostro solo con pensar en comunicárselo.

Me resistía a llevar a efecto esa visita, pero no parecía que hubiese otra solución. Antes de hacerlo, pensé que sería conveniente

comprobar el estado de aquella casa y conocer exactamente de cuánto disponíamos para su arreglo.

Daniel quiso tranquilizarnos diciendo que los compradores de nuestra hacienda, incluida la casa, esa en la que estábamos viviendo, no habían puesto fecha para hacer efectiva su adquisición y entrega, a pesar de que ya la habían pagado. Confiaban en que la abandonaríamos en cuanto consiguiéramos solucionar el problema, es decir, cuando encontráramos ese techo bajo el que nos pudiéramos cobijar —como había dicho el bancario—. Esa debía ser la buena noticia. ¡Era desolador!

Según los cálculos de mi madre, la cantidad de dinero que nos quedaba no nos permitiría más que dejar una fianza y dos mensualidades adelantadas, y tal vez nos llegase para abonar dos o tres meses más, además de alimentarnos las cuatro durante ese tiempo. Así que, antes de alquilar, tendríamos que encontrar un trabajo para disponer de dinero con el que pagar el alquiler todos los meses.

Graciela, nuestra tata de toda la vida, dijo que ella seguiría atendiéndonos sin cobrar nada y hasta nos ofreció sus ahorros (una cantidad importante, teniendo en cuenta que se trataba de los ahorros de su trabajo en nuestra casa, lo que nos dejó muy sorprendidas), pero nuestra madre, además de agradecérselo mientras dejaba escapar unas lagrimitas, se negó en redondo a utilizarlo. Dijo que eran los «ahorros de toda una vida de trabajo», y no podían ser utilizados para tratar de facilitarnos la nuestra, que siempre había sido una vida cómoda y sin privaciones.

—Pero yo, doña Liliana, solo las tengo a ustedes, no tengo más familia. ¿En quién lo voy a gastar mejor y dónde voy a vivir?

—Vivirás donde viva esta familia, por eso no debes preocuparte. Pero tu dinero solo es tuyo. ¡Sería espantoso que al final fuéramos nosotras las que lo gastáramos! —insistió mi madre llevándose las manos a la cabeza—. Incluso, si hace falta, hasta puedes pagar tu parte proporcional del gasto que hagamos. Pero en ese caso no trabajaras más para nosotras, va siendo hora de que lo hagamos al revés. Nosotras te atenderemos.

Todo lo que se me ocurrió para agotar posibilidades fue visitar esa casa que nadie quería por su situación y como nos decían… «calamitoso estado». Insistí en la necesidad de verla, aunque solo fuera para descartarla de forma definitiva, o… quién sabe…

# EL VIEJO CASERÓN

La casa en cuestión estaba casi a la misma distancia del centro de Logroño que nuestra hacienda, pero en dirección contraria, según nos explicó Daniel, que se ofreció para acompañarnos al día siguiente. Yo estaba impaciente por hacerme una idea de las posibilidades que teníamos con aquella vieja casa y estaba decidida a no esperar. Tenía prisa por conocer el destino que le esperaba a mi amuleto. Seguiría las indicaciones de Daniel y saldría de dudas cuanto antes.

Insistí, hasta convencer a mi familia, de la necesidad urgente de esa visita. Mi madre se negaba aduciendo que ya sabíamos que era imposible. Si nadie la había querido debido a su estado, ¿qué adelantábamos con ir a verla? La inexcusable exigencia de arreglarla era tan costosa como hacer una casa nueva y, recalcó, «recuerda que nosotras no tenemos dinero ni para vivir un año».

Tal vez era verdad que resultaba absurdo visitarla, pero necesitaba quemar todos mis cartuchos antes de desprenderme de aquella pieza que, según mi tío, me podría salvar de momentos de apuro. Aun así, miré a mis hermanas y no sé si les podía la curiosidad de conocer la casa o las ganas de no decepcionarme. Vi en sus ojos la determinación de ir inmediatamente a comprobar la verdadera situación de aquella propiedad, que había pertenecido a los abuelos de nuestros abuelos y nunca habíamos visitado ni por curiosidad. Claro, es que ni sabíamos de su existencia.

—Atravesando Logroño hacia la carretera de Soria y a unos seis kilómetros. Un estrecho y poco transitado camino os conducirá a ella —había dicho Daniel.

Cogimos el viejo Toyota. Me alegré de que nadie lo hubiera comprado, mi padre le tenía un gran cariño y, a pesar de que cambió unas cuantas veces de coche principal, este siempre permanecía en nuestro garaje, nunca supe por qué.

Abandonamos la carretera de Navarra para entrar en la de La Rioja. Enseguida llegamos a Logroño, atravesamos el Puente de Piedra, la avenida de Navarra, dejamos a nuestra derecha el Espolón y, a través de Vara del Rey, llegamos a la carretera de Soria. A unos cinco kilómetros, y siguiendo las líneas del mapa que Daniel, nuestro abogado, nos había marcado, se encontraba en efecto una carretera, que tras recorrer unos cuantos kilómetros se iba transformando en un camino que justo dejaba pasar el coche entre árboles y matorrales.

Cuanto más avanzábamos, más se estrechaba el camino. Ya estábamos planteándonos si no nos habríamos equivocado, porque no se veía ninguna estructura que se pareciera a una casa, cuando…, ante nuestra vista apareció una enorme y yo diría… tétrica mansión, propia de una película de miedo. Tenía sus ventanas protegidas por contraventanas oscuras y parecía a punto de desmoronarse; tal vez hasta fuera peligroso tratar de internarnos en ella. Pero a pesar de su aspecto, todo permanecía en pie.

Desde el coche y vista de frente, no se apreciaba ni un solo hueco por el que pudiéramos colarnos en su interior y carecíamos de llave alguna.

—Daremos la vuelta a la casa, tal vez la parte que no vemos tenga un lugar que nos facilite el acceder por las buenas.

—¿No os da un poco de miedo? Nos iremos antes de que oscurezca, ¿verdad? —dijo Lucía.

—Qué exagerada, cómo vamos a pasar aquí todo el día —respondió Carolina.

Nos demoramos en salir del coche, después de contemplarla unos minutos tratando de decidir qué podíamos hacer. La verdad es que imponía.

Recordé que nuestro padre siempre llevaba cosas en la guantera «por si acaso». La abrí confiando en encontrar algo práctico, y sí, un par de linternas de distinto tamaño, aunque las dos más bien pequeñas, descansaban junto a un silbato y una especie de ovillo de liza. Le dije a Carolina que cogiera las dos linternas, imposible que dentro hubiera luz eléctrica. Lucía se empeñó en llevarse el silbato, por si se perdía.

—Ni se te ocurra separarte de nuestro lado —dije en plan sargento.

—Bueno, pero me lo puedo llevar, ¿no?

—Vale, pero obedéceme, no te separes de nosotras —respondí ya más como cabo.

A paso de tortuga la rodeamos, se me ocurría mientras lo hacíamos que, a falta de llave, hubiera resultado más efectivo haber cogido nuestras trompetas, y seguro que, al igual que en Jericó, a su sonido se hubieran derrumbado las murallas. Es decir, las paredes de aquella casa, que parecían estar pidiendo: «¡Tírame!». Pero tal vez un empujón en una de las dos puertas que habíamos divisado fuera suficiente para su derrumbe.

Decidimos empujar con fuerza, a riesgo de que se nos viniese la casa

encima, pero no ocurrió. La puerta permaneció impasible. Eso nos dio mayor seguridad para poner más entusiasmo en las embestidas, así que nos empleamos a fondo y con más fuerza. Entre las tres, dimos los siguientes empujones. Y sí, se abrió.

Se abrió la madera por varios sitios; estaba reseca. Entramos con sigilo, tal vez era miedo. ¡Estaba todo tan oscuro! Solo entraba luz por los trozos de madera rotos gracias a nuestros interesados empujones.

Acordamos abrir ventanas y contraventanas. No fue fácil, sobre todo alguna de ellas, que se resistió hasta el punto de dejarla por imposible, pero habíamos conseguido abrir las suficientes como para que la luz invadiera de forma discreta el espacio. Aunque la mayoría de las contraventanas que conseguimos abrir se vinieron abajo, sin necesidad de tocar las trompetas. Pero el día era soleado y, por tanto, luminoso, por lo que, aunque los espacios por los que penetraba la luz no fueran muy amplios, teníamos suficiente luminosidad.

Estaba realmente ruinosa. Sin duda fue una magnifica casa en la época en que los tatarabuelos venidos de América, seguramente tras haber conseguido una fortuna, edificaron aquella mansión —algo de eso me imaginaba, nadie me había hablado de ello—. En el centro había unas escalinatas de madera, surgían de los dos costados del que parecía haber sido el gran salón, para acabar juntándose en el pasillo del piso superior. La sensación era magnífica si dejabas volar la imaginación, algo que no se me daba nada mal. Sofás y sillones, ahora desvencijados, daban la impresión de haber configurado una cómoda estancia. Pero había que ser realista, era lo que tocaba en esos momentos. ¡Aquello era un auténtico desastre!

Recorrimos los que debieron de ser espacios lúdicos de la planta baja. La mayor parte de sus paredes divisorias descansaban en el suelo. No habían resistido el paso del tiempo como lo había hecho la mampostería exterior.

Todavía podían verse jirones de la tela que un día fueron cortinas, amén de estar unidas a innumerables telarañas. También se veía algún mueble con apariencia de haber sido una bonita pieza, pero al intentar abrir cualquiera de sus cajones el mueble se resistía al asalto y a nosotras nos daba miedo que empezara a desmoronarse, como había ocurrido con alguna de sus puertas. Era mejor no mover nada, ¡aquello no tenía arreglo! Seguro que no había nada que fuera aprovechable.

Tras dar la vuelta por la planta baja, acabamos regresando a lo que habíamos dado por supuesto que era el salón. La primera intención de Lucía fue correr hacia aquellas escaleras, para descubrir las distintas

habitaciones de la planta superior a que daban acceso, pero el grito de Carolina, unido al mío, la detuvo en seco.

—¡Cuidado!

—¡Es madera, Lucía! —le dijo Carolina asustada, ahorrándome el hacérselo notar—, estará como los muebles. Te puedes caer o clavarte alguna astilla al romperse la madera. —Lucía, que había alcanzado el tercer peldaño sin que nada se moviera, nos miró con un gesto de reprobación, tal vez desencanto, posiblemente las dos cosas. Descendió sumisa.

—Ya había pensado subir con cuidado, ¡qué exageradas sois!

Cuando ya habíamos dado vuelta a la casa y vuelto al salón, pensé que allí faltaba algo.

En aquel tipo de casas las cocinas se encontraban en la primera planta, o en el sótano; esta las debía de tener en el piso superior. Al comentarlo, Lucía dijo que tal vez la puerta que parecía de un armario y de la que no habíamos querido tirar, en vista de la precaria situación de la madera, podía ser una entrada a la cocina. Nos pareció que era una posibilidad y decidimos volver para investigarlo.

Y, en efecto, tratamos de abrir, primero con el máximo cuidado, después forzándola. Como era de esperar, la puerta cedió, aunque de muy mala manera, algunos de sus goznes oxidados se rompieron, dejándola medio caída; pero tal como quedó igualmente nos permitía avanzar. También pasaba algo de luz. Poca, pero suficiente para ver dónde se encontraban las ventanas de aquella estancia. A medida que íbamos abriendo las contraventanas, aquel espacio nos iba sorprendiendo y haciendo trabajar nuestra imaginación. Era una especie de ele formada por dos paredes, a cuyos pies se encontraban escombros abundantes como para pensar que allí hubiera existido una especie de asientos. Un trozo, el único que quedaba en pie, estaba situado a demasiada altura para que fuera un banco; tal vez aquello era la cocina, pero no se veía nada donde se hubiera podido cocinar. Desde allí, a nuestra derecha, se apreciaba un tramo de escaleras de obra; parecían firmes, pero no podíamos estar muy seguras.

Las escaleras conducían a la planta superior, pero también a otra inferior, al sótano. El espacio en que nos hallábamos era muy amplio y en el centro se encontraba una gran mesa con aspecto de enorme fortaleza —tal vez el único mueble al que no le había afectado el paso de los años—; calculamos que podía medir más de cuatro metros, con un grosor de más de diez centímetros. Aunque soportaba mucho polvo encima, polvo que las tres nos apresuramos a retirar con trozos de las

destrozadas cortinas que todavía colgaban de sus ventanas, no podía disimular su invulnerabilidad, su robustez. Parecía hecha de una sola pieza. Lo consideramos un buen presagio, seguro que nos darían una buena cantidad de pesetas por ella.

—¿Puedo subir esas escaleras? —preguntó animosa Lucía—. No son de madera.

—Está bien —le respondí—, pero detrás de mí, vigilad dónde pisáis, yo haré lo mismo.

Desfilamos con cuidado por aquellas estrechas escaleras que no parecían entrañar ningún peligro. Llegamos a un corto pasillo, también estrecho, y de nuevo paredes desmoronadas, el problema de la luz, las contraventanas…, las paredes que no habían sido capaces de permanecer en su sitio, los escasos muebles en pie, etcétera.

Curiosamente, las paredes que habíamos visto desde lo que considerábamos que era el salón parecían estar en perfecto estado; sin embargo, no ocurría lo mismo con el resto de los tabiques que las separaban. De nuevo el mismo fenómeno: la mayoría descansaba en el suelo. Con nuestras linternas, nos movimos con cuidado por aquel espacio. Llegamos a un punto en el que un rayo de luz se filtraba por el techo, el suelo estaba desgastado y en muy malas condiciones; seguro que esa parte del techo estaría destrozado. Nos pareció peligroso y decidimos dar por terminada la excursión de esa planta.

Era fácil deducir que aquellas estrechas escaleras y el igualmente estrecho pasillo, debía ser el lugar por donde circulaba la servidumbre desde las cocinas. Seguro que si las bajábamos hasta el sótano llegaríamos a ellas.

Volvimos al punto de donde partían las escaleras, y descendimos con idéntico cuidado, pero una vez abajo no descubrimos ninguna ventana por donde pudiera entrar luz. Acudimos de nuevo a nuestras linternas e iluminamos la estancia. Nos movíamos para poder apreciar aquel espacio, vigilábamos el suelo principalmente por si se veía alguna rata o, ¡qué horror!, un reptil. La atmósfera era densa, cargada de no sabíamos qué. Parecía que el aire se hubiera espesado. Ninguna dijo nada en ese momento, pero seguro que las tres sentíamos el mismo temor. Al iluminar una de las paredes, sentimos un escalofrío —más tarde lo confesaríamos—: colgadas de la pared había unas hachas de gran tamaño, también cuchillos enormes. De otra pared pendían cazuelas y sartenes propias de otro siglo, parecían doradas, pero sin duda la luz que utilizábamos cambiaba su color. También había candiles, pero a ninguna se nos ocurrió intentar encenderlos.

La revisión de aquel lugar fue rápida, no respirábamos bien, deseábamos volver al aire puro.

Salimos al exterior. Dimos un paseo alrededor de la casa, mientras nuestros pulmones se recuperaban, y no solo del polvo, que también.

Acordamos regresar a casa; más adelante volveríamos con algún profesional y medios adecuados para una inspección más detallada. Nos había quedado muy clara la imposibilidad de hacer habitable la mansión, pero quizás se pudieran vender algunas cosas de su interior, como el menaje de cocina y la gran mesa. No nos vendría mal, a pesar de que eso no sería suficiente para recuperar la tranquilidad económica, definitivamente perdida, ni para evitar desprenderme de mi querido amuleto; todo lo más, nos ayudaría a pagar unos cuantos meses del alquiler de una vivienda.

Mientras conducía camino de la que todavía era nuestra hacienda, aunque por pocos días, fui consciente de que no me quedaba otro camino que seguir. Entregaría mi fetiche a don Alberto Montego y con ese dinero podríamos alquilar una vivienda digna y buscar sin agobio un trabajo. De nada servía lamentarse. La situación no permitía soñar con ninguna otra cosa. Mi madre tal vez encontrase trabajo como profesora y yo, que al igual que mi padre estaba haciendo Económicas, tendría que conciliar el estudio con el trabajo de cualquier clase que pudiera encontrar, sin remilgos. Saldríamos adelante gracias a mi fetiche. Tal vez mi tío se refería a situaciones como esta.

Calandra, 1984

No perdí el tiempo. Al día siguiente fui a visitar al director para contarle que lo había intentado todo, pero que no tenía más remedio que desprenderme de lo que para mí representaba el recuerdo de mi tío.

Me tranquilizó el oírle decir a don Alberto:

—Mira, Lili, vamos a hacer una cosa, seguro que si estuviera aquí tu tío decidiría algo parecido.

Yo voy a hablar con los compradores de vuestra casa, intentaré hacer un trato para que esperen un tiempo antes de ejercer como propietarios. Un año estaría bien, es lo que tú necesitas para terminar tu carrera y poder optar a un trabajo adecuado. De momento te quedas con tu fetiche y yo te adelanto la mitad de lo que te había ofrecido. Al pasar el año, y si no ha cambiado vuestra situación, te daré el resto y tú te desprenderás de ese fetiche. Mientras, veremos qué se puede sacar de esa mansión, pero si consigo llegar a un acuerdo con los compradores, tendréis todo un año por delante, viviendo con desahogo y haciéndoos a la idea del cambio de vuestra vida. Así no os resultará tan duro el brusco cambio.

—¿De verdad cree que podremos continuar un año en nuestra hacienda? —pregunté sin atreverme a creer lo que acababa de oír.

—Lo voy a intentar, pero tengo motivos para confiar en que aceptarán. Tú confía en mí. Me conmueve vuestra situación y sobre todo ver el sacrificio que supone para ti tener que desprenderte del fetiche. Creo que he comprendido lo que representa en tu vida. Te daré la respuesta en cuanto me sea posible. Quédate tranquila.

Volví a casa dando vueltas a lo que el director de la institución de mi tío me había propuesto. ¿Lo contaría al llegar a casa? No quería que se hiciesen falsas ilusiones por si aquello no resultaba bien. Pero ¡unas horas de esperanza no le harían mal a nadie! ¿Merecía la pena aunque luego tuvieran una desilusión? ¡Teníamos tan pocos motivos para ilusionarnos…!

¡Triunfó en mi decisión esta idea! El jarro de agua fría estuvo a cargo de mi madre.

—Hija, no sé qué historias se ha montado el tal director, pero créeme que no es normal lo que te ha propuesto. Imposible que por ese

horroroso fetiche te ofrezca esa cantidad. Imposible que el comprador de nuestra hacienda nos permita usar y disfrutar durante un año de lo que según el contrato ya han comprado. Ya me parece un acto de generosidad que nos concedan un mes, si consiguiese dos o tres meses para salir de ella sin descontar ni un céntimo de su precio me parecería maravilloso, pero un año…, imposible, me parece imposible. De verdad, hijas, no os hagáis falsas ilusiones, mañana nos dirá que ha resultado irrealizable, así que mejor nos ponemos manos a la obra y empezamos a buscar casa y trabajo. Lo que sí me parece bien es intentar sacarle algún dinero al contenido de esa casa de los horrores.

—¿La conoces, mamá? —pregunté sorprendida por su comentario.

—No, nunca he estado allí.

—¿Y por qué la has llamado casa de los horrores?

—Pues no sé cómo me ha venido ese nombre a la cabeza, no me lo he inventado, pero quizás es la primera vez que la nombro así. Creo que fue a la pobre abuela de tu padre a la que se lo oí decir las escasas veces que la nombró siendo yo muy pequeña. Nunca querían hablar de ella ni de sus propietarios, tal vez por eso llegamos a olvidarla.

—¿Y no tienes ni idea de por qué?

—Creo que algo terrible debía de haber ocurrido muchos años antes. La cuestión es que nadie se quiso hacer cargo de ella. Decían que era muy costosa de mantener cuando nosotros le preguntábamos, pero en algunas ocasiones los escuchábamos hablar muy bajo de alguna desgracia que había ocurrido y de que la casa estaba maldita. Es algo de cuando tu padre, tu tío y yo éramos muy pequeños. Hay cosas que quedan escondidas en la memoria y un día se recuerdan. Es lo que me acaba de ocurrir, pero no soy capaz de recordar nada más. Seguro que no llegamos a enterarnos de la realidad ninguno de los tres.

Aquella noche le estuve dando vueltas a la dichosa casa. Tenía que saber qué había ocurrido para dejar abandonada una propiedad de aquellas características. Soñé con ella, ¡cómo no!, la vi espléndida, horrorosa, y yo qué sé de cuántas formas. Pero la casa fue mi pesadilla y mi disfrute. O sea, mi obsesión nocturna.

Lo primero que hice cuando terminamos de desayunar fue llamar a Daniel, le expliqué lo que habíamos visto y lo que tal vez nos pudiera proporcionar algún dinero extra. Le pareció muy bien cuanto le propuse, y acordó consultar con uno de sus clientes de Logroño que tenía alguna empresa relacionada con los muebles, o solo con la madera, no me quedó muy claro. Añadió que haría alguna otra gestión.

Y de nuevo volvimos al viejo caserón, esta vez sin Lucía. Nos sorprendió su respuesta cuando le propusimos que se quedara en casa. No solo no protestó, sino que pareció aliviada de no tener que estar en nuestra compañía.

—¡Vale! —dijo tajante—, me quedo con mamá, la verdad es que sois bastante mandonas y además miedosas, me habéis quitado las ganas de indagar en esa casa de los horrores. Menos mal que no habéis decidido ser investigadoras.

De nuevo el sol estaba de nuestra parte y brillaba en toda su esplendidez. Y, en esta ocasión, la visita también estuvo llena de sorpresas. El que tenía que ver con la madera, nos estaba esperando con una camioneta en la que se veían algunos tablones tan largos que sobresalían del vehículo.

Una vez que nos presentó Daniel, el carpintero se puso manos a la obra, empezó por cargarse totalmente la media puerta que entre las tres habíamos roto a empujones. Abrió el resto de las contraventanas que a nosotras se nos habían resistido y lo hizo casi sin despeinarse; después, se puso frente a lo que yo llamé escalinata y la analizó palmo a palmo, como si fuera un siux buscando una huella. Tras un buen rato de espera, deseando conocer el resultado de esa investigación exhaustiva, nos dijo poniendo mucho énfasis en sus palabras:

—¡Extraordinaria!, ¡es realmente extraordinaria!, creo que es nogal americano, o puede que sea alguna otra clase de madera parecida y que desconozco. Tiene un veteado precioso, tal vez sea una clase de madera que surge de forma espontánea en una región de Sudamérica, de esas que no se conocen por aquí; se trata de una calidad que yo nunca había visto, está trabajada por auténticos artistas, pero estos peldaños parecen de granadina africana y son muy seguros. Es una madera especialmente dura y que no es propensa a ningún insecto, pero es muy difícil de trabajar. Imagino que por eso los peldaños son de una clase y la barandilla que está tan bien torneada es de otra. Están en magnificas condiciones y se pueden recorrer sin ningún riesgo. No están pegadas ni atornilladas, están ensambladas, lo que teniendo en cuenta su dureza requiere gran paciencia y maestría. Si encontramos un comprador que lo sepa apreciar, nos puede dar un pastón. ¡Jooo…, vaya hallazgo!

Ante tamaño entusiasmo, Carolina y yo decidimos subirlas por primera vez. Incluso las analizamos detenidamente, como veteranas en esos materiales. En realidad, solo tratábamos de comprender aquellas cualidades de las que con tanta pasión nos habló el experto en maderas.

Mientras esto ocurría, otras dos personas aparecieron con un vehículo. Esta vez se trataba de un constructor que saludó a Daniel; a nosotras se dirigió en la distancia con un ¡hola!, alzando la mano a modo de saludo. Con paso rápido inició el recorrido por la casa seguido de un ayudante, subió las escaleras y observó el pasillo que íbamos a empezar a recorrer. Esperamos por si había algún problema, pero no dijo nada, así que cada uno fue a lo suyo. Ya nos contarían cuando quisieran.

Poco después, apareció Daniel con el de las maderas.

Parece que la mesa del sótano también entusiasmaba al carpintero —es así como empezamos a nombrarlo nosotras desde ese momento—. Yo diría que se estaba relamiendo de gusto, al comprobar el tipo de materiales que encontraba.

Entusiasmado con lo que le habíamos enseñado hasta entonces, nos pidió permiso para recorrer la casa, por si encontraba más madera interesante. Naturalmente, se lo dimos, ¡es a lo que habíamos ido!

Lo acompañaba nuestro abogado mientras nosotras nos dábamos el gusto de transitar por aquella magnífica escalera, que nos había parecido peligrosa en nuestra primera visita; esta vez cada una la recorría por un lado hasta juntarnos a mitad del pasillo. Empujamos la puerta central, que cedió después de un par de intentos fallidos. Entramos en un dormitorio que parecía haber tenido una cama con dosel; ahora el dosel estaba caído sobre la cama y en el suelo. La enorme y preciosa cama, aunque muy historiada, muy rococó, que hubiera dicho mi madre, parecía mantenerse en buen estado; no nos atrevimos a comprobarlo. Un espejo de grandes dimensiones permanecía colgado; al mirarnos en él, me pareció que no nos devolvía nuestra imagen. Inmediatamente me vino el pensamiento de la historia de Drácula. Cuando vi por primera vez la versión de Bram Stoker en película, lo que más me impresionó en aquel momento fue ver que Lucy se encontraba acompañada de un elegante caballero, y ambos estaban frente a un espejo, pero en el espejo solo se veía la imagen de Lucy. ¡Drácula no se reflejaba! Ver a Lucy totalmente sola. Contemplar que solo a ella se la veía en el espejo, que la imagen de Drácula, su acompañante, no aparecía… ¡fue impactante! Me sobresaltó sobremanera.

Fue un pensamiento relámpago que hizo brincar asustado mi corazón y que me llevara a él las manos; instintivamente trataba de evitar que se saliera del pecho. A mi hermana, en cambio, no pareció impresionarle que el espejo no nos devolviera nuestra imagen, tal vez ella ya contaba con la cantidad de polvo que lo cubría y sabía que no

iba a poder verse reflejada, a pesar de lo mucho que le gustaba hacerlo.

La voz de Daniel, que nos llamaba en ese momento, acabó de sobresaltarme. Volví a escucharlo Estaban en la misma planta. Seguimos su voz hasta que los localizamos. Se encontraban en un espacio muy grande; tenía un balcón en lugar de ventanas

—¡Cuidado! —nos dijo Daniel cuando vio que nos lanzábamos a abrirlo—. Parece que desde ese balcón se salía a una terraza, pero la terraza ha desaparecido y abrir el balcón ahora resulta peligroso.

—Le pondré unos tablones para que nadie lo abra —dijo el carpintero sin moverse un milímetro de donde estaba—. Se encontraba junto a Daniel, frente a un mueble escritorio todavía reconocible, a pesar de los cascotes y el cúmulo de polvo que lo disfrazaba. El carpintero tenía unos papeles en la mano. Naturalmente, desconocíamos su significado. ¿Nos iban a dar un presupuesto de lo que nos podía costar arreglarlo o se trataba de lo que nos podían dar por él? Al acercarnos apreciamos que tenía los cajones abiertos de una forma extraña. El mueble no debía de estar en tan buen estado como al menos a mí me había parecido en la distancia.

—¿Qué ocurre, Daniel? —pregunté esperando que fuese una buena noticia.

—Mirad lo que hemos encontrado al intentar abrir este secreter —dijo el carpintero enseñando los papeles que ya había advertido en sus manos.

—En realidad —añadió—, estos papeles estaban en un cajón secreto. Estos muebles reciben el nombre de secreter debido precisamente a que en algún lugar tienen un espacio que no se puede ver, y al que no se llega si no sabes dónde está el resorte que lo saca a la vista. Lo que pasa es que este, si bien es muy sólido y está en excelentes condiciones, teniendo en cuenta los años que han debido de transcurrir sin que nadie haya intentado abrirlo, al tirar una y otra vez de sus cajones he debido de darle a algún resorte y nos ha mostrado el secreto que permanecía escondido, quién sabe desde cuándo. —Daniel asentía con la cabeza mientras el carpintero nos daba las explicaciones. Yo, al mirar a mi hermana, observé que tenía una sonrisa tonta, mientras ella aseguraba que ya se lo esperaba.

—Daniel, ¿qué dicen esos papeles?

—Lo siento, Lili, no tengo ni idea. Mira en qué condiciones están. Apenas se aprecian las letras, se nota que también hay dibujos en algunos de ellos. Estaban enrollados en dos grupos y son unos cuantos

pliegos de un papel bastante raro, sin duda tienen muchos años, pero incluso puede que no estén escritos en español, porque no consigo formar una palabra comprensible con los pocos signos que se pueden apreciar y que tienen forma de letras. Pero, tranquilas, lo investigaré.

—Qué emocionante —dijo Carolina—, seguro que es el plano de un tesoro escondido en esta casa. —Daniel rio bajito, mientras yo la miré seria, pero enseguida pensé que tampoco era para tanto y opté por decir entre risas:

—¡No estaría mal!

Habíamos pasado horas en la casa, era tarde hasta para comer y parecía que la visita nos había quitado el apetito a todos, porque nadie se había quejado.

Al fin alguien dijo lo de volver a casa a comer. El constructor se despidió diciendo que si queríamos arreglarla nos haría un presupuesto, pero que estaba tan destrozada que quizás consiguiéramos más vendiendo sus materiales para otra construcción. Que el tejado tenía un tramo destrozado y lo que no entendía era que el interior no lo estuviera también totalmente.

—Sin duda, en aquella época se trabajaba para que las mansiones durasen una eternidad. Ya me dirán qué quieren que haga cuando les pase el informe de la casa.

El carpintero, mientras, estaba clavando algunas de las tablas que llevaba en su camioneta, con ánimo de cerrar todo lo que de otra forma quedaría abierto para palomas y otros pájaros; por el momento, convenía no aumentar su deterioro.

Pocos días más tarde, llamé a Daniel para hablar de la vieja mansión, la que por algunas horas había confiado en poder transformar en nuestro nuevo hogar. Él abundó en lo que ya nos había contado: la imposibilidad del proyecto. No obstante, se había preocupado de llevar a unos profesionales que pudieran evaluar los muebles, el menaje de la casa y todo lo que habíamos considerado que nos podría reportar algún dinero.

—No es solo eso lo que pensaba pedirte —le dije—, me gustaría saber qué ocurrió en aquella casa para que la abandonasen totalmente, tiene todo el aspecto de haber sido una gran mansión. Además, mi madre la llamó sin darse cuenta, «la casa de los horrores», y ella no recuerda haber estado allí nunca, cree que oyó a la abuela de mi abuela paterna, o tal vez a la suya, utilizar esa expresión siendo ella muy pequeña; a alguien se lo habrá tenido que oír que lo decía, y no solo

una vez. La pregunta es ¿por qué?, ¿qué ocurrió en aquella casa?

—No lo sé, Lili. Lo que estoy haciendo es investigar los papeles que encontramos. También he hablado con el notario para que me ayude a localizar algún documento que nos hable de sus ocupantes. Los que encontramos los hemos fotocopiado con mucho cuidado, gracias a una técnica que se le ha ocurrido al reprógrafo, para que no se rompan al aplanarlos, y tal vez encuentren otros iguales, pero que se puedan leer sin tanto esfuerzo.

De momento contamos con un nombre, Carlos, y un apellido, De la Serra. En el Registro de la Propiedad solo aparece a ese nombre la compra de la finca, a mediados del siglo XIX, nada de la construcción, pero ya es algo. Los nombres no son tan importantes, aunque en muchas familias es tradición que el primogénito lleve el nombre del padre, pero lo que cuenta en realidad son los apellidos. Lo que ocurre es que si en lugar de hijos tienen hijas, como es vuestro caso, los apellidos se pierden por el camino. Por el momento tendremos en cuenta este apellido y buscaremos en qué momento coincide o se mezcla con los apellidos de vuestros antepasados paternos; quizás consigamos algún dato que nos ayude a reconstruir la historia de esa casa y el motivo de que se encuentre entre vuestro patrimonio. No me cabe duda de que debió de ocurrir una gran tragedia. Una casa así no se abandona por capricho.

Quedé en silencio esperando algún otro comentario. Me iba a despedir cuando Daniel rompió el silencio.

—¿Sabes qué se me está ocurriendo? Que si tu madre recuerda aunque solo sea el nombre de la casa de los horrores y es la pequeña de la familia, tal vez la mayor de sus hermanas recuerde algo más. ¿Por qué no la llamas?

—¡Es verdad! Puedo probar. La llamaré ahora mismo, en cuanto termine de hablar contigo.

Llamé a la mayor, mi tía Isabel, para preguntarle si había oído hablar alguna vez de la casa de los horrores. Tras interesarme por su salud y la de mis primos, le solté la pregunta a bocajarro.

—¡Ay, hija! ¿Quién te ha hablado de ella? ¡Madre mía el tiempo que hace que no había escuchado esa forma de llamar a aquel caserón!

—O sea que lo conoces, tía…

—Pues, la verdad, no sé si se puede decir que la conozco. Una vez, no sé por qué, fui con madre de muy pequeña y recuerdo que la llamó «la casa de los horrores». Nunca he vuelto por allí. No sé si seguirá en pie.

—¿Y no sabes por qué la llamó así?

—Pues cuando quise saber por qué la había llamado así, me contó un cuento de miedo. Me lo debió de contar tan bien que yo lo creí como si hubiera sido verdad, se me pusieron los pelos de punta y estuve mucho tiempo asustada, pero ahora mismo no sabría decirte de qué se trataba.

—¿De nada, tía? ¿No te acuerdas de nada?

—Mira, lo que recuerdo es que yo les decía a mis amigas que había estado en la casa en la que vivía un ogro o un sacamantecas que se comía a los niños. No sé cómo a mi madre que era tan dulce se le ocurrió contarme semejante cuento; es posible que lo hiciera para que no me escapase, porque yo debía de ser bastante trasto. Pero te aseguro que no hice nada para recordarlo, muy al contrario. Ahora que lo invoco me vienen imágenes del ogro partiendo a los niños en canal con un hacha, como si fueran unos corderitos, para comérselos ¡Seguro que pasé tiempo con mucho miedo! Yo nunca les he contado a mis hijos cuentos de miedo.

Cuando tras hablar de otras cosas colgamos el teléfono, yo estaba muy impresionada pensando en la terrible costumbre de asustar a los niños. ¿Qué habría tras esa casa? Solo uno de esos cuentos de miedo que circulaban sin sensatez, sin tener en cuenta el daño que se hace a los pequeños inculcándoles el miedo.

Llamé a mis otras tías, con menos fortuna. Ninguna de ellas recordaba absolutamente nada de la casa; sí que habían oído hablar del sacamantecas que se llevaba a los niños en un saco, pero nada relacionado con una casa, ni próxima ni lejana. Pensé que era inútil llamar a mi tío, era más joven que mi madre, así que difícilmente se iba a acordar. Al final pensé, ¿por qué no? igual me sorprendía. Pero mi tío se echó a reír, cuando le llegó el turno a la pregunta.

—No tengo ni idea de la casa que me dices, seguro que es de alguna historia de miedo, pero yo no la recuerdo y nunca me han gustado los cuentos de miedo. Mis hermanas jamás me los contaban, y en el colegio… no recuerdo ninguna historia de esas en concreto. Siempre había graciosos que pretendían asustar a los más chicos, pero yo no les hacía caso.

—Gracias, tío. Solo la tía Isabel se acordaba de la casa y algo de esta historia.

—Bueno, ella es la mayor y además tiene muy buena memoria.

Unos días más tarde, fue Daniel el que vino a casa. Le conté lo que

había hablado con mi tía Isabel. Él tenía algún avance.

—Los documentos encontrados en dos rollos son también de muy diferentes tipos: unos parecen documentos públicos, tienen algún tipo de sello que parece oficial, según ha manifestado el notario. Nombra unos lugares que todavía no se han podido identificar: Mayagüez y Ponce. No parece que estén en España. Llevan un dibujo que parece un mapa, pero no tenemos ni idea de a qué lugar pertenece. El otro grupo parece formar parte de un relato, todavía no se pueden leer bien. Con los tratamientos que les están aplicando creen que puede ser un testamento muy antiguo que hace referencia a la casa. Tal vez se trate de la herencia.

»También he hablado con el viejo médico de familia, padre de Salvador, por si él llegó a atender a alguno de los miembros de aquella familia. Tiene 83 años. Me ha dicho que no recuerda que viviera nadie allí cuando comenzó a ejercer como médico de cabecera, en 1910, pero que su padre era el médico rural de aquellos pueblos y tal vez entre sus papeles pueda encontrar algún dato. Se ha comprometido a revisar en sus archivos, desde 1880. Claro que ya nos ha advertido: "Supongo que eso me llevará un tiempo, él tenía costumbre de documentar todo y no tengo una fecha de la que partir. Si al menos pudiéramos saber la época a la que hacen referencia esos documentos, tendríamos algún indicio, pero así será difícil".

Pasamos unos días sin tener novedades, hasta que Daniel, después de concertar una cita por teléfono con nosotras, nos mostró lo que habían conseguido hacer con parte de los folios encontrados. Nos anticipó que era más bien una novelita, pero que utilizaba para el protagonista el mismo nombre que el que consta en el Registro de la Propiedad, como propietario de aquel terreno.

—Ignoro si es un relato de ficción o es real —dijo—, pero todo me lleva a pensar en la segunda opción. Esta es la parte del relato recuperado, pero hay una primera parte que ha resultado imposible salvar. No dice nada de la casa maldita, o de los horrores, pero los papeles estaban en aquella casa, algo tendrá que ver.

Nadie dijo una palabra, las tres esperábamos escuchar lo que decía aquel documento.

—En todo caso, puede ser de antes de que existiera el nombre que usamos para identificar la casa de los horrores —añadió Daniel antes de empezar a leer, como disculpándose de que lo encontrado no coincidiera con lo que buscábamos.

—Hasta este momento no tenemos ni idea de quién puede haberlo

escrito, tampoco hay muchas pistas para deducirlo. La lógica nos dice que se trata de alguien que habitó esta casa. Veremos cuando se pueda leer el resto si nos deja más claro de quién se trata.

—Sin más preámbulos, Daniel —dije impaciente.

# EL RELATO RECUPERADO

*No quería a Carlos de la Serra, pero intentaban obligarme a que me casara con él, y entre todos consiguieron que lo odiara. La imposición de unir mi vida a la de un hombre que yo no había elegido, cuando ni siquiera había tenido tiempo ni ganas de pensar en encontrar novio, no fue un buen comienzo para una relación destinada a durar toda la vida. Las amenazas y los engaños debieron de surtir efecto; pero no el deseado. Era un buen partido, un hombre asediado por las madres y las jóvenes casaderas, pero se había fijado en mí y era también caprichoso y vanidoso. Yo no había perdido el tiempo ni en mirarlo. Tal vez mi falta de interés por él, o por cualquier otro, estimuló su empeño en casarse conmigo.*

*Pero mi familia me pedía que los sacara del grave problema económico en que nos encontrábamos, algo bastante común en familias como la nuestra, de rancio abolengo pero venidas a menos y con hijas púberes: hijas codiciadas por el otro género que, disponiendo de dinero, necesitaban dar a su apellido una pátina de esa alcurnia. Mi hermana mayor ya se había casado, pero su buena situación económica no era tan opulenta como para solucionar los problemas de toda la familia. En cuanto a mi hermana pequeña, no tenía ningún pretendiente al que mis padres pudieran tener en cuenta para solucionar de una vez por todas su* modus vivendi*, ni siquiera como posible apoyo para un futuro próximo.*

*Me negué durante un tiempo, él siempre lo supo y me trató como al fortín que deseaba conquistar, buscando mis puntos más vulnerables para luego atacar con más seguridad. Primero con adulaciones y agasajos que llegaron a resultarme empalagosos; después, cuando vio que ese ardid no funcionaba, utilizando las amenazas. Sacaría a la luz los trapos sucios de la familia. Había deudas de por medio y lo más vergonzoso era el motivo por el que se habían producido, principalmente el juego y los lupanares. Toda la familia quedaría desprestigiada: padre, hermanos, tíos. Y entre ellos, además del noble linaje, también había magistrados y políticos en activo. El capellán de nuestra casa me sorprendió al intervenir, curiosamente en favor de aquellos que habían hecho de su vicio una virtud, convirtiendo a la mujer de moral distraída en su virtuosa, incluso, santa esposa; nadie debía saber su procedencia. Y no la sabrían si yo aceptaba aquella unión.*

*En un momento determinado, precisamente cuando más reacia estaba a esa unión, él decidió sincerarse conmigo. Reconoció que, dada la presión que todos estaban ejerciendo sobre mí, entendía que no estuviera interesada en contraer matrimonio con él, y me sugirió que empezáramos de nuevo, como dos desconocidos, que olvidara mis prejuicios, y solo si yo cambiaba de opinión él seguiría queriendo ser mi esposo. Me hizo dudar durante un tiempo, pero esta vez su táctica funcionó. Era amable de una forma sencilla, sin edulcorantes. A veces hasta resultaba simpático y cercano, aunque no consiguió que me enamorase de él. Llegó un momento en que el pensamiento de nuestro matrimonio me resultó más soportable que las caras largas de mi padre y la machaconería sobre mi egoísmo de mi madre. Fui sincera con uno y con los otros, no lo amaba, pero podría soportarlo. Lo intentaría con todas mis fuerzas.*

*Desde el instante en que decidí aceptar la posibilidad de un matrimonio con Carlos De la Serra, todo cambió dentro de mi casa, también se desarrolló todo dentro de ella. Apenas hubo salidas, ni intentos de conquista llevándome a los lugares de mi predilección. Así fue el principio de nuestro noviazgo, un noviazgo un tanto insípido, ya que eran los hombres de la familia los que hablaban con él, pero todo iba bien.*

*Yo me limitaba a recibirlo con un casto beso en la mejilla y a servirle un jerez, después pasaban al salón donde fumaban solo los hombres. Pocos meses más tarde, venía también a cenar, intercambiábamos algunas palabras y comentarios, pero tras la cena el ritual era idéntico. Todo bastante pasable. No era el ideal de un noviazgo, pero tampoco requería ningún esfuerzo por mi parte. Me fui acostumbrando a tratarlo… poco, sin atosigamientos ni zalamerías.*

*Cuando en una de las cenas se empezó a hablar de boda, pensé que ya no había marcha atrás, tampoco me importó demasiado. La paz se había instalado en mi casa, todos sonreían felices. Y de pronto, descubrí que tenía una familia encantadora que me adoraba. Y todo gracias a la intervención de aquel hombre que deseaba compartir el resto de su vida conmigo. Me sentía en paz mientras me adueñaba de la frase: «París bien vale una misa».*

*La boda fue preciosa, hasta su ilustrísima, el señor obispo, vistió sus mejores galas para dar más boato a la ceremonia. La iglesia parecía un jardín de flores blancas, todo estaba orientado a que nuestros conocidos y, sobre todo, mis amigas, me envidiaran. Era el principal deseo que impulsaba todo el ajetreo de mi madre.*

*¡Que no fue poco! Recibir a los invitados y distribuirlos por el palacete, que también estaba plagado de flores, ya requería gran organización y paciencia. Claro que en la mansión de Carlos sucedería otro tanto con sus invitados de otras provincias. Pero creo que todo fue espectacular y mi madre, al finalizar, descansó feliz por haber logrado su propósito. De eso me enteré más tarde.*

*Cuando terminó la opulenta cena, mucho más cuantiosa que la fabulosa comida, en la que, por cierto, no pude probar bocado, y se inició el baile, Carlos y yo lo abrimos, pero desaparecimos del salón casi inmediatamente, para emprender nuestro viaje cuanto antes.*

*No. No se trataba de la típica prisa por consumar el matrimonio. Solo se trataba de ganar tiempo para el largo viaje que nos esperaba.*

*La mayoría de los invitados solo habían vuelto a sus habitaciones entre banquete y banquete, para descansar unas horas y cambiar su vestuario, por lo que el día había transcurrido entre comidas, acicalamientos y bailes, tanto masculinos como femeninos. Todas las habitaciones de nuestra mansión estaban ocupadas, igualmente las de Carlos.*

*Los criados no daban abasto para atender a todos nuestros invitados, a pesar de su buena voluntad y su deseo de que nuestra boda fuera un éxito total. ¡Agotador! Así que hasta mi dormitorio andaba revuelto. Menos mal que todos nuestros baúles y maletas estaban cargados desde la víspera en la berlina de Carlos que nos trasladaría hasta Madrid. Mi doncella tenía las ropas de viaje preparadas y el cambio fue rápido. Aun así, cuando terminé, Carlos ya estaba esperándome al pie de la escalinata.*

*El viaje de novios no tuvo nada de típico. No hubo noche de bodas. En ese momento de la noche salimos de viaje. Recorreríamos España, casi de punta a punta, para embarcar en el puerto de Cádiz rumbo a…*

—No han logrado descifrar el destino.

*Carlos, previamente, había pedido mi opinión respecto a la ruta que nos convenía seguir —algo que valoré muy favorablemente—. Los hombres, en general, estaban para ordenar y las mujeres para obedecer; además, era la primera vez que se interesaba por mi opinión directamente, desde que accedí a ser su esposa. A partir de aquel momento, todo se había ido decidiendo entre él y mi familia del género masculino.*

*Teníamos dos opciones para hacer el viaje hasta Madrid —según me explicó Carlos—: viajar por Soria o hacerlo por Zaragoza. Si decidíamos hacer el viaje por la ruta más corta: Logroño-Soria-Madrid, tendríamos que dormir en el coche dos o tres noches seguidas, porque en nuestra ruta no existían fondas adecuadas para pasar la noche, solo sucias posadas. Si lo hacíamos por Zaragoza, dispondríamos de un buen establecimiento para descansar a nuestra llegada, pero el camino era mucho más largo, duraría diez horas más.*

*Carlos me había propuesto salir al anochecer el mismo día de la boda, para que el sueño nos rindiese. Estaríamos muy cansados y, casi con seguridad, podríamos quedarnos dormidos en la berlina mientras avanzábamos, ganaríamos al menos ocho horas. Suficientes para compensar los kilómetros que pretendíamos añadir a nuestra ruta. Llegaríamos a Zaragoza y esa segunda noche podríamos descansar en una buena fonda. Dije que me parecía muy buena idea. Le hubiera dicho lo mismo de haber elegido la otra opción. Para mí, pasar la primera noche viajando era retrasar el duro trago de la noche de bodas. Algo en lo que, de momento, conseguía relajarme. Una tregua, antes de comenzar lo que podía ser un tormento.*

*Concluyó que, en efecto, iríamos mejor por Zaragoza. El trayecto nos costaría veintiséis horas, pero una vez allí podríamos cenar magníficamente en Casa Lac. Nos servirían tres platos a cuál más sabroso, dormiríamos en la Fonda de Europa y comeríamos al día siguiente en una casa de comidas donde no solo servían sopa. Eran demasiadas horas en un carromato, por cómodo que fuese, pero la llegada a Zaragoza tenía el aliciente de poder disfrutar de comodidad para dormir y del placer de comer bien. Me limité a decirle que él estaba acostumbrado a viajar y conocía los lugares por los que teníamos que pasar, con lo cual su criterio siempre sería más acertado que el mío, que apenas había salido de la provincia, por lo que, cualquiera que fuese su decisión, a mí me parecería bien.*

*Pero hubo algo que le hizo cambiar de opinión en el último momento.*

*A nuestra boda acudió desde Granada Antonio, uno de sus mejores amigos. Habitualmente vivía con su familia entre Granada y Almería, pero disponía de una vivienda que se encontraba en nuestro camino, casi exactamente en la mitad de nuestro recorrido: en Medinaceli. Antonio se la ofreció con empeño, le recordó que en ella normalmente solo estaba el servicio —yo ni*

*siquiera había oído hablar de ese lugar—, por lo que podríamos cenar y descansar en ella muy a gusto.*

*Así que Carlos, después de que su amigo Antonio Díez de Rivera y Muro, se lo ofreciera con mucho interés, volvió a cambiar de idea y de ruta. Iríamos por Soria, pero pararíamos en Medinaceli. Esto nos llevaría veintisiete horas, una hora más que a Zaragoza, pero la segunda etapa de nuestro viaje sería mucho más liviana, costaría veintidós horas, mientras que de Zaragoza a Madrid serían treinta y seis horas. El problema de dónde podríamos descansar su amigo lo había resuelto al ofrecerle la casa perteneciente a su familia desde hacía unos dos siglos. Ahora le pertenecía a su padre, junto con el título nobiliario de marqués de Casablanca, y él mismo le había sugerido que pasáramos allí nuestra primera noche.*

*Los marqueses estaban en Granada, pero ya habían dado orden al servicio para que nos atendieran adecuadamente en todo lo que necesitáramos, incluso en lo que deseáramos y durante el tiempo que nos apeteciera.*

*Así que nuestro viaje de novios comenzó con un trayecto por carretera, en su coche berlina de cuatro ruedas, tirado por dos caballos. La berlina me parecía realmente cómoda, con los asientos y respaldos acolchados, pero en ella solo había hecho cortos recorridos a Logroño. En el viaje a Madrid y con el paso de las horas ya no opinaría lo mismo de su comodidad.*

*Nos esperaban casi tres días de viaje en la berlina hasta llegar a Madrid. Después de veintisiete horas de viaje, pararíamos en Medinaceli. Al día siguiente, más descansados, llegaríamos a Madrid tras otras veinticuatro horas de carretera, que seguramente no estaría en las mejores condiciones.*

*Tendríamos tiempo para descansar casi dos días en Madrid, antes de tomar el tren que nos llevaría a Cádiz. Sé que hubo quien pensó en el poco romanticismo que entrañaba nuestra noche de bodas, pero a mí me pareció una idea estupenda; retrasar esa noche me permitiría conocer mejor a Carlos, más de cerca, antes de conocerlo en la intimidad.*

*La boda había estado bien organizada y todo había salido perfecto. Y tal como esperábamos, el ajetreo del ceremonial y la fiesta de celebración resultaron agotadoras. El tiempo nos acompañaba, había lucido el sol y no tenía aspecto de ir a llover esa noche. Pronto la paz del pequeño recinto, el calorcito de las mantas, los ladrillos calientes en nuestros pies y el adormecedor*

*traqueteo de la berlina, que no cesaba de mecernos, consiguió que conciliáramos el sueño, que en mi caso, se interrumpía continuamente, pero que pronto retomaba. Paramos a tomar el desayuno en la primera posada que divisaron los cocheros una vez que ya dimos señales de haber despertado.*

*Carlos se interesó por mi descanso y, después, por mi apetito. Dije que estaba cansada y hambrienta, a pesar de que esto último no fuera nada adecuado para una joven casadera —que ya no era mi caso—. Una señorita nunca debía mostrar apetito o deseo de comer, pero yo nunca había estado dispuesta a seguir dichos cánones, si eso perjudicaba cualquiera de mis costumbres o necesidades.*

*La posada estaba bastante llena, a pesar de que su aspecto no era muy atractivo, ni siquiera tranquilizador. Había varias mesas corridas, todas ocupadas en mayor o menor medida. Escoltados por nuestros cocheros, nos acomodamos en la menos ocupada. Ellos se colocaron uno a cada lado, con el propósito de aislarnos de cualquiera que pretendiese sentarse junto a nosotros. Ocupamos la misma mesa y pedimos distintas comidas: ellos tomaron huevos fritos con salchichas; Carlos, primero unas salchichas y después una sopa, para terminar con un chocolate.*

*A pesar de la aprensión que me daba sentarme en aquel banco cochambroso, no quise poner objeciones a las posibilidades que veía. Tenía hambre. Pedí chocolate con recelo. Me sirvieron un gran tazón y unos picatostes, con un cuenco de leche recién ordeñada. El chocolate me supo buenísimo, eso que había comenzado a tomarlo poco convencida. Quedé satisfecha. Volvimos a la berlina, los ladrillos metidos en su funda de lana volvían a estar calientes, e iniciamos de nuevo la marcha. Todavía nos quedaban unas dieciséis horas de recorrido.*

*Después de veintisiete horas de viaje, durante las que solo hicimos otra parada para tomar una sopa en un parador, muy semejante en su aspecto y pulcritud al anterior, aunque menos concurrido, llegamos a Medinaceli. La casa de los padres de Antonio era un sólido palacio con un gran escudo heráldico, cuyo blasón pregonaba el marquesado en su fachada principal. Dentro estaba lujosamente amueblado y reluciente en su limpieza. Pude apreciarlo a pesar de estar agotada. Los dos estábamos realmente cansados del traqueteo del viaje por esas carreteras, con pocos tramos en buen estado.*

*Aunque era muy tarde, nos esperaban con una magnífica cena:*

*truchas con jamón, perdices y sopa. Deliciosos postres de natillas, flanes, mantecados, quesos y nueces con membrillo. Todo ello acompañado de sus correspondientes vinos, de los que yo solo tomé un primer sorbo de cada uno; aun así, al terminar me sentí eufórica y un poco mareada. ¡Debía de ser del viaje!, ¡ja, ja!*

*Los padres de Antonio habían dado orden de que nos preparasen la habitación principal para nuestra primera noche. Pero nosotros ya lo habíamos hablado durante el trayecto y estábamos de acuerdo en que era preferible descansar; todavía nos quedaba un largo camino. Carlos solicitó del servicio que preparasen otra habitación, a ser posible comunicada con la principal. «Tenemos toda la vida por delante» —me dijo—. Naturalmente, los servidores se limitaron a obedecer y prepararon dos habitaciones. Las separaba una recámara que comunicaba los dos dormitorios y donde al día siguiente nos servirían el desayuno.*

*Después de cenar, rechazamos la ayuda del servicio para asearnos y entramos por la recámara. De nuevo Carlos se interesó por mi estado de ánimo, por si mi apetito había quedado satisfecho y por mi cansancio. Yo, con aquella euforia recién adquirida, respondí a todo satisfactoriamente. Carlos sonreía ante mis respuestas. Se acercó más a mí para desearme «buenas noches» y me dio un beso en cada mejilla, mientras con la mano izquierda sujetaba mi espalda, como si no quisiera dejarme ir. Se detuvo unos momentos en esa posición, para mirar mis labios con gran descaro. Sentí un estremecimiento, pensé que no iba a ser capaz de cumplir lo acordado, pero pronto cambió de ademán, se retiró y abrió la puerta que correspondía a mi habitación. Volvió a decir: «Que descanses». Respiré más tranquila y manifesté el mismo deseo para él.*

*El dormitorio era impactante. Siempre había pensado que nuestra casa era una de las más espléndidas que conocía, amueblada con gusto y con costosos muebles y detalles; no en vano, nuestra familia, hasta la generación de mis abuelos, había disfrutado de una enorme fortuna. Fortuna que mi abuelo, sus hermanos y, más tarde, mi padre y mis tíos se empeñaron en dilapidar, casi siempre de forma poco honrosa. Pero aquella estancia era realmente impresionante.*

*Yo agradecí que Carlos, a pesar de haber dado muestras de desear cambiar su acuerdo, no se hubiera precipitado en hacerme cumplir con mis recién estrenadas obligaciones de esposa; creo que empecé a verlo de otro modo, a mirarlo con más benevolencia, incluso con un poco de… admiración.*

*En el diario que siempre me acompañaba fui anotando esa misma noche los lugares donde hicimos alguna parada con lo más destacable de cada lugar. Poca cosa, realmente. Me lavé medio cuerpo en el aguamanil y me puse el camisón de novia que mi madre había encargado para mi noche de bodas, con puntillas y entredoses de valencie, y dejé sobre la cama la bata hecha a juego, y con la misma finalidad, sabiendo que ninguno iba a servir para el propósito a que estaba destinado.*

*Dormí profundamente; me despertó la luminosidad del día que entraba a través del cristal central. Olvidé cerrar las cortinas del balcón. Era el único del palacio, al menos en su fachada principal solo existía un balcón. Las cortinas de las dos ventanas que lo enmarcaban sí habían sido cerradas por los sirvientes. Me puse la bata y lo primero que hice fue abrirlas para que la luz invadiese la estancia. Supuse que los sirvientes habían dejado sin cerrar las cortinas del balcón, por si deseábamos salir a él para observar la luna en tan romántica noche. No pude evitar reírme ante la descabellada idea de imaginarme a Carlos junto a mí, en el balcón, abrazados, observando la luna e intercambiando apasionados besos y temblando… de frío, ¡ja, ja, ja! Eso nunca ocurriría.*

*Unos golpecitos en la puerta me advirtieron de la presencia de mi flamante marido.*

*—¡Sí! Puedes pasar.*

*—Buenos días, veo que estás de muy buen humor, incluso me ha parecido oírte reír cuando me he acercado a la puerta para ver si todavía dormías. Supongo que has descansado bien. Ya he pedido que nos sirvan el desayuno.*

*—En efecto. He dormido muy bien. ¿Qué tal has descansado tú? —dije cuando terminó su largo saludo.*

*Los criados, que ya habían empezado a servir el desayuno, pronto desaparecieron. Nos sentamos uno frente a otro. Carlos me miraba de una forma que me intimidaba. Creo que verme con el pelo suelto y aquel salto de cama que, al igual que el camisón, se transparentaba un poco, le producía algún tipo de impresión, que yo confiaba que fuera positiva, pero que no diese motivo a retrasar nuestra salida de viaje —el conjunto para la noche de bodas parecía cumplir su obligación de ser sugerente, incluso atrevido.*

*—Desayunaremos con calma para hacer esta segunda etapa lo*

*más relajados posible. Tal vez incluso nos convenga salir después de comer, veintidós horas de trayecto son muchas horas, sobre todo teniendo en cuenta que se trata de la segunda parte de nuestro viaje y ya partimos un poco cansados del camino.*

*—Como tú consideres. Yo me encuentro bien, pero no cabe duda de que aún nos queda mucho viaje.*

*De nuevo tomamos chocolate para desayunar, esta vez con tostadas y bizcochos de soletilla. Las torrijas estaban deliciosas, y los hojaldres, muy crujientes. También había natillas, pero yo no las probé. Carlos comió de todo. Pero eso no le impidió alzar la vista de vez en cuando para sonreírme, hacer un comentario amable u ofrecerme algo de lo que había en la mesa y que encontraba especialmente rico. Me animaba a probarlo con un gesto simpático que parecía aproximarnos.*

*Al terminar de desayunar, se acercó para retirar mi silla, me tendió la mano para ayudarme a levantarme, pero él no se movió de allí. Yo me levanté sin sospechar lo que podía pasar. Sin soltarme la mano, él tomó mi otro brazo, lo que me obligaba a dar la vuelta y situarme frente a él. Sentí su respiración muy cerca, sus brazos me rodearon por un momento sin llegar a abrazarme y sus ojos recorrieron mi rostro y parte de mi busto.*

*—¡Estás preciosa con el pelo extendido! —dijo, acercando más su rostro al mío. Por un momento parecía a punto de besarme el cuello—. Aspiró con profundidad rozándome ligeramente. ¡Me encanta cómo hueles! —añadió, mientras yo, expectante, no sabía cómo actuar—. Seguramente él esperaba recibir señales que le permitieran abandonar su promesa, sin romperla. Pero no las recibió.*

*Finalmente, retiró sus brazos de mi espalda diciendo: «Si deseas sentirte más descansada, tras esa puerta hay preparada una bañera con agua caliente, puedes tomar un baño, te relajará más profundamente y te hará sentir más sosegada. Yo ya me he bañado y me ha sentado muy bien, por eso me he adelantado y he pedido que te lo preparen también a ti. Tienes enormes toallas de hilo, creo que no falta de nada. ¿Quieres que llame a una de las doncellas para que te ayude?*

*—Gracias. Me parece muy buena idea, tomaré ese baño, pero no será necesario que llames a nadie. Si tengo alguna dificultad yo misma llamaré. Supongo que allí también habrá un cordón para llamar al servicio.*

*—Sí lo hay. No tengas prisa, nos encontraremos en el salón de la primera planta cuando termines. Yo mientras daré una vuelta por las estancias de la casa, solo he estado aquí un par de veces, hace muchos años, ni me acordaba de este palacio, pero esta noche he recordado que tenía unos preciosos cuadros, me encantaron, tal vez ya no se encuentren aquí.*

*Entré en una habitación enorme, era al menos dos veces nuestro baño, y los muebles tallados en madera que envolvían las piezas de porcelana, mucho más lujosos. Todavía no nos habíamos acostumbrado a este tipo de baño. Hasta que lo instalamos utilizábamos a las doncellas para que nos asearan por partes, o nos trajeran baldes de agua que acababan de calentar en los fogones de las cocinas para verterla en la bañera de cuatro patas, que se encontraba en el centro de la estancia.*

*Me reuní con Carlos en el salón. Él se empeñó en mostrarme lo más destacado del recinto, cuadros, porcelanas, un precioso patio…*

*Antes de volver a emprender nuestro viaje, dimos un paseo por el exterior. Teníamos por delante muchas horas que habríamos de pasarlas sentadas. Más tarde pudimos degustar un buen asado de cordero, además de la sopa que sirvieron a continuación.*

*Los cocheros, según contaron cuando Carlos indagó sobre el trato que habían recibido, pudieron disfrutar de idénticos manjares en el comedor del servicio, y también estaban satisfechos. Volvieron a cargar los dos baúles que habían descargado la noche anterior. Los criados nos despidieron en la puerta, muy respetuosos. Después de mostrarles nuestro reconocimiento por su impecable atención, Carlos les entregó un sobre con dinero para que lo repartiesen entre todos.*

## ¿CÓMO SIGUE LA HISTORIA?

1984

—Me han dicho que no tardarán en tener preparado unos cuantos folios más, pero no he querido esperar —concluyó Daniel, dejándonos expectantes—. Yo también estoy deseando saber si esto tiene algo que ver con la casa o es solo un relato. Os llamaré en cuanto tenga algo más. De momento, solo el nombre de Carlos de la Serra coincide con el de quien adquirió el solar en 1850.

—Es muy interesante.

—También tengo que deciros que he recibido la noticia de que hay alguien interesado en el contenido de la casa, sobre todo el menaje de metal que parecía de oro, aunque ya sabemos que se trata de cobre; ignoramos su aleación y de ello dependerá su precio.

Era una buena noticia y esperábamos alguna más sobre los muebles que todavía quedaban en pie y que, según el carpintero, quedarían como nuevos con un buen tratamiento. El barandado y las escaleras también eran objetos de esperanza. Cualquier cosa con valor crematístico tenía para nosotros gran importancia, que la medíamos en función de los meses que nos permitiría pagar el alquiler de una vivienda.

—¿Y en ningún papel de esos dice que hay una mina? —preguntó Lucía muy seria.

—Pues no, Lucía, ya lo siento, pero ¿quién sabe? Todavía quedan muchos «papeles de esos» —sonrió Daniel al decirlo.

Una tarde, me llamó mi tía Felisa, la segunda de las hermanas. En esencia me habló de algo que había recordado sobre una conversación con una compañera de colegio. Sus palabras resonaban como si vinieran del más allá. Seguro que era un fallo del teléfono, pero por unos instantes la sentí irreal.

—Verás, mi amiga me preguntó si era miedosa. Cuando dije que no, me animó a acompañarla a una casa que era de su abuela, o de una hermana de su abuela, eso no me acuerdo bien, pero sé que nadie de la familia quería vivir en ella, a pesar de que, según decía, era preciosa. Me habló de que allí, en lo que había sido el jardín, había una cruz sin nombre y al menos un niño enterrado, y que posiblemente hubiera más niños bajo tierra. Entonces yo le puse no sé

qué excusa para no ir, porque me daba *yuyu*, así que no llegué a conocer la casa. Creo que ese es, o que puede ser, el lugar por el que preguntas, pero yo no te puedo contar nada más. Supongo que mi amiga no insistió y yo lo olvidé, bueno, olvidarlo está claro que, aunque no lo recordaba en un primer momento, no he llegado a olvidarlo del todo, la prueba es que te lo estoy contando, pero éramos muy pequeñas y yo lo debí de dejar aparcado en algún rincón de mi memoria. Hoy he soñado algo que no recuerdo, pero al despertar he intentado rememorar el sueño, y lo que ha venido a mi memoria ha sido la cara un poco borrosa de aquella amiga proponiéndome visitar un lugar que me daba escalofríos. ¡Qué cosa! Lo recordaba con total nitidez, a pesar de que su físico estaba borroso. He sentido como un escalofrío, era como si hasta la atmósfera hubiera cambiado y me encontrara en otra época, la de mi niñez.

—Tía, tal como lo dices, también a mí me dan escalofríos —dije forzando una risita.

Fueron unos días de idas y vueltas a aquel lugar que daba sensación de querer desmoronarse en cualquier momento, aunque el constructor nos decía que solo una parte del tejado era peligroso, pero que el resto era de una solidez a prueba de años. Lucía todos los días iba con la esperanza de encontrar un tesoro en cualquiera de las formas posibles: un arcón lleno de doblones de oro, un cofre con joyas, una habitación secreta parecida a la cueva de Alí Babá o, por lo menos, un mapa del tesoro.

—Que seguro es uno de esos papeles que ya se han encontrado y que nadie entiende —decía con mucha certeza—. Pero ya no nos reíamos, de tanto insistir solo queríamos que sus fantasías se convirtieran en realidad.

¡Estábamos tan necesitadas de buenas nuevas! Y tan mal acostumbradas… Papá era capaz de proveernos de cuanto necesitábamos y él se había ido, nos había abandonado, y lo había hecho dejándonos en una situación de la que no era fácil salir sin su ayuda. ¡Qué contradicción!, creo que me falla la lógica.

Daniel avisó de su visita pocos días después, aunque advirtiendo que no creía muy adecuado que Lucía estuviera presente en la lectura.

—¿Es de mucho miedo? —pregunté intrigada.

—No, hay sexo explícito, tal vez Carolina tampoco debiera leerlo.

—¿Qué dices, Daniel? ¿En qué siglo vives? Si oyeras lo que me cuentan algunas amigas, ja, ja. No se va a asustar. Seguro.

—Una vez que lo escuchéis vosotras decidiréis si es prudente que ellas también lo lean. De momento, creo preferible que lo leáis cuando no estén.

Esto nos intrigó más si cabe. Lo organizamos de forma que ellas no estuvieran durante la visita de Daniel. Decidimos enviarlas a realizar unas compras de las que ya habíamos hablado y que sabíamos que les hacían mucha ilusión. Ni siquiera mencionamos la llamada. Mi madre y yo nos preparamos para escucharlo en cuanto él se presentara en casa.

Daniel pasó a la hora acordada, y nos apresuramos a conocer la otra parte de la narración antes de que volvieran mis hermanas.

> *Llegamos a Madrid después de otras veintidós horas de camino, más el tiempo que necesitamos salir de la berlina. No hicimos más paradas que las estrictas para descansar vestidos durante unas horas y alimentarnos frugalmente en una posada que había en la ruta. Fue una mezcla de cansancio y situaciones placenteras. La actitud de Carlos durante el pesado viaje no pudo ser más agradable y respetuosa. Hablamos, reímos y hasta conseguimos descabezar algún sueñecito.*
>
> *Una vez en Madrid, y sin que Carlos tratara de asombrarme, ¡todo parecía tan natural!, me sentí impresionada ante el recién inaugurado Gran Hotel Inglés donde nos hospedamos.*
>
> *Sus maravillosos salones, iluminados con lámparas de luz eléctrica, bombonas blancas que despedían luz a borbotones, me hicieron sentir maravillada, como en un lugar hechizado donde con la varita mágica las hadas encienden y hacen lucir todas las estrellas. También en nuestras habitaciones las había, sin necesidad de velas, quinqués, ni nada que hubiese que encender; bastaba darle a un botón y todo se iluminaba. Carlos me explicó que era el primer hotel en España que disponía de este increíble descubrimiento.*
>
> *Estaba situado en una calle que también disponía de suministro eléctrico: calle Lobo n.º 10. Fue mi primer contacto con ese mundo luminoso.*
>
> *Nos proporcionaron una cena ligera, era demasiado tarde y la cocina del hotel estaba cerrada. Unos sabrosos canapés fueron suficiente para poder ir a dormir satisfechos.*

*En Madrid pensábamos descansar dos días, en dos habitaciones que también se comunicaban. Al despedirnos para ir a dormir, Carlos me dio el beso de buenas noches en la mejilla y pasó a su dormitorio. Yo cerré con llave; de nuevo estaba muy cansada y no quería sorpresas nocturnas.*

*Por la mañana llamó a mi puerta para acompañarme a desayunar en el comedor del hotel.*

*Durante el desayuno se mostró interesado por mi descanso y me explicó lo que haríamos a lo largo del día. Aprovecharíamos para ver un espectáculo, comer y cenar en los lugares que estaban más de moda. Iríamos primero al Museo del Prado y comeríamos en Lardy, una siesta para estar frescos para la hora de acudir a un espectáculo en el Real, y cenaríamos en el mismo hotel, donde descansaríamos toda la noche. No puso ningún énfasis en esta última propuesta y yo me quedé tranquila.*

*Cumplimos el programa, de forma muy satisfactoria. Todo me pareció espectacular: los cuadros del museo que llegaron a emborracharme con tanto arte, los locales donde comimos o donde tomamos el café de media tarde, antes de ir al Teatro Real… Pero lo que más me impactó fue la ópera que vimos en el Real:* Il trovatore, *de Giuseppe Verdi.*

*La música me invadió el alma desde el primer acorde, los coros me ponían la piel de gallina y el final resultó estremecedor. Las voces, maravillosas todas, pero el bajo final de la gitana me dejó huella. Quise volver a verla, o al menos volver a escucharla. Nunca había oído ni sentido nada igual.*

*Antes de que empezara la función, Carlos me explicó la temática, porque la cantaban en italiano. Era sobrecogedora. Una gitana es acusada de embrujar al bebé de un noble y la castigan a morir en la hoguera, a pesar de ser inocente. La hija de la gitana, con su hijo en los brazos, contempla horrorizada la muerte de su madre en la hoguera, mientras esta le dice: «Hija, véngame». Al ver morir a su madre de forma tan espantosa, decide robar al niño por el que su madre moría injustamente, y, como venganza, quemarlo en la misma hoguera que habían usado para quemar a su madre. En su furor no se da cuenta de que el bebé lanzado a las llamas es su propio hijo. La gitana, al darse cuenta del error, decide calmar su dolor cuidando al bebé del noble, como si fuera el suyo. Piensa que ha pagado esa vida con la vida de su hijo. Al fin y al cabo, es lo que había obtenido a cambio. Cuando el niño crece, este adora a la que cree que es su madre. Pasan los años y el niño robado es*

*un soldado que forma parte de un grupo que lucha contra el noble. Los dos están enamorados de la misma dama, pero él, el hijo de la zíngara, es correspondido. El noble consigue encarcelar a la gitana para poder atrapar a su hijo. El soldado, para salvar a la que considera su madre, se entrega a cambio de ella, pero el noble, celoso, no se conforma con encarcelarlo, y lo mata.*

*Acaba, diciendo la gitana que su madre ha sido vengada, porque a quien el noble ha matado es a su hermano, el que ella robó siendo todavía un bebé.*

*Salí del teatro estremecida, con una mezcla de satisfacción y pena que me causaba una fuerte emoción y un extraño sentimiento. Por encima de todo, el deleite de la maravillosa música y de haber disfrutado de unas voces arrebatadoras. Por otro, una pena, por la historia tan triste. Pero sobre todo una sensación placentera. Me encontraba dichosa por haber sentido con tanta intensidad todas esas emociones.*

*En los entreactos sirvieron canapés y champán. De esta experiencia secundaria, me ha quedado claro que me gusta el champán. Me pone muy alegre.*

*Al llegar la noche me encontraba feliz y relajada. No cerré con el pestillo la puerta que comunicaba nuestros dormitorios. Sin duda, esa sería nuestra «noche de bodas».*

*Pero pasaba el tiempo y la puerta no se abría. Yo miraba la manilla esperando verla girar, pero no se movía. Comencé a impacientarme por el silencio y la inacción de Carlos. Creo que me sentía un poco decepcionada. Estaba ya preparada para recibirlo, pero él no se manifestaba en ningún sentido. Su actitud tranquila y sin atosigamientos o exigencias hasta ese momento me había parecido perfectamente caballerosa, y hasta le estaba agradecida. Pero, ahora, ¿qué pasaba ahora? ¿Acaso no tenía intención de consumar nuestro matrimonio? Yo creía que estaría ansioso por poseerme. No podía entenderlo.*

*En esos momentos no fui consciente de que comenzaba a desear que ejerciese sus derechos como esposo, pero no para la validez de nuestro matrimonio. Necesitaba sentir que me deseaba. Me humillaba pensar que podía pasar de mí, de mi cuerpo, y empecé a anhelar aquello que tanto miedo me producía los días anteriores. Pero él no intentaba abrir aquella puerta.*

*La cama ya estaba descubierta y decidí acostarme. Ya no tenía sentido esperarlo levantada. Sentí deseos de llorar.*

*Unos suaves golpes en la puerta rompieron mi decepción. Dije: «Pasa», tratando de disimular mi impaciencia. Carlos comenzó a cruzar la habitación despacio, buscando mi mirada de aprobación o rechazo. Lo recibí con una sonrisa. Seguro que apreció en mi actitud el deseo que me invadía.*

*Entró abrigado con su batín de gruesa seda estampada en cachemir, de tonalidades azules, sobre un pijama azul oscuro. No tuve más remedio que reconocer su gran atractivo, lo que estimuló aún más mi deseo. Me observó con un gesto irónico en sus labios, una medio sonrisa que elevaba un poco la parte derecha del labio superior y se fue acercando, sin prisas, hasta llegar a rozar mi salto de cama, de un blanco inmaculado. Con lentitud estudiada, posiblemente para darme tiempo a rechazarlo, si eso era lo que deseaba hacer, fue desenlazando las cintas de raso que cerraban mi negligé. Una vez libre de ataduras y ayudada por un ligero movimiento, la prenda de suave seda que me cubría se deslizó de los hombros a los brazos hasta abandonar mi cuerpo para caer a los pies.*

*Yo le había dejado hacer sin mover un músculo, mientras lo miraba anhelante, pero cuando soltó el cordón de su batín y dejó que este cayera sobre mi salto de cama, fui parte activa y lo ayudé a desnudar su torso de forma apresurada. Él hizo lo mismo con mi camisón. A partir de ese momento todo se precipitó. Después de besar mi cuello comenzó a acariciar mis pechos y a lamerlos con anhelo, me tomó en sus brazos y me llevó al lecho mientras su lengua recorría mis labios y me besaba con pasión. Yo me perdía entre sus brazos y saboreaba aquellos labios que ardían, mientras mi lengua se defendía sin pericia. Ya tumbada sobre la cama, él parecía querer retrasar el momento que yo había temido y ahora deseaba. Se separó un poco para decirme con una voz casi desconocida: «No sabes cuánto te deseo». A pesar de sus palabras, estuvo jugando conmigo habilidosamente, hasta que consiguió que anhelara sentirlo dentro. Lo hizo con delicadeza, consiguiendo que sintiera placer, un placer desconocido, que enmascaraba en parte el dolor que también me ocasionaba. Todo mi cuerpo temblaba.*

*Fue una experiencia que no olvidaré jamás. Incluso pensé que eso debía de ser el amor. Pero no, hoy sé que no era amor, era pasión. La espera y las dudas de si ya no me deseaba habían despertado mi propio deseo, si bien en esos momentos yo pude haber llegado a confundirlo.*

*Al despertar aquella mañana me sentía extraña, pero a Carlos también lo veía distinto. Todavía me ardían los labios. Carlos*

*tenía algunas marcas moradas alrededor de los suyos, se echó a reír cuando se lo hice notar.*

*—No te imaginaba tan fogosa, ha sido una agradable sorpresa —dijo con una enorme sonrisa mientras me estrechaba entre sus brazos con fuerza.*

*Tomamos el tren que nos llevaría a Cádiz. Nuestros cocheros acomodaron baúles y maletas en nuestros compartimentos y se despidieron de nosotros respetuosamente. De nuevo, el viaje, que iba a ser mucho más rápido y más cómodo que el coche de caballos, nos obligaría a pasar un día completo viajando, pero lo hicimos en coche cama. También en este caso nuestras reducidas habitaciones se comunicaban. En medio había un pequeño servicio para los dos compartimentos. Cuando Carlos ocupó su cama, ya amanecía.*

*El vagón restaurante era muy cómodo. Pero solo los de primera clase podían disfrutarlo, los de segunda y tercera disponían de poco espacio y ninguna comodidad; los asientos eran de madera, debían resultar muy incómodos, sobre todo para viajar más de veinte horas seguidas. Pero al menos los de segunda iban todos sentados, los de tercera ni siquiera tenían asegurado un asiento, todo dependía de la cantidad de viajeros que hubiese en el momento. Lamenté verlos en aquella situación y por primera vez sentí agradecimiento por la fortuna de Carlos.*

*El tren paró muchas veces a repostar agua y a recoger viajeros en las estaciones por las que pasábamos, a veces procedentes de otro tren, que, en la mayoría de las ocasiones, llegaba con retraso y cuya llegada había que esperar. De hecho, la anécdota que contaba uno de los revisores era que solamente en una ocasión había llegado un tren a su hora, y lo malo —decía— es que había llegado 24 horas más tarde…*

*El paisaje que apreciábamos tras los cristales era cambiante, pero, en general, muy verde y muy grato. Y lucía el sol.*

*Al fin llegamos a Cádiz, por la mañana, después de haber desayunado en el vagón restaurante sin ninguna prisa. Se embarcaba los días 10 y 30; estábamos a 10 de marzo. La temperatura de Cádiz era muy agradable, a pesar del viento que hacía ondear nuestras ropas. Las fechas para navegar, como todo lo demás, las había decidido Carlos. En este caso, había tenido presente que en el lugar al que nos desplazábamos era uno de los meses más secos del año. Todavía tendríamos un par de meses sin lluvias, me dijo, tratando de justificar que la elección de las fechas*

*no era un simple capricho.*

*Embarcamos casi a la hora de comer. El capitán nos dio la bienvenida personalmente con una copa de champán muy fría. ¡Estaba delicioso! Poco tiempo después, cuando el barco ya estaba navegando, nos invitó a sentarnos a su mesa, junto con otros comensales que compartieron lo que se consideraba un honor, ocupar aquel lugar destacado. La comida estuvo llena de exquisiteces, alguna nunca la había probado. Hubo gran variedad de postres y degustamos distintos vinos. Llegué al camarote un poco mareada. Carlos estaba cabal, al menos así lo sentí.*

*Yo nunca había subido a un transatlántico, pero me sorprendió la amplitud de nuestras instalaciones, lo había imaginado todo mucho más reducido. Constaba de un saloncito y dos dormitorios de amplias camas, con un baño completo. Las ropas ya estaban colocadas en sus respectivos armarios, colgando de sus perchas, o en sus cajones correspondientes. La camarera a nuestro servicio nos mostró algunas cosas y señaló el botón al que podíamos acudir para llamarla. «Vendré inmediatamente», dijo.*

*Entramos en nuestros camarotes, sentí que el suelo se movía un poco. El barco había comenzado a hacer las primeras maniobras para salir del puerto, desde el ojo de mi camarote podía ver cómo la gente se despedía de los viajeros. Quise verlo separarse del muelle, sabiendo que a nosotros nadie nos iba a despedir; ya lo habían hecho en nuestra tierra. Sin embargo, acompañada de Carlos, salí para presenciarlo desde cubierta.*

*La salida del puerto me resultó muy emocionante. Además de lo que de espectáculo tenía el hecho de ver cómo esa mole enorme se movía y se iba despegando del puerto, de la tierra, para flotar en el agua durante muchos días, además de verlo maniobrar girando, lo que nos permitía cambiar de panorámica al menos 180º, ayudado y dirigido por un pequeño barco, en el que el práctico tenía un papel principal. Además, ¡me despedía de tantas cosas!: de mi tierra, de mi familia, de mis amigos, de mi soltería, de lo que era o había sido mi vida. Me invadió la nostalgia y unas lágrimas se escaparon a mi pesar y pasearon por el lugar que tenían más a mano, mis mejillas.*

*Pero yo ya había derribado todas las barreras que me impedían disfrutar de mi estado de casada, incluso me sentía atraída por aquella persona que estaba a mi lado y se empeñaba en hacerme la vida agradable. Empezaba una nueva vida que parecía ser mucho más atractiva que aquella que abandonaba.*

*El sol brillaba y hacía despedir destellos de luz al reflejarse en el mar. Miré la inmensidad del océano en el que nos adentrábamos hasta que solo se divisaba agua. Carlos solo esperaba ver cuál era mi reacción en ese momento. Ya no había posibilidad de volver atrás. Ahí empezaba realmente nuestra nueva vida en común, así me lo dijo mientras me abrazaba apasionado. Ahora mis lágrimas rodaban libres y felices. Así me sentía.*

*-Durante el tiempo que duró la travesía, cualquiera que nos contemplara podía ver su adoración y mi rendimiento. Me había hecho el propósito de ser feliz, tanto como lo era el resto de mi familia. Ya no lucharía, no veía la necesidad. Nunca había estado enamorada y pensé que tal vez el amor era esa paz, ese bienestar del que disfrutaba en todo momento, sabiéndome el centro de aquel hombre inteligente y amable que trataba de hacerme feliz. Y lo conseguía.*

*No me sentía arrebatada por su presencia y pensaba que lo de las mariposas en el estómago de las que hablaban las cursis de mis amigas era solo eso, una cursilada. Pero me sentía bien junto a él, incluso disfrutaba profundamente de nuestros encuentros apasionados.*

*Las fiestas en el barco se sucedían noche tras noche, y más de un compañero de viaje me declaró su «gran amor», aprovechando un baile, tras arrancar a traición el permiso de mi marido, que siempre estaba vigilante y veía las miradas voluptuosas de algunos de los compañeros de viaje. En otras ocasiones lo que me divertía era la frivolidad de aquellos caballeros tan sensibles al género femenino.*

*Nuestra mesa siempre estaba ocupada por lo más selecto del pasaje. El capitán trataba de ser un buen anfitrión con las personas más distinguidas, alternando la invitación a su mesa de forma casi mecánica. A pesar de ese juego, ni una noche dejó de invitarnos a que nos uniésemos a él. Algo que Carlos no siempre aceptaba.*

*La mayor parte del pasaje con los que alternábamos durante la travesía eran amigos o conocidos de Carlos, acostumbrados a realizar esa singladura. Para mí todos eran auténticos desconocidos. Hicimos amistad con algún matrimonio que prometió visitarnos en nuestra mansión y nos ofreció la suya con insistencia.*

*El crucero no se me hizo largo, a pesar de que tras más de un mes viendo cielo y agua a mi alrededor, las ganas que tenía de pisar tierra firme y conocer el entorno en que iba a transcurrir la mayor parte de mi vida eran cada vez más fuertes.*

*Al fin llegábamos, ya se divisaba el puerto de San Juan. Me*

*pareció verde y plano, como un inmenso jardín con lagos y ríos azules.*

*Atracamos en el puerto de San Juan, donde no había lagos ni ríos, todo había sido un efecto óptico en la distancia. No obstante, su fondo, aunque montañoso, seguía siendo verde y soberbio. Pero ese puerto no era nuestro destino final. Unos isleños nos estaban esperando y trasladaron todo nuestro equipaje a otro barco muchísimo más pequeño. Eran jornaleros de la hacienda de Carlos, que embarcaron con nosotros en un vapor costanero, que, como su nombre indicaba, hacía el recorrido por la costa, alrededor de la isla. Esto era debido, según me había explicado Carlos, a la escarpada orografía de Puerto Rico. El traslado por tierra, con unas carreteras casi inexistentes, dificultaban y hacían peligroso cualquier recorrido. El vapor costanero hizo tres paradas en los correspondientes puertos de Arecibo, Aguadilla y Mayagüez, que era el puerto en el que nosotros debíamos desembarcar, pero tampoco era nuestro destino. Antes de llegar a Mayagüez, comimos en el barco, por cierto, exquisitos manjares que nunca había visto ni oído hablar de ellos y muy elegantemente servidos. El barco costero también disponía de camarotes de primera y segunda, porque muchos pasajeros pasaban allí la noche.*

*A las 5.30 llegamos a Mayagüez. Allí nos esperaba otro barco pequeño, propiedad de Carlos. Me explicó que el costanero paraba allí y no salía hasta la mañana siguiente, para llegar a Ponce, que era nuestro destino final. Nosotros con ese barco estaríamos en la hacienda a las ocho de esa misma noche. El barco era ligero y solo llevaba nuestro equipaje. Me sorprendió mucho saber que era el medio que usaban a diario para trasladarse a Guayama y Mayagüez, las distintas plantaciones que poseían en la isla.*

*Un bonito coche tirado por cuatro caballos nos aguardaba. Los hombres que nos habían ayudado en el puerto de San Juan trasladaron nuestro equipaje a otro coche que nos siguió. Ellos también nos acompañaban, montados en el segundo coche. Carlos me explicó que ambos vehículos, así como los dos cocheros que conducían nuestros carruajes y que los habían llevado hasta el puerto, eran de la casa. Todo estaba muy bien organizado.*

*La plantación estaba cerca del puerto. Sabía que disfrutaba de playa casi privada, se hallaba a la orilla del mar Caribe, a menos de una hora de camino en el coche de caballos. Era una noche de luna llena, pero a pesar de la claridad que nos brindaba aquella luna, y de que los faroles de los carruajes iban encendidos, todo ello no me permitía apreciar los cañaverales que bordeábamos.*

*Solo veía una especie de muralla oscura a un lado, y al otro, solo arena durante un tiempo. Más adelante altas plantas de no sabía qué. Quedé asombrada cuando llegamos a las propiedades que habían pertenecido a la familia de Carlos y que ahora pertenecían a mi marido. Al llegar a ellos Carlos dijo:*

*—Estos son nuestros dominios. Disfruta como dueña y señora desde este mismo instante de todo hasta donde alcance tu vista. Todos están a tu servicio y tienen obligación de obedecerte.*

*Entramos en la espectacular hacienda. Carlos reía feliz al ver mi expresión de asombro ante tanto lujo isleño. Todo estaba iluminado con profusión. Innumerables teas encendidas daban resplandor a aquel espacio. El verdor que enmarcaba la vivienda de un blanco níveo la hacía parecer aún más atractiva y poderosa. Los jardines que rodeaban la casa, sumamente bien cuidados, me parecieron irreales. Tal vez, el movimiento ondulante que procedía de las teas encendidas ayudaba a esa sensación de irrealidad que sentía. Me presentó al servicio de la casa, que estaba formando como si se tratase de un pequeño ejército: un mayordomo, cuatro jóvenes criollas y cuatro sirvientes de mediana edad y otra isleña, la menos joven y más entrada en carnes —supe de inmediato que era la cocinera y no tardé en comprobar sus habilidades culinarias —. Cenamos espléndidamente.*

*Un joven español, bien parecido, que Carlos me presentó como Bernardo Fonseca, su abogado, compañero de carrera y mejor amigo, nos acompañó en aquella cena, lo que se repetiría con gran frecuencia. Carlos le puso al corriente con muy pocas palabras de sus proyectos más inmediatos, entre los que se encontraba la preparación de una fiesta de bienvenida a la nueva ama. Algo que a mí me lleno de satisfacción.*

*Bernardo nos acompañó también en el desayuno, algo que haría con harta frecuencia, posiblemente hasta tenía allí sus habitaciones, nadie habló de ello y yo no tenía tanto interés como para hacer preguntas al respecto, pero lo cierto era que solía compartir con nosotros el desayuno y la cena. En las comidas no aparecía.*

*Durante los desayunos, y mientras yo estaba en la mesa, la conversación solía desarrollarse en torno al tiempo, la comida y otros lugares comunes. Cuando yo me levantaba, Carlos departía con Bernardo durante un tiempo relativamente corto y, según tenía entendido, lo hacían sobre lo que a cada uno le correspondía hacer ese día; dicho de otra manera, se repartían los trabajos de*

*organización de la finca. Algunos días Bernardo no estaba a la cena, y en ese caso también faltaba al desayuno de la mañana siguiente. En una de esas ocasiones, y sin que yo preguntara nada, Carlos me comentó que Bernardo había ido a dar una vuelta por Cuba y Dominica. Naturalmente, tampoco me importaba qué le llevaba a esas islas vecinas. Pero pregunté a qué iba para mostrarme receptiva a la información gratuita de mi marido.*

*—También allí tenemos plantaciones —fue su respuesta.*

*La primera semana fue un tiempo de gran excitación, con presentaciones de algunos vecinos, los más próximos —dijo Carlos —, pero que, por cierto, habían hecho un complicado recorrido por los difíciles caminos, entre extensos campos de caña de azúcar, vadeando algún río o en sus goletas por mar, cosas que me asombraba escuchar; todavía no estaba acostumbrada a esa forma de vida.*

*En la segunda semana que pasamos en Puerto Rico, Carlos organizó esa fiesta en la plantación, de la que habló a mi llegada, y que duró tres días, para celebrar nuestra boda y para presentarme oficialmente a sus amigos y vecinos no tan próximos.*

*Al cuarto día, la fiesta fue para sus empleados. Adornaron una explanada, libre de cañas de azúcar, y colocaron largas mesas. Fue un generoso banquete que terminó con una exhibición de sus danzas tribales, con mucho ritmo. En realidad, era una mezcla de las tres razas de la isla —africana, india y europea, mayoritariamente españoles, según me explicaron y pude apreciar —. Al día siguiente era domingo y todo el mundo descansó contento tras la fiesta de nuestra llegada. Ese tipo de celebraciones, debía ser algo, que lógicamente, se hacían muy de tarde en tarde.*

*Todo me resultaba novedoso y atractivo. Había oído hablar de la vida de los españoles que habían hecho grandes fortunas en América. Al volver se les conocía como indianos. Pensé que no debía ser nada fácil labrarse un porvenir en una isla como aquella y partiendo de cero. Se necesitaban demasiados medios para moverse con facilidad por la isla. Lo que yo vivía sobrepasaba lo imaginado, contaba con toda clase de medios para disfrutar de aquella tierra que tan bien me había acogido. Aun así, todo era tan distinto que no sabía si pasadas las primeras emociones, que con el tiempo se convertirían en rutina, podría adaptarme a esa forma de vida en la isla.*

*Realmente no tenía demasiado tiempo para pensar qué hacer o*

*cómo adaptarme. Los acontecimientos se precipitaban y yo solo tenía que seguir el ritmo que ellos me marcaban. Las visitas de los amigos de Carlos no eran solo para tomar el café. La mayoría de las veces las distancias o dificultades que ofrecía viajar por la isla, obligaban a quedarse al menos a dormir en la casa del anfitrión, pero lo mismo ocurría cuando éramos nosotros los que visitábamos a nuestros vecinos. Cuando íbamos de visita, las doncellas preparaban baúles para al menos un fin de semana. Yo me dejaba llevar y llegaba a la cama exhausta, pero no tanto como para negarle a mi esposo el placer que demandaba cada noche.*

*Poco a poco dejé de sentirme extraña en aquella casa de la que Carlos insistía en decir que yo era la dueña y señora; me fui adaptando a sus costumbres y los que nos servían también se fueron adaptando a las mías.*

*Los hacendados hablaban a veces de sus problemas, aunque por escaso tiempo, enseguida pasaban al salón de fumar. Así pude enterarme de que, en aquellos momentos, en la isla, el mayor problema era la falta de capital para invertir en maquinaria. La solución a los problemas que entonces tenía la industria azucarera pasaba por la innovación tecnológica. Así debía separarse el cultivo de la caña de azúcar de su manufactura, pero esto era muy caro. Carlos estaba de acuerdo, pero deduje de sus palabras que él no tenía este problema.*

*Otras veces hablaban de la mano de obra, de la complicación que surgió en el momento en que se abolió la esclavitud, algo más de diez años atrás. La mano de obra era escasa y poco formal con el trabajo. Algunos de los hacendados los defendían diciendo que el trabajo se realizaba con intermitencias, y ellos se habían acostumbrado a trabajar dos o tres días por semana y a descansar el resto. Con lo que ganaban esos tres días tenían suficiente hasta el próximo trabajo. Esto hacía que la mayoría de los hacendados no ampliasen sus plantaciones. Estaban convencidos de que les iba a faltar mano de obra. Carlos parecía tener también superados todos esos problemas, porque era al que pedían opinión, aunque luego no tuvieran en cuenta sus criterios.*

*De vez en cuando, hablábamos de lo que se había comentado en mi presencia, y él trataba de quitar de mi mente lo que parecía preocuparme. Me contaba cómo sus padres ya le habían dejado parte de esos problemas resueltos. Allí hacía muchos años que no había esclavos y su gente trabajaba duro todos los días del año; a cambio, él pagaba bien. Solo descansaban día y medio a la*

*semana (la tarde del sábado y todo el domingo), con eso tenían suficiente. Incluso en otras islas próximas, que también tenían plantaciones, ocurría lo mismo. Normalmente era Bernardo el que las visitaba para solucionar problemas burocráticos. Solamente acudí con Carlos una vez a Cuba. Me encantó. Tanto en Cuba como en Puerto Rico se habla un castellano que recuerda al andaluz o, más concretamente, a los nativos de Canarias; tengo amigas con esa procedencia. Son más pausados hablando, más relajados y dulces.*

*Me maravillaba la exuberancia de esas islas. Su clima, tan propicio para hacer la vida al aire libre, para trotar hasta el mar y pasear por nuestra playa.*

*Entre los habituales solía estar un ingeniero militar,* rara avis *entre tanto hacendado. Las preocupaciones que él transmitía estaban relacionadas con la defensa de la isla. Se trataba del ingeniero Fernando Aldama, comandante general del cuerpo. Estaba en la isla desde 1884.*

*Puerto Rico, desde 1580, políticamente se había convertido en una Capitanía General. Esto le otorgaba mayor autonomía, lo que redundaba en la rapidez de las respuestas militares ante cualquier amenaza. Ahora tenían que encontrar los lugares idóneos para volver a levantar fortificaciones o murallas de defensa, que sustituyeran a las que se habían ido destruyendo. Me relató que la isla había sido atacada en diversas ocasiones: Una expedición inglesa mandada por el corsario inglés Francis Drake, con ánimo de saquear la ciudad en la bahía de San Juan, ocasión en la que fueron incapaces de derrotar a las poderosas fuerzas españolas. Poco más tarde, la Royal Navy, y después los holandeses, trató de conquistar la isla, por lo que Felipe IV de España reforzó el fuerte San Cristóbal con otros seis fuertes conectados por una muralla que rodeaba la ciudad. Mucho más tarde, de nuevo los británicos trataron de adueñarse otra vez de la isla. Todo terminó en 1802. Pero por lo visto ahora temían nuevos ataques y trataban de fortificarla para su óptima defensa; en este caso se trataba de los americanos del norte.*

*El comandante en jefe Fernando Aldama resultaba un agradable conversador, cuando, en lugar de encerrarse en la sala de fumadores, como hacía la mayoría, se quedaba tomando una copa de coñac en compañía de las esposas y algún otro raro ejemplar que detestaba el humo del tabaco. Era ameno y nos ponía al corriente de lo más notable que ocurría en España: estrenos de teatro, o de ópera, novedades y cotilleos de la corte.*

*Desde que lo conocí me resultaba la persona más interesante de cuantos mi marido me había presentado. Era de aspecto seductor, aunque no destacaría nada de su figura, que resultaba sumamente grata y, sobre todo, me inspiraba confianza.*

*Ya no era joven, pero los años lo habían tratado bien. Hablaba con él como si hiciera un siglo que lo conociera. También él lo hacía conmigo.*

*Descubrimos aficiones comunes, lo que nos permitía largas charlas. Él era un amante de la literatura y de la ópera; sobre lo primero, podíamos hablar casi de igual a igual, en cambio de ópera, yo solo la conocía por haber acudido una vez en Madrid, pero él disfrutaba haciendo de profesor, incluso entonaba algunas arias. Me hablaba con tanto entusiasmo, a mí, que ya era terreno abonado después de mi única experiencia, que pronto despertó mi codicia por acudir a un teatro para ver una ópera cualquiera y me convertí en una entusiasta del género. Yo solo había acudido a zarzuelas y traté de pagarle con esa moneda; me sorprendió que conociese unas cuantas de aquel género que llamaban chico.*

*Cuando dábamos una fiesta, o simplemente invitábamos a pasar un fin de semana, él era de los invitados que no fallaban y se alojaba como el resto en nuestra mansión, pero había veces que, por razones de su cargo, tenía que viajar a Ponce; entonces nos visitaba y comía o cenaba con nosotros, pero no aceptaba alojarse en nuestra casa. Aun así, siempre disponía de un tiempo para charlar conmigo mientras dábamos un paseo después de comer o cenar.*

*—Estuve casado. Mi esposa murió muy joven. No tuvimos hijos —me confesó en una ocasión, mientras me acompañaba en mi paseo nocturno por el jardín. Algo que me encantaba hacer, entre otras cosas por el perfume que difundían todas aquellas plantas y flores —. Fui muy feliz —continuó—, y ya no deseo sustituir mis gratos recuerdos por otras emociones o experiencias nuevas. Me encuentro muy bien así. Además, mi vida siempre ha sido muy itinerante y parece que lo seguirá siendo, y eso casa muy mal con tener una familia.*

*—No creo que la itinerancia sea motivo para renunciar a una familia —le decía yo, tratando de animarle a que hiciese caso a alguna de las chicas casaderas, que solían revolotear a su alrededor en las fiestas que con tanta frecuencia se organizaban.*

*Pero pronto me convencía de que apreciaba más una buena charla, sin un propósito que pudiera ir más allá, que la posibilidad*

*de hacer concebir ilusiones a esas jóvenes, a las que yo hacía referencia, porque él nunca cambiaría de estado. Yo no dudaba de sus palabras, realmente se le veía cómodo, sin decantarse nunca por nadie.*

*Carlos me preguntaba a menudo si me aburría con esas conversaciones, si me encontraba bien, y… si no tenía ninguna sorpresa para él. Me costó comprender a qué se refería y la respuesta que esperaba. Hasta que su interés por que me quedase embarazada llegó a ser muy evidente.*

*Necesitaba un varón. Y yo estaba dispuesta a dárselo, pero no conseguía quedarme embarazada. Sin duda, demasiadas emociones y traqueteos.*

*Fueron unos meses en los que me permití fantasear con la idea de que mi vida era una vida perfecta, sin peros de ninguna clase. A veces pensaba en mi madre. Si ella me viera, desearía venir a vivir conmigo. Todos aquellos privilegios que mi familia había perdido y de los que, por tanto, mi madre ya no podía disfrutar. Privilegios perdidos, por los que ella no dejaba de lamentarse, como si acabara de ocurrir la desgracia que desposeyó a la familia de todo, menos de sus títulos; todo lo volvería a encontrar allí.*

*Me gustaba la isla caribeña, su vegetación, sus montañas siempre verdes, sus ríos cuyos cursos, partiendo de la montaña, iban a parar a lugares opuestos, unos al mar Atlántico, otros al del Caribe. Me gustaban los mares que la rodeaban y se confundían y mezclaban en sus extremos. El color y la transparencia de sus aguas, especialmente las del Caribe, donde solía mojar los pies mientras paseaba por la orilla; el cielo caribeño…, mi casa, la hacienda…*

*Pero aquellas mieles pronto dejarían de serlo.*

*Todo debió de empezar cuando, en una de esas tan repetidas cenas con invitados, a lo largo del mes, Carlos, a instancias de otro vecino plantador de caña de azúcar, decidió quedarse a fumar en lugar de irnos juntos a dormir, como había estado haciendo hasta ese día. Pronto se hizo costumbre. Pero en nuestra casa solo ocurría dos o tres noches, un par de veces al mes. No me molestaba en absoluto: yo me quedaba dormida sin esperar su regreso y él a veces utilizaba la habitación contigua para no despertarme. Eso me decía, y yo casi le quedaba agradecida.*

*Hasta que un día algún ruido en aquella habitación debió de despertarme. En medio de la noche me levanté. Fui a la otra*

*habitación, quería darle una sorpresa a mi marido. Fui yo la sorprendida. Vi espantada que él compartía su lecho con otra mujer.*

*Me quedé como hipnotizada contemplando la extraña postura en que mi marido se encontraba. Sentí como si estuviera atrapado por un reptil oscuro que se le enredaba en las piernas y en el cuello. No acababa de comprender el significado de una escena tan explícita. De pronto reaccioné como si aquella dura imagen, oscura para mí durante unos minutos, se iluminase para mostrarme la dura realidad. Al comprender lo que estaba ocurriendo, fui a refugiarme a toda prisa en mi habitación.*

---

## MI FETICHE

Calandra, 1984

—Hasta aquí hemos podido recuperar lo escrito —dijo Daniel, entusiasmado con la historia, pero perplejo, porque no parecía que pudiera resolver ninguna de las incógnitas que teníamos planteadas—, pero seguiremos conociendo la historia. En ningún momento dice su nombre, pero sabemos los de su marido y sus suegros, por lo que no será difícil conocer con exactitud de quién se trata. Tenemos unos cuantos datos que nos hacen situar la boda en torno a 1886; a finales de ese año fue cuando se inauguró el Gran Hotel Inglés. A Madrid la luz eléctrica debió de llegar a mediados de siglo, por lo que ya tenemos un punto de referencia más o menos aproximado. Sabemos que embarcaron en Cádiz y, aunque no habla de su destino, cuando nombra los bailes les ha parecido entender Puerto Rico, aunque es casi una adivinanza. Hay partes que se inventan deduciendo del contexto las palabras que faltan. En algún momento del relato, me dicen que han puesto Puerto Rico, por considerarlo como más probable. Los puertos a los que alude, y que tampoco están muy claros, parecen coincidir con los que existen en esa isla

—De momento, resulta todo muy curioso. Es como remontarte a una época arcaica y en realidad tampoco ha transcurrido tanto tiempo. Aproximadamente un siglo.

—Hemos investigado y por esa época Cádiz tenía un servicio a Puerto Rico y La Habana los días 10 y 30 de cada mes, pero dice que visitó con Carlos Cuba. Eso parece indicar que vivían en otro punto. Puerto Rico parece el lugar al que se refiere como residencia fija, así que estos datos encajan. También encajan con el ingeniero militar que estaba reforzando los fuertes de la isla. Incluso con los distintos ataques sufridos. Aunque, hasta este momento, no vemos la relación con la casona que nos ocupa. Veremos cuándo consiguen que se pueda leer el resto.

Pocos días después, fue el director el que me convocó a su domicilio.

Fui convencida de que tenía la respuesta a la petición de dejarnos vivir en nuestra casa durante todo el año. No quería pensar en el resultado negativo de aquella gestión. No tendríamos más remedio que aceptarla, cualquiera que fuese. Lo que no entendía era su insistencia en que acudiera yo sola. Había añadido: «También estará Daniel, vuestro *abogado,* pero tú ven sola».

—Lili —dijo el director cuando nos sentamos en su despacho para hablar formalmente—, tengo que confesarte algo que te hará comprender mejor la importancia de las ofertas que te he hecho. Lo que tú llamas fetiche son dos enormes esmeraldas sin tallar, unidas por un viejo anillo de marfil. Con su valor tendrías suficiente para que tú y tu familia vivierais. Pero no será necesario que te desprendas de algo cuyo valor sentimental es tan importante para ti.

Abrí los ojos cuanto me era posible. En esos momentos no me sorprendí solo por el valor que aquella pieza tan querida debía de tener. Además de eso, me hacía una pregunta: ¿qué otra solución iba a proponerme, para que, sin perder mi amuleto, quedaran solucionados nuestros problemas? Tras un corto silencio, que a mí me retumbaba como si estuviera contemplando un alud a punto de arrollarme, comenzaron sus explicaciones.

—Tu tío nunca os ha abandonado. Él era quién prestaba dinero a tu padre cuando alguno de sus negocios le daba pérdidas. Lo hacía sin pedir nada a cambio. Pero tu padre era muy orgulloso y no quería aceptar regalos. Se empeñaba en documentar jurídicamente sus deudas, avalaba cada entrega de dinero con un bien, esperando poder devolvérselo. Y se lo devolvía.

—Pero si ahora no se hablaban —dije un poco sorprendida.

—La situación había dado un cambio muy grande. Cuando tu tío decidió recorrer mundo, renunció a todo lo que podía corresponderle de la hacienda, con la convicción de que era su hermano el que en adelante tenía que ocuparse de ella, y con la seguridad de que aquella siempre sería su casa, sería el hogar al que volver de sus largos y peligrosos viajes, lo que además le mantendría unido a su familia. Dijo que él solo necesitaba saber que siempre tendría una habitación en lo que consideraba su hogar, cuando volviera a casa para ver cómo estaban tus padres.

»Pero cuando tus abuelos pasaron la hacienda a sus hijos, tu padre buscó una persona que valoró los bienes y en pocos años le entregó su parte en dinero contante y sonante. Eloy guardó ese dinero en una cuenta aparte. Cuando alguna vez tu padre le pedía un préstamo, Eloy se lo daba como una devolución. Tu padre se recuperaba y se lo devolvía. Él se limitaba a depositarlo en la cuenta que consideraba de su hermano. Sin embargo, cuando dejaron de hablarse, tu padre acudió al banco, confiando en salvar sus negocios, como lo había hecho hasta entonces, pero, por lo visto, esos últimos años algo no fue como él esperaba, y no consiguió recuperar lo invertido. Hasta que murió, solo uno de los directores de los bancos a los que acudió sabía

lo que estaba ocurriendo.

»El banco no ha sacado a pública subasta los bienes que avalaban los créditos que tu padre les había pedido, porque era tu tío el que los iba adquiriendo. Tu tío no solo encontró tu fetiche en una mina abandonada de la selva, aunque ninguna del resto de las esmeraldas alcanzaba el tamaño que tienen las tuyas. La cuestión es que las depositó en los bancos y se adelantó a cualquier posible situación que pudiera poner en peligro el patrimonio dejado por sus padres. Los bancos tenían orden para que, si su hermano necesitaba vender, no hubiera más que un comprador: él.

Mientras hablaba don Alberto, un pensamiento que iba por libre surgió con claridad meridiana. Mi padre y su hermano, en el fondo, no eran tan distintos. Mi padre también era un aventurero… de los negocios, arriesgaba continuamente, con buenos resultados casi siempre, pero al final…, a la vista estaba.

—En estos días, tu tío, por mediación mía, y con la colaboración de Daniel, vuestro abogado aquí presente —continuaba don Alberto, con su sonrisa tipo Gioconda —, ha ido comprando el resto de los bienes que tu madre vendía. Es, por tanto, el propietario de todo lo que perteneció a vuestra familia. No culpes al abogado ni al director del banco por esto; ellos me han ayudado a llevarlo todo en el más absoluto secreto, hasta que llegase este momento —añadió con una sonrisa bobalicona que, de nuevo, me recordó al famoso cuadro de Leonardo da Vinci.

—Pero ¿mi tío no estaba muy enfermo?

—Tu tío ha estado muy enfermo, sí, se contagió de unas fiebres que estuvieron a punto de llevarlo a la tumba —escuché decir al director —. En los momentos más febriles perdía la razón durante horas, luego la recuperaba hasta que se producía un nuevo episodio. En un momento de consciencia, lo organizó todo por si moría. No pudo venir para el funeral de tu padre. Pero ahora no solo está vivo, también está fuera de peligro, con un poco de suerte no tardarás en volver a verlo. —No pude evitar interrumpirlo con un «¡viva, viva!», para celebrar lo que acababa de escuchar—. Se pondrá muy contento cuando sepa lo mucho que te costaba desprenderte de su recuerdo a pesar de la extrema situación de tu familia.

»Así que, por el momento, nadie va a impedir que viváis en la misma hacienda y que disfrutes de ella. Además, tal como acordamos, aquí te entrego las cien mil pesetas prometidas como adelanto por tu amuleto, a la espera de lo que ocurra en el transcurso de un año.

Al llegar a casa llena de alegría, mi madre empezó a creer que, efectivamente, podríamos disponer de un año más para organizar nuestra vida, acorde con nuestra nueva situación. Las cuatro celebramos que hubiera sido nuestro tío el que había adquirido nuestra hacienda, pero, sobre todo, que estuviera vivo. Tal vez pronto pudiera visitarnos. Volveríamos a restaurar la antigua relación, aunque, sin mi padre, ya nada sería como antes.

Pasado el alborozo que nos proporcionaba saber que no teníamos necesidad de dejar la que siempre había sido nuestra casa, y la de nuestros mayores, nos reunimos a requerimiento de mamá que nos expuso nuestra situación de una forma más cruda.

—Veréis, hijitas. Nuestra situación ha cambiado evidentemente, pero no tanto como para pensar que ya está todo solucionado, ni mucho menos. Creemos que vuestro tío nos dejará seguir viviendo aquí, posiblemente haya sido esa su principal intención, pero no podemos olvidar que esta casa ha pertenecido siempre a sus antepasados, y seguramente ha pensado en que siga siendo de la familia, a pesar de que yo he pretendido deshacerme de ella para pagar las deudas que dejaba vuestro padre.

»Tal vez él no comprenda que para mí era más importante mantener limpio el nombre de vuestro padre que conservar la hacienda en la familia. Puede que de todas formas la hubiéramos perdido igualmente, si él no hubiera intervenido.

»También es lógico pensar que, aunque nos deje seguir viviendo en la que siempre ha sido nuestra casa, ahora ya no está vuestro padre, que era la persona que hacía funcionar todo nuestro sistema familiar, físico y económico, y vuestro tío no creo que sea capaz de volverse sedentario y cuidar de la hacienda.

»Yo, disminuida mi capacidad a causa de esta gran desgracia, y creyendo que ya nada se podía hacer, que teníamos que desprendernos de todo, he dejado de ocuparme de la hacienda, todo ha quedado en manos de los bancos. En cuanto a los negocios de vuestro padre, ni siquiera he querido entrar en su despacho a revisar sus últimas actividades, me he limitado a pagar sus deudas. Así que, retomar ahora todo lo que ha quedado estancado me llevará un tiempo, y obtener resultados aún tardará más. Necesito vuestra ayuda, pero lo conseguiremos.

Las tres nos ofrecimos de corazón a hacer cuanto nos dijera. Yo de nuevo sentí esa especie de jarro de agua fría sobre mi cabeza. Mi fetiche no parecía suficiente para solucionar tan grave situación.

—Durante años —continuó mi madre—, yo he ayudado a vuestro padre con la hacienda, pero los beneficios importantes provenían de los negocios. La hacienda bien llevada es autosuficiente, pero nunca nos hubiera permitido, por sí sola, la vida que hemos llevado.

» Yo siempre he confiado en vuestro padre y nunca he tenido motivos para no hacerlo. Así que de los negocios era él quien se ocupaba. Pero ahora no tendré más remedio que coger el relevo y tratar de conseguir un dinero que nos permita hacer frente a los muchos gastos que tiene una hacienda como esta. No hay que olvidar que solo contamos con el dinero que don Alberto Montego ha entregado a Lili y que solo a ella pertenece. Es una cantidad muy importante, pero no lo suficiente para que la hacienda funcione sola. Yo lo tomaré en calidad de préstamo para poder poner de nuevo en marcha todo lo que ha quedado abandonado a la muerte de vuestro padre

»Ese dinero nos hubiera venido muy bien para tener un techo seguro y vivir durante años una vida tranquila, sin agobios, pero, si queremos conservar esta hacienda que yo he dejado totalmente desprovista de fondos, habrá que trabajar duro. Aunque vuestro tío nos permita vivir aquí gratis, necesitamos dinero para pagar los jornales atrasados y mantener al menos a los jornaleros fijos que viven de ella. Yo me haré cargo de todo, no importa el trabajo, pero ahora, con el salario de maestra, lógicamente no puedo pagar a jornaleros, así que, aunque de momento no pida un crédito y me sirva de las cien mil pesetas de vuestra hermana, necesito vuestra colaboración en toda la hacienda. No quiero que dejéis de estudiar, pero necesito que le dediquéis unas horas a este otro trabajo.

»Cuando Lili termine su carrera, podrá aportar dinero, y mientras seréis vosotras dos las que iréis terminando las vuestras. Pretendo que la vida de mis hijas siga como siempre, hasta que seáis autosuficientes y podáis vivir de vuestros salarios.

—Mamá —dije conmovida sobre todo porque esa pequeña fortuna que le había entregado a mi madre no sirviera para volver a tener una vida tranquila—, le pediré a don Alberto el resto y le entregaré mi fetiche. —Me olvidaría de él. No quería ver tan preocupada a mamá.

—No, hija. No quiero más sacrificios que los que os he pedido. ¡Y no se hable más! Os iré asignando trabajos en los que podéis ayudarme. Y lo haréis con la alegría que siempre os ha caracterizado. En esta familia las mujeres siempre han sido fuertes y animosas.

## LILIAN

### Calandra, 1956

Eran las vacaciones de Semana Santa, y Eloy todavía no le había hecho a Lilian una propuesta concreta sobre compartir su vida solos, pero sí que habían hablado innumerables veces de lugares preciosos que deseaban conocer.

Pablo había terminado su carrera y estaba haciendo unas prácticas. Y Lilian sería maestra de primaria tres meses más tarde.

Aquella tarde, Eloy tenía la intención de hablar seriamente con ella de su amor y de su futuro. Al salir del río donde se acababan de bañar los tres, se tumbaron bajo el sol contemplando el límpido cielo. Pablo, de pronto, se levantó. Dijo que iba en busca de unas moras que había visto al pasar por una zona cercana, sabía que a Lilian le encantaban. Eloy no perdió el tiempo. Mientras el sol de la tarde caldeaba sus cuerpos y secaba sus trajes de baño, se dio la vuelta y miró a Lilian. Era una mirada que reflejaba todo su amor. Su voz surgió grave, como si tratara de dirigirla directamente a lo más profundo del corazón de su amada.

—Sería maravilloso recorrer el mundo en tu compañía —le susurró Eloy a Lilian, mientras acariciaba con una rama de yerbabuena su pálido y largo cuello—. Empezaríamos por elegir el lugar por donde iniciar nuestra vuelta al mundo. ¿Por dónde preferirías empezar?

—No sé —contesto ella con la misma naturalidad que si le hubiera preguntado cuál era su bocadillo preferido—, siempre he pensado en unos cuantos sitios: Petra, en Jordania; Capadocia, en Turquía; el Machu Picchu, en Perú… Las cataratas del Niágara … ¡Uf!, no sé…, son tantos lugares los que deseo conocer.

—Sabes, hasta en eso eres especial. La mayoría de las chicas de nuestra edad quieren visitar París o Londres. Roma, Venecia y Florencia también son de su preferencia; pero tú, como yo, preferimos otras cosas, yo un poco más salvajes que tú. Quiero conocer cada palmo de la selva, a ser posible todavía virgen. Si tú quieres, nos podemos escapar cualquier día, sin avisar a nadie. Primero visitaremos el Machu Picchu y después recorreremos la selva amazónica.

—¿Escaparnos? ¿Tú crees que hay alguna necesidad de preocupar a nuestras familias? —rio divertida Lilian.

—Vale, tienes razón. Pero ¿qué opinas de habitar en la selva de forma

salvaje, sin preocuparnos de llevar maletas ni comida, viviendo con nativos y como nativos, comiendo de lo que crece en la selva, de lo que cacemos o pesquemos, sin preocuparnos del tiempo climatológico? Por lo menos, hasta que visitemos los Polos. Siempre juntos, a todas horas, haciendo lo que nos apetezca en cada momento, construyendo nuestras propias viviendas de los materiales que crezcan a nuestro alrededor. Las podríamos montar en cualquier parte que nos guste de una manera especial. Cerca de unas cataratas, a la orilla de un lago… Cuando nos cansemos buscaremos otros lugares. Los dos juntos. Podríamos conocer culturas antiquísimas, pociones que curan cualquier enfermedad, hongos alucinógenos que nos transportarían a otros mundos.

—¡Los dos juntos! —repitió ella emocionada—. Sería maravilloso. Pero primero tendríamos que casarnos. Una ceremonia sencilla nos uniría ante Dios y ya podríamos irnos y dejar tranquilos a tus padres y al mío. Tampoco a mis hermanas les gustaría que me fuera contigo sin pasar antes por el altar.

—Como tú quieras, Lili. Pasaremos por el altar. Yo solo deseo vivir mil aventuras, pero contigo a mi lado.

—¿No crees que antes deberíamos conocer un poco más de los lugares en que vamos a vivir? He leído algunas historias de aventureros y no a todos les va bien, tratan de cultivar en tierra que nunca será cultivable, o no encuentran agua potable para beber, ni siquiera para sus cultivos. Creo que es importante conocer las peculiaridades de los lugares que pretendemos visitar, incluso vivir.

—Además de guapa, eres inteligente, Lili —hablaba ilusionado por la acogida que había tenido su propuesta—. Por supuesto que es importante lo que dices, pero yo te puedo asegurar que llevo toda mi existencia preparándome para este tipo de vida. De momento, tengo bien estudiada la selva amazónica. Los idiomas de las distintas zonas conocidas y muchas de sus características. Pero, precisamente, lo que me gustaría sería encontrar tribus desconocidas, tierras vírgenes de las que nadie sabe nada… ¡Sería fantástico!, podríamos aparecer en los libros de geografía como los modernos colonizadores o descubridores de tierras ignotas.

—Tu entusiasmo es contagioso, Eloy, ahora mismo prepararía un hatillo, para ir más ligera de equipaje, y te seguiría. Pero tienes que ayudarme para enfrentarme con algo que me resulte más conocido, aunque solo sea en teoría; después seguirás enseñándome. Yo apenas he leído nada de la selva, solo lo que todo el mundo sabe. Lo suficiente para una turista que va con un guía un par de semanas. Pero

lo que tú pretendes que hagamos requiere algo más que las ropas adecuadas.

—Está bien, a partir de este momento, te tomo como alumna de cuanto sé. En el momento en que estés preparada, partiremos a Perú. ¡Estaremos por fin los dos solos! ¡Solos tú y yo en la inmensa selva!

Al escuchar esta última frase, Lilian sintió un extraño dolor en el pecho, no sabía a qué achacarlo, pero pasados unos minutos comprendió que era su corazón. ¿Sentía miedo de ese tipo de vida? No. La viviría junto a Eloy y estando con él no temía nada, se dijo muy convencida. Entonces, ¿a qué se debía ese dolor profundo? Pensó en Pablo. Casarse con un hermano significaba abandonar al otro y no verlo en mucho tiempo. Tal vez estaba enamorada del otro hermano o, simplemente, lo quería muchísimo, tanto como a Eloy, y no quería prescindir de ninguno de ellos.

—¿Qué te ocurre, Lili? Tu cara hasta hace un instante llena de luz parece que se acaba de apagar. ¿Te he dicho algo que no te ha gustado?

—No sé, he pensado en tu hermano y he sentido un dolor en mi corazón cuando has dicho «solos tú y yo». En esa ecuación falta Pablo. ¿Seremos capaces de dejarlo aquí y marcharnos solos? Siempre hemos estado los tres juntos y muy unidos.

Eloy, que se había ido emocionando con la posibilidad de tener a Lili para él solo, trató de desviar aquella conversación. Pensó que se había precipitado y ella aún no estaba lista para emprender aquella nueva vida. Se puso en pie con presteza y, por sorpresa, pasó sus brazos bajo la espalda de Lilian, la levantó en el aire y la impulsó a la poza del Ebro donde se acababan de bañar. Volvieron a reír mientras ella salía y trataba de alcanzar a Eloy con aviesas intenciones. En ese momento llegó Pablo, que adivinó lo que Lilian pretendía, y la ayudó a acorralar a su hermano para tirarlo a la misma poza, hasta que lo consiguieron. Eran los mismos de siempre. Se sintió feliz, no deseaba cambiar nada. Le atraían los viajes que Eloy le proponía, ser la heroína de exóticas aventuras, pero por ahora se encontraba muy a gusto con su vida. No, no deseaba cambiar nada.

Pasaron los días. Eloy terminó su carrera con excelentes notas, pero se había ido dando cuenta de que Lilian no estaba muy segura de sus sentimientos. No tenía muy claro con cuál de los dos hermanos quería vivir. Entonces, decidió emprender su primer viaje de aventuras mientras ella aclaraba lo que sentía por los hermanos. Si tenía que luchar por ella, lo haría, pero no contra su hermano. Era ella la que tenía que estar convencida de con quién quería pasar el resto de su

vida.

Cuando Eloy partió, sin fecha de regreso, Lilian se quedó desconsolada. Pablo, el hermano que había permanecido a su lado, no era suficiente para llenar el vacío del que se había ido. Él se dio cuenta de cuánto lo echaban en falta; el espacio que ocupaba su hermano no era fácil de llenar. Trató de que Lili siguiera disfrutando de las mismas cosas que siempre le atraían, y poco a poco la fue reconquistando y hasta consiguieron pasarlo bien y olvidarse de Eloy, pero Lili no se sentía completa, algo importante le faltaba. Al llegar a su casa y quedarse sola lloraba quedamente sin otro motivo que aliviar el nudo que sentía en el pecho. Después se dormía y al despertar no recordaba su angustia de la noche anterior.

Tardó poco en volver el viajero. Eloy echaba de menos a la chiquilla. Tres meses más tarde, regresaba con el propósito de volver pronto a Perú. Todo dependía de ella. Volverían a Perú los dos juntos, en cuanto se celebrase la boda, o regresaría rápidamente, si Lilian aún no lo tenía claro o elegía a su hermano.

Ella, al volver a verlo, sintió una emoción tan fuerte que comprendió la importancia de su amor por él. No podía volver a perderlo. Y así se lo dijo, haciéndole el hombre más feliz de la tierra.

Pronto aceptó casarse y vivir con él las aventuras prometidas.

—¿Estás completamente segura, Lili? —preguntó el aventurero, todavía con miedo a su respuesta—. Ella creyó estar tan segura que ese mismo día decidieron comunicárselo, primero a Pablo y, más tarde, a sus respectivas familias. En unos meses se casarían y se irían juntos a recorrer mundo.

Lilian se sentía tan feliz teniendo de nuevo a su lado a Eloy que no dudó en decirle que aceptaba ser su esposa, que nunca más se separarían, que su decisión era firme. Se prodigaron tantas caricias, tantos besos, y con tanta pasión, que olvidaron dónde estaban y esa misma tarde-noche yacieron juntos sobre el césped, y junto al Ebro, en el mismo lugar que los había visto jugar sus infantiles juegos durante años.

Eloy sabía lo importante que era para Lili esa primera vez, lo habían hablado algunas veces. Se esforzó en moderar su ímpetu y ser todo lo delicado que le permitían las circunstancias. Pero la deseaba tanto, había soñado tantas noches con ese momento, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para mostrarse comedido, incluso delicado. Pero ya no había dudas, Lilian era solo suya y por siempre.

Lilian, acompañada solo por Eloy, volvió a su casa totalmente feliz.

Había dado el gran paso, se había entregado a Eloy y eso sería para siempre. Comenzarían los preparativos de la boda y se irían juntos a los confines de la tierra…, o a otro planeta. ¡Qué más daba, si estaba con Eloy!

Al día siguiente, Pablo, le hizo la misma difícil pregunta:

—¿Esta vez estás completamente segura, Lili? —volvió a escuchar la chiquilla—. Sabes que yo también te amo. Me parte el corazón solo pensar que voy a dejar de verte. Yo no puedo ofrecerte viajes y aventuras, todo lo contrario, te ofrezco estabilidad, serás mi reina, te adoraré siempre. Si a pesar de todo prefieres la vida que te ofrece mi hermano, yo os esperaré en esta vuestra casa y viviré vuestra vida como parte de la mía, sin ningún rencor.

Lilian se daba cuenta de que le seguía doliendo abandonar a Pablo, tanto o más que a su hermano Eloy. Quizás tendría que haberlo meditado más, antes de dar el siguiente paso. ¡Había sido tan impetuosa! Pensó en su entrega y volvió a sentirse feliz. Nunca había sido tan dichosa como en aquellos momentos, y ocasiones como aquella podría tenerlas todos los días en cuanto se casaran. No había duda, Eloy era el hombre de su vida.

Comenzaron los planes de la boda. Eloy y Lilian parecían los seres más amorosos y felices de la creación. Pablo, resignado, trataba de contribuir a los preparativos de la boda, ahogando sus sentimientos y pensando, unas veces, que se quedaba tremendamente solo, sin su hermano y sin Lili, y otras, consolándose, diciéndose que no los perdía del todo.

Eloy volvió a Perú, para prepararlo todo antes de la llegada de Lilian. Alquilaría una casa en Arequipa, y ese sería su cuartel general mientras recorrían la Amazonia.

Pero la vida les tenía deparado otro destino. De pronto, la situación física de Lilian le hizo replantearse la vida desde otro ángulo. ¡No había menstruado!

El mundo se le vino abajo. Se sintió otra, una mujer con una responsabilidad muy importante. Tras muchas divagaciones sintiendo un nudo en el estómago y una angustia en su corazón, buscó la forma de afrontar el resultado de aquel arrebato, la insensatez cometida sin meditar su posible alcance. Puede que no necesitara pasar por la vergüenza de decírselo a la familia… y a Pablo, pensó. La boda sería antes de que nadie pudiera apreciar lo que pasaba, pero… la realidad de ser madre cambiaba toda su perspectiva. Trató de aliviar su angustia por algo que todavía no sabía si se había producido.

¡Podía estar embarazada! Aunque tal vez solo fuera un retraso. Los nervios de los últimos días, el miedo al brusco cambio de vida. Pero… ¿y si lo estaba? ¿No serían un estorbo para Eloy? No podría soportarlo, pasar de ser la mujer adorada a ser la mujer estorbo…

Si estaba esperando un hijo, volvía a cuestionarse, ¿qué pasaría? Sentía que ya no desearía aventuras. No es lo mismo pensar en aventuras cuando se es libre y sin cargas de ninguna clase que siendo madre. Tampoco Eloy, tan aventurero, se encontraría con la misma libertad con una mujer embarazada y más tarde con un niño recién nacido. Si estuviera embarazada y seguía en pie el proyecto matrimonial, tendría que regresar a mi casa en cuanto no pudiera acompañar a Eloy, o tal vez fuera mejor que lo esperase aquí y cuando creciera mi bebe…

¡Cómo se había complicado la situación!

Se lo diría en una carta, que mandaría a la dirección de Arequipa que Eloy les había dejado, pero él tardaría en recogerla y, en consecuencia, en contestar.

A pesar de creer que sería inútil, así lo hizo. Y la contestación llegó con más rapidez de lo esperado.

El aventurero decía en su respuesta que dejaría sus aventuras para poder cuidarlos a los dos. Lilian pensó en lo duro que sería hacerle renunciar a sus aventuras. ¿Cuánto tardaría en lamentar haber abandonado sus ilusiones?

Pasó unos días atormentada por su inseguridad, angustiada por sus sentimientos, con mucha pesadumbre que a veces la llevaba a desesperarse. No podía evitar dudar. «¿Me atraen los dos o no amo a ninguno?», se preguntaba horrorizada, lamentando la dualidad de sus propios sentimientos. «¿Y si renunciara a los dos?», se planteaba al borde de la desesperación. «No. Sé que no soportaría la vida lejos de ellos».

La estabilidad que Pablo le había ofrecido sería más adecuada para su estado, pero ¿qué pensaría toda la familia? Y, sobre todo, ¿qué dirá Pablo si estuviera embarazada? Ya nada sería lo mismo.

Se sentía perdida. Si tuviera a su madre, podría aconsejarla, aunque ella ya se hubiera decantado por el hermano aventurero. Entonces pensó en Silvina, la madre de los hermanos que motivaban su preocupación. Tal vez ella podría aconsejarla, siempre le había mostrado mucho cariño… Aunque ¿cómo iba a ponerla en el aprieto que significaba ayudarla a elegir. ¡Es la madre de los dos!

Le hacía ilusión recorrer mundo. También ser madre. Sentía la necesidad de formar una familia y tener a su alrededor a sus seres queridos.

La duda se disipó a los pocos días. Solo había sido un retraso menstrual; sintió alivio y decepción a la vez.

Fue consciente de que, a partir de ese día, sus sentimientos hacia los dos hermanos se habían ido clarificando. Cada vez se sentía más identificada con Pablo, lo entendía mejor, le parecía más real y maduro. El aventurero, era más el Peter Pan, adorable, casi irreal. Podrían vivir aventuras durante… ¿cuántos años? Seguramente unos pocos, pero ¿qué harían después? Tendrían que madurar. Ella deseaba viajar, ver mundo, vivir aventuras, pero necesitaría un lugar seguro y estable al que regresar para quedarse. Peter Pan era encantador, siempre joven… e inmaduro. Se imaginó a sus hijos consultando sus problemas con aquel padre tan divertido, saliendo por la ventana para volar a otros países…

A Lilian la atenazaba un temor. Ella quiso compartirlo con Pablo. Le preguntó abiertamente si, en el caso de cambiar de idea y aceptar casarse con él, no le iba a recriminar que se hubiera entregado de forma tan irresponsable a su hermano, y él le contestó, de la forma más sincera de que fue capaz, que entendía con suma claridad su situación y que eso nunca lo iba a tener en cuenta.

—Siempre nos has tenido a los dos a tu lado, y te ha parecido insoportable perder a cualquiera de nosotros. Pero solo puedes tener a uno. Difícil solución cuando tu corazón no se inclina por ninguno. Pero estoy seguro de que aceptaremos tu elección definitiva, cualquiera que sea. Si estás embarazada, no será necesario decirlo, yo aceptaré la paternidad si tú me eliges.

—No, no lo estoy. Pero yo ya había elegido a Eloy. ¿Cómo voy a cambiar de nuevo?

—Lili, esto es muy difícil para los tres, pero tienes que ser sincera, sobre todo contigo misma. Sabemos que nos quieres a los dos, y ya ves que los dos aceptamos tu elección sin una protesta. Los dos lo entendemos, porque los tres sentimos lo mismo. Nosotros creemos no poder vivir sin ti y tú crees que no puedes vivir si te falta uno de nosotros. Pero los tres no podemos seguir viviendo juntos eternamente.

Tres días más tarde, Eloy estaba de vuelta. En cuanto pudo, Lili se juntó con los hermanos en su sitio favorito. Acudió en bicicleta, no podía aceptar que uno de ellos fuera a buscarla. La estaban esperando

junto al Ebro. Lilian, muerta de dolor y de vergüenza, les confesó sus dudas, les dijo que no quería perder a ninguno de los dos y que se había precipitado al entregarse a uno de ellos. Les pidió tiempo para volver a pensarlo. El aventurero dijo que no podía soportar la espera, que se iría durante el tiempo que ella necesitara reflexionar. Estarían en contacto y volvería para casarse o no volvería en mucho tiempo. Los preparativos de boda cesaron, con la consiguiente sorpresa para todos.

De nuevo vio partir al aventurero, con profundo dolor.

La chiquilla, que ya no era tal, dejó de ver a los hermanos como amigos del alma, para sentirlos como posibles compañeros durante el resto de su vida.

Pasaba el tiempo y Lilian, después de esta experiencia fallida, cada día se sentía más arraigada a su vida de siempre. Cuando ya no le quedaba ninguna duda de lo que deseaba, aprovechó la visita del aventurero y se lo dijo a los dos. Les dijo que para todos sería mucho mejor que cada uno siguiera su camino. El aventurero sus aventuras y el sedentario en sus tierras y ella como formando parte de aquel lugar que los había visto crecer. Pablo la escuchó feliz.

Los dos le dijeron al aventurero, unos días más tarde, que lo esperarían allí. Cada vez que él quisiera volver a casa, esa sería su casa, y si llegaban a formar una familia, esa sería su familia. Siempre.

Así fue aceptado.

El aventurero se resignó, poniendo todo el entusiasmo que le quedaba en volver a su segunda pasión: recorrer o descubrir lugares desconocidos.

Pablo y Lilian vivieron un noviazgo tradicional en calma, mientras cada uno hacía lo que le era propio: Lili pasó a ser doña Lilian, la maestra de primaria en Viana, y Pablo pasó a ocuparse, junto a su padre, de las cuestiones económicas y prácticas de su hacienda.

Durante dos años, el aventurero hacía sus altos en el camino, volvía a casa para reencontrarse con su familia. Llegado el momento, estuvo en la boda de su hermano, sintiendo que era él quien se casaba con Lili; la diferencia era que él seguía viajando y ellos se quedaban esperando su regreso. Así pudo soportar la ceremonia.

Pasados otros dos años de la boda, la familia empezó a crecer, y Eloy sintió la satisfacción de ser el padrino, además de tío, de una niña preciosa, a la que, de completo acuerdo con su hermano, le pusieron el nombre de su madre, Lilian, con el propósito de llamarla Lili, como

los dos habían llamado siempre a su madre.

La familia se fue haciendo más numerosa, pero Eloy no sintió con los siguientes nacimientos la misma emoción que cuando nació su ahijada Lili. Él siempre mostró esa predilección por la primera sobrina, de la que pensaba, sin verbalizarlo nunca, que podía haber sido su hija. Su preferencia era algo evidente para todos, pero aceptado como mal menor, porque el regocijo de toda la familia al verlo después de mucho tiempo no daba tregua para sutilezas ni enfados.

## PUERTO RICO

¿Año 1888?

Todo eran conjeturas, pero algunos criterios se iban afianzando, según Daniel nos advirtió con gran satisfacción, al decir que esta parte del relato era bastante revelador.

> *El momento en que descubrí su traición, la conmoción que sufrí fue muy fuerte. Me costaba creer lo que estaba viendo. Estaba horrorizada y, sin embargo, allí estaba yo, quieta, mirando sus cuerpos entrelazados y desnudos. Me costó reaccionar. Era como si quisiera dejar constancia ante mí misma de que aquello estaba pasando en ese momento, de que todo era real. Ella trató de esconderse entre las sábanas, no llegué a apreciar su rostro, pero sí vi un cuerpo moreno enroscado al de mi marido y cubriéndose apenas con las blancas sábanas, que aún parecían más níveas en contraste con su piel. En cuanto a mi marido, en él sí me fijé. Tenía cara de sorprendido, pero no de preocupado. Parecía interrogarme diciendo «¿Qué haces tú aquí?». Salí corriendo de aquella horrible estancia.*
>
> *Todo un mundo se me venía abajo. Nada de cuanto había escuchado y creído tenía sentido. No lloré, era un dolor profundo y extraño, pero me di cuenta de que no sentía celos, me sentía humillada, engañada, y no lograba entender su empeño por conquistarme. ¿Para qué me quería? ¿Por qué tanto esfuerzo para enamorarme? Casi lo consigue. Parece que solo deseaba de mí un hijo legítimo que no llegaba.*
>
> *Me refugié en mi habitación dispuesta a no salir de ella mientras Carlos estuviese en la hacienda. No me importaba el tiempo que pudiera transcurrir. Necesitaba meditar sobre mis circunstancias y qué debía hacer. Era una situación totalmente inesperada. Sabía que muchos maridos se buscaban una amante, no era ignorante de que esto había ocurrido y seguiría pasando, lo había podido comprobar incluso en mi entorno familiar. Pero no me había detenido a pensar que esa posibilidad también podía afectarme a mí. Era él quien pretendía conquistarme.*
>
> *Al principio, al aceptar mi matrimonio, lo que Carlos pudiera hacer no me preocupaba, porque ese matrimonio era totalmente de conveniencia: mi familia saldaría sus deudas y yo viviría sin problemas económicos. Pero más tarde, él parecía tan enamorado, tan entregado, que me dejé querer sin más preocupación, y hasta*

*llegué a disfrutar de ser su esposa.*

*Pero la situación parecía haber cambiado. ¿Había llegado a enamorarme de Carlos? Tal vez lo que sentía no era amor, pero sí que había estado dispuesta a amarlo. Había disfrutado de una forma inesperada de vivir junto a él y había llegado a creer que siempre sería así. Medité que primero debía hablarlo con él. Tal vez estaba ya arrepentido del desliz. No tomaría ninguna decisión hasta hablar sinceramente con Carlos. Le preguntaría qué significaba yo en su vida. ¿Solo un título aristocrático, la posibilidad de un heredero legítimo con pedigrí? De eso podía depender mi actitud.*

*Durante unas horas que me permitieron reflexionar sobre mi situación, aunque pronto pude comprobar que no me habían servido de nada, unos golpes ya familiares sonaron en mi puerta. La abrí sabiendo quién estaba detrás. En efecto, era Carlos; seguro que venía a pedirme perdón. Cegada por mi orgullo herido, antes de que él hablase quise hacerlo yo. Pero no lo hice según me había propuesto, olvidé mis reflexiones, y ese orgullo me impulsó a hablarle de una manera mucho más ruda y pretendiendo herirle al menos tanto como él me había herido.*

*Le mostré primero mi enfado y mi gran decepción. Afeé su conducta. Le dije que había creído en sus palabras y promesas y me sentía estafada. A medida que yo hablaba y subía el tono, él se iba transformando. Era otro hombre. Sus ojos parecían dos brasas, lanzaban fuego; se acercó a mí con las manos crispadas, me agarró por los brazos y me zarandeó, después, de un empujón me lanzó al suelo. Me golpeé con la pata del velador, que también se vino conmigo. La sorpresa de su reacción no me había permitido evitar la caída. Pasé la mano por mis labios, que sangraban, y me limité a limpiarme con el pañuelo que siempre me acompañaba. Lo miré, tratando de que en mis ojos se reflejara todo el desprecio que me inspiraba.*

*Permanecí unos instantes sobre el pavimento de mármol, limpiando la sangre que brotaba de mi boca. La rabia me impedía moverme. Pronto Carlos cambió de actitud. Me tendió la mano. Trataba de ayudarme para que me levantara, pero rechacé su ayuda. Dijo que había venido para pedirme perdón y para que supiera que se arrepentía de su desliz. Juró por lo más sagrado que no volvería a ocurrir y volvió a pedirme perdón por el trato que me había dado.*

*—Comprende —añadió—, que yo he venido a pedirte que me*

*perdones y tú no me has dejado ni abrir la boca, me has insultado como si yo fuese el peor hombre de la tierra y eso me ha sacado de quicio, porque hasta ahora yo he hecho cuanto estaba en mi mano por facilitarte esta situación que te ha sido impuesta, solo he deseado que te encontraras a gusto, que te enamoraras de mí como yo lo estoy de ti, pero… —continuó tras un silencio que se me antojó largo—, soy un hombre, y cuando llego a nuestro dormitorio ansioso de ti, y tú ya estas dormida… no quiero despertarte. Pero te juro que no ocurrirá más, te despertaré y haremos el amor. Yo te deseo a ti y no necesito a nadie más si te tengo.*

*Pero yo ya no me sentía segura de nada, no quería que me tocase, no quería permanecer a su lado. Por primera vez la idea de dejarlo y volver a casa pasó por mi cabeza. Pero ¿qué excusa pondría ante mis padres y familiares y cuál sería la reacción de Carlos al decírselo?*

*Después de haberme prometido que nunca más me faltaría al respeto en ninguna manera, un silencio se instaló entre nosotros. Más tarde, le expliqué que yo necesitaba recuperarme de aquella decepción para volver a creer, y eso ya no era tan fácil tras lo ocurrido.*

*A partir de ese momento, cerraba mi habitación por la noche y durante el día lo evitaba. Comía con él, guardando las formas ante el servicio, e inmediatamente regresaba a mis habitaciones, que cerraba de nuevo con llave. Salía al porche cuando mi doncella me avisaba de que ya se había ido o cuando desde mi balcón lo veía partir en su berlina descubierta. Volvía a encerrarme a su regreso. No hubo más fiestas en la casa, aunque él asistió solo a las de algún amigo, alegando que yo no me encontraba bien.*

*La vida había dejado de ser plácida y sosegada. Ahora, el transcurrir de los días tenía otro cariz. En los primeros, cuando empezaba a oír sus pasos acercándose a mi habitación y luego trataba de abrir la puerta, yo permanecía asustada temiendo su furia; luego, cuando fui comprobando que no hacía uso de ella y volvía a oír sus pasos alejarse lentamente, dudaba si perdonarlo y tratar de olvidar aquella escena, que parecía haber quedado grabada a fuego, o intentaba iniciar una nueva vida lejos de él. Había estado dispuesta a casarme para solucionar los problemas de mi familia, sin sentir otra cosa que un poco de simpatía por su comprensión conmigo. Y él no había dejado de ser amable…, hasta que lo insulté, o hasta que se sintió ofendido.*

*Es verdad que él había sido paciente conmigo, en ningún momento forzó mí voluntad, había intentado complacerme con mil detalles, no podía ser tan drástica y romper al primer fallo, más teniendo en cuenta que no podía quedarme en la isla, no tenía dónde ir, solo existía la posibilidad de volver a casa, y hasta para eso necesitaba que él diese su permiso y pagase mi pasaje.*

*Al fin decidí perdonarlo y esa noche fui a su habitación. Decidida, abrí la puerta, y me quedé paralizada al comprobar que no dormía solo. Me dejé ver un instante, después, me fui dejando la puerta abierta, dolida y decepcionada. Esperé segura de que de nuevo vendría a mi habitación para disculparse y volver a hacer falsas promesas. Pero no vino.*

*Fue durante el desayuno cuando habló de su infidelidad como si se tratase de un incidente casero. Dijo que ya me había advertido de que era un hombre, pero que yo no lo había tenido en cuenta y había cerrado con llave mi dormitorio.*

*—¿Qué esperabas que hiciera? Únicamente tú eres la culpable de que yo retoce con cualquier mujer. No cierres tu habitación y todo será como al principio —dijo sin subir el tono, tal vez resignado y asumiendo la realidad.*

*—Yo estaba dispuesta a intentarlo de nuevo —dije—, por eso fui a tu habitación, pero me encontré con que de nuevo me habías traicionado.*

*—Pues si estabas dispuesta a perdonarme, no olvides que tus habitaciones han permanecido cerradas para mí durante mucho tiempo, demasiado. Empecemos de nuevo. Dame esa oportunidad que pensabas darme, reconoce que no es mía toda la culpa.*

*Decidí aplicar a mi vida todo lo que había pensado antes de ir a su habitación. Quise engañarme, porque en realidad no deseaba dejar aquella isla, ni aquella casa, ni las comodidades y ventajas que me ofrecía. Me dije que tal vez fuera verdad y todo podría volver a ser como antes. Él reaccionó abrazándome y jurándome fidelidad.*

*Y la vida continuó, aunque no con la misma placidez. Ahora incluso disponía de una cuenta generosa para mis gastos personales, lo que me hacía sentir más libre. Pero cuando teníamos invitados y llegaba el momento de quedarse a fumar con ellos, yo permanecía despierta hasta que volvía a mi habitación. Entonces ya no me sentía libre ni segura.*

*Pero eso no lo hacía siempre. A veces el sueño me rendía y me*

*despertaba a media noche. Entonces saltaba de la cama e iba a buscarlo. Cuando comprobaba que dormía solo, volvía a mi habitación más tranquila. Pero eso no era vivir. Debía dejar de preocuparme. Parecía que todo estaba volviendo a calmarse.*

*Hasta que ocurrió de nuevo. Pero esta vez no me dejé ver. Oí sus fogosas respiraciones acompañadas de sonidos de placer…, no llegué ni a abrir la puerta, aunque aquellos sonidos me persiguieron hasta mi dormitorio. Creí oírlos desde mi habitación, algo imposible; sin duda, estaban incrustados en mi cerebro.*

*Después de sentirme angustiada al comprender que mi vida siempre sería así, quise decidir, fríamente, si sería capaz de resistirlo o acabaría rompiéndome en mil pedazos. Trataría de disimular mi angustia mientras tomaba una decisión, la más conveniente… ¿Para quién?*

*Ya no me satisfacía mi vida, pero ¿qué esperaba? No me había casado por amor. Me debatía entre la idea de regresar a casa, con todo lo que ello significaba, o aguantar ese tipo de situaciones haciendo la vista gorda. ¿Sería capaz de vivir así?*

*Solo transcurrieron tres odiosas semanas intentando tomar una decisión, sin llegar a decidirme a dejar aquella casa, hasta que volvió a repetir su relación con una mujer en otra habitación. Ni siquiera me importaba si era la misma mujer o era otra. Empecé a preparar mi marcha y llamé al capataz para que me consiguiera un pasaje a España y me acompañara al puerto. Decididamente, no podía soportarlo.*

*Pero la salida de Puerto Rico desde Ponce no era fácil. Sin duda, el capataz tenía que hablarlo con Carlos, al fin y al cabo, era su jefe y necesitaba su permiso —eso me dijo con buen criterio—. Necesitaba el barco con su correspondiente capitán, para trasladarme al puerto principal de San Juan, o esperar a la fecha correspondiente, para embarcar primero en el vapor costanero. Así que fui yo la que se lo comunicó, no como una posibilidad, sino como algo irreversible. Él se negó a facilitarme el viaje que me alejaría de su vida. De nuevo trató de convencerme, primero con buenas palabras, después con amenazas.*

*Muy calmada, le dije que teníamos dos opciones, pero ninguna de ellas pasaba por quedarme en la plantación, por mucho que me jurara amor y fidelidad. Era imposible creerlo, cualquier cosa sería suficiente para justificar su infidelidad, y yo así no podía vivir.*

*—Explícate —dijo mirándome interrogante y preocupado.*

*—Una es comunicar a la familia que nuestro matrimonio se ha roto para siempre, y que yo no volveré a tu lado, y la otra, si lo prefieres, guardaré las formas y no será necesario que nadie se entere. Yo no pediré la nulidad al Tribunal de la Rota, si es eso lo que temes. Tú podrías hacer tu vida sin tener que darme cuentas, siempre que me permitas volver a mi casa. Yo pondría cualquier excusa que pudiera justificar mi regreso a España y que te dejase en buen lugar.*

*Él trató de convencerme de su arrepentimiento y de lo mucho que me amaba, pero a mí ya aquella música no me sonaba bien, solo quería salir de su campo de acción. Las mieles no habían llegado a ser las suficientes como para haber quedado prendada de aquel ser, tan irrespetuoso con su propia esposa y tan mal cumplidor de sus promesas*

*No trataba de justificarlo para seguir en aquella preciosa isla disfrutando de tantas ventajas. Todo lo contrario. Pensaba en la imposibilidad de vivir en guardia cada día de mi vida sabiendo lo que ocurriría si un día, por una indisposición cualquiera, no atendía aquella necesidad tan acuciante de mi marido.*

*Así que estaba segura de que, en el caso de quedarme, volvería a ocurrir y no estaba dispuesta a sufrir más humillaciones. Además, el mero recuerdo de aquellas escenas me hacía sentir un fuerte rechazo hacia Carlos, con el que no podría vivir indefinidamente. No me sentía con fuerzas para soportarlo una vez tras otra. Pensaba que aquel paraíso, en continuo contacto con la serpiente, había dejado de parecerme un paraíso.*

*—En esta época del año yo no puedo dejar la plantación para acompañarte a España —me aseguró—, y tampoco puedo dejarte viajar sola. Por favor, quédate de buena gana, confía de nuevo en mí, yo te quiero como el primer día, no puedo dejar que me abandones. ¡Perdóname! y todo volverá a ser como al principio.*

*Pero no logró convencerme con sus buenos propósitos. Solo eran palabras. Después de pensarlo bien, me enfrenté a él.*

*—Si hay algo de verdad en lo que me dices, permite que vuelva a casa, lo necesito para no empezar a odiarte. Si me obligas a quedarme y me vuelves a fallar, y estoy segura de que lo harías, sé que sería capaz de suicidarme. Lo sé, ya no podría soportar tu presencia, y mucho menos tus caricias.*

*De antemano había asumido que, con mi insistencia en*

*abandonarlo, esa parte violenta de mi marido podía volver a surgir, pero ya estaba dispuesta a todo.*

*Al fin, ante mi falta de interés por todo lo que no fuera un billete de vuelta a España, aceptó que hiciera el viaje. Solo puso dos condiciones: me acompañaría una persona de toda su confianza. Acepté sin saber quién me iba a acompañar. ¡Qué más daba! Con tal de salir, de alejarme de aquella serpiente, que durante un tiempo hasta me resultó cautivadora, estaba dispuesta a dejarme acompañar del propio Frankenstein.*

*Fue una sorpresa comprobar que quien me iba a acompañar era Bernardo Fonseca, el joven abogado, que lo haría con la misión de comenzar a edificar en un terreno a pocos kilómetros de la finca de su familia. Levantaría una mansión de mi gusto y con un aspecto y estilo distinto al de aquella casa de la plantación. No quería que me trajera malos recuerdos. La segunda condición fue que, cuando estuviera edificada, él volvería para que le diera un heredero. No puse ninguna objeción. ¿Para qué? Estábamos hablando de años de paz lejos de él.*

*En poco más de una semana todo estaba arreglado, y yo abandonaba la plantación, acompañada del abogado y amigo de Carlos, su persona de más confianza. Sin duda, mi vigilante y su coartada para explicar haberme dejado viajar sin su compañía. Solo me despedí de Fernando Aldama, aunque no le expliqué los motivos reales; utilicé los mismos argumentos que usaría después para toda la familia. Prometió visitarme cuando regresase a España, que parecía ser su próximo destino.*

*Mentiría si dijera que no me dolía dejar aquella tierra tan hermosa, aquella vida sin privaciones… Lamentaba dejar todo aquello, lo único que no lamentaba era dejar a Carlos.*

*Las perspectivas que tenía eran una buena excusa para presentarme ante la familia en nuestra tierra: la misión de controlar la edificación de mi propia casa, totalmente realizada a mi gusto, y que Carlos había prometido poner a mi nombre en cuanto le diera un heredero.*

*Yo salía de la mansión al puerto de Ponce montada en el coche de caballos, que dos años atrás me había llevado junto a Carlos hasta ese lugar, pero lo hacía acompañada, más bien escoltada, por otro hombre, Bernardo.*

*Me iba doblemente aliviada. Por dejar a Carlos y volver a mi tierra, y por las perspectivas de tener mi propia casa sin tener que*

*renunciar al estatus económico que Carlos me ofrecía.*

*Lástima que Carlos cometiera un gran error.*

*¿O fue intencionado?*

*Salió a despedirnos a la puerta de aquel lugar maravilloso donde casi había logrado alcanzar la felicidad. Para ser sincera, donde muchos días sentí haberla alcanzado. A su lado, una bella criolla, a la que en ese preciso momento mi marido pasaba un brazo por los hombros estrechándola hacia él, sin ningún disimulo.*

*Si lo que pretendía era dejarme una imagen odiosa de él mismo, lo consiguió plenamente. Deseé alejarme de allí cuanto antes, y mi esforzado gesto de amistosa despedida, que ya había iniciado levantando el brazo para agitarlo, en un adiós afable, se quebró a medio camino. Ni una vez miré atrás.*

*Parecía haber apreciado mi reacción, y tal vez hasta estaba contento con el resultado.*

*El cochero trasladó mis abundantes baúles y las escasas maletas de Bernardo al pequeño barco de vapor que debíamos utilizar. El capitán nos estaba esperando. Esta vez no haríamos la línea oeste, no iríamos hacia Mayagüez, avanzaríamos por el mar del Caribe hacia Santa Isabel, daríamos la vuelta por el este, el lado contrario por el que vinimos, y no tendría que trasladarme al barco costanero; acortaríamos dos horas el viaje, nos dijo. Yo lo agradecí, pero lo único que deseaba era poner distancia entre nosotros y eso ya estaba hecho.*

*Ya en el puerto de San Juan, y una vez que nuestro equipaje fue subido a bordo, Bernardo, muy educado y distante, facilitó todos los trámites y problemas a medida que iban surgiendo.*

*Los primeros días agradecí interiormente sus silencios y su trato parco,o comedido. Pero el viaje era largo y con el tiempo se fueron acortando distancias, los silencios iban acompañados de sonrisas, hubo algunos comentarios afortunados y sin darnos cuenta nos hicimos confidencias y disfrutamos de amenas conversaciones. Aprecié que tenía cierto parecido con Carlos. Cuando lo conocí, solo me di cuenta de que también él era rubio, algo más que Carlos. Pero ahora podía apreciar que hasta compartían algunos ademanes. Supongo que es algo habitual cuando vives muchos años con una persona acabar mimetizándose con ella.*

*La cuestión es que al llegar a España podríamos decir que nos habíamos convertido en buenos amigos. A pesar de ese ligero*

*parecido con Carlos.*

*Tuve que dar muchas explicaciones a la familia, pero, tal como yo pensaba, el dato de edificar una mansión a mi gusto pareció dejar satisfecho a todo el mundo. Mi hermanita pequeña, Yolanda, fue la única que no preguntó nada, solo me abrazó muy fuerte. Me hizo reír porque dijo que ya no iba a dejar de abrazarme nunca, para que no volviese a dejarla sola. Había estado fuera de casa menos de tres años, lo que entre los viajes de ida y de vuelta reducía mi vida con Carlos en aquella isla a poco más de dos años. Pero en todo ese tiempo vi, disfruté y sufrí, en definitiva: viví, mucho más que en todos mis otros años juntos.*

*Bernardo contrató inmediatamente al mejor arquitecto del momento, y pronto inició las obras. Previamente consultaba mi parecer sobre todos los pasos que pensaba dar, lo que afianzó ante los demás la idea de que mi vuelta a «casa» tenía sentido.*

*Bernardo volvió a Puerto Rico tres veces en dos años, reclamado por Carlos, para realizar nuevas adquisiciones. A Carlos, la supervisión de Bernardo le parecía imprescindible, a pesar de que este había dejado bien preparado a su secretario, para vigilar los negocios de su amigo.*

*En cuanto a nosotros, un trato diario sincero y sin propósitos nos permitió conocernos más profundamente. Sin pretenderlo ni darnos cuenta, nuestra amistad se fue tornando en amor, un amor fuerte, bien enraizado. Pero sin ignorar que si continuábamos por ese camino estaríamos jugando con fuego. Deseábamos proclamarlo a los cuatro vientos y vivir libremente ese amor, pero eso no era posible; yo seguía siendo una mujer casada y eso la sociedad no me lo perdonaría. Tendríamos que seguir amándonos en silencio. Debería ser suficiente saber lo que sentíamos el uno por el otro.*

*Además de viajar a Puerto Rico, Bernardo, mantenía con Carlos una correspondencia fluida, y lo tenía al corriente de la obra que se estaba llevando a cabo. Cuando ya se estaban dando los últimos toques, fui yo la que recibí una misiva escrita de su puño y letra. Tras más de dos años separados, me anunció que estaría en casa dentro de un par de meses.*

*«Mi querida esposa:*

*»Tengo el placer de anunciarte que pronto estaré a tu lado. Ya he iniciado los trámites para embarcar en el próximo transatlántico, que me llevará a nuestra tierra. Permaneceré pocos meses en*

*España, tengo negocios que supervisar en Europa, y no tardaré más de seis meses en regresar a esta bendita tierra, por lo que seré poco gravoso.*

*»Confío en que guardes las formas, tal como acordamos. Viviré donde tú vivas, y nos comportaremos como un matrimonio que hace mucho tiempo que no se ve. Espero que no me falles, es mucho lo que te juegas y muy poco lo que te pido.*

*»Tu amante esposo: Carlos».*

*Apremió a Bernardo para que todo estuviera preparado a su llegada, pero cuando él llegó, aunque faltaba muy poco, la casa todavía no estaba habitable. No pudimos instalarnos en la nueva casa, donde todo hubiera resultado más fácil para nuestra no convivencia. Tuvimos que representar una situación tan falsa que a veces no me podía creer que no se dieran cuenta de lo malos actores que éramos.*

*Al saber que nuestra mansión no estaba a punto para ser habitada, Carlos me propuso vivir en la de sus padres, porque estaba más cerca de la nueva, y eso facilitaría los desplazamientos por carretera que pretendía hacer, para agilizar el final. Pero no acepté. Solo Bernardo siguió viviendo en aquella mansión de los padres de Carlos. Entonces, tal como me advirtió en su carta, decidió quedarse conmigo en la casa de mi familia, por la que yo había optado al volver de América, a pesar de que la madre de Carlos se empeñaba en hacerme comprender que su mansión ya era tan mía como de su hijo, porque ahora yo también era su hija. ¡Buen argumento!, pensé, sintiendo que se acrecentaba la indiferencia que sentía por mi marido. Prefería quedarme con los míos. Pero por el momento y mientras no viviéramos en «nuestra residencia», la representación sería en sesión continua.*

*Durante todo el tiempo que Carlos permaneció junto a mí, no tuve ni el más leve contacto físico con Bernardo. Carlos prácticamente no se separaba de mi lado, hasta visitábamos juntos las obras de nuestra casa, como si fuéramos una pareja muy bien avenida. Pero el distanciamiento con Bernardo no se produjo por eso, yo no deseaba jugar con dos barajas. Él me comprendió muy bien.*

*No tuve más remedio que aceptar compartir dormitorio con mi todavía marido, para evitar suspicacias y las habladurías del servicio. La cama era tan amplia como para no necesitar rozarnos. Pero Carlos me recordó nuestro trato, así llamó a su imposición para permitirme regresar a España.*

*Cuando llegó el momento de pasar la primera noche juntos, hablamos para aclarar cómo serían nuestras relaciones íntimas. Me dijo, casi implorante, que necesitaba un hijo legítimo, que no me volvería a pedir más, si yo no lo deseaba. Sentí que yo también quería ser madre, pero sabía que no podía serlo con Bernardo. Acepté cumplir con mis deberes de esposa, en cuantas ocasiones me lo pidió, con la única y grata idea de ser madre.*

*Desde que nos vimos él se había comportado como en nuestro viaje de recién casados, tanto delante de los demás como cuando estábamos solos. Debo reconocer que en todo momento fue delicado y amoroso, pero yo ya no era la misma. Solo el pensamiento de una deseada maternidad me impulsaba a cumplir con el acuerdo. Estaba deseosa de quedarme embarazada.*

*La verdad era que, cuando hice el trato, además de hacerlo obligada para poder salir de aquella casa, pensé que tardaría siglos en llegar el momento de nuestro encuentro, pero lo cierto es que aquellos supuestos siglos ya habían transcurrido y ese momento ya había llegado.*

## CAMBIO DE CASA

1892

*Un mes más tarde, como estaba previsto, con la mansión prácticamente terminada, salvo pequeños detalles que él deseaba llevar a cabo estando ya instalados, nos trasladamos a la que iba a ser nuestra residencia, y él se encargó, ya sin mi compañía, de adquirir todo aquello que echaba en falta.*

*Volvió la calma a mi vida, ya que era innecesario que disimuláramos ante el nuevo servicio que acabábamos de contratar. Cada uno ocupaba su habitación, tal como habíamos hecho desde que nos casáramos —lo que en aquella fase de nuestra vida no nos había impedido dar rienda suelta a nuestra pasión—, pero, en este caso, la individualidad respondía a un acuerdo serio, para evitar innecesarios contactos equívocos, dada nuestra situación.*

*Habían transcurrido ya cuatro meses desde su llegada a nuestra casa de Calandra, cuando pude comunicarle mi estado de buena esperanza. Casi inmediatamente comenzó su viaje por Europa. Fue un alivio. No necesitaría volver a cohabitar con él. Carlos no retrasó su viaje para celebrarlo, pero confesó estar muy satisfecho y más tarde me envió desde Ámsterdam un precioso collar de diamantes que nunca me puse.*

*A su vuelta, en el corto espacio de tiempo que compartimos nuestra nueva casa, tuvimos noticias de Fernando Aldama. Lo habían destinado a Burgos, y nos comunicaba su deseo e intención de hacernos una visita, antes de trasladarse a su nuevo destino. Se trataba del comandante general del cuerpo de ingenieros que había conocido en Puerto Rico y con el que había compartido tantos buenos ratos y a quien había llegado a apreciar sinceramente. Había sido destinado de nuevo a un puesto español. Lo invitamos a permanecer unos días en nuestra compañía. Aceptó encantado, «pero solo dos días», pues dijo que tenía que tomar el mando tres días más tarde.*

*Lo recibimos casi con entusiasmo. En mi caso, pertenecía a mis buenos recuerdos de Puerto Rico. Desconozco el grado de complacencia de mi marido, pero parecía estar contento en su compañía. El primer día, tras la comida, propuse dar un paseo para mostrarle nuestros jardines. Carlos prefirió permanecer en la terraza, solo con un habano y un coñac. Fernando me preguntó si*

*era feliz, y yo, pensando solo en que iba a ser madre, dije que sí, pero algo debió de intuir, porque añadió:*

*—Estás preciosa, como siempre, pero te veo distinta, tal vez menos espontánea. Creo que algo te ocurre y si es así me gustaría poder ayudarte.*

*—Debe de ser el embarazo —contesté, tratando de ser convincente —, pero, muchas gracias por tu interés. Si te necesito, no olvidaré tu oferta —añadí, convencida de que lo haría.*

*—No sé si nuestra amistosa relación en la isla te ha dado idea de lo mucho que te aprecio —continuó—. Sentí un gran vacío cuando te fuiste, nunca he vuelto a tener unas charlas tan interesantes y atractivas como cuando estabas conmigo. Llegaste a ganarte mi corazón. No te estoy hablando de amor, es un sentimiento más próximo al de padre que al de amante, aunque tampoco me siento tu padre. No es eso, te hablo de esa sensación de almas gemelas que se comprenden y se estiman. Espero que lo tengas en cuenta, Sé muy bien cómo es Carlos y a ti he llegado a conocerte lo suficiente como para saber que algo te ocurre y para creer que necesitas de un auténtico amigo. Cualquier problema que tengas, llámame, acudiré en tu ayuda inmediatamente.*

*Solo fueron tres días, aunque había dicho que no podía estar más de dos, pero yo le insistí para que se quedara al menos otro más. Resultaron tres días sumamente gratos, hablamos de todo un poco, ¡era tan ameno!, y Carlos se comportó como un magnífico anfitrión. Fernando nos puso al corriente de las últimas novedades de la isla y nos invitó a visitarlo en su nuevo destino. Carlos le prometió que lo haríamos, para que yo conociera la catedral de Burgos; él ya la había visitado más de una vez, pero yo nunca había estado en esa ciudad. Al despedirse nos aseguró que, en cuanto tuviera ocasión, nos haría otra visita.*

*Pocos días después, al volver Carlos de uno de sus viajes a Logroño, vi que lo acompañaba una mujer. Era la criolla con la que había salido a despedirme en la plantación. Ignoro dónde había estado ese tiempo, o en qué momento había llegado a España y se habían encontrado. Pensé en la posibilidad de que la hubiera traído Fernando, por encargo de mi marido. Los hombres son capaces de ayudarse en estas cosas, como algo natural entre ellos. Pero no me imaginaba a Fernando ofreciéndome su ayuda, después de actuar en mi contra, haciéndole ese favor a mi esposo. Con el tiempo, podría comprobar lo ajeno que era a ese juego.*

*No sé qué era lo que Carlos se había propuesto, seguro que él tampoco deseaba otra cosa que un hijo, pero la llegada de la criolla imposibilitaba definitivamente la reconciliación. Creo que en el fondo me alegré de que todo quedase tan claro, de que ya no fuera posible. Tendría a su hijo y viviría para cuidarlo. Pero lejos de él y siempre contando con la presencia y el apoyo de Bernardo, con el que no había vuelto a cruzar una palabra a solas desde que Carlos había vuelto.*

*Bernardo, que también se había trasladado a nuestra morada desde el primer día que la habitamos, seguía haciendo su vida y su trabajo a las órdenes de Carlos (ellos lo llamaban indicaciones y sugerencias), como lo hacía en Puerto Rico, pero procuraba no coincidir conmigo en la mesa. Por las mañanas, durante el desayuno, se limitaba a transmitirle a Carlos cuanto tenía que decirle, y a recibir esas indicaciones o sugerencias, sin tomar asiento, pretextando que él madrugaba y ya había desayunado.*

*Creo que esa actitud tan distante por parte de Bernardo debería haber sido motivo de sospechas, pero en ningún momento Carlos aludió a ese cambio de su amigo. O tal vez lo advirtió y le daba igual; tal vez estaba muy seguro de ambos y no le cabían las dudas. Seguramente, él tenía bastante con ocuparse de su criolla.*

*Durante un tiempo pude observar, no sin disgusto, que la criolla también estaba engordando. A pesar de usar ropas voluminosas que trataban de disimularlo, su embarazo era cada vez más evidente. Por su volumen pude apreciar que estaba, más o menos, en el mismo ciclo o mes de embarazo que yo, lo que me hizo pensar que tal vez nunca se habían separado. ¿Habrían vuelto juntos de Puerto Rico? ¿La habría llevado en su viaje por Europa? No era eso lo que me preocupaba, pero sentía indignación y rabia ante lo que consideraba una afrenta, me exasperaba su descaro, amén de sentir curiosidad por cómo se le había ocurrido llevar a la criolla a «mi casa». ¿Acaso formaba parte de un plan, por si yo no me avenía a vivir como pareja ante nuestra familia y amigos y, sobre todo, en la intimidad?*

*Traté de calmar mi enojo, pensando que todo acabaría para los dos en cuanto naciera mi hijo, e inmediatamente sentí miedo de que fuera una niña y no se acabara ahí mi tormento. A mí me daba igual que fuera un niño o una niña, pero si no le daba un heredero, que era de lo que había hablado, ¿qué ocurriría? ¿Seguiría exigiéndome un heredero?*

*Los seis meses que había pretendido pasar en Europa se iban a*

*alargar debido a la fecha de mi embarazo. No deseaba estar en Puerto Rico cuando su hijo naciera y tampoco podía permanecer tanto tiempo sin vigilar su plantación, así que Carlos hizo un viaje a aquel país. Solo permaneció allí lo indispensable para supervisar que todo estuviese funcionando correctamente —eso dijo—. Pero, entre la ida y la vuelta, supongo que calculó volver a tiempo para el parto, o puede que hubiera decidido no volver a la hacienda hasta que yo hubiera parido a su hijo. ¿Era una cuestión de trabajo o se sentía incómodo en medio de sus dos embarazadas?*

*Cuando llegó el momento de dar a luz, Carlos ya estaba en España, pero seguía de viaje.*

*Mi bebé era precioso, no creo que hubiese otra criatura más hermosa en la tierra, con la piel de un blanco sonrosado y una pelusilla casi transparente en su cabeza. No le encontré parecido con nadie, pero mi familia dijo que se parecía a mi tío abuelo, alguien al que no llegué a conocer, ya que había muerto relativamente joven, pero que había dejado un gran rastro entre sus familiares y amigos, por su agradable carácter y gran atractivo físico.*

*Mi marido volvió a casa en cuanto recibió la noticia de que su hijo había nacido. Aun así, por culpa de la distancia, el niño ya tenía tres días cuando lo vio por primera vez.*

*Pero ocurrió algo terrible, desconcertante y doloroso que, todavía, a veces, y después de dos años, no sé si lo he soñado o lo he vivido y sufrido en la realidad.*

*Yo estaba ilusionada, incluso orgullosa. Esperaba ver la cara de satisfacción de Carlos por el hermoso hijo que le había dado. Daba por hecho que aquí terminaba nuestro trato. Ya tenía un heredero. Al entrar en mis aposentos se acercó a mí, me dio las gracias y un beso en la mejilla que casi no rozó, y sin detenerse fue hacia la cuna. Yo observé cómo, al mirarlo, su rostro se iluminaba de gozo. Hizo mención de ir a cogerlo en brazos, pero, de repente, de manera incomprensible, cambió su expresión. Mostraba extrañeza al mirar a su bebé. Entonces todo pareció nublarse en el interior de aquella habitación soleada hasta ese instante. Dijo que ese hijo no se parecía nada a él y tampoco a mí. Montó en cólera diciendo que ese no podía ser su hijo.*

*—¿Quién es su padre? —dijo iracundo. Mientras yo, sorprendida primero y enfadada después por la pregunta y su tono violento y despectivo, no podía contestar a lo que, además de una desagradable sorpresa, consideraba un insulto. Solo sabía*

*responder con otra pregunta:*

*—¿Qué dices?, ¿qué estás diciendo? —Me podía la impotencia.*

*Parecía desesperado. De pronto, tomó al niño en brazos sin dejar de insultarme y lanzar improperios, y empezó a recorrer la habitación en dirección a la salida. Yo me levanté de la cama y lo seguí pidiendo ayuda a gritos, preguntando qué pretendía hacer con nuestro hijo. Adónde y para qué se llevaba al bebé, mi hijo. ¡Estaba tan enfadado!, y todo eran insultos y juramentos. Atravesó la casa llevando al bebé con los brazos en alto. Yo temía que se le cayera desde esa altura. Era el día que descansaba el servicio, solo estaba mi doncella. Supongo que ella se asustó y se escondió, porque no acudió a mis gritos… ni a los de mi marido.*

*Llegó a las cocinas y, una vez allí, revisó su entorno hasta encontrar lo que buscaba. Cogió un hacha que estaba colgada allí mismo, mientras me exigía que dijese el nombre del padre. Colocó a nuestro bebé sobre la superficie donde la cocinera cortaba la carne. Le di un empujón tratando de retirarlo de aquel grueso tronco de carnicero, donde estaba nuestro hijo llorando a pleno pulmón; quería que se alejase de allí. Pero él apenas se movió. Fue el hacha lo que se desprendió de las manos de Carlos y golpeó el tierno cuerpecito de mi bebé. Vi cómo corría y se extendía un líquido rojo por su blanca piel. Me desmayé.*

*Al despertar, todo era bruma, tenía a mi niño recién nacido en los brazos, le retiré las ropas e inspeccioné su cuerpo, nerviosa y asustada, sin encontrar ninguna herida en sus carnecitas. Me tranquilicé y empecé a respirar satisfecha, todo había sido un mal sueño. Creo que volví a quedarme dormida unos minutos. Pero, pasado un tiempo, no sé cuánto, al abrir los ojos y mirar su carita no pude reprimir un grito.*

*—¡Este no es mi hijo! —grité.*

*Acudió mi marido y llamó a la doncella, que me retiró al bebé de los brazos para dejarlo en la cuna. Después, ambos trataron de convencerme de que aquel niño de labios gruesos, ojos oscuros y abundante pelo negro era mi hijo. Yo insistía en que no lo era y que quería que me llevaran a mi hijo. Carlos pidió a mi doncella que fuera a buscar al doctor. Cuando vino con él, me decían que lo mirara, pero yo sabía que no soportaría su visión. ¿Es que el doctor que me había ayudado a traerlo al mundo ya no se acordaba de cómo era mi hijo?*

—Hasta aquí han llegado.

—¡Qué horror! Empiezo a comprender que ese es el motivo de su nombre. Esa casa recién construida tiene que ser la casa de los horrores. Pero ¿qué ocurrió después? Y si eran tan distintos, ¿cómo no lo reconoció tu abuelo? —pregunté a Salvador.

—Es lo que nos preguntamos nosotros —dijo Daniel—. Empezamos a temer que no habrá forma de saber más. El resto de los folios que acompañaban a los que ya han conseguido transcribir parecen irrecuperables. Pero algo más sabemos: la casa se construyó cerca de Logroño, por lo que nos confirma que es la casa de los horrores, como dice tu madre.

El doctor está investigando entre los apuntes de su padre, que ejerció en sus primeros años de profesión en todos estos pueblos de alrededor, y está tratando de localizar fechas a partir de mediado el siglo XIX, tal vez algún dato nos permita conocer cómo terminó esta historia monstruosa.

## LILI

Calandra, 1984

De nuevo había recibido la llamada de don Alberto Montego, y allí estaba yo, esperando que lo que tuviera que decirme no contrariara lo ya dicho. Mi tío no se iba a poner en nuestra contra. Su enfado no podía durar.

En su presencia, también se encontraba nuestro abogado. La verdad que me intrigaba, porque además de haber confirmado que nuestra hacienda pertenecía al tío Eloy, ya me había entregado las cien mil pesetas prometidas, con lo que ya podíamos mirar al futuro llenos de esperanza. Aunque después de haber escuchado a mi madre decir que eso no sería suficiente, que tendríamos que colaborar con ella para poder recuperar de nuevo la actividad de nuestra hacienda, yo había estado dispuesta a sacrificarlo. Pero una vez que nos habíamos puesto en marcha las cuatro, todo parecía ir bien. Así que yo volvía a confiar en que ya no sería necesario entregar mi fetiche.

—Don Alberto, ¿tiene alguna otra noticia que comunicarme de mi tío? Supongo que es por eso por lo que me ha convocado.

—Pues sí, verás, Daniel y yo hemos estado trabajando para tener preparados cuanto antes todos estos documentos. En la otra entrevista no quise hablar de ello, hasta no tener toda la documentación en orden.

Entonces, sacó un cartapacio en el que aparecían documentadas las compras de nuestros bienes. Y una relación de todos ellos.

—Mira, Lili, todo esto es una donación de tu tío, es todo tuyo. Están a tu nombre, a falta de que lo firmes.

Fue una sorpresa tan grande que no supe reaccionar en ese momento. Pero ¿cómo me iba a quedar yo con todo lo que había sido de mis padres. Eso podía cambiar la relación familiar. Todos, incluida mi madre, se sentirían ofendidos por mi tío y, además, podrían culpabilizarme. Daniel, que observó mi lucha interior, me hizo un gesto afirmativo con la cabeza, parecía indicarme que debía aceptarlo, pero yo estaba remisa.

Hasta ese momento, había sido mi madre la que se había encargado de gestionar todo lo concerniente a la venta del patrimonio, y a los pagos de las deudas, y ahora era ella la que llevaba el peso de la puesta en marcha de todo. Porque todo había quedado estancado con la muerte

de mi padre y las ventas de cuanto poseíamos; pero era yo la que había estado en contacto con don Alberto Montego, que, a su vez, era el que estaba en contacto con mi tío. ¿Pensarían que yo lo había estado convenciendo en mis visitas?

—Lili —dijo Daniel al ver que seguía dudando—, debes aceptarlo.

—Pero, Daniel, ¿qué pasará en casa si la acepto? Seré la dueña de todo. ¿Cómo se lo van a tomar? Tú le dijiste a mi madre que no aceptara la herencia de mi padre, y ahora todo va a ser mío.

—Sí —sonrío burlón—. Ya viste el caso que me hizo tu madre. Pero no tiene nada que ver una cosa con la otra. Yo tenía constancia de que los dos últimos años fueron para tu padre, económicamente hablando, los peores de su vida. Él apenas aceptaba mis sugerencias, cosa que antes no ocurría. Era como si estuviese obsesionado con algo y no me escuchaba en nada que tuviera que ver con sus negocios. No sabes la de noches que estuve dando vueltas intentando descubrir el motivo para que tu padre tuviera esa actitud conmigo. Solo era en los negocios. Primero se lo había hecho ver a tu padre, que se rio y me dijo que no había brujas en su vida. Lo comenté después con Salvador, pensando que podía ser a causa de su salud, pero él me dijo que ya no era su médico de cabecera, ni se ocupaba de Pablo, que había dejado ese campo de la medicina, pero que seguía siendo su amigo, que con su actual médico estaba en buenas manos. Y que cualquiera que fuese el problema, no tenía nada que ver con su salud.

»No sé qué le pasaba, estoy seguro de que se estaba dejando malaconsejar por alguien, con nefastos resultados. Por eso le dije a tu madre que no aceptase la herencia a menos que lo hiciera a beneficio de inventario; sabía que era una herencia ruinosa, casi envenenada. Estoy seguro de que tu padre nunca pensó que llegaría a esos extremos.

—Y tenías razón, pero también mi madre tenía las suyas para aceptarla.

—Vale. Ahora te digo que la aceptes. Yo en aquellos momentos estaba ignorante de las órdenes dadas por tu tío. Después he sabido por don Alberto Montego lo que pretendía Eloy, y lo he ayudado con mucho gusto. Puedes después hacer con ella lo que consideres mejor, administrarla para todos, dejar que siga administrando tu madre hasta que te encuentres más preparada para hacerlo, y hasta regalar parte a tus hermanas cuando llegue el momento. Pero ahora, como abogado y como amigo de la familia, mi consejo es que no debes rechazarla, no tengas ninguna duda. Es una donación que te hace tu tío. Sin duda, al encontrarse tan enfermo, ha pensado que, aunque de esta se haya

salvado, con la vida que lleva, le puede ocurrir en cualquier momento sin tiempo para hacer lo que desea.

Don Alberto, manteniendo su sonrisa bonachona, zanjó el asunto al decirme:

—Debes aceptar, es lo que desea tu tío Eloy. Si él hubiera muerto, esto hubiera sido tu herencia. Y ya no hubo más que hablar.

Acepté la donación.

—Ya sé que es un regalo que me quiere hacer mi tío en vida —le dije —, pero son cosas que han pertenecido a mis padres.

—Eso no es motivo para tu pesar, ellos ya lo habían perdido, tu madre decidió deshacerse de todos sus bienes, sin esperar ni a que se los reclamasen. Ya sé que lo hizo por el buen nombre de tu padre, pero ahora todo eso ha llegado a tus manos de una forma legal. Ha sido una suerte que tu tío los haya adquirido.

—Pero es que no soy capaz ni de decírselo a mi madre. Me siento como una traidora.

—Mira, Lili, creo que tengo la solución. Puedes hacer un poder notarial que permita a tu madre realizar con todas tus propiedades y en tu nombre lo que considere que es mejor para todos. Si un día decides otra cosa por el motivo que sea, puedes, de igual manera, ante notario, rescindir ese poder, o limitarlo en la medida que consideres.

—Eso es perfecto. ¿Podemos ir ahora mismo?

Habían transcurrido seis meses, el dolor se iba mitigando, aunque solo en parte; nuestra situación económica era similar a la que siempre habíamos disfrutado mientras vivía nuestro padre. Yo en ningún momento pensé en hacer valer mis derechos. Cuando tuve el poder, se lo entregué a mi madre, con la explicación de lo que había ocurrido. Su reacción fue increíble, era como si lo hubiera sabido desde siempre. Dijo que se alegraba por mí y que no me preocupase, que todo estaba bien.

Había dejado todo a cargo de mi madre, para que, al menos *de facto*, la situación económica de la familia siguiera siendo la misma. Para que nadie tuviera que pasar por el mal trago de pedirme nada. Mi padre siempre manejaba los negocios a su antojo, sin consultar con nosotras, y mi madre siempre se hizo cargo de las necesidades de cada uno de los miembros de su familia, tratando por igual a cada una de nosotras, pero en función de nuestras diferentes necesidades y formas de ser. Considero a mi madre una mujer justa, y sé que mis hermanas

olvidarán pronto que yo soy la única que puede ejercer como propietaria. Es algo que, desde que acepté la donación de mi tío, he considerado que tendré que hacerme perdonar por ellas.

Aun así, nada cambió, seguimos cumpliendo con las obligaciones que nos había asignado nuestra madre, creo que más por disciplina que por necesidad. Ella ya no quería volver a tener que vender nada de lo que había recuperado nuestro tío. Se hizo cargo de todo el patrimonio para gestionarlo. Nos marcó un salario a cada una en función de nuestro trabajo, para que lo fuésemos ahorrando. Ella se marcó otro para no ser una carga en su vejez —eso dijo—. Los beneficios, cuando se produjesen, irían a la cuenta que había abierto para mí, para que luego digan que no es cierto que todo se pega.

Carolina estaba un poco reticente conmigo, pensé que debía darle tiempo para que, además de aceptar que papá no estaba ya con nosotras y que nunca volvería, en la vida cotidiana, todo seguía igual…, o casi. Era cuestión de tiempo que olvidara el asunto de la titularidad de las propiedades que habíamos recuperado. De momento, había mucho retintín en frases como: «Pregúntale a Lili si te deja», o «Pide permiso a Lili, que es la dueña ahora», o «No sé qué dirá de ese gasto tu hermana». Decidí no tenerlo en cuenta. En cambio, Lucía siguió siendo un amor; a sus doce años, era el mayor consuelo de mi madre, aunque a veces también su dolor de cabeza. No he notado en ella ningún cambio, salvo su tristeza cuando se nombra a papá.

Carolina tenía un novio dos años mayor que ella, al que yo llamaba el hombre de ida y vuelta, cuando no me oía mi hermana, que no complacía las expectativas de nuestro padre. Creo que era buen psicólogo, me refiero a que mi padre vio clara la realidad de aquella relación.

Porque el novio de Carolina, cuando nos supo sumidos en la pobreza, dejó de salir con ella. Nada nuevo en la inmensidad de la tierra, pero muy doloroso para una chiquilla de dieciséis años que acaba de despertar al amor, y de pronto era rechazada, precisamente cuando quedaba huérfana y más apoyo necesitaba. Yo la puedo comprender, porque a sus años también sufrí un desengaño, la verdad que todavía no sé por qué, pero no fue en un momento crítico, como lo es ahora.

No obstante, sufrí muchísimo, sobre todo por lo que yo pensaba que nos queríamos. Yo creía que nuestro amor era único, que nadie se amaba tanto como nosotros. Cuando él me dejó sin una explicación, yo, que creía amarle de una manera absoluta y no podía comprender que me dejara sin que le hubiera ocurrido nada, ideé mil cosas que podrían justificar su actitud. ¿Se estaría quedando ciego y no querría

amargar mi vida? ¿Le habrían descubierto una enfermedad irreparable y prefería dejarme para que yo fuera feliz con otro chico? Le hablaría —pensaba, en plan alma caritativa—, le diría que no me importaba lo que le pasara, que yo le querría siempre y en cualquier circunstancia, «en la salud y en la enfermedad». ¿Se puede ser más tonta?

Pude verlo pocos días después, con otra chica de la mano y rebosante de salud, aunque él, al verme, se puso rojo como una gamba recién pasada por la plancha, y yo, aunque no había ningún espejo cerca, estoy segura de que me agencié un color verde palmera… de pura rabia por ser tan boba.

Es curioso, pero el joven Alfredo ha vuelto con mi hermana y ella no le ha puesto ningún impedimento. ¡A veces las mujeres parecemos tontas! ¡Mira que está clara su actitud! ¡Pues nada!, él le dice que no ha podido olvidarla y ella se lo cree como un dogma de fe. ¡Me da una rabia! Pero ¿quién le dice nada?, pensaría cualquier cosa de mí, antes que abrir los ojos y mirar lo que ha ocurrido en los últimos seis meses.

Yo tengo unos cuantos moscones que me muestran su interés. Ignoro si también están interesados en mi patrimonio. Aunque muy cerca de la ciudad, vivimos en un pueblo pequeño y las noticias corren a una velocidad vertiginosa. Pero no tengo interés en saberlo porque tampoco tengo ganas de comprometerme con nadie.

Voy a hacer veintiún años y la mayoría de mis amigas ya han tenido alguna experiencia de tipo sexual, con sus novios o con no novios, pero yo no tengo prisa. No es por el desengaño que tuve a los años de Carolina, es que quiero sentir, con total claridad, que esa persona es con la que quiero pasar el resto de mi vida. Como mi madre, que solo ha querido a mi padre y únicamente ha sido feliz con él.

Daniel nos ha llamado para decirnos que esta tarde vendrá con Salvador el amigo y doctor que nos atendía hasta hace dos años. Por lo visto, han encontrado alguna nota de su abuelo que parece referirse a la casa de los horrores.

Mi madre, que al principio decía que lo que habíamos encontrado era el manuscrito de una novela, ya ha empezado a interesarse por esta historia. Veremos qué nos cuentan esta tarde. Los esperamos con impaciencia.

Y esto es lo que Salvador y su padre han encontrado en los archivos del abuelo:

*Calandra, 1892*

*Miércoles, 8 de marzo*

*Hoy he tenido que atender de urgencia a una paciente a la que hace tres días había ayudado en su parto. Todo fue normal y la criatura llegó en perfectas condiciones, un bebé precioso, y la abuela ya le había sacado parecido con un hermano suyo. Pero lo que hoy ha ocurrido me ha dejado un amargo sabor de boca.*

*Mientras llegábamos a la mansión, en la calesa de la casa a la que he sido requerido de urgencia, la doncella de la parturienta me iba relatando a su manera el motivo. Me dice que su señora parecía dormir tranquila, y casi sin despertar había pedido ver a su hijo. Ella, que se encontraba a su lado para atenderla cuando despertara, ha sacado al bebé de la cuna y le ha puesto al recién nacido en los brazos, y su señora, después de mirarlo a la cara y con la respiración muy alterada, ha empezado a quitarle la ropa y a inspeccionar todo su cuerpecito detenidamente. La doncella, sorprendida, le ha preguntado qué era lo que estaba buscando. Y ella ha contestado:*

*—No sé, me encuentro muy cansada, me he debido de desmayar y he tenido un sueño espantoso, buscaba las heridas que mi marido le ha dejado con el hacha.*

*Se trataba de heridas inexistentes, que, naturalmente, no pudo encontrar.*

*—No tiene ninguna herida —debió de decir su ama con sorpresa, y empezó a respirar más tranquila y satisfecha—. Ha sido un sueño horrible. —Y se volvió a dormir con su hijo en los brazos.*

*Dice la doncella, que, cuando le pareció que había vuelto a dormirse, se fue un momento para tomar un café que la entonara del mal rato pasado. Pero, al poco tiempo, la han oído chillar diciendo que ese no era su hijo.*

*Su marido, al oírla, ha acudido a su lado. Le ha dicho que estaba delirando, que ese era el niño que ella había traído al mundo, pero la señora insistía en que estaba segura de que no lo era. Ella decía que recordaba muy bien cómo había visto a su hijo bajo el hacha que llevaba su marido. La doncella se ha llevado al bebé a la cuna, mientras le escuchaba decir con insistencia que su hijo estaba muerto, que su marido lo había matado y que ella había visto su sangre. El señor ha tratado de tranquilizarla insistiendo en que deliraba y, como no se le pasaba, ha enviado a la doncella a llamarme.*

*Al llegar a su habitación conducido por la sirvienta, me he*

*acercado a la cuna lo primero. Allí estaba el niño que yo había ayudado a nacer. Y no he tenido más remedio que ponerle una inyección tranquilizante a la madre.*

*He vuelto a visitarla esta tarde, parecía estar normal, y convencida de que todo había sido un mal sueño. Menos mal.*

*Jueves, 9 de marzo*

*Hoy tenía previsto volver a visitarla, pero me han llamado antes de que pudiera hacerlo, y lo que he encontrado ha sido terrible. Era Carlos el que en esta ocasión me relataba lleno de dolor que ella no está bien:*

*—Delira. Continuamente pide que le lleven a su hijo, al que ella ha parido, y a mí me llama asesino.*

*Estaba destrozado.*

*Yo le pongo otra inyección suave. Me quedo a su lado, necesito ver sus reacciones al despertar. A ratos parece que tiene momentos de lucidez, pero lo que dice no tiene sentido.*

*Asegura que recuerda con claridad la escena: a Carlos, su marido, con un hacha en la mano, diciendo que ese no es hijo suyo y amenazando con matarlo si no le dice el nombre del padre, y ella abalanzándose contra su marido. A Carlos se le cae el hacha sobre el bebé.*

*—Mi bebé —me dice—. La sangre del recién nacido brotaba de aquel cuerpecito, y se iba extendiendo por el tronco de madera, preparada para cortar la carne, pero no la de un bebé, mi pobre hijito.*

*Añade que es culpa suya por haber empujado a su marido, que estaba en sus manos haberlo evitado. Se siente irremediablemente culpable de su muerte y solo desea morir. Además, busca la forma de hacerlo.*

*Ahora está convencida de que el bebé que tiene en su alcoba no es el suyo. Le dicen que lo mire, pero ella levanta los brazos y cruza los dedos índices formando una cruz mientras dice: «Va de retro, Satanás», y no quiere mirarlo. Yo me acerco a la cuna e identifico al bebé, es el que yo le he ayudado a traer al mundo. Pido que me dejen a solas con ella en un momento que considero que está lúcida, para que me cuente cómo ha ocurrido todo. Me dice que su marido no ha aceptado el hijo, que pensaba que era de otro hombre y lo ha matado.*

*Me acerco de nuevo a la cuna pensando que todos los bebes se parecen, y no noto nada distinto en el bebé. Es realmente preocupante cómo lo vive ella, pero todos están destrozados, principalmente Carlos.*

*Viernes, 10 de marzo*

*He tenido que volver esta tarde. La cuna estaba vacía, me han dejado a solas con ella para que me contase libremente su versión. Dice que cuando esta mañana ha bajado al porche ha visto cómo la criolla y amante de su marido ya no tenía el vientre abultado. Entonces ha aprovechado un descuido y ha entrado en sus dependencias. Allí no había ni rastro del bebé y ha empezado a verlo claro.*

*—Ha matado a nuestro bebé. Lo ha sustituido por el que tuvo con la criolla. Se la trajo de su plantación de América. Rápidamente he subido a mi habitación y he contemplado al recién nacido que ocupaba la cuna de mi hijo. He visto que su piel era oscura y el pelo rizado como el de su madre —dice—. He tomado una de mis almohadas y, sin dudarlo, le he tapado el rostro al bebé, hasta que ha dejado de respirar. Igual que la gitana de la ópera de Verdi, yo también me he vengado. Al terminar de contármelo, se introduce en la cama, cierra los ojos se duerme, aparentemente tranquila.*

*No sé si delira y si, en el caso de que lo haga, puede ser delirio posparto. Convendría esperar un tiempo para darle ocasión a que se estabilice, pero Carlos asegura que es verdad que ella ya ha intentado matar a su hijo con la almohada, de hecho, ella cree que ha conseguido matarlo, pero que no era su hijo. Dice Carlos que lo han tenido que retirar de la cuna por si vuelve a intentarlo. El problema que él teme es que puede seguir haciéndole daño, por lo que sugiere que debería ingresarla cuanto antes en una clínica y esperar a sacarla cuando vuelva a la realidad. Dice que no quiere denunciarla, pero que si la dejan que ande por la casa a su libre albedrío, todos pueden estar en peligro, principalmente su hijo recién nacido.*

*Contra mi criterio, poco seguro, le he firmado los certificados que ya tenían preparados para ingresarla en un manicomio de Zaragoza, del que estoy casi seguro que saldrá realmente trastocada. Estoy en contra de ellos, no son lugares de recuperación. Además, yo también he visto a esa criolla embarazada y ya no lo está. No sé quién la habrá asistido, pero estoy seguro de que acaba de dar a luz. No sé qué pensar.*

*Es todo muy espeluznante y no sé cuál será la versión auténtica, pero ingresarla no solucionará nada. Tal vez tendría que hablar con la policía o la Guardia civil para que investigaran la verdad del asunto. Pero tengo miedo de hacer el ridículo. Carlos ha visto mis dudas a la hora de firmar y ha ordenado a un ama de cría que traiga al niño. Me lo ha mostrado. No es moreno ni tiene los rizos que dice su madre. Este es el niño que ayudé a venir al mundo. De carne rosada y casi sin pelo. Una pelusilla rubia que casi no cubre su cabecita de recién nacido. ¿Qué puedo hacer?*

*Lunes, 13 de marzo*

*He estado fuera este fin de semana. La primera noticia que he recibido de boca de mi enfermera es que el hijo de Carlos murió en la noche del sábado, «muerte súbita». No es la primera vez que le ocurre a un bebé, pero dadas las circunstancias que le preceden me ocasiona unas dudas terribles.*

*He llamado a la casa para saber si necesitan mis servicios y conocer la hora del entierro del bebé, pero la persona con la que hablo me dice que esta mañana lo enterraron en el jardín de la casa, en la más estricta intimidad, y que mañana, o al día siguiente, don Carlos emprenderá viaje a Puerto Rico. Pregunto por la señora de la casa y me informan de que se la llevaron anoche, para ingresarla en un manicomio durante la mañana.*

*Pienso que todo ha sido demasiado precipitado, lo que me ocasiona más dudas de las que ya me obsesionaban.*

—Luego en el apartado del año siguiente aparece este breve relato:

*En Calandra, a 10 de marzo de 1893*

*Ha transcurrido un año. Sigo con mis dudas sobre lo que debía haber hecho en aquella situación, sobre lo que realmente ocurrió. Por eso la visito de vez en cuando en el manicomio de Zaragoza. Me siento culpable de su internamiento y de no haber sido capaz de denunciar esta duda. Cuando tiene la mente lúcida, ella es la que no comprende cómo ninguno de ellos ha ido a la cárcel, dice que nadie quiere creer que su marido mató a uno de sus hijos para poner al de la criolla en su lugar. Ella se confiesa autora de la muerte del otro bebé. Dice que no pensó que mataba a un bebé, que estaba loca de dolor y quería que su hijo volviera a sus brazos. También asegura que ella y su marido deberían estar en la cárcel por asesinos. Aunque él no tenía motivos para volverse loco y matar a su hijo, está segura de que lo mató porque no lo quería,*

*porque pensaba que no era de él o porque lo quería suplantar con el de la criolla. Los dos eran hijos suyos. Pero eran tan distintos…*

*Lo cierto es que cuando he acudido a la casa para una de las visitas de rigor, he observado que la criolla ha desaparecido y, cuando pregunto al servicio por ella, nadie la recuerda. Por lo menos, eso es lo que dicen. Es posible que hayan cambiado al servicio, desde luego su doncella particular no sigue en la casa, claro que eso tiene algo de lógico.*

*Visito también a sus padres. Son mis pacientes de toda mi vida profesional. Ellos no quieren cerrar la mansión, aunque Carlos esté en Puerto Rico, porque confían en que su hija pronto recobre la cordura y vuelva a su casa. Lamentan la súbita muerte de su nieto pero dicen resignados que tal vez sea mejor así, ya que su hija no se hubiera podido hacer cargo de él y a ellos Carlos no les hubiera permitido quedárselo. En cuanto al servicio, todos estaban muy afectados. Algunos se despidieron.*

*Yo seguiré vigilando para, en cuanto sea posible, intentar convencer a mis colegas de que ya pueden sacarla sin peligro de que haga daño a nadie. Es lo menos que puedo hacer por ella.*

—Y esto parece ser todo. Ahora siento curiosidad por seguir leyendo, aunque creo que esta historia tristemente termina aquí. Pero seguiré buscando entre sus papeles.

—Entonces, ¿tú crees que así terminó todo?, ¿con ella en una casa de locos? ¿Y él? Se volvió a su plantación. Tal vez allí se volvió a casar y tuvo otros hijos y perdió todo interés por regresar a esa casa el resto de su vida y desde entonces esté abandonada —pregunta de nuevo mi madre—. Tampoco parece que los padres de él la utilizaran.

—Realmente, la titularidad de la casa debía de detentarla ella. Ese parece que debía de ser el trato con Carlos, ella le había dado un heredero, por tanto, su parte del trato estaba cumplida, y si Bernardo intervenía de su lado y era él el que se ocupaba de los negocios de su amigo Carlos… —opinó Diego, dejando que cada uno sacase sus propias conclusiones.

—Parece que encaja. Aquí quedarían los padres de Carlos y los de ella, de quien, por cierto, aún no sabemos su nombre. Pero ¿cómo les iba a apetecer a ninguno usar esa casa? No me extraña que la llamasen la casa de los horrores. Creo que se me han quitado las ganas hasta de vender su contenido.

—Perdona, Lili, pero me parece una tontería, si hay algo que valga la

pena será mejor que alguien lo use y lo disfrute sin necesidad de conocer lo que había ocurrido en la casa —dice Daniel, algo molesto —. Por cierto, tampoco sabemos si la verdad que hemos conocido hasta ahora es la de una perturbada…

—Entonces, ¿crees que la desgracia solo estaba en su imaginación y, en ese caso, el heredero puede que siguiera viviendo? Si es así, ¿qué habrá sido de él? —se preocupa mi madre.

—Pero mi abuelo cuenta que el niño murió e incluso que lo enterraron en el jardín de la casa.

—¿Y el otro hijo? No parece fantasía. Tu abuelo también hace afirmaciones que dan a entender que él está seguro de que ha tenido otro hijo, aunque Carlos lo niegue —miré a Salvador al decirlo, él se encogió de hombros y arqueó las cejas, como si no se atreviera a hacer ninguna afirmación—. Tampoco hace falta que convirtamos los criterios en dogmas de fe. Todo son especulaciones en torno a una casa con más de cien años y con una historia que, al parecer, en su día le hizo ganar el sobrenombre de «la casa de los horrores». Pero ¿existió un niño, hijo de la criolla? Y si existió, como parece dar a entender tu abuelo, ¿ella lo asfixió?

## REGRESA NUESTRO TÍO ELOY

Calandra, 1985

No sé cuál era el grado de alegría que cada una de nosotras sentía ante el anuncio de la llegada de nuestro tío, pero me arriesgaría a decir que las tres nos sentíamos igualmente pletóricas de felicidad.

Y es que mi alegría, al igual que la de mis hermanas, nada tenía que ver con su espléndida donación. Era imposible mayor satisfacción que la que me producía comprobar que seguía vivo, poder abrazarlo y tenerlo en casa con todas nosotras, que en esos momentos éramos, y nos sentíamos, tan huérfanas de padre.

Estoy segura de que, aunque para Carolina el hecho de que yo hubiera pasado a ser la propietaria de todo pondría una nubecilla de dolor, o tal vez rencor, en su alegría, esta también sería grande. Para todas era una gran satisfacción en medio del dolor por la pérdida de nuestro padre, tener a su hermano, nuestro tío el aventurero, entre nosotras.

Lilian, mi madre, hizo algo que nos sorprendió a las tres. Quiso reunir a sus hijas para contarnos lo que podía haber sido una bonita historia de amor, cuando, en realidad —lo supimos más tarde—, trataba de ponernos al corriente de la situación previa a su matrimonio, para que comprendiéramos mejor a nuestro tío.

Nos contó, de una forma un tanto novelada, la historia de una joven y el gran amor que había sentido por dos hermanos, y sus dudas a la hora de decidir con quién de los dos quería casarse.

Las tres hermanas escuchábamos asombradas la historia resumida que nuestra madre, Lilian, había querido contarnos antes de que llegase nuestro tío Eloy. En principio dudábamos sobre si nuestra madre utilizaba aquellos nombres queridos (sus propios nombres), para que nos sintiéramos más interesadas en la historia, o si aquel romance a tres tenía algo que ver con la historia de nuestros padres y nuestro tío. Costaba imaginar a nuestra madre enamorada de otra persona que no fuera nuestro padre, pero si lo que nos contaba era la estricta realidad nos dejaba como si tuviéramos que creer que, de verdad, hay brujas volando sobre escobas.

De vez en cuando nuestras miradas se cruzaban en un gesto inquisitivo y cómplice: ¿de qué iba todo aquello? Una elevaba los hombros, otra los encogía. Yo no estaba nada segura de estar comprendiendo lo que mi madre quería que entendiésemos. De lo que sí estoy segura, es de que a las tres nos tenía muy pendientes de su

historia y deseando la confirmación de lo que nos hacía sospechar.

Al final, mi madre nos anticipó, que aquella breve historia era muy larga, que en realidad había durado casi un cuarto de siglo y que esa noche después de cenar nos contaría, con más detalle, cómo había acabado la relación entre los dos hermanos.

Naturalmente, al terminar esa parte de la historia, las tres hermanas teníamos claro cuáles eran los verdaderos protagonistas. Miramos a nuestra madre interrogantes y ella comprendió. Pero siguió insistiendo en que digiriésemos aquella historia que acababa de contar.

No sé mis hermanas, pero yo no acababa de asimilar que aquella persona caprichosa y voluble, capaz de jugar con los sentimientos de dos hombres buenos, que parecían adorarla, y que nos acababa de presentar, tuviera algo que ver con mi madre, siempre tan firmemente enamorada de nuestro padre. No podía imaginarla entregándose a otro hombre, aunque ese hombre fuera mi tío, o precisamente por ser nuestro tío, la persona que yo más quería después de mis padres… Creo que lo quería más que a mis hermanas. No sé, por lo menos igual, solo que a él lo admiraba más que a nadie.

Terminamos pronto de cenar, parecía que hubiéramos perdido el apetito, pero seguro que nos podía la curiosidad por conocer los ocultos motivos del enfado de nuestro padre con su hermano.

La explicación fue en principio un poco decepcionante. Al final, todo debía de reducirse a que mi padre no aceptaba que mi tío quisiera nombrarme heredera universal de sus bienes. ¿El grandioso enfado de los dos hermanos era debido a eso?

Estaba claro que mi padre era orgulloso, pero no veía la relación para su enfado. Mi padre simplemente nos quería a las tres hermanas por igual y no aceptaba que solo yo tuviera una fortuna. O tal vez, lo que le molestaba, era que se repitiese la relación familiar que él estaba viviendo en esos momentos —yo teniendo que ayudar a mis hermanas, o mis hermanas teniendo que pedirme ayuda—. Aun así, me pareció desproporcionado el enfado.

Mi madre siguió explicando en tercera persona igual que lo había hecho antes de la cena. Dijo que después de muchos años en los que el aventurero siempre había mostrado su debilidad por la primera hija, de las tres que tenía el matrimonio, y su propósito de dejarle su herencia, en su último viaje sorprendió a su hermano añadiendo que pensaba dejar heredera a su hija mayor, porque la hija mayor le pertenecía, y lo acusó de robarle a su novia y a su hija, que ya estaba en camino.

Su hermano le preguntó si estaba loco, si acaso no recordaba el tiempo que transcurrió hasta que se casaron y tuvieron la primera hija. Pero el aventurero no razonaba, estaba enrocado en que las cosas habían ocurrido como él lo contaba.

Le recordó que siempre le había dicho que si un día él faltaba, tomara el relevo en su familia, como si fuera el padre de sus tres hijas, incluso que tendría su beneplácito para casarse con su mujer, si ella lo aceptaba. Pero lo que ahora decía era intolerable y quería que se desdijera inmediatamente.

Tras una nueva discusión, siempre sobre el mismo planteamiento, Pablo le rogó a su hermano que, mientras no recobrase la cordura, se olvidara por completo de esa familia. Estaba enormemente enfadado. Y no le faltaba razón. Ella también se sentía dolida por sus mentiras.

El aventurero lo tomó al pie de la letra y se marchó furioso esa misma tarde. Y ya no volvieron a verlo. Incluso cuando su hermano Pablo murió, él no se acercó para darle su último adiós. Pero mientras, ni Lilian ni Pablo contaron a sus hijas los motivos de aquel distanciamiento.

—He sabido en estos días que en aquel momento ya estaba aquejado de un mal propio de la selva amazónica que se manifiesta con fiebres muy altas, lo que ocasiona confusión mental, o pérdida de la razón, por eso no volvimos a saber más de él, no porque estuviera enfadado. En realidad, él no recuerda lo que pasó, ha estado al borde de la muerte durante meses. Algunos de los hombres que lo acompañaban también sufrieron el mismo mal, e incluso uno murió.

—¡Vaya historia! Y todo este tiempo pensando que tenía un enfado tremendo.

—¡Pobre tío! Y estaba al borde de la muerte.

—¿Esa es vuestra historia? —dije, sabiendo igual que mis hermanas la respuesta—. ¿Alguna vez te has arrepentido de la decisión que tomaste? —pregunté con miedo a su contestación.

—Sí, en efecto, es nuestra historia. Y no. Nunca me he arrepentido de aquella decisión. Las tres sois hijas del mismo padre y eso era algo irrenunciable para nosotros. Ni siquiera como una formalidad legal podía vuestro padre renunciar a ninguna de vosotras.

—Mañana, como ya sabéis, llegará vuestro tío, vendrá a la hora de comer. Confío en que el relato que acabo de haceros no cambie en nada la relación que siempre habéis tenido con él, en cuanto al hecho de que os haya diferenciado con el reparto de sus bienes; tampoco

debéis tenérselo en cuenta. Son demasiados años confundiendo sus sentimientos. Lili es su primera sobrina, él fue su padrino y eligió ponerle mi nombre, Lilian, y nunca ha disimulado que es su favorita, pero a todas os quiere como si fuerais sus hijas, de eso estoy segura.

—¿Quiere eso decir que el tío ocupará el lugar de nuestro padre y que tú te casarás con él? —La pregunta de Lucía nos sorprendió a las tres. Mi hermana y yo miramos a nuestra madre expectantes esperando su respuesta.

—¡Ja, ja, ja! No, Lucía, no quiere decir eso. Tu padre confiaba en su hermano, tanto como para ofrecerle su familia, y dar su beneplácito para que se casase conmigo, en el caso de que él ya no existiera. Pero eso no significa que yo tenga que casarme con tu tío. Lo he querido mucho de joven, tanto como para confundir mis sentimientos, y ahora lo sigo queriendo mucho, pero hace muchos años que no estoy confundida. Ha sido mi gran amigo y lo seguirá siendo, os aseguro que eso es algo muy importante para mí. Pero nada que ver con lo que significa un auténtico amor, como el que he llegado a sentir por vuestro padre. Pronto cumpliré cincuenta años. Todos ellos, al menos todos los que yo soy capaz de recordar, los he pasado con vuestro padre, y cada año que ha pasado me he sentido más enamorada y más feliz a su lado. Toda mi madurez me la ha proporcionado él. Ahora con sus recuerdos me sobra para seguir siendo feliz.

Aquella mañana la casa parecía tener vida propia, todo se movía, todo se alteraba, nuestro hogar brillaba como en sus mejores días. Respetamos la silla de papá al adornar la mesa en la que iba a tener lugar la comida con nuestro tío el aventurero. Estábamos impacientes por verlo de nuevo, pero también por observar su reacción frente a nuestra madre. ¿Le pediría matrimonio?, nos preguntábamos las tres. ¿En que cambiaría nuestra vida en el caso de que mamá lo aceptase? Todo eran elucubraciones. Yo terminaba recordándoles a mis hermanas la tajante negación de nuestra madre a contraer matrimonio de nuevo. Pero la duda a veces…

## 1895

Había transcurrido un año esperando que ocurriera en cualquier momento, pero no ocurrió, todavía no había tenido noticias de Bernardo. Tan solo su esposo le había enviado una escueta carta en la que la felicitaba por su recuperación, pero no mencionaba a Bernardo ni decía nada de volver. Esto último la tranquilizaba tanto como la alteraba lo primero.

¿Qué habría pasado con Bernardo? ¿Nadie le había comentado en todo ese tiempo que ya estaba libre? ¿A quién se podría dirigir para que le llegase la noticia?

Tras dar muchas vueltas en su cabeza, tratando de recordar a alguien al que pudiera dirigirse, sin levantar sospechas, pensó en el ingeniero Fernando Aldama. Tal vez todavía estuviera como comandante general en Burgos. Seguro que había dejado en Puerto Rico buenas amistades, y seguramente él podría preguntar por Bernardo, al que conocía tan bien como a su marido.

Decidió mandar una carta a Burgos, para el comandante general Fernando Aldama. Pero el comandante ya no estaba en Burgos, acababa de ser trasladado a Valencia, con el mismo puesto. La propia comandancia remitió la carta a Valencia.

En ella, M.ª Rosa se limitaba a decirle, después de un preámbulo de saludos y unas cortas explicaciones sobre su salida al mundo y su negativa a recibir visitas, que estaría encantada de recibirlo, si disponía de tiempo, que su negativa a recibir visitas no lo alcanzaba y necesitaba hablar con algún amigo que lo fuera de verdad.

Fernando comprendió que le estaba pidiendo ayuda. Le respondió inmediatamente, que acababa de recibir su carta en Valencia, que era donde había sido trasladado. Le aseguró que antes de un mes debía ir a Burgos y pasaría primero por su casa, que si no lo había hecho antes había sido precisamente por respeto a su decisión de tener cerradas las puertas de su hacienda, para vivir el luto por su bebé.

No habían transcurrido dos semanas cuando Fernando se presentó en la hacienda de M.ª Rosa. Ella no sabía por dónde empezar, ni cuánto le podía contar, aunque sentía que era una gran persona y podía confiar en él.

Para empezar a entrar en materia, le contó la dura experiencia de

perder a su primer y único hijo. Pero no deseaba complicar más su vida y trató de referirla con la misma habilidad y mesura que tuvo que hacerlo con los médicos loqueros de Zaragoza, a los que tenía que hablar dejando clara su cordura, y así lo contó. Le sorprendió la respuesta del comandante.

—M.ª Rosa, no quiero que te violentes, voy a facilitarte el relato de tu historia. Sé que Carlos te internó en un manicomio de Zaragoza, aquí fue muy comentado entre sus amigos. Nadie comprendía que te dejara en España, ingresada, después de haber perdido a tu hijo, y que él volviera a Puerto Rico. No pudo evitar que lo vieran con una criolla en el barco, aunque ella viajaba en segunda clase y trataban de disimular que hubiese ningún tipo de relación entre ellos, pero ya sabes lo conocido que es Carlos entre los que hacen esa ruta a Puerto Rico. Puedes contarme, si quieres, lo que ocurrió, pero si lo prefieres dime solo en qué te puedo ayudar, lo haré encantado sin preguntarte nada.

—Gracias, Fernando. Siempre te he tenido por un caballero y un buen amigo. No creo haberme equivocado al acudir a ti. Ya puedes imaginar que las cosas no estaban muy bien entre nosotros.

—Sí, me imagino, pero ¡qué falta no solo de amor, también de caridad, para con la esposa que acababa de ser la madre de su hijo y lo había perdido! Ingresarte nada más perderlo y marcharse casi a la vez, sin esperar a comprobar cómo te encontrabas allí, ni si necesitabas algo que pudiera paliar tu situación.

—Supongo que en vuestras anteriores tertulias en Puerto Rico, también comentaríais mi regreso a España.

—Pues sí, pero no creas que tu actitud era algo raro, ha habido más esposas que no han soportado el clima o el aislamiento y también han regresado a sus lugares de origen. Esos comentarios duran poco, te lo aseguro. Pero, dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Necesito saber de Bernardo. Me prometió venir a ayudarme en cuanto saliera del manicomio, pero pasa el tiempo y no sé nada de él. No puedo preguntar a mi marido, sospecharía que lo he estado engañando con su mejor amigo y él sufriría las consecuencias.

—Entonces, ¿es cierto lo que se sospechaba, que te fuiste con Bernardo porque erais amantes? Cuando os visité aquí, Carlos y tú parecíais una pareja feliz.

—No, no lo éramos, al menos yo no era feliz. Pero tampoco es cierto que yo tuviera nada que ver con Bernardo cuando volví aquí. Aunque él me acompañara, lo hizo más como vigilante por mandato de mi marido, pero será mejor que te cuente cuál era la situación desde el

principio.

M.ª Rosa relató, con toda sinceridad, lo imprescindible para que Fernando comprendiera la auténtica situación de cada momento. Evitó decir lo que creía que había ocurrido con los bebés, por temor a ser catalogada también por Fernando de loca. Él la escuchaba estupefacto, pero no dudó de su sinceridad y prometió ayudarla.

—Te aseguro que, al embarcar, Bernardo y yo éramos poco más que dos desconocidos. Al llegar a España ya éramos dos buenos amigos. El tiempo y el buen trato nos llevaron a dar un paso más, reconocimos que habíamos llegado a enamorarnos, aunque era un amor imposible, pero desde el momento en que Carlos puso un pie en la hacienda de mis padres hasta ahora mismo solo cruzamos cartas, pero ni una palabra en la que no estuviera delante Carlos.

—Te creo y casi todo me encaja, aunque en este caso tampoco comprendo que él se fuera también a Puerto Rico. Al final hizo lo mismo que Carlos.

Como respuesta, M.ª Rosa sacó la carta que Bernardo le había dejado en el secreter y que, desde que la tuvo en sus manos por primera vez, siempre llevaba consigo. Se la entregó a Fernando.

—Léela, tal vez así te resulte más fácil de entender.

Fernando tomó el pliego todavía doblado. Lo desdobló sin dejar de mirarla con un extraño gesto. Parecía querer preguntarle qué esperaba de aquella lectura. Tal vez a ella le habían convencido las excusas dadas en la carta, pero a él no le convencerían cualesquiera que fuesen. Fue igualmente abandonada por los dos hombres que había en su vida, pero al que escribió la carta ella lo amaba. No era igual. Al terminar de leerla, su gesto había cambiado, Fernando la miraba perplejo.

—Hay un párrafo que no puedo comprender —dijo Fernando señalando el párrafo al que se refería. Antes de que ella pudiera contestar, comenzó a leerlo en voz alta—: «Todo lo ocurrido es muy extraño y deseo conocer qué se esconde tras tanta tragedia. He conocido a ese hijo que tanto deseabas y por el que has estado dispuesta a sacrificar tu felicidad, y he visto con mis propios ojos el embarazo de la criolla y más tarde su vientre plano». ¿Qué quiere decir?

—Que las dos tuvimos un hijo de Carlos casi al mismo tiempo, pero él siempre lo ha negado y eso es parte del motivo por el que Carlos deseaba que me considerasen loca. Pero prefiero no entrar en esa parte, no sea que tú acabes pensando lo mismo. Aunque,

naturalmente, él sabe la verdad, pero su verdad, la que él cuenta, pesa más que la mía. Por eso he tenido que renunciar a ella. Solo hay una realidad: que en el jardín que hay detrás de la casa está mi hijo enterrado.

Fernando había visto palidecer a M.ª Rosa a medida que iba hablando. Le sirvió otra taza del café que había sobre la mesita y la animó a tomarlo.

—No sigas, por el momento tengo bastante. Toma el café, te ayudará a recuperarte, veo que has sufrido demasiado, a veces es mejor no recordar las cosas que duelen tanto. —Ella miraba el café, pero no parecía que tuviera intención de tomarlo—. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo por el jardín? Seguro que te sienta bien. Ya tendremos tiempo de volver sobre el tema, si lo consideras necesario.

M.ª Rosa tomó el platillo, con la taza de café, lo fue bebiendo a pequeños sorbos mientras trataba de serenarse. Era cierto que no le hacía ningún bien recordar aquello, pensó, tratando de recomponerse. Unos minutos más tarde paseaban por el jardín que había en la parte delantera de la casa.

—Y ahora —dijo Fernando, tras unos minutos de paseo—, si quieres decirme cómo crees que puedo ayudarte…

—Es que temo que le haya pasado cualquier cosa, porque no puedo creer que Bernardo sepa que estoy fuera del manicomio, desde hace ya un año, y no haya dado señales de vida. Carlos tardó unos meses, pero me escribió felicitándome por mi curación. Deduzco que las noticias han tenido que llegarle también a él. Necesito saber qué ha pasado o qué le ocurre.

—M.ª Rosa, ¿se te ha ocurrido pensar que tal vez ya no desee volver a España? Puerto Rico engancha mucho más fácilmente a los hombres que a las mujeres. Las puertorriqueñas son alegres, cariñosas y permisivas. No me interpretes mal, pero solo así lo puedo entender. Aunque también cabe que le haya ocurrido una desgracia. —M.ª Rosa lo miró implorante—. Está bien, será mejor que trate de enterarme de lo que ocurre. Veré cómo lo hago para no dar más que hablar. En las tertulias de fumadores, siempre necesitan distraerse, con cosas ajenas a sus problemas como hacendados. Esta misma noche en el hotel escribiré al menos un par de cartas.

—¿En el hotel? —M.ª Rosa mostró su extrañeza—. Pensaba que te quedarías aquí como cuando nos hiciste la primera visita.

—En esa ocasión estaba tu marido, no quiero perjudicarte sembrando ninguna duda. Dormiré en el hotel. Mañana estaré camino de Burgos a

primera hora. Te prometo que cuando tenga noticias volveré. Puedes intentar que alguien más esté contigo y no habrá inconveniente para quedarme en tu compañía unos días.

—Te estoy muy agradecida. Y tal vez tengas razón al pensar así, pero yo no estoy sola, el servicio siempre es el primero en enterarse de todo lo que ocurre, si es que ocurre algo. Pero te tomo la palabra, y la próxima vez no dejaré que te vayas a un hotel. Llamaré a mi hermana pequeña, para que venga a pasar unos días con su bebito, ella es discreta y nos dejará hablar tranquilamente. Ahora vamos a comer y seguiremos charlando, te aseguro que la cocinera te agasajará de manera que querrás volver a probar sus guisos.

Realmente la cocinera se había esmerado en los platos en los que, con productos autóctonos, mejor se lucía. Una mezcla de las verduras del tiempo, rehogadas en una sencilla pero sabrosa salsa, después de haber pasado unos minutos cociendo. Algunas de aquellas verduras, como la borraja y el cardo, eran desconocidas fuera de Rioja y Navarra. Después, un plato obligado: patatas con chorizo a la riojana y cabrito asado con una buena ensalada de lechuga, tomate y cebolla para desengrasar.

La comida discurrió de forma muy amena, y ya no volvieron a nombrar a ninguna de las personas por las que ya se habían preocupado durante la mañana. Fernando era un buen conversador y estaba al día de la vida social de amigos comunes. Ella se encontraba muy necesitada de una amistad sincera, con la que poder charlar sin tabúes, incluso de esas cosas tan intrascendentes.

La sobremesa fue larga. Al terminar, Fernando dijo que convenía que volviera ya al hotel para escribir esas cartas que le había prometido, porque no tendría tiempo al día siguiente y quería ayudarla cuanto antes.

M.ª Rosa quedó muy agradecida, volvió a manifestárselo cuando salió a despedirlo al porche. Al volver a la casa, se refugió en su dormitorio. Se sentía muy cansada, había perdido la costumbre de hablar durante tantas horas y lo había hecho con una carga emocional muy fuerte. ¿Cuánto tendría que esperar para tener noticias de Bernardo? —se preguntaba impaciente, sabiendo que serían meses los que pasarían sin volver a saber nada de Fernando.

Sin embargo, pocos días más tarde Fernando anunció su visita, advirtiendo que iba con un amigo de vuelta a Valencia, y tal vez solo se pudieran quedar una noche, pero que tenía algo que comunicarle. M.ª Rosa no vio la necesidad de llamar a su hermana por el momento.

Los recibió impaciente. Fernando iba acompañado por un militar que vestía uniforme de brigadier, era alto y bien parecido, estaba de paso despachando asuntos que concernían a distintas comandancias españolas, y volvía a Puerto Rico, tras recoger las impresiones de las más destacadas. Eran asuntos militares, no adecuados para comentar a personas ajenas a los problemas que trataban de solucionar.

—Verás, M.ª Rosa —comenzó Fernando, una vez que se hubieron sentado en el salón, mientras degustaban un buen vino tinto de una conocida bodega riojana—. Arturo es un antiguo compañero de carrera, es un gran amigo. Hace menos de un año fue destinado a Puerto Rico. Está aquí de paso. Le he preguntado si ya había conocido a tu marido, y lo que me ha contado me ha dejado muy sorprendido.

—¿Qué es lo que sabes, Arturo? ¿De qué te has sorprendido, Fernando? —dijo M.ª Rosa mirando impaciente a uno y a otro, esperando adivinar en sus caras si era algo favorable o todo lo contrario.

—La verdad es que sé muy poca cosa de Carlos, no pertenezco a su círculo de amistades, y he hablado con él muy pocas veces. Lo que le ha causado sorpresa a Fernando es algo tan normal como que un hombre tenga un hijo.

—¡¿Un hijo?! ¿Carlos tiene un hijo? —La mirada de M.ª Rosa se desplazaba de Fernando a Arturo—. ¿Qué quiere decir con eso de que tiene un hijo?

—Pero ¿tan extraño es lo que digo? Carlos tiene un hijo, creo que ahora tiene ya tres años.

—Carlos tiene un hijo, y también es padre Bernardo, su mano derecha —añadió Fernando sin poder contenerse—. Dile, por favor, lo que me has contado al respecto.

—Es un poco lamentable, dicen los que le conocían antes que yo, que es una pena el cambio que ha dado Bernardo. Bebe demasiado y se dice que el motivo es su forzado matrimonio.

—¿De quién habla usted, Arturo? ¿Es de Bernardo de quien habla, del mismo Bernardo amigo y mano derecha de Carlos, mi marido?

M.ª Rosa no podía dar más datos para dejar claro que hablaban de la misma persona. Era imposible, no lo podía creer, no se lo podía imaginar bebiendo hasta el punto de ser motivo de comentario, en una sociedad que bebía abundantemente todas las noches del año.

—Sí, de él estoy hablando, es por lo que ha empezado la conversación con mi amigo Fernando. Tiene un niño de más o menos la misma edad

que el hijo de Carlos. Por lo visto al principio no quería reconocer su paternidad. Pero, después de un tiempo sin querer hacerse cargo del bebé que tuvo con una criolla, ha terminado casándose con ella, reconociendo su paternidad. La criolla trabajaba en la hacienda de Carlos y, por lo visto, Carlos le ha obligado a cumplir con su obligación de darle su nombre a ese niño. Ahora ella es el ama de llaves. Se comenta que a Bernardo, el que Carlos lo haya obligado a reconocer al niño lo ha desequilibrado tanto como para buscar refugio en el licor. Aunque puede que lo que no le haya entusiasmado es tener que casarse con una sirvienta, aunque ahora sea el ama de llaves. ¿Le ocurre algo, M.ª Rosa?

M.ª Rosa, no pudo contestar, se acababa de desmayar. Fernando, que había advertido su palidez, pudo ayudarla a tiempo de evitar su caída de la butaca. Había temido su reacción cuando tratase de atar cabos, pero no pensó que lo hiciera tan rápido y con tan pocos datos. ¿Tan pronto había llegado a la misma conclusión que él? Le costó mucho hacerse a la idea de lo que esa situación podía significar. Todavía tenía en su mente la explicación de M.ª Rosa a la frase de Bernardo: «Las dos tuvimos un hijo de Carlos casi al mismo tiempo».

Fernando había indagado, preguntando a Arturo lo mismo que M.ª Rosa: ¿De dónde ha sacado un hijo Carlos? Pero su antiguo compañero, que no tenía ni idea, le respondió que él no lo conocía, pero había oído comentar lo mucho que el niño se parecía a su padre.

M.ª Rosa, volvió pronto en sí. Quiso volver a escuchar lo que había oído.

—No sé si he entendido bien lo que me decía, pero lo que creo entender me lleva a algo inverosímil. Lo que me sugieren sus comentarios anularía todo lo que yo he vivido y creído desde que fui madre. Seguro que si me lo explica con detalle seré capaz de ver que es imposible lo que he imaginado.

—M.ª Rosa, yo también he necesitado más explicaciones, pero, con lo poco que mi amigo sabe, la imaginación se desboca y son demasiadas casualidades. Tú misma me contaste que la criolla y tu tuvisteis a la vez un hijo de Carlos, y ahora Carlos y Bernardo tienen un hijo de más o menos la misma edad que tendría vuestro hijo si viviera. En su día aquí se habló de que te habías vuelto loca al perder a tu hijo. ¿Acaso vive y tú creíste perderlo y por eso estuviste en aquella casa de locos?

—Sabía que hablar de este tema podría suscitar dudas respecto a lo que yo cuento y lo que dice Carlos, pero en el jardín que hay detrás de la casa está enterrado mi hijo. ¿Qué ha hecho Carlos para poder sustituir a su hijo con otro niño de su edad? En cuanto a Bernardo, no

me puedo creer que se acostase con la criolla y mucho menos que tengan un hijo de tres años. Pero es que al hijo de la criolla lo maté yo misma.

—No me asustes, M.ª Rosa. ¿Qué estas queriendo decir? —preguntó Fernando, alarmado por las palabras de su amiga.

—Me había prometido a mí misma no hablar sobre este asunto, que me hace parecer loca, pero no lo estoy, ni lo he estado, solamente unos minutos durante los que cometí un grave delito, por el que ya he pagado a la justicia.

Fernando la miró horrorizado. ¿Sería verdad que había dado en loca… y seguiría estándolo? Mientras, Arturo no comprendía nada, pero le espantaba lo que estaba escuchando.

—Habla, lo que estás diciendo ahora me hace dudar de tu cordura. Por favor, explica lo que estás diciendo. No puedo creer lo que escucho.

Ella tuvo sus minutos de duda, antes de decidirse a contar las cosas tal como las vivió en su momento. Pensó que no le quedaba más remedio que arriesgarse, si confiaba en la ayuda que le iba a prestar Fernando. La escucharon con atención, pero también espantados. Su relato era coherente, pero lo que decía era increíble, sobre todo para Arturo, que sabía de la existencia de dos niños de edad similar y que encajaba con los niños nacidos en aquella finca. Fernando dijo algo que ella escuchó estremecida.

—M.ª Rosa, ¿estás segura de la muerte de tu hijo? ¿Dónde está su tumba? —Ella lo miró aterrada por lo que de repente sintió como una posibilidad.

—Está en el jardín —arrastraba las palabras al decirlo.

—¿Estás segura de que está enterrado en el jardín? Perdóname, sé que mi propuesta es terrible, pero creo que deberías comprobar si es cierto que, en la que crees la tumba de tu hijo, está él enterrado. Así sabremos si cabe alguna posibilidad de que ese niño que está con Carlos sea tu hijo.

—¡Qué locura, Dios mío! ¡Qué locura! ¡Mi hijo murió! Yo vi como cayó sobre él el hacha que llevaba Carlos.

—Perdonad que me inmiscuya en este asunto —dijo Arturo—, yo no he buscado intervenir, pero le debo algunos favores a mi amigo y él me ha pedido que te ayude, y eso es lo que pretendo hacer, por eso quiero recordaros, que exhumar un cadáver requiere unos permisos. También convendría que, una vez conseguidos estos, estuviera

presente un notario, para que pudiera levantar acta de lo que encontremos.

—Mira, Arturo —interrumpió Fernando—. Si ese niño que tú sabes que existe y has oído decir que se parece a Carlos es de verdad su hijo, en el jardín solo habrá una caja vacía. Y esa sería una forma rápida de descubrir el cruel engaño de Carlos. Le ha hecho creer a su esposa que su hijo estaba muerto, posiblemente para poder llevárselo a Puerto Rico. Él quería un heredero por encima de todo. Cumplir con todas las formalidades que tú recomiendas, con el propósito de denunciarlo si es cierto lo que pensamos, nos puede llevar a que Carlos trate de demostrar que tenía que volver a su plantación y no podía dejarlo aquí con su madre, porque ella estaba loca y recluida en el manicomio. En todo caso, y si la tumba está identificada con el nombre de su hijo, se podría determinar una simulación de muerte, pero imagino que Carlos, si lo hizo, pensó en todo.

—¡No tiene nombre, en la cruz no hay ningún nombre! —sollozó M.ª Rosa.

—Lo imaginaba. Sin embargo, si estamos equivocados, te haremos pasar un mal rato, pero se acabarán las dudas. Volveremos a dejar todo como estaba. Si estás de acuerdo, M.ª Rosa, todo habrá servido para confirmar que es cierto que murió, con independencia de quién sea el niño que vive con Carlos. Pero a mí, como a Bernardo, todo esto me huele a trampa. Recuerdo muy bien sus palabras por lo mucho que me impresionaron: «Todo lo ocurrido es muy extraño y deseo conocer qué se esconde tras tanta tragedia». Él, que estuvo contigo hasta el último momento, tampoco creía que tú estuvieras loca. Por lo que, si partimos de esa base, todo es posible. Tú decides. ¿Quieres salir de dudas ahora mismo o prefieres ir a Puerto Rico para comprobar si tu hijo y el hijo de la criolla están vivos?

Algo muy profundo invadió la mente de M.ª Rosa. No era locura, era lucidez. Nadie había ido a la cárcel porque todos aseguraban que su hijo había tenido una muerte natural, como les había ocurrido a otros muchos niños. Pero ¿y el niño que ella quiso asfixiar en su único momento de locura? ¿También era cosa de su imaginación? Ella sabía que la habían engañado al decir que el hijo de la criolla no había existido, aunque eso, en aquellos momentos, ya le daba igual, su hijo había muerto y eso era algo que nunca le perdonaría a Carlos. Pero ya no tenía prisa por hacérselo pagar. Primero, conseguiría la paz, y después, con Bernardo a su lado, trataría de hacerle saldar todo el daño que le había originado. Eso pensó entonces.

La imagen de Carlos apoyando a su hijo sobre aquel tronco de madera,

que pronto se ocuparon de hacer desaparecer, no podría olvidarla nunca. El hacha con la que pretendía matarlo cayó de sus manos e igualmente le arrebató la vida. ¿O no?

Ella ya no se sentía culpable de que el hacha se hubiera desprendido de las manos de Carlos a causa de su empujón, porque ¿para qué había cogido el hacha Carlos?, ¿para qué había colocado a su hijo sobre el pulido tronco de madera, ese en el que la cocinera cortaba la carne? No, en ningún caso era ella la culpable, aunque en aquellos momentos lo pensó, y sufrió durante mucho tiempo con esa idea. El propio dolor por no haberlo salvado le hacía considerarse culpable.

En estos momentos advertía cómo hervía su sangre. ¿Acaso había sido víctima de un engaño tan cruel?

—¡Sí! Quiero saber si mi hijo está enterrado en esa tumba —dijo al fin con total resolución—, yo misma te ayudaré a cavar la tierra para comprobarlo.

—Está bien, M.ª Rosa, aplaudo tu fortaleza y empuje. Arturo, ¿nos ayudarás?

—Por supuesto que os ayudaré, realmente es todo muy extraño y tal vez tengáis razón y no sea necesario cumplir con estas formalidades. Si todo es como pensáis, puede que ni esté registrada su defunción. Carlos ha tenido que registrar a su hijo para poder llevárselo a otro país.

—Pues si estamos de acuerdo, empieza por enseñarnos el lugar donde se supone que yace tu hijo. Debemos hacerlo todo nosotros mismos, nadie tiene que saberlo. Primero, muéstranos dónde se encuentra, para apreciar si existe alguna dificultad con la que no hemos contado. Convendría incluso que dieras la tarde libre al servicio, pretextando cualquier cosa, por ejemplo, que no los vas a necesitar en toda la tarde y vas a estar bien acompañada por tus amigos.

—Está bien, antes de comer, daremos un tranquilo paseo alrededor de la casa para no levantar sospechas, aunque no creo que a nadie del servicio le importe por dónde paseamos, pero mejor no dar motivos de preocupación.

Pasearon por los distintos jardines, hasta llegar al frondoso nogal que protegía unos rosales cuajados de blancas rosas, en cuyo centro se hallaba una sencilla cruz blanca de madera. Ningún nombre estaba inscrito en ella.

M.ª Rosa se santiguó, como hacía todos los días al visitar a su hijo. Sentía una mezcla de indignación y esperanza a partes iguales. Trató

de calmarse hasta saber cuál era la verdad de aquella tumba sobre la que tantas lágrimas derramaba a diario.

—Creo que tres horas serán suficientes para lo que pretendemos hacer. Esto está bastante escondido y nadie se dará cuenta al volver de que la tierra ha sido removida.

Nadie al oírlos hablar durante la comida hubiera supuesto el tormento que estaba sufriendo M.ª Rosa, ni la preocupación que sus invitados sentían por los resultados de lo que esa tarde pensaban hacer.

Llegada la hora, y una vez que todo el servicio hubo salido de la heredad, se pusieron manos a la obra. Con dos palas sacadas de la caseta del jardinero, removieron los rosales con cuidado para poder volver a plantarlos. Las raíces eran fuertes, habían estado bien cuidados y tal vez se estropearan, pero ahora ya no podían pensar en ello; era prioritario sacar el pequeño ataúd. La pala de Arturo pronto tropezó con la caja, no se habían molestado en hacer el hoyo muy profundo. Con cuidado de no dañarlo, retiraron la tierra que lo circundaba, hasta que la tapa quedó al aire. Pero no se apreciaba ningún artilugio para poderla levantar sin moverlo de allí.

De mutuo acuerdo decidieron acceder por un costado con un pico. Al segundo golpe, la tapa se abrió como un libro con una sola hoja.

El corazón le galopaba sin frenos. El sí y el no se alternaban, deseaba comprobar que siempre había estado allí junto a ella, que la oía rezar por él, que escuchaba sus monólogos de madre. Pero si allí no había nadie… su hijo estaría vivo… Vivo.

La luz del día se había ido amortiguando, volviendo más lúgubres y pavorosas las imágenes que se vislumbraban. Parecía que todo se había quedado estático, petrificado. Solo había que asomarse al borde y ver qué era lo que contenía, porque algo había en su interior.

Arturo pensó que se habían precipitado. Fernando temió haberse equivocado, pero algo le decía que habían hecho lo correcto. Dio un paso sobre la tierra removida y, con renovada decisión, metió la mano en el ataúd. Agarró las telas y tiró de ellas, hasta que se hizo con el bulto completo.

M.ª Rosa dio un grito desgarrado, pero Fernando lo levanto en el aire, sin ningún respeto al posible esqueleto.

Debajo de aquellos faldones enmohecidos, solo había un muñeco de paja, perfectamente conservado. Lo mostró buscando que la luna iluminase aquella materia que sustituía al bebé. El engaño no podía ser más claro. De forma instintiva, ella se lo arrebató a Fernando y lo

estrechó contra su pecho llorando y diciendo: «¡Hijo mío, hijo mío!».

—M.ª Rosa, por favor, M.ª Rosa. No es tu hijo, es un muñeco —rogaba Fernando, temiendo de nuevo por su salud mental.

—Lo sé, Fernando, lo sé. Pero es que esto simboliza a mi hijo, al que he estado rezando todos los días. Esto quiere decir que mi hijo vive, que está con su padre, que lo puedo ver y besar. ¡Que ha seguido viviendo y creciendo! Dios mío, ¡cómo odio a mi marido! ¿Cómo ha podido ser tan cruel? ¡Ay, pero no lo mató!, ¡qué feliz me hace saber que vive! Gracias, gracias, a los dos, me habéis devuelto a la vida.

—Bueno, ahora tenemos que dejar todo lo más parecido a como estaba. Dame ese muñeco, será mejor que vuelva a su caja y la cerremos.

M.ª Rosa se lo entregó sin protestar, con una sonrisa feliz. ¡Su hijo estaba vivo! Estaba segura. ¿Cómo no lo había sospechado? ¿Cómo no sintió en sus venas que aquel bebé, sangre de su sangre, seguía vivo?

—¿Por qué no vas ya dentro, M.ª Rosa? Enseguida estaremos contigo —la animó Fernando.

—No. Os voy a ayudar con los rosales, para que sigan dando hermosas rosas blancas. Serán un símbolo que me recordará este momento y la enorme traición de Carlos; eso alimentará mis deseos de hacérselo pagar. No pararé hasta conseguir tener a mi hijo conmigo, cueste lo que cueste. Cuando llegue el servicio, todo estará como siempre… Más o menos.

## EL TÍO ELOY

Lili, Calandra, 1995

Llegó como siempre, cargado de baúles, con infinidad de cosas curiosas que salían de su interior, aunque la mayoría inútiles. Pero después de la comida, le sirvieron para escenificar sus anécdotas. El tío Eloy trajo sobre todo la alegría a nuestra casa. Sin embargo, sentí cierta tristeza, como un presagio que me angustió unos instantes. Su rostro, muy moreno, parecía haberse resecado y cuarteado, como cuando la cazadora de piel se queda más flexible del desgaste de tanto usarla y se le hacen rayas por todas partes. Parecía mayor. Pensé más tarde que era natural, habían transcurrido unos años y acababa de pasar unas fiebres, que a punto habían estado de acabar con él. Era lógico que su rostro hubiera sufrido alguna transformación, posiblemente también el resto de su cuerpo, aunque no se apreciase a simple vista.

Hablamos de todo lo ocurrido sobre nuestras pasadas penurias, de lo agradecidas que le estábamos por poder seguir con nuestras vidas sin tener que salir de nuestra hacienda. Incluso le contamos la historia inacabada, de la casa de los horrores.

Carolina no hizo ninguna mención a que fuese yo la elegida para disponer de todo el patrimonio, creo que estaba tan contenta de tener allí a nuestro tío que todo lo demás pasó a segundo plano.

Yo si hablé de ello, cuando tuve ocasión de hacerlo a solas. Mamá me dio esa oportunidad, cuando dijo a mis hermanas que la ayudasen con el café y los postres; supongo que quería dejarnos a solas un rato. Siempre he dicho que mamá era muy inteligente, seguro que adivinó que quería agradecer a mi tío su espléndido regalo sin necesidad de que Carolina se violentase o le dijera alguna inconveniencia.

Y claro que le dije que me sentía un poco incómoda con mis hermanas, por ser la beneficiaria de todo lo que había sido de nuestro padre, gracias a su intervención.

—Escucha, Lili —dijo—. Tu madre me ha dicho que ya os ha explicado nuestra historia. Verás, a pesar de que tengo muy claro que no eres hija mía, desde que tus padres me comunicaron que iba a ser tío, yo me sentí en total comunión con ese ser que empezaba a formarse. Era sangre de mi hermano y, por tanto, también mía, e ibas a ser el fruto de la única mujer que yo había amado y con la que estuve a punto de casarme. Te sentí también hija mía. Tu padre, mi hermano, lo percibía perfectamente. En mi estado febril, según he

sabido después, confundí la realidad, he debido de estar muy enfermo y el último día que os visité debió de empezar a manifestarse mi delirio. Yo no tengo ningún recuerdo de lo que ocurrió, pero tu madre me lo ha contado y me siento fatal. Me duele mucho no haber tenido ocasión de pedirle perdón por lo que involuntariamente dije. Me duele, sobre todo, no haber podido estar con mi hermano acompañándolo en sus últimos momentos. Me duele no haber llegado a tiempo de verlo, de hablar con él antes de que muriese. No saber si había perdonado mis desacertadas y locas palabras. Siempre habíamos sido como una sola persona que se disocia en dos mitades complementarias, pero él no advirtió que en ese momento hablaba bajo los efectos de un delirio febril.

Don Alberto Montego ya nos había relatado la enfermedad que le impidió ponerse en contacto con nosotros, aunque nada había dicho de aquellos efectos que la fiebre le había ocasionado.

Miré a mi tío con cariño para decirle, con toda sinceridad, que estaba segura de que papá ya no estaba enfadado con él, y que solo el orgullo le habría impedido llamarlo para decirle que no le guardaba ningún rencor y poder despedirse de él como lo que siempre habían sido.

—El orgullo y la imposibilidad de encontrarte —añadí sin ningún ánimo de recriminación. La verdad que todo fue demasiado rápido, apenas hubo tiempo para nada.

—Eso es algo que tampoco he entendido. ¿Sabíais que padecía del corazón?

—No. Ni siquiera hubo nunca motivos para sospecharlo. Mi padre parecía un hombre fuerte y vital. He pensado que, tal vez, tanto fracaso en sus negocios le acabaron pasando factura. Salvador siempre dijo que nuestro padre estaba «como un toro», le gustaba hacerse revisiones todos los años para comprobar su salud. También nosotras teníamos que dejar que nos las hicieran, aunque eran más básicas. Pero él se quedaba tranquilo. Por eso nos sorprendió mucho más su muerte. Para nosotras fue como si le hubiera atropellado un tren, algo inaudito para lo que no estábamos preparadas, y que nos costó creer y asimilar.

—Me gustaría hablar con el doctor que lo atendió. Ya sé que nuestro común amigo, Salvador, ha dejado de ejercer como médico de cabecera, para pasar a dar clases en la universidad y en el hospital; aun así, trataré de hablar con los dos. Siempre he tenido la idea de que mi hermano era un hombre sano que viviría mucho más tiempo que yo. Una vida sin excesos, la mayor parte del tiempo en el campo. Ha sido una noticia terrible, todavía no la he podido digerir, y yo sin

poder hacer nada por él.

—No digas eso, tío, creo que no eres consciente de que siempre lo has ayudado, y ahora nos has librado de la miseria. No puedes evitarnos el dolor de la pérdida del ser más querido, pero nos has evitado todo lo demás. Que no es poco.

—También me gustaría ver sus libros, nunca he dudado de su capacidad para los negocios, por eso me resulta tan extraño que últimamente todos le hayan fallado tan estrepitosamente. Que os haya puesto en esta situación no me cabe en la cabeza. Ser empresario indica arriesgarse, y él lo hacía continuamente, tras calcular muy bien el riesgo que podía asumir. Es lógico que en alguna de las muchas operaciones que realizaba, alguna le saliera mal, por un cambio de circunstancias o, sencillamente, porque metiera la pata; pero, por lo visto, los últimos meses han sido un auténtico desastre, por eso digo que no me cabe en la cabeza. A él, lo que más le preocupaba siempre era vuestro futuro, todo lo hacía pensando en vuestro bienestar y trataba de dejaros la vida bien organizada.

—Los libros de papá están en su despacho y puedes verlos cuando gustes, no están cerrados con llave, aunque sí que tiene documentos en la caja fuerte. Esas llaves las tiene mamá, te las dará cuando las necesites.

—Gracias, no me iría tranquilo de aquí sin comprobar que no existe ningún error. Estoy seguro de que Daniel es un buen abogado, también con él quiero hablar, pero no sé si tu padre consultaba todo con él o tenía algún otro consejero. Lo investigaré mañana a primera hora, ya sabéis que siempre me ha gustado levantarme al amanecer. En eso tampoco he cambiado.

—Pues yo misma le pido a mamá las llaves en cuanto acabemos con los postres. Ella te las entregará sin preguntar siquiera, estoy segura.

—Gracias, Lili. Yo mismo se las pediré, no te preocupes.

—Respecto a hablar con nuestro actual doctor, no habrá ningún inconveniente —le dije convencida—. Su nombre es José Carlos Serrano, aunque todos hemos acabado llamándolo José. Es una persona joven, amable y cercana, el propio Salvador nos dijo que había visto su currículo y tenía experiencia. Hará ya dos años que ocupa esa plaza, que quedó libre tras la prejubilación de tu amigo Salvador.

Una mirada pícara por parte de mi tío da inicio a un comentario.

—¿Sabes que Salvador también estuvo muy enamorado de tu madre?

—Me sorprendió mi tío con la pregunta y mostrando una abierta sonrisa que no dejaba dudas acerca de cómo le resultaba ese recuerdo.

—No, nunca dijeron nada, eso que papá bromeaba con ella diciendo que había sido una rompecorazones. ¡Ja, ja!

—Es cierto, pero ella solo nos quería a nosotros. —Su mirada pareció ausentarse para deambular por algún lugar del pasado, un lugar remoto y placentero. Se acentuó su sonrisa y su cara adquirió una luminosidad que disimulaba las marcadas arrugas que había adquirido en los últimos años. Era como si con el pensamiento también su cuerpo se hubiera retrotraído a aquella época feliz.

Poco después, mis hermanas y mi madre fueron volviendo a ocupar sus lugares vacíos, y la conversación se generalizó. Surgieron preguntas y respuestas, de todo aquello que estaba pendiente desde la última visita. Le llegó el turno a la casa de los horrores.

—Eloy, ¿tú tampoco recuerdas que entre los bienes de vuestros padres hubiera un caserón con gran cantidad de terreno a unos cinco kilómetros de Logroño?

—A ver, desde que habéis hecho esta mañana el comentario, he tratado de recordar algo, pero solo puedo decir que en alguna ocasión se ha hablado de terrenos baldíos, del caserón que algún día les obligarían a tirar por estar en situación peligrosa, pero no consigo recordar nada que me dé una idea de a qué se referían. Puedo recordar que hablaban de algo de la casa como de un problema muy grave. Pero si me hubiera acordado de esto, hubiera pensado que ya estaría solucionado.

—Pues esta sigue en pie, si es que se trata de la misma casa —dijo Carolina.

—Tampoco lo podemos saber. Con los datos que recuerdo…

—Cuando el director del banco nos habló de ella, diciendo que estaba tan vieja que nadie se había interesado por ella, a mí me vino a la cabeza una frase: «la casa de los horrores». ¿A ti no te suena? —volvió a preguntar mi madre.

—Pues sí —dudó antes de terminar su respuesta—, pero me suena lejana y lo mismo puede tratarse del título de una película de miedo que de un comentario totalmente ajeno a nosotros.

—Tío, tienes que acompañarnos a verla, mamá tampoco la ha visto todavía, y eso que hay cosas muy bonitas y divertidas. Sobre todo, hay escaleras por todos los sitios, y hay una que te lleva a calabozos oscuros.

—No exageres, Lucía. Es una casa muy vieja con una escalera distinta para el servicio —le corrigió Carolina—. En una parte de la casa, parece que se comunica solo con dos habitaciones. Aunque hay muchos tabiques caídos.

—La verdad es que con lo que me habéis contado estoy algo intrigado. Le pediré a Daniel que me deje los papeles esos que han aparecido en el secreter. ¡Qué misterio y qué tragedia! ¿Estáis seguros de que no se trata de una obra de teatro o de algo parecido? Me resulta tan rocambolesco…

—Daniel se hizo cargo de todos los papeles que aparecieron enrollados y está intentando que sean legibles. Y precisamente Salvador ha encontrado en los libros de su abuelo datos que tratan de esa historia. Él fue el ginecólogo que ayudó a traer al mundo a uno de los bebés. Tienes que ver todo.

—Por supuesto que quiero saber de todos los documentos que han aparecido en esa casa, además de conocer la historia tan espeluznante al completo.

Cuando nos levantamos al día siguiente, mi tío ya había estado en el despacho revisando parte de los documentos de mi padre. Le pregunté si había encontrado algo extraño y con una sonrisa que me pareció impostada dijo que no.

—Hasta ahora todo parece en orden, pero todavía me queda mucho por ver. Solo me ha extrañado ver hojas sueltas con nombres y números que no explica de qué son, pero se trata de grandes cifras de seis dígitos que se multiplican de una forma extraña. Seguro que cuando revise los otros libros de contabilidad tendrán su explicación. Es posible que no se molestase en poner una coma y los seis dígitos solo sean cuatro. Bueno, ya llegaré a ese capítulo, pero por ahora todo está bien.

—No creo que encuentres la explicación. ¡Ojalá me equivoque! —dijo mi madre, dejando escapar ese pesimismo que pocas veces mostraba —. Es tan impropio de Pablo que, si no hubiera revisado las matrices, pensaría que alguien ha arrancado las hojas que lo hacían comprensible, pero no es así, el libro está íntegro.

—Bueno, tal vez tenga una explicación. También he quedado con Daniel, mañana por la mañana. Revisaremos juntos algunas partidas, si hay novedades, te lo comunicaremos. Ha dicho que me traerá también todos los documentos hallados en el caserón. Ahora llamaré también a Salvador.

—¡Qué sorpresa, Eloy, y qué casualidad! —oí a través del altavoz del

teléfono que decía Salvador, al descubrir que quien lo llamaba era su amigo Eloy—. Sabía que ya estabas aquí y quería pasar a saludarte y a darte el pésame. Ahora no esperaba oír tu voz, pero no sabes cuánto me alegro de oírla. Esta misma tarde iba a pasar por vuestra casa, si os va bien.

—Cuando quieras. Pero ¿por qué no te pasas antes de comer? Con un poco de suerte, igual Lilian hasta te invita a hacerlo con nosotros.

—Gracias, Eloy, pero me viene mejor la tarde, precisamente iba a aprovechar para mostraros otra parte que acabo de encontrar, estoy deseando enseñárosla, porque es algo que cambia por completo la historia de lo que hemos dado en llamar «la casa de los horrores». Supongo que ya te habrán contado lo que conocemos hasta el momento.

—Sí, ya me han contado. ¡Qué historia! Pues nos vemos a la tarde, a menos que cambies de idea y nos acompañes en la comida.

Eloy colgó el teléfono, tras escuchar de nuevo una excusa.

—Mirad lo que he encontrado —dijo Salvador lleno de entusiasmo, en cuanto le abrimos la puerta esa tarde—. He seguido revisando los apuntes de mi abuelo, por curiosidad pura. Estaba casi seguro de que ya no encontraría nada más de este asunto, así que me he llevado una gran sorpresa al leerlo, porque se trata de una fecha en la que él ya estaba jubilado y solo contaba anécdotas de las cosas curiosas que les había sucedido a otros colegas, en el ejercicio de su profesión. Son apuntes muy posteriores a su jubilación y retiro de la medicina. Os aseguro que contiene unas cuantas historias muy interesantes. Pero, al encontrar esta, casi no podía creerlo. ¿Cómo es posible que ocurran estas cosas? Enseguida he pensado en venir a contaros lo que pasó, según otro doctor jubilado. Es como la cruz de esa cara, que hemos estado conociendo hasta ahora.

Salvador mostraba el grueso libro de pastas rojas, donde se podía leer en letras doradas «Dietario». Estaba abierto por sus últimas páginas.

—¿Os leo o la queréis leer en alto alguno de vosotros? —dijo mostrando el libro de apuntes de su abuelo entre las manos.

—Venga, empieza a leer ya, que a ti se te da muy bien —respondió Carolina impaciente.

—Lucía, no sé si será muy adecuado lo que vais a oír —dije temiendo lo que podía contener aquella revelación.

—¡Vaya, ya estamos poniendo pegas! —saltó Lucía mostrando el

enfado que le causaban mis palabras—. La otra parte tampoco la oímos, nos engañasteis mandándonos a comprar para que no nos enterásemos de lo que decía. Al final, nos enteramos de todo. Yo creo que os queréis hacer las interesantes, pero ¿sabéis lo que sois?: unas marimandonas.

Lili y su madre sonrieron para sus adentros. ¡Por supuesto que les contaron!, pero también omitieron.

—¡Ja, ja, ja! Vale, Lucía, pues atentos, que es toda una revelación que da un giro a la historia —zanjó Salvador.

*Logroño, julio de 1932*

*Hoy he coincidido en una reunión de jubilados con un colega. En la conversación han surgido anécdotas de nuestra profesión y, curiosamente, uno de mis colegas ha contado algo que me afectaba de lleno, porque enlaza perfectamente con una triste historia, que me tocó vivir en primera persona.*

*Quiero dejar constancia de lo que me ha contado, sin decir nombres; yo lo he escuchado tratando de disimular mi asombro. La sorpresa ha sido mayúscula. Carlos de la Serra, mi paciente, había sido capaz de montar toda una historia descarnada y ponerla en escena, no solo ante mí, también ante su esposa, sin tenernos en ninguna consideración. Claro que si no la tuvo con ella, cómo la iba a tener conmigo, siendo como era el médico de la familia de su esposa de toda la vida. Seguro que pensó que yo no me prestaría a representar semejante drama familiar, por lo que se buscó otro médico que lo secundara. Lo que al final sería de agradecer por mi parte, sin duda me hubiera negado a representar ese papel.*

*He escuchado cuanto mi colega tenía que contar, de una de sus experiencias más espeluznantes, y de la que yo, ¡qué casualidad!, fui parte inocente de la historia. No he dicho tampoco que fui el doctor que atendió a la esposa en el parto y poco más tarde ayudó a que ingresara en un manicomio. Sanatorio mental le dicen ahora. Menos mal que solo estuvo dos años. Dos años de los que en todo momento me sentí culpable; temí que nunca pudiera salir de allí. Esto fue lo que me contó, sin que yo lo interrumpiese, para decirle mi parte de verdad:*

*«Ocurrió en una mansión. Su dueño dijo necesitar mis servicios, guardando el máximo secreto. Me citó en una cafetería de Logroño, para explicarme de qué se trataba. Había dejado*

*embarazada a una criolla, que se trajo de sus plantaciones de Sudamérica, y que estaba próxima a parir. También su mujer estaba a punto de hacerlo, y no deseaba que fuera el mismo doctor el que atendiera a las dos. Pero, además, tenía un problema para el que necesitaba mi colaboración y mi silencio.*

*»El problema era que él tenía una plantación en el Caribe y a su mujer no le había gustado vivir allí, por eso había regresado a España y no pensaba volver. Pero él tenía que vigilar su plantación y no podía quedarse a vivir en España, si no quería perderlo todo. El encargo que a mí me hacía, insistiendo en la promesa formal de guardarle el secreto, era secundarlo en el plan que había elaborado para poder llevarse a su hijo con él a América.*

*»Me aseguró que era la única forma que se le había ocurrido para dar solución a ese problema. Lo tenía todo muy bien calculado. Me propuso algo concreto: yo provocaría el parto de la criolla, un día más tarde de que diera a luz su mujer, en el caso de que a esta no se le hubiera adelantado. Cumplían más o menos en las mismas fechas. Me comprometí a hacerlo… y a todo lo que pudiera venir después.*

*»Me destinaron una habitación que ocuparía cerca del dormitorio principal, pero del que nada tenía que saber su esposa. Solo la criolla y la doncella de su esposa participarían del secreto.*

*»Han transcurrido muchos años y ya nadie se acordará de lo que pasó. Además, todo se llevó con mucho sigilo y yo no voy a revelar nunca sus nombres.*

*»El marido llegó cuando las dos ya habían parido. Ocurrió a los tres días del nacimiento de su hijo legítimo. La criolla no necesitó de mi intervención, aunque yo ya estaba preparado para hacerlo. Fue un parto rápido y natural. La persona que me contrató estaba esperando ese momento para volver a casa.*

*»Y actuó como el más consumado actor, siguiendo un guion minuciosamente preparado. Se acercó amoroso a su bebé, después de besar a su esposa y mostrarle su agradecimiento por el hijo que le había dado. Lo tomó en brazos y pronto cambió de actitud y comenzó a insultarla, negando que aquel fuera hijo suyo. Simuló matar al bebé con un hacha de las que utilizan los magos en sus espectáculos y los actores para rodar escenas de pánico. Ella se desmayó al ver lo que creyó que era la sangre resbalando en el cuerpo de su hijo. La acostaron y yo le puse una inyección tranquilizante. La impresión había sido demasiado fuerte para una*

*persona que acababa de parir. Al volver en sí, solicitó ver a su bebé. Lo revisó detenidamente, no dando crédito a lo que veía. Naturalmente, su niño estaba sin un ligero rasguño. Se relajó y quedó tranquila.*

*»Yo estaba con el hijo de la criolla, en la habitación que me habían asignado, esperando a que se durmiera. En cuanto lo hizo, aproveché para ponerlo en brazos de la esposa. Ella se había quedado dormida, convencida de que había sufrido una pesadilla. La verdad es que los bebés no podían ser más distintos, algo con lo que su padre no había contado, pues estaba seguro de que los dos se parecerían a él; dijo que era algo propio de su estirpe. ¿Cómo va a conseguir que la madre crea que ese bebé moreno es su hijo?, pensé al cambiarlo, ayudado por la sirvienta. Cuando ella despertó y vio al niño que estaba en sus brazos, comenzó a chillar. Su marido aprovechó para decirle a la doncella que fuera a buscar al doctor y, mientras, volvimos a poner al bebé en su cuna y yo me llevé el de la criolla a mi habitación».*

*—¿Con qué intención habían preparado todo este montaje? —pregunté, a pesar de mi propósito de no hablar.*

*—Demostrar que estaba loca. Que lo que decía no tenía credibilidad. Él se llevaría a su primogénito a la hacienda de Puerto Rico, sin más problemas. Ya tenía contratada a un ama de cría que lo amamantaría y los acompañaría a su hacienda. Aquí se quedarían la mulata que se había traído de Puerto Rico y su bebé. Este pasaría por el hijo de su esposa, y su propia madre lo ayudaría a criarlo.*

*»Sabía que su mujer no iba a querer acompañarlo y que tampoco estaría dispuesta a consentir que se lo llevase de su lado, lo que le ocasionaría no pocos problemas. Así que decidió que su esposa y el servicio cuidarían del hijo ilegítimo, en la seguridad de que era su propio hijo y lo educaría perfectamente y con todo su cariño. No se planteó que sus dos hijos pudieran nacer tan diferentes. Él se encargaría de la educación del legítimo, inculcándole el amor a la plantación. Así, los criados lo tratarían desde el primer día como lo que era, el heredero. El hijo ilegítimo sería el heredero de los bienes que dejara la esposa.*

*»Ya sé, dijo, que parece un plan diabólico, y tal vez lo fuese, pero me resultó indignante que la mujer no siguiera al marido como dicen las Sagradas Escrituras y el Evangelio, incluso ella lo juró al casarse: "La mujer seguirá al hombre…".*

*»Me presté al juego, no me siento orgulloso, pero en aquel*

*momento y con aquellas circunstancias, pensé que el padre tenía derecho a educar a su hijo y a vivir con él en su hacienda, y si la madre no quería seguirlos, era su problema. No podía imaginar el desenlace.*

*»Cuando la esposa del hacendado vio al bebé que estaba ocupando la cuna, inmediatamente se dio cuenta de que no se trataba de su hijo. Era lo lógico. Gritó contando lo que creía haber visto: que su marido había matado a su hijo con un hacha y ella lo había presenciado; había visto cómo se derramaba su sangre. El servicio que la escuchaba se asustó y su marido dijo: "¿Estás loca?, pero ¿qué estás diciendo?". Entonces todos aceptaron sin esfuerzo que se había vuelto loca, y pronto también estuvieron de acuerdo con su amo en que no les quedaba otro remedio que internarla hasta que recuperara la razón, que allí estaba el niño sin un rasguño, prueba de su locura posparto. Cuando llegó su médico de cabecera, el propio doctor reconoció al bebé, y a la madre le suministró una buena dosis de tranquilizante.*

*»Con ese médico que la había atendido en el parto, tuvieron que hacer el paripé de enseñarle el bebé, el que él mismo había ayudado a venir al mundo. Pero en cuanto se iba, lo volvíamos a cambiar por el de la criolla. Tuvimos que hacerlo dos o tres veces, para poder enseñarlo en la cuna, mientras ella dormía gracias a la inyección que le había puesto para que descansara tranquila. Así quedaba claro que el marido no lo había matado. Ella era la que estaba trastornada.*

*»Lo que no podía esperar es lo que luego sucedió.*

*»Yo seguía allí, tenía que continuar suministrándole los sedantes necesarios para tenerla bajo sus efectos. Su médico de cabecera seguramente no hubiera permitido tantos sedantes seguidos. Pero ese era el trato, así pensaba tenerla unos días hasta que aceptase como verdad la nueva realidad que habían inventado para ella. No sé cuántas eran las personas involucradas en esta tragedia.*

*Yo, sin demostrar la indignación que me causaba escuchar aquella historia, pregunté si los padres de ella habían permanecido inactivos.*

*«No. Pero su marido dejaba que tuviesen en sus brazos a su auténtico nieto. El mismo juego que con el doctor. Sus padres la veían durmiendo y, cuando en algún momento despertaba, solo escuchaban de su boca lo que parecía una locura. Aunque era la pura realidad, pero después de ver a su hijo sano ya nadie la creía, ni sus propios padres.*

*»Dos días más tarde parecía haber aceptado la situación e incluso se levantó de la cama y salió a la terraza del jardín. Cuando de pronto advirtieron que ya no estaba allí, la encontraron en su habitación, se había vuelto a acostar, sin duda bajo los efectos de los calmantes que le aplicábamos sin dar tregua a que se recuperara, pero se apercibieron de que uno de los almohadones estaba en la cuna del bebé. Lo retiraron. El bebé no respiraba, no hacía falta pensar mucho para llegar a una clara conclusión. El marido dio un grito que todos en la casa escuchamos, menos ella. Supongo que en ningún momento se le había ocurrido que su engaño podía degenerar en una situación tan grave como aquella.*

*»Todavía estaba yo en la habitación que me habían asignado en la mansión cuando oí el grito del padre. Inmediatamente traté de recuperar al bebé. Me costó. Pero cuando ya empezaba a resignarme de su pérdida, sintiéndome bastante culpable por prestarme a ese esperpento, que había degenerado en un infanticidio, el llanto del bebé volvió a escucharse. Lo conseguí* in extremis*, pasándolo una y otra vez de agua muy fría a otra muy caliente en aquel moderno cuarto de baño.*

*»Entonces, se tornaron los planes, y acordaron que, inmediatamente, la sirvienta criolla y su niño se volviesen también a la plantación. Cambiarían su versión, y a ella, a la esposa legítima, la ingresarían hasta que aceptara que no había habido más niño que el suyo, y que ella no lo había matado, que había dejado de respirar mientras dormía; un doctor lo certificaría. Yo mismo hice esa certificación. Enterraron el ataúd, en realidad una caja vacía de cuerpo, en la misma finca, en un lugar apartado de los jardines principales».*

Durante unos minutos nadie dijo nada, la sorpresa fue grande y seguro que cada uno de nosotros sopesó en su corazón si aquello que era una alegría pues, al parecer, ningún bebé había muerto, no fue a la vez una gran tragedia para la mujer de nombre desconocido que escribió aquel diario. ¿Qué habría sido de ella? ¿Habría muerto internada en un manicomio? ¿Le habrían permitido salir? Sí, al comienzo dice algo de dos años… Y los dos niños, ¿qué habría pasado con ellos? ¿Y qué grado de parentesco nos unía con aquella familia para que su casa estuviera entre las propiedades de nuestro padre?

—¡Pero eso quiere decir que tal vez hayan estado vivos los dos y todavía existan familiares de alguno de sus hijos! —dijo mi madre, interviniendo en la historia que pocos días antes se negaba a creer.

—Para eso habría que investigar en Puerto Rico, que parece la opción

más segura —dijo muy pensativo el tío Eloy—. Si realmente todo fue como cuenta tu abuelo —se dirigía a Salvador—, en Puerto Rico tiene que haber familiares de ambos chicos. Seguro que a pesar de los pocos datos que tenemos se podría conseguir averiguar algo. Lo que no sé es de qué nos va a servir la información. ¿Solo para satisfacer una curiosidad? Ni siquiera sabéis cómo se llamaba ella.

Por tu abuelo sabemos que la internaron en un manicomio de Zaragoza, pero ¿bajo qué nombre? ¿Figurará el nombre de Carlos de la Serra en sus archivos?

—Pero ¿cómo no se nos ha ocurrido a ninguno —dije dándome una palmada en la frente—. Ellos se casaron por la Iglesia. ¿No creéis que el párroco tiene que tener archivado el enlace? Piensa que intervino hasta el obispo…

—Tienes razón, Lili. ¿En qué parroquia se casaría?, ¿en la de Viana o en Logroño?

—Carlos y sus padres vivían en el término de Logroño y ella parece que menciona su casa o la de sus padres, cerca de Viana. Habla de un palacete y una finca, que puede ser esta en la que vosotros vivís ahora y en la que vuestros abuelos y bisabuelos han vivido siempre —quiso recordar Salvador—. Bueno, lo revisaré, pero creo que es así.

—Si se casó en Viana, no creo que haya un gran problema para saberlo, pero si lo hizo en Logroño, a saber qué parroquia le correspondería —dijo el tío Eloy.

—¡Hombre! —acudió rápida mi madre—, si los casó el señor obispo, seguro que lo hizo en la concatedral de La Redonda. Podemos solicitar que lo revisen, lo que no sé es qué disposición tendrán si les contamos lo que conocemos, porque algo habrá que alegar para que se molesten en buscar archivos tan antiguos.

—Habrá que intentarlo en los dos sitios y, ¡a ver qué ocurre! —Fue Eloy el que hizo la reflexión, todos lo miramos con un gesto burlón.

—Claro que hay que preguntar en los dos sitios. El problema no va a ser preguntar, creo que tenemos que pensar en algo que les haga querer ayudarnos, ¿no te parece?

—Eso sí que es fácil. ¡Con la Iglesia hemos topado, Sancho! —dijo mi tío mientras con sus dedos me revolvía el pelo en respuesta a mi comentario—. ¡Dinero!, solo es cuestión de una buena oferta monetaria, mejorada para el caso de que puedan darnos datos fidedignos.

—Pues vamos a pensar qué les contamos —zanjó mi madre—. A ver

qué se nos ocurre entre todos.

—Creo que sin contar todo el drama, debemos explicar lo más próximo a la verdad. Que necesitamos el nombre de nuestra parienta que se casó con Carlos de la Serra en torno a 1885-1887. Ella de Viana y él de Logroño. ¡Ah! Y que los casó el señor obispo. Por si eso lo inscriben en otro apartado. No creo que necesiten más datos —dije, tratando de acabar con más especulaciones.

—Puede que sirva —añadió mi madre—, sobre todo si a eso le añadimos lo que ha sugerido Eloy.

—Vale, pues en marcha, mañana empezamos nuestra investigación —dije sintiéndome tan importante como si fuera el inspector Hércules Poirot.

Al día siguiente, mi madre y yo hablamos con el párroco de Viana, que, muy amablemente, nos atendió enseguida y nos conminó a llamar al Arzobispado de Navarra, donde sin duda tendrían todos los datos de aquella época. Nos proporcionó el teléfono de Archivos y el nombre de la persona que nos atendería. Llamamos y allí nos informaron de que, en efecto, tenían todos los datos digitalizados y microfilmados, pero que seguramente también existirían en Viana.

—Pueden solicitarlo formalmente a Archivos, o hacerle el encargo al párroco de Viana.

Volvimos a hablar con el párroco, que nos hizo una precisión:

—Yo creo que será mejor que lo pidan al Arzobispado, allí tendrán todos los datos, porque en esa época no solo estaba la iglesia de Santa María, sino también la de San Pedro, que ahora está destruida; ardió a causa de un rayo hace muchos años. Lo localizarán antes con esos inventos modernos.

Así que tendríamos que hacer las correspondientes solicitudes en ambos sitios, si queríamos saber más sobre aquel matrimonio.

Mientras, el tío habló con nuestro actual médico de cabecera. Pretendía que le informase detalladamente de cómo se había presentado aquel mal que se llevó a su hermano a la tumba. Al volver de su entrevista no hizo ningún comentario, pero cualquiera que fuera la explicación que le había dado, solo le ocasionó tristeza, una tristeza inmensa, hasta el punto de no poder disimularlo ante nosotras. Todas lo entendimos.

## CON MI TÍO EN CASA

Los primeros días, las tres hermanas mirábamos a nuestra madre observando, de una forma inquisitiva, el trato que le dispensaba al que un día estuvo a punto de casarse con ella, pero no advertimos nada preocupante; se hablaban con cariño, pero de una forma natural y sin aproximaciones innecesarias. Pero cuando Eloy volvió de hablar con el doctor, con aquella tristeza, mi madre lo acarició y lo abrazó tratando de consolarlo. Él aceptó aquella demostración de la forma más natural, como si lo hubiéramos hecho cualquiera de nosotras, pero nos preocupó que aquello fuera el comienzo de otro tipo de relación.

A la mañana siguiente, Daniel ya estaba en el despacho con mi tío cuando nosotras nos levantamos. Mi madre trajinaba con la tata por la casa y nos atendía y mandaba que le prestáramos algún tipo de ayuda para completar el desayuno, como cualquier otro día. Todo parecía estar igual que siempre. Eso nos relajó un poco. Al reunirnos para el desayuno pudimos apreciar que, al menos, la tristeza en el rostro de nuestro tío ya no era tan evidente. No hubo más muestras de cariño por parte de nuestra madre.

Desayunamos todos juntos en un ambiente relajado. En los rostros de Daniel y mi tío no se apreciaba ningún signo de preocupación, lo que indicaba que todo estaba bien, o correcto, porque bien no podía estar lo que le había llevado a la ruina. Al terminar el desayuno y la charla, ellos dos volvieron al despacho de papá y ya no aparecieron hasta la hora de la comida.

Fueron unos días de imprevista felicidad, que lograba enmascarar ese fondo de tristeza, que imagino se encontraba en todos nosotros igual que yo la sentía. Las anécdotas del tío surgían como por arte de encantamiento, y de sus baúles no dejaban de aparecer las cosas más peregrinas, como cinturones curtidos de manera rústica, pero con la gruesa piel de un cocodrilo viejo, bufandas de colores chillones, tejidas artesanalmente con lana de vicuña (eran horrorosas para nuestro gusto, y nos sorprendió saber que era la lana más cara del mundo), pelotas semiesféricas, que no sabemos para qué juego podían servir y, al preguntarle a mi tío, decía riendo que él tampoco tenía ni idea, pero que eran muy originales. En fin, que nuestro tío seguía siendo el de siempre, aunque tenía momentos en que yo lo observaba disimuladamente y advertía su cansancio y, muy en el fondo, esa tristeza, algo que no me sorprendía.

Él se había propuesto animarnos, para ayudar a pasar ese luto interno,

pero a veces le fallaban las fuerzas. Estoy segura de que no había perdido su fortaleza física, ni sus ganas de aventuras, pero había momentos en que su dolor lo dejaba sin fuerzas. Lamenté que necesitara tanto esfuerzo, para aparentar ser el mismo de siempre. En mi interior le agradecí profundamente su desvelo por vernos felices.

Eloy volvió a quedar con nuestro médico de cabecera, dijo que tenía algunas preguntas que no le había hecho el día anterior y que no quería irse sin realizarlas y conocer sus respuestas. Yo escrutaba su rostro cuando volvió temiendo ver de nuevo aquella tristeza profunda, pero en esta ocasión el rostro de mi tío era algo inescrutable, no dejaba traslucir nada. ¿Eso era bueno o malo? No podía saberlo. Tampoco quise preguntarle. Era evidente que se había propuesto no tocar el tema de papá. Tal vez la explicación estaba simplemente en que no quería que nadie se entristeciera.

Y una noche, al terminar de cenar, nos anunció que solo se quedaría dos días más, y que trataría de volver pasado un mes. Deploramos la noticia, por supuesto, pero ahí se acabaron todos nuestros temores de que quisiera llevarse a nuestra madre con él, a sus viajes inesperados y lejanos.

El viajero volvía a sus viajes. Solo.

Prometió tenernos al corriente de los lugares en que recalaba, a fin de que pudiéramos dar con él en cualquier momento si lo necesitábamos.

Nosotras, cumpliendo con lo prometido para aquella investigación que nos habíamos propuesto realizar, visitamos la concatedral de La Redonda en Logroño. Muy amablemente nos atendió el sacerdote que se encontraba en la sacristía. Seguíamos teniendo solo los dos datos, el nombre de Carlos de la Serra y una fecha aproximada entre 1885 y 1887. En principio solo le dijimos, tal como habíamos acordado mi madre y yo, que necesitábamos un documento de aquellos años y queríamos saber si ellos tenían documentos de aquellas fechas.

—Los datos de que dispone la concatedral empiezan en 1890 —dijo—. Pero se encontrarán con seguridad en el Archivo Histórico Diocesano. Pueden realizar una solicitud por escrito al Archivo. Es posible que estén en el Seminario de Logroño, o tal vez en la Diócesis de Calahorra. Les permitirán, sin problemas, acceder a ellos para que consulten aquello que sea de su interés, aunque habrá bastantes solicitudes y solo se conceden un máximo de seis al día.

En resumen, el trabajo para conseguir los tomos de aquellas fechas tan imprecisas, más la falta de cualquier otro dato, dificultaba un poco la localización de aquella boda, que nosotros ni siquiera sabíamos si se

había celebrado allí, aunque aseguramos que así había sido, para no añadir dificultades, o falta de interés en su localización. Naturalmente, cursamos las correspondientes solicitudes a ambos Archivos.

Unos días después de que mi tío volviera a sus viajes, Salvador vino a vernos y yo no perdí la ocasión de hacerle la pregunta que me cosquilleaba en la garganta.

—¡Qué gracioso, Salvador! ¿Es cierto que tú también estabas enamorado de mi madre cuando erais jovencitos?

—¡Seguro que ha sido Eloy! —dijo en un tono que quería simular estar enfadado con el delator—, él os lo ha contado, seguro, yo he sido más discreto, también podía haber contado de quién se había enamorado tu tío.

—Ya nos hemos enterado —dije, aguantando las risas—, mamá nos ha hablado de sus dos enamorados, pero de ti no nos había dicho nada.

—Pues hasta mi mujer sabe lo mucho que me gustaba vuestra madre, y los dos hermanos me animaron a declararme y así recibí unas enormes calabazas.

—Mira, te hizo un favor —dije ya muerta de risa—, si no te hubiera dado calabazas, no habrías conocido a tu encantadora mujer. ¿Y qué hubiera sido de nosotras? No existiríamos.

—Ríete, ríete. Y tú, Lili, ¿qué me dices de tu enamorado?

—¿Mi enamorado? ¿De dónde sacas eso?, yo no tengo ningún enamorado.

—Sí, de tu enamorado. ¿No es José Carlos Serrano tu pretendiente enamorado?, él me lo ha confesado en secreto, y si le cuentas que te lo he dicho, yo lo negaré.

—¿José Carlos? Estás hablando de nuestro doctor —respondí, todavía entre risas, pero muy sorprendida.

—¿Aún no te has dado cuenta o estás disimulando conmigo?

—A ver, Salvador, ¿de qué me tengo que dar cuenta?, ¿qué estás insinuando?

—Pues que tienes al doctorcito loco por tus huesos, ¿de verdad que no lo has notado?

—Pues no. Yo no he notado nada, es amable como con todo el mundo, pero nada más.

—Pues verás como un día de estos se te declara.

—¡Ja, ja! Serás el primero en saberlo. Te lo prometo.

Esta conversación se produjo dos días antes de que se cumpliera lo que yo llamaría la predicción de Salvador, porque, en efecto, José se me declaró, pero lo hizo muy inoportunamente.

Después de haber visitado profesionalmente a mi madre y advertirme que debía cuidarla, que la muerte de mi padre le había afectado más de lo que parecía, y temía que cayese enferma, que fingía estar bien para no preocuparnos, pero que él sí estaba preocupado, dijo que había dudado si decirnos la verdad o callarse para que yo no sufriera, pero que al final no le había parecido honesto ocultarlo por no verme sufrir.

Y en ese momento de dolorosa sorpresa, fue cuando se me declaró. Añadió que él vendría a verme todos los días y así disimularía ante mi madre que se estaba ocupando de su salud, y si se negaba a recibir algún tratamiento, él la convencería de que lo hiciera por nosotros.

—¿Tan grave es? —dije preocupada y un poco angustiada, olvidando su inoportuna declaración de amor.

—No lo sé, pero la voy a observar. Veré su evolución y, si me parece necesario, consultaré con otro colega.

—Gracias, José, pero me dejas tan preocupada…

—Lo siento. Ya sé que no es momento para que respondas a mi declaración, pero me gustaría saber si tengo alguna posibilidad.

No creo que se me hubiera ocurrido pensar en José como mi pareja, si Salvador no me hubiera hablado de ello, pero lo cierto es que desde que lo dijo, pensé en él de distinta manera. No me sentía atraída, aunque me había halagado pensar que le gustaba, pero en ese momento que lo confirmaba, mi corazón estaba en otro sitio, en la enfermedad de mi madre. No había sido muy oportuno en su declaración. Así se lo hice saber.

Mis hermanas coincidieron conmigo en que nuestra madre, a pesar de tanto dolor, había cargado a sus espaldas una labor demasiado pesada, como era sustituir a nuestro padre en todo el trabajo, tanto físico como intelectual, y eso la estaba agotando, aunque ella no se quejase.

A partir de ese momento, José Carlos venía a casa con mucha frecuencia, hablaba sobre todo con mi madre. Le recomendaba medicación y, de vez en cuando, hasta le ponía él mismo las inyecciones vitamínicas que le había recetado.

Pronto se hizo evidente el mal estado de salud de mi madre, como José temía. Se la veía cansada, sin su habitual impulso. Si no supiéramos la labor que estaba desarrollando, y no hubiéramos hablado de ello con José, lo habríamos achacado todo a la ausencia de papá, pero, una vez conocidas las dudas de su doctor, ya no pensábamos lo mismo. Las tres hermanas estábamos asustadas. Buscamos la manera de ponernos en contacto con Eloy, siguiendo sus últimas indicaciones. Enviamos una carta a la dirección que teníamos, que debía de ser la que ahora redirigía su correspondencia al lugar donde se encontrara.

José, tratando de tranquilizarnos, dijo que había pedido opinión a un colega, que se había prestado a venir a verla, y que lo presentaría como a un amigo para que mi madre no se asustase.

Cuando vinieron los dos, mi madre no pareció sorprendida por las preguntas que José le hacía delante de su amigo, lo que aún acrecentó más nuestra preocupación. En otras circunstancias, seguro que mi madre hubiera hablado del poco tacto de su médico de cabecera, trayéndole a un amigo a su casa y haciéndole preguntas, que debían formar parte del secreto entre médico y paciente.

Hablamos con los dos, que nos confirmaron que el deterioro de mi madre no había hecho más que comenzar, que se trataba de un tipo de anemia muy peligrosa y tratarían de retrasarle el fatal desenlace a que estaba abocada.

Quedamos destrozadas, aunque acordamos mostrar ante ella nuestra mejor cara. Naturalmente, lo hablamos con Salvador, que recomendó otra opinión de un especialista. Dijo que él se ocuparía de hablar con José Carlos para saber de qué tipo de anemia se trataba y así buscar al mejor en la especialidad o enviarla al hospital. No sé si nos quedamos más tranquilas o más preocupadas. Salvador la visitaba con la misma frecuencia que José Carlos, pero siempre después de que él se marchara, nos dijo que no quería que José se ofendiese, pero que él vigilaba los efectos del tratamiento que nuestro médico le aplicaba.

## CARLOS DE LA SERRA VISITA SU CASA

Calandra, 1896

La noticia le sorprendió. Acababa de llegar una carta de Puerto Rico. Era de Carlos, su marido, y le anunciaba que pronto estaría a su lado. Desconocía si ya le había llegado la misiva que ella le envió, conminándole a devolverle a su hijo. Le comunicaba en ella que sabía lo que había tramado y que, antes de denunciar todos sus engaños, estaba dispuesta a perdonarle el daño que le había hecho, incluido los dos años que pasó en el manicomio, con tal de poder abrazar a su hijo y tenerlo a su lado, al menos sus primeros años. Y ya había perdido casi cuatro.

Teniendo en cuenta su escasa experiencia en navegación, sabía que a los barcos les costaba llegar a Las Antillas de dos a tres meses, dependiendo de las incidencias del viaje. No parecía que Carlos hubiera tenido tiempo material para reaccionar a su misiva; de cualquier manera, él no aludía a su carta en ninguna línea. ¿Podía ser casualidad que la visitara justo cuando ella le acababa de manifestar que había descubierto su engaño?

No esperaba una respuesta tan rápida, y mucho menos que Carlos fuera en persona, tal vez a negociarlo. No había mucho que negociar. Precisamente para eso había buscado ella un abogado especializado en Familia, para que le explicase la situación legal en que se encontraba, y así obrar en consecuencia. Lo había puesto al corriente de su vida, desde que se casó con Carlos, sin omitir lo que ella consideró, hasta pocos días atrás, su culpa. Desembocaba todo ello en la comprobación de que el entierro de su hijo fue una puesta en escena. Necesitaba la ayuda de un profesional para recuperar a su hijo, y quería que la orientara en cómo debía actuar para conseguirlo de forma legal. Sabía que no podía presentarse en Puerto Rico y llevarse a su hijo con solo decir que lo era. Sabía, también, que su marido no se avendría a devolvérselo. Si había sido capaz de montar semejante trama para llevárselo, ahora no iba a prescindir de él graciosamente. Por eso había esperado a escribirle, y lo hizo en cuanto el abogado le explicó la situación legal.

Su familia, en un primer momento, no podía creer lo que ella les explicaba. Uno de los problemas de haber estado encerrada en un manicomio era que todo lo que parecía inverosímil pasaba por la idea de que quien lo decía, posiblemente, no se había recuperado de su locura.

Sus padres y hermanas, además de la enorme sorpresa y de la lógica reacción, primero de incredulidad, después de alegría, al saber que su nieto y sobrino estaba vivo, sintieron la más que razonable indignación y rabia, por todo lo ocurrido y sufrido, a causa de la falsedad de Carlos, su yerno y cuñado.

Sus padres no eran capaces de darle un consejo sobre los pasos que debía dar para recuperar a su hijo y castigar a su marido, denunciándolo por el engaño y por las malas artes utilizadas. Naturalmente, querían recuperarlo, pero delegaron en el «saber del picapleitos» toda responsabilidad. Temían también perder el favor de su yerno, tanto como lamentaban el dolor de su hija. Al fin y al cabo, si seguían manteniendo su estatus, era gracias a él.

Fueron capaces de expresar lo muy disgustados que estaban con Carlos, pero solo ante M.ª Rosa.

Las historias truculentas se recuerdan mejor que los finales felices y aquí ni siquiera había un final feliz, solo contradicciones de los padres de una demente, que había tenido que ser encerrada en un manicomio. Y ahora, al salir de la casa de locos, los padres de la enferma argumentaban y se desdecían de todo lo dicho anteriormente.

Las dudas sobre las extrañas muertes violentas de dos bebés. La repercusión de haber ocasionado la demencia en aquella madre. Los consiguientes comentarios, que se extienden, corregidos y aumentados. La desaparición o «huida» del padre y dueño de la mansión, que había estado habitada solo por el servicio, durante dos años. A todo eso le habían dado la vuelta. Y ahora, de repente, confesaban que estaba vivo el hijo, su nieto que dos o tres años atrás dieron por muerto de muerte súbita. Aunque nadie estaba seguro de nada, la sombra de estas dudas alimentaba los cotilleos del servicio, de vecinos y amigos, deformando cada vez más la ya horripilante realidad que se había vivido.

Fue al descubrir el engaño, cuando M.ª Rosa se sintió capaz de reaccionar duramente. Después de ver que la tumba que creía de su bebé contenía un muñeco, se puso en contacto con su actual abogado, un buen abogado de familia. Este le confirmó lo que ya sospechaba.

—Por supuesto que se va a encontrar con muchas dificultades, pero ninguna insalvable. En principio, la ley protege los derechos del padre frente a los de la madre. Pero si demostramos las circunstancias en las que a usted la han obligado a moverse, los resultados pueden ser distintos. En el peor de los casos, usted ostenta todos los derechos para vivir en su casa de Puerto Rico y nadie le puede prohibir que

permanezca en ella con su hijo, hasta que se resuelva el asunto judicialmente.

—¿Me dice que eso es lo peor que me puede ocurrir?

—Pues sí. Según el derecho internacional —le había explicado el abogado antes de que ella enviara su misiva a Carlos—, y dado que ambos son españoles y todos los delitos se han cometido en España, son sus leyes las que corresponde aplicar. Para más abundancia, se da la circunstancia de que en Puerto Rico rigen leyes españolas, no en su totalidad ni en su literalidad; la Constitución de 1812 ha sido adaptada a la idiosincrasia de los puertorriqueños, dándoles a ellos un trato más favorable en muchas circunstancias. Pero en este caso no será precisa la adaptación. Procede aplicar las leyes españolas. Tal vez en lo tocante a la criolla y su retoño, podría variar, pero eso es secundario para recuperar a su primogénito. Aunque ella puede formar parte del problema, como cómplice y cooperadora necesaria.

—No es ella la que me preocupa realmente, sino mi marido, que como ya se ha visto es capaz de cualquier argucia para conseguir sus propósitos, sin que le afecte el daño que cause a los demás. Dirá que no tenía más remedio que cuidarlo él, puesto que a mí me tuvieron que internar. No vacilará en hacer dudar a los jueces de mi estado mental.

—Vale. Pues demostraremos cuán cuerda está usted. Y teniendo en cuenta que el motivo para que el padre cuidara del hijo ha desaparecido; que el matrimonio no se ha disuelto; que el título de gananciales atestigua, entre otras cosas, que la mitad de la plantación le corresponde, además de confirmarlo una de las cláusulas del contrato matrimonial que sigue en vigor; usted tiene derecho a la mitad de todo lo que posea su esposo y, por tanto, a compartir techo con Carlos y su retoño.

—Estoy dispuesta a lo que haga falta, pero le aseguro que no es esa la mejor opción, ni siquiera es una buena solución.

Naturalmente que no era eso lo que ella deseaba. Solo quería que le devolviera a su hijo, pero si necesitaba quedarse allí junto a él hasta que su niño se sintiera seguro a su lado, estaba dispuesta a todo. Incluso a vivir unos años en Puerto Rico.

Carlos se presentó en la mansión riojana, como si se hubieran despedido la víspera. Hablaron.

No hubo fórmulas de cortesía por parte de M.ª Rosa, ni afabilidad por ninguna de las dos partes. Carlos tuvo una entrada cortés, pero

rápidamente las espadas se pusieron en alto.

—¿Ya estás bien, mi loquita querida? —dijo Carlos, dejando asomar a su rostro una sonrisa maquiavélica.

—¡Mucho mejor de lo que tú hubieras deseado, sin duda! —lo miró retadora.

—No lo creo, a juzgar por tus pretensiones —luego sí había recibido su carta, pensó asombrada—. No puedo dejar a mi hijo en manos de alguien tan desequilibrado como para decir que yo lo he matado. Yo se lo he contado de manera que él pudiera entenderlo, y él sabe que nunca verá a su madre porque está muy grave y es peligrosa. Le he preguntado si quería venir para verte y comprobar lo enferma que estabas y se ha asustado. Así que tendrás que esperar a que sea mayor de edad y tome sus propias decisiones.

—¡Eres tan malvado, Carlos!, nunca te hubiera considerado capaz de montar esa farsa para hacerme pasar por demente. De hecho estuve a punto de volverme loca de dolor, y dispuesta a cometer un infanticidio.

—¡No estuviste a punto, querida, lo cometiste! —la interrumpió Carlos con auténtica rabia—, si no hubiera estado el médico que atendió el otro parto, no habría recuperado la respiración. El que yo no te denunciase no significa que no cometieses ese delito.

—No entiendo cómo pudiste ser una persona tan amable y delicada conmigo, teniendo ese corazón, duro como una piedra. Pensar que llegué a sentirme feliz a tu lado… ¿Siempre has sido así de malvado?

—¿Me llamas malvado? ¿Y qué eres tú?

—¿Yo? Fui una mujer desesperada que vio cómo su marido derramaba la sangre de su único hijo, recién nacido, a golpe de hacha. ¿Qué madre puede soportar esa imagen y seguir cuerda?

—Tú me obligaste a trazar un plan para tener a mi hijo conmigo en Puerto Rico. Algo tenía que hacer. Yo estaba muy enamorado de ti, quería un hijo tuyo, pensaba que eso volvería a unirnos como cuando llegaste a la isla, pero, en cuanto llegué a tu lado, comprendí que ya no había nada que hacer, así que tuve que ingeniármelas para poder tener conmigo a mi heredero.

—¡Ah, sí! ¿Y cómo lograste embarazar a la vez a tu amante? ¿Te la trajiste contigo en señal de tu buena voluntad para lograr que yo volviera contigo?

—Déjate de sarcasmos. La hice venir en cuanto tuve clara tu relación

con Bernardo.

M.ª Rosa no pudo evitar que su rostro expresase la sorpresa que le ocasionaba esa declaración. ¡Así que sabía lo suyo con Bernardo!

—¿Te sorprende que me diera cuenta? ¡Traidores! No sabes el daño que me causó comprenderlo. Pero ya lo estás pagando y lo seguirás haciendo.

—No cantes victoria tan pronto —respondió ella, tras unos segundos de estupor por la revelación que Carlos le acababa de hacer—. Intentaré que vayas a la cárcel como el criminal que me hiciste creer que eras. Tengo mis propias cartas y al final seré yo la que gane la partida en los tribunales.

—¡Ja, ja, ja! ¿Lo ves como estás loca? Y yo diré entre otras cosas que, además de querer matar a tu hijo, me engañabas con Bernardo. ¿Crees que no me daba cuenta de lo que había entre vosotros? Desde que yo llegué, aquí estuvo todo el tiempo alguien que os vigilaba a todas horas, por eso sé que los pocos momentos que no estuvimos juntos Bernardo no se acercó a ti. Si lo hubiera hecho, yo mismo lo hubiera matado con mis propias manos. ¡Mi esposa y mi mejor y más fiel amigo engañándome!

—Lo dice la persona que fue capaz de jurarme fidelidad varias veces, para inmediatamente engañarme de nuevo.

—Es cierto que el hijo que me diste no puede parecerse más a mí de lo que se parece. Cuando lo vi, me costó un gran esfuerzo decir que no era mío, y eso que no estaban definidos sus rasgos, pero una de las fotos que tiene enmarcada mi madre en su habitación es de un niño de tres días, y el bebé que estaba en la cuna era idéntico al de esa fotografía y, como habrás adivinado, el de la fotografía soy yo. Por un momento estuve por olvidarme de todas las maniobras que urdí, pero cuando recordé que no me ibas a permitir que me lo llevase conmigo, seguí fielmente mi plan.

—¡Eres un auténtico canalla, Carlos! Más de tres años llorando la pérdida de mi hijo. Dos años encerrada en un manicomio, por tu culpa. Me llevaste a tal extremo mostrándome cómo matabas a tu propio hijo que a punto estuve de volverme loca de verdad, con las nefastas consecuencias que me achacas. Todavía no puedo entender cómo lo hiciste, pero los dos sabemos lo que vi.

—La verdad que me lo hiciste pasar mal. Aunque te pese, ese bebé que trataste de asfixiar también era hijo mío. Por poco consigues matarlo. Pero tu hijo vive junto a su hermano, el que dicen los papeles que es hijo de Bernardo; el hombre que preferiste amar en lugar de amar a tu

marido. Está claro que lo tienes muy enamorado. Bastó con amenazarle de todo el daño que te podía hacer si no consentía en pasar por el padre de mi otro hijo para que accediera.

—Empiezo a comprender —dijo M.ª Rosa, casi sin levantar la voz.

—Fue una boda muy animada —continuó Carlos entre forzadas risas, tratando de herir a su esposa—, de la que participaron todos los jornaleros. Se casaron por uno de los ritos de la isla. No me preguntes cuál, solo sé que no era el católico. Ahora ella es la que gobierna «tu casa», ¡ja, ja, ja! Y Bernardo es mi siervo. Por cierto, que cualquier día lo despido por mal comportamiento, bebe mucho y lo que gana se lo juega a las cartas. Mal ejemplo para su hijo. Si no cambia, habrá que buscar otro padre más adecuado para su educación.

—Carlos, ¿cómo puedes ser tan cínico? ¿A qué has venido, a negociar o a burlarte de mí porque sigues creyendo que puedes jugar conmigo? ¿Es posible que ni por un momento tengas en cuenta mis sentimientos? —Trató de aparentar serenidad, a pesar de sentir cómo hervía su sangre de indignación.

—Yo no tengo nada que negociar, las cosas están bien como están y así permanecerán. Es todo lo que tengo que decir. Tengo unos negocios que hacer por estos lares y aquí permaneceré hasta que los acabe, espero una buena acogida por parte del servicio, que pagas gracias a mí, y que estoy dispuesto a eliminar, como otras muchas cosas. ¿De qué vivirás si lo hago?

—Me reafirmo en que eres un canalla. Siempre consigues las cosas con amenazas, pero a veces quienes no amenazan pueden hacer más daño.

—¿Tú me lo vas a hacer a mí? ¡Pobre loquita! —en sus palabras había rabia disfrazada de desprecio—. Inténtalo y verás los resultados. Siempre te arrepentirás mil veces del daño que pretendas hacerme. Yo soy el fuerte, y tengo los medios para seguir haciendo de tu vida un calvario. No lo olvides.

M.ª Rosa apretó los puños. En esos momentos solo sentía ira e impotencia, pero la venganza se sirve fría, pensó.

Dio orden al servicio para que, llegado el momento, lo atendieran con una buena comida y pidió que la suya fuera servida en sus habitaciones. Realmente las cartas estaban sobre la mesa y no había nada que negociar, sólo debía actuar.

Fueron unos días de auténtico calvario durante los cuales el abogado de M.ª Rosa trató de que Carlos entrara en razón. El niño tenía casi cuatro años y debería estar con su madre hasta la mayoría de edad.

—Estoy seguro —le decía el abogado—, de que su madre permitirá que a lo largo de ese tiempo el niño pase algunas vacaciones en Puerto Rico. La situación no será extraña, muchas familias lo hacen así, y todo va bien, más adelante se podrá quedar en la isla de una forma más definitiva…

No hubo acuerdo alguno. Carlos estaba muy seguro de su poder y de que nada ni nadie le obligaría a dejar a su hijo en España. En una de las pocas veces que el matrimonio coincidió en el salón, Carlos puso todo su empeño en que así ocurriera; le ofreció viajar con él en el mejor y más rápido transatlántico que existía en ese momento, para poder encontrarse con su hijo.

—Tengo para ti un billete de embarque en un gran transatlántico, el propio Bernardo te lo ha comprado —recalcó perverso—. Es la única posibilidad que tienes de ver a tu hijo, aunque nunca dejaré que se aleje de mi lado.

—¿De verdad crees que así me vas a convencer y voy a desistir de mis derechos de madre?

—Aún podríamos intentar rehacer nuestra vida en la isla. Ahora yo ya no te prometo serte fiel, pero podrías ver a tu hijo en cualquier momento. Yo no pondría impedimentos, incluso le aseguraría que ya no estás loca.

—Iré pronto, pero no contigo, con un juez y policías para traerlo conmigo a España, a su casa.

Por un instante, M.ª Rosa había sentido la tentación de acceder, de caer en la trampa que Carlos le tendía, con tal de ver lo más inmediatamente posible a su hijo y poder disfrutar de su compañía todos los días; sería como alcanzar el cielo. Pero se dio cuenta de que aquella manera de presentarse ante él podría perjudicarla tanto que tal vez hasta la imposibilitara para ganarse a su hijo. La forma despectiva con que le hablaba Carlos no auguraba comprensión, dolor o arrepentimiento por lo que le había hecho; muy al contrario. Siempre dispuesto a ganar la partida, la difamaría para evitar que su hijo la quisiera. Y, con cuatro años, el niño no podría discernir entre mentiras y verdades. Debía tener paciencia y presentarse ante su hijo cargada de todo su amor, pero también de dignidad y razón.

Como respuesta, Carlos se despidió de su esposa con una larga carcajada que ponía la carne de gallina.

—Adiós, loquita, has desaprovechado tu última oportunidad.

## CARLOS REGRESA SOLO

1896

En el transatlántico de vuelta, Carlos encontró, como siempre, algún conocido y amigo, a pesar de que se trataba de una nueva compañía naviera de Glasgow. Se trataba del Campania RMS, que había conseguido reducir el viaje a poco más de una semana. Disfrutó cuanto pudo, sin que en ningún momento le perturbase la posible actuación del abogado de su mujer.

Por las noches, después de cenar, le gustaba dar una vuelta por cubierta para «despejarse», decía. Y todas las noches se «despejaba» a su manera. Caminaba hacia la popa del barco y, en la zona más alejada y menos frecuentada, se detenía solitario a fumar. Era un rato de soledad durante el que únicamente se concentraba en saborear un buen habano, sin otra pretensión que contemplar el juego de las volutas del humo, que su hermoso puro formaba sin parar, mientras el barco dibujaba ondas que dejaba atrás y levantaba crestas que morían al alejarse, sin que nadie lamentara su pérdida.

Había otro pasajero con el que todos los días se cruzaba al pasar y que, por lo visto, también disfrutaba de la soledad, pero, en lugar de fumar, bebía de una petaca, algo que a Carlos le ocasionaba cierta extrañeza, dada la cantidad de licores que se servían en el barco, durante la cena y después de esta. Al terminar su habano y volver al bullicio del salón del que había salido al terminar de cenar, algo en el bebedor solitario llamó su atención. Hizo un esfuerzo por saber qué, o a quién le recordaba, porque estaba seguro de no conocerlo. Llevaba gafas de oscura montura, un poco pasadas de moda a su entender, y que, a pesar de su tamaño, no cubrían sus blancas cejas. No, no conseguía saber a quién podía parecerse. Tampoco su ropa parecía muy actual. Tal vez se trataba de un pasajero de segunda que había logrado meterse en primera para contemplar el mar desde otra perspectiva. Si era así, el parecido no podía buscarlo entre sus amigos. Sin embargo, algo en su figura y movimientos le resultaba familiar. Pero no consiguió saber a quién le recordaba. Lo olvidó pronto. Pero siguió viéndolo todas las noches.

Cuando quedaban dos días para que terminase el viaje y salió a cubierta como tenía por costumbre después de la copiosa cena, volvió a ver, como todos los otros días, al pasajero solitario con el que hasta entonces no había cruzado ni una palabra, a pesar de la extraña atracción que le suscitaba. Se encontraba igualmente apoyado en la barandilla bebiendo de una petaca. Siguió su camino y repitió lo que

se había convertido en un ritual: saborear su habano contemplando el juego de las volutas de humo. Pero en esta ocasión, al terminar, Carlos, dispuesto a salir de dudas antes de que finalizase el crucero, se acercó para saludar a aquel hombre, estimulado por la curiosidad.

—Buenas noches. Parece que no ha tenido bastante con los licores que sirven en el barco durante la cena.

—¡Hola!, ya lo creo que hubiera tenido bastante, pero estoy habituado a este brandy que hacen especialmente para mí y prefiero no mezclarlo con otros. Solo bebo vino y champán durante la cena, pero después de cenar solo mi brandy me satisface.

—¡Ah! ¿Y se puede saber de qué marca se trata para que lo prefiera a todos los demás?

—Imposible que la conozca. No está a la venta, pero le puedo ofrecer un trago. ¿Quiere probarlo? Si le gusta, puedo regalarle otra petaca como esta, llevo unas cuantas en mi equipaje. Pero no conseguirá otro igual.

—Está bien, acepto encantado ese trago.

Carlos, cada vez más intrigado por el enigmático pasajero, tomó la petaca que el desconocido le ofrecía. Probó el brandy.

—¡Sí que está bueno! —dijo—, tiene un sabor distinto a todo lo que he probado hasta ahora. ¿Le importa si tomo un poco más?

—Por favor, iré a por otra petaca como le he dicho.

—No, no será necesario.

Volvió a beber un trago largo. Le devolvió la petaca y siguieron charlando un rato sobre sus similares ocupaciones.

—¡Qué extraño que hasta ahora no nos hayamos conocido! —apuntó Carlos en un momento de la animada conversación—. Yo creía conocer a todos los hacendados de Puerto Rico. Además, tenemos amigos comunes y nunca hasta este viaje nos habíamos encontrado. Yo me acordaría si hubiéramos coincidido alguna vez. —De pronto, se agarró con fuerza a la barandilla, mientras preguntaba bastante aturdido—: ¿No le parece que el barco se está moviendo demasiado? Pero no se ven olas, debe de ser marejadilla de fondo. Me estoy mareando… Nunca me había pasado…, jamás me he mareado…

Una mirada alrededor convenció al enigmático pasajero de que era el momento. No se veía a nadie en el entorno, solo hacía falta un pequeño empujón antes de que cayese al suelo desmayado, a causa de

la bebida especialmente preparada por el anciano pasajero para ese momento, que ya empezaba a temer no iba a llegar nunca.

—Apoye bien el vientre en la barandilla y agache la cabeza, por si necesita vomitar —le recomendó el enigmático pasajero—, yo le ayudaré…, así…, ¿ve…? ¿Más cómodo? Mire qué sencillo, ¡gran hombre! ¡Un empujoncito y ya! ¡Ahí va un saco de maldades!

Desde cubierta se oyó el distante chapoteo del agua, pero nadie gritó ¡hombre al agua!

El desconocido, satisfecho al fin, atravesó la cubierta, salió frente a las escaleras y se internó por los pasillos hasta llegar a su camarote, de cuya puerta pendía el cartel de «No molestar». La atravesó, mientras murmuraba entre dientes: «Ya creía que no ibas a caer en mi trampa, ¡so cabrón!», y comenzó a quitarse las gafas, el bigote, la peluca y las pobladas cejas blancas. Si Carlos lo hubiera visto ahora, seguro que lo habría reconocido.

Metió todo lo que había ido utilizando como disfraz en el pequeño maletín de mano, incluido el traje negro con el que había embarcado, se puso un traje semejante a los que usaba Carlos, después de haber oscurecido sus cejas, y finalmente se colocó una peluca. Salió de su camarote para ocupar el que había quedado libre. La próxima noche saldría también a cubierta antes de acostarse, para fumar un habano y dejar caer el pequeño maletín al mar.

El pasajero desconocido había pasado en su camarote prácticamente todo el viaje, a causa de una posible gripe que no deseaba contagiar. El primer día, poco después de que el barco iniciara su travesía, puso en marcha su elaborado plan. Se acostó y llamó al médico del barco, que solo apreció un simple catarro: tenía tos y fiebre. El truco de calentar el termómetro y simular tos no era tan complicado.

—Nada de que preocuparse —dijo el galeno con desgana—, pero mejor que no salga del camarote para no contaminar al pasaje.

No le apetecía lo más mínimo pasarse la travesía dictaminando catarros. Por eso colocaron el cartel de «No molestar». Y también por ese motivo le dejaban en la puerta la comida en una bandeja, que él devolvía vacía al mismo lugar.

Pero ese día no había desayunado, tal vez no tuviera apetito, pensó la camarera, o que se sintiera mejor y ya hubiera salido a desayunar al comedor. La encargada de atenderlo, recogió la bandeja para devolverla a las cocinas, junto a la que le llevaba de comida. Dejó una nota para su jefe sobre la bandeja y ahí se acabó la historia de ese día.

A la mañana siguiente le llevaron el desayuno. El aviso de «No molestar» seguía en la puerta. Pero cuando llegó la hora y la camarera que le llevaba la comida vio que, de nuevo, el desayuno estaba completo, que el pasajero tampoco había desayunado, no pensó en dejar la comida que le llevaba, ni tampoco dejó un aviso: lo habló directamente con su jefe.

Temiendo que hubiera ocurrido algo irreparable, lo comentaron con la jefa de camareras, porque aquel era el segundo día que no desayunaba, y en la puerta seguía el mismo cartel de «No molestar» que habían colocado el primer día de navegación. Decidieron llamar al médico del buque; podía estar mucho peor y por eso no abría ni contestaba. Médico y jefa de camareras llamaron repetidas veces, pero nadie respondió, por lo que abrieron la puerta utilizando la llave maestra. La habitación y el baño estaban en orden y allí no había nadie.

En el barco no se habían percatado de su ausencia, porque nunca había hecho acto de presencia en ninguna sala, y solo cabía que se preocupasen por él las camareras que atendían ese camarote, al ir a cambiarle su bandeja ya vacía por otra llena. Por otra parte, el pasajero de ese camarote no había vuelto a pedir la ayuda del doctor, y hasta el día anterior recogía puntualmente las bandejas que las distintas camareras dejaban en su puerta con puntualidad británica. No había nada de que preocuparse, hasta entonces.

Comprendieron muy pronto que en todo el hotel no había persona alguna que recordara su rostro. Solo el doctor lo había visto completo. Dijo que solo recordaba que «estaba tan rojo como su propio pelo», y que se preocupó de auscultarle el pecho, que «por cierto, carecía de vello», pero no le pareció que debiera preocuparse y lo olvidó como a tantos otros. Aunque él solo atendía a los de primera clase, eran seiscientas las personas que componían su grupo de potenciales pacientes y de ellas, en algún momento del trayecto, tendría que preocuparse, y «a todas las veía por primera vez», añadió a modo de disculpa por no recordar su rostro.

En cuanto al personal que aseaba el camarote, cuando entraban para hacer la limpieza se apresuraban a salir para evitar contagiarse y el enfermo, que tosía con demasiada frecuencia, tenía la ropa tapándole medio rostro, para evitar transmitirles su catarro, o tal vez gripe, por lo que solo se le veía el pelo rojizo, al igual que las cejas; debía de ser de origen irlandés. Cuando terminaban de arreglar el baño, él, envuelto en el edredón, pasaba a ducharse. Al hacer la cama ponían un nuevo edredón y, más tarde, cuando calculaban que había vuelto a acostarse, un ayudante de las camareras volvía a la habitación para

repasar el baño. El pasajero tenía prohibido que pasaran más veces a limpiar su camarote como era costumbre en el barco. Y ya nadie lo incordiaba durante el resto del día.

Las limpiadoras no se inquietaron al ver vacío el camarote; muy al contrario, se limitaron a hacer su trabajo, en esta ocasión sin la preocupación por el contagio. El enfermo ya se había levantado.

Mientras, Carlos siguió haciendo la misma vida que había hecho durante todo el crucero. Claro que el que ahora parecía Carlos realmente no lo era. Seguramente a esas horas, Carlos estaría en el fondo del mar. El pasajero que lo había suplantado lo conocía muy bien, sabía de sus costumbres incrustadas, de sus gestos o ademanes. Comió y cenó los dos días que quedaban para llegar a puerto al lado de distintos conocidos y amigos, tratando de no repetir amistades y evitando las conversaciones largas, a pesar de que sabía imitar perfectamente la voz de su amigo. Había sido más difícil disimular su auténtica voz con otra desconocida mientras hablaba con su amigo Carlos.

Podrían haberse presentado problemas para las autoridades del barco, si alguien lo hubiera reclamado, al comprobar que el enfermo había desaparecido de su camarote, pero nadie lo reclamó y se suponía que era un hombre libre que había curado su catarro. Y si ya se encontraba bien, era lógico que saliera de sus dependencias, como los demás pasajeros.

De haber investigado, al no localizarlo por ninguna parte del barco, podrían haber comprobado que aquel Bernabé no existía. Podía tratarse de alguien fuera de la ley y que estaba siendo buscado. Podía ser que, simplemente estuviera escondido, o tal vez en el mismo barco alguien ajustó cuentas y se deshizo de él tirándolo al mar. Alguien comentó que había oído un chapoteo, como si hubieran tirado un par de maletas al mar. ¿O había encontrado el modo de salir del barco sin ser descubierto? Muy difícil, pero no imposible, teniendo en cuenta que, además de los seiscientos pasajeros de primera, en segunda viajaban cuatrocientos, y en tercera lo hacían mil. Pero no se dio ese problema, porque nadie lo echó en falta. Nadie preguntó por él, nadie lo buscó.

Al llegar al puerto, el desconocido pasajero que se estaba haciendo pasar por Carlos se limitó a preparar las maletas que había en el camarote de Carlos, como si realmente fuera él. Desembarcó y volvió a casa en la berlina que lo estaba esperando.

Durante ese día y el siguiente, representó a dos personajes distintos.

Dos amigos de la misma edad, de parecida estatura y complexión. Al tercer día nadie volvió a ver a Carlos en la hacienda.

A los pocos días nadie recordaba haber visto a Carlos, nadie sabía adónde había ido, a nadie le había comunicado sus planes de futuro. Pasado un tiempo, todo llevaba a creer que se lo había tragado la tierra. Bernardo no necesitó simular que su desaparición lo estaba afectando demasiado, realmente se sentía afectado, aunque esa afectación tenía otro nombre: tormento.

Se había convertido en un criminal. Debería haber encontrado otra solución. Pero ¿cuál? Le había dado muchas vueltas y solo había encontrado esa salida. Mientras trazó el plan, ni por un momento dudó de que era no solo lo mejor, sino lo único que cabía hacer, si quería que M.ª Rosa fuese libre y recuperara a su hijo. Carlos no merecía vivir feliz, después del daño que les había hecho a todos. Tenía que desaparecer de sus vidas y no había otra manera de conseguirlo.

Durante mucho tiempo había pensado que todo lo debía hacer por ella. Pero en estos momentos tenía la certeza de que, en realidad, también lo había hecho para vengar el desprecio de Carlos. El desprecio que le había mostrado desde que le había comunicado el castigo a que pensaba someterlo por enamorarse de su mujer, pero, sobre todo, por ser correspondido por ella.

Advertía que junto a Carlos había tirado por la borda su vida entera. ¿Cómo podría ahora aspirar al amor de M.ª Rosa? ¿Sería capaz de olvidar cómo lo había logrado? Un asesinato no era el mejor camino para empezar una nueva vida con la mujer a la que amaba.

Para Bernardo, todo el infierno había comenzado al volver a Puerto Rico, tras unos meses del ingreso de M.ª Rosa en el manicomio de Zaragoza.

Nada más llegar advirtió el enorme cambio de su amigo en su trato con él, su frialdad al recibirlo, su desprecio al ordenarle lo que antes le solicitaba con toda amabilidad, incluso con afecto. Adivinó rápidamente de dónde procedía su terrible inquina. Pero por si no lo tenía muy claro, a los pocos días de su llegada, su amigo se ocupó de explicárselo de la manera más descarnada posible.

«He sido demasiado ingenuo al creer que bastaría con no estar cerca de M.ª Rosa en ningún momento para que no se apreciase que la amaba profundamente. No tuve en cuenta que mi amigo Carlos era demasiado listo para no advertir e interpretar que yo, Bernardo, su gran amigo, había osado enamorarme de su mujer. Nos conocemos

muy bien», pensaba como si entonase un mea culpa.

La venganza había sido preparada por Carlos a lo largo de todo el embarazo de su esposa. Durante ese tiempo, en el que ella permaneció vigilada continuamente, por orden de Carlos, él ya no compartió con Bernardo sus planes. Sabía que en estos momentos no podía contar con su incondicional ayuda, como lo hubiera hecho tiempo atrás. Su amigo no consentiría el engaño de que iba a ser objeto M.ª Rosa por su propio esposo. Estaba demasiado enamorado de ella para permitirlo.

Y todo el plan urdido contra él en España se puso en marcha en Puerto Rico, cuando Bernardo regresó a su antiguo puesto junto a Carlos. Las amenazas de este, como si fueran un sortilegio, surtieron efecto de forma inmediata, casi a la vez que las pronunciaba.

Él, en lugar de hacerle frente o tratar de sobreponerse a la situación, perdió su fuerza primero, y más tarde, su integridad. Su fuerza, porque quería demasiado a M.ª Rosa y temía todo el daño que él amenazaba con hacerle; su integridad, al tener que aceptar a la fuerza y ante los demás, la obligación de casarse con la criolla y reconocer como hijo propio al que era hijo de su amigo.

Antes Carlos lo amenazó con dejar de enviar el dinero al manicomio.

—Allí la tratarán como a un enfermo más, sin el privilegio de su propia habitación y todo lo que conlleva. Seguramente nunca podrá salir de allí, pero en el hipotético caso de que saliera algún día, yo ya habría cambiado la situación legal con mi esposa. La denunciaría de intentar matar al hijo de la criolla. Tengo testigos y un documento firmado por el doctor que la atendió en su parto; también la doncella fue testigo del intento de asfixiar al bebé. Eso en el Tribunal de la Rota sería motivo de anulación de nuestro matrimonio.

Bernardo pensó que si no aceptaba, a ella y a su familia les esperaba una vida miserable.

—Sin embargo —continuó Carlos—, si aceptas casarte con la criolla y darle tu nombre a mi hijo, tú seguirás en el puesto de siempre y los hijos se criarán juntos. A la criolla no tienes que tocarla —le advirtió —, seguiría siendo solo mía, hasta que me canse de ella; después, tú verás.

Dentro de la mansión todo siguió igual que antes de volver Bernardo. La criolla hacía todas las funciones de la casa propias de un ama de llaves, sin una auténtica ama a la que dar explicaciones, algo que le hubiera correspondido a M.ª Rosa de haber permanecido en aquella propiedad. Bernardo volvió a ocupar su habitación de siempre, que ni

siquiera estaba junto a la de la criolla, y el niño se quedó en la habitación de su madre, que era la que acudía a los aposentos de Carlos, siempre que era requerida por él.

La aceptada debilidad de Bernardo lo fue abocando poco a poco a la bebida y más tarde al juego, como única posibilidad de olvidar o acallar todo lo que bullía en su cuerpo, por no haber sido capaz de rebelarse contra las imposiciones de su amigo, que lo lanzaba a aquella situación nunca deseada. Hasta que fue capaz de sobreponerse y recuperar su fuerza de voluntad para enfrentarse a él. Lucharía contra él con sus mismas armas.

Ocurrió al saber que ella, M.ª Rosa, había salido del manicomio y lo estaría esperando. Se lo había prometido. Pero no podía presentarse ante ella como un despojo humano, le pondría fin a esa situación.

Y así, él también empezó a tramarlo todo. Emplearía su misma táctica: teatro. Pasó mucho tiempo ensayando ante el espejo posturas y gestos. Nadie conocía a su amigo tan bien como él, hubiera sido capaz de confundir al propio Carlos. Poco a poco fue haciendo provisiones de las cosas que su amigo usaba más habitualmente, incluso adquirió ropa idéntica a la que él llevaba en ese momento.

Todo pareció más fácil de llevar a cabo cuando su otrora amigo le ordenó que le sacase los billetes del nuevo transatlántico RSM Campania; haría el viaje en un tiempo récord. Lo que Bernardo había imaginado y preparado tropezaba con la dificultad de desaparecer meses, sin dar una explicación ni tener motivo alguno para estar tanto tiempo fuera de la plantación. Pero esto se lo había solucionado la compañía RSM, con sus rápidos buques actuales.

Compró como le había pedido su *amigo*, un billete para ir a España, al puerto de Cádiz, y dos para volver a Puerto Rico. Dos billetes: uno a su nombre y al de su esposa el otro; con camarotes contiguos. Aunque el de su esposa lo tendría que anular, de eso Bernardo estaba seguro. Como así sucedió. Llegado el momento, ella no consentiría en ir en el mismo barco que él, si no era para llevarse a su hijo.

También compró dos billetes para él, pero a nombre de Bernabé. Con el segundo billete coincidiría con Carlos en el barco, pero eso él jamás lo sabría.

M.ª Rosa, en efecto, estaba dispuesta a pasar los días necesarios en la isla para que su hijo se acostumbrase a ella y poder regresar a España con su vástago, que, por cierto, llevaba el mismo nombre que su padre: Carlos de la Serra.

Pero que su hijo saliera de la isla con su madre era algo que Bernardo

sabía con total claridad que Carlos no pensaba consentir.

Bernardo, con su documento de identidad falsificado, embarcó días más tarde con la misma compañía, RMS, pero en el Lucania, otro buque con parecido recorrido que salía dos semanas más tarde. Tenía el tiempo calculado para volver a embarcar al llegar a puerto, sin moverse de Cádiz. En esa ocasión lo haría en el mismo barco en el que iba a viajar Carlos. Pero lo hizo tomando una personalidad totalmente distinta. Se había convertido ya en un mago de la mutación.

En su nuevo pasaporte figuraba como Bernabé, una pequeña alteración que un experto bordó, aplicando también pequeños cambios en la dirección y el número. La fotografía se la hizo después de varias pruebas con los distintos elementos que había ido adquiriendo en diversos sitios: pelucas, cejas, bigotes. Durante días estuvo probando con cuál se veía más desconocido.

Tras muchas pruebas, decidió que utilizaría tres personalidades distintas. Peluca y cejas rojizas para el enfermo; pelo, cejas y bigote blancos, y unas gafas redondas de pasta negra, que anulaba una pequeña pero expresiva parte de su rostro, cuando al embarcar actuara como Bernabé y también en sus encuentros con Carlos.

Cuando lo decidió, se hizo la fotografía que luciría en su pasaporte. Realmente estaba muy cambiado con el pelo blanco y las gafas negras.

Después se ocupó de los elementos que le harían parecerse a Carlos. En este caso no necesitaba bigote y solo tenía que oscurecer un poco las cejas, además de lograr una peluca de pelo castaño un poco más oscuro que el suyo, pero idéntico al pelo de Carlos, para cuando le correspondiera hacerse pasar por él.

Todo lo que había preparado eran pequeños cambios, de los que estaba seguro que en ningún momento ocasionarían dudas. Saldría del barco desde el camarote de su amigo, él ya no lo iba a necesitar, y lo haría con la misma imagen que había utilizado los dos últimos días antes de desembarcar: la de Carlos. El resto de las cosas empleadas para sus disfraces ya habían ido al fondo del mar en el pequeño maletín que llevaba al embarcar.

Esto después de haber tirado por la borda al que fue su gran amigo. Después de haberse convertido en un asesino. Así disfrazado, nadie podría echar en falta a Carlos durante el resto de la travesía. Nadie diría que no había llegado a puerto, que no había desembarcado en Puerto Rico. Que no había vivido unos días más en la isla.

## LA VIUDA EN LA ISLA

Puerto Rico, 1896

Bernardo no había desaprovechado ni un solo momento para hablar con Carlitos sobre su madre. Lo había estado preparando muy bien desde la desaparición de su padre, y de eso hacía ya un mes. Le hablaba de su bondad y, sobre todo, de cuánto lo quería, y le aseguraba que todos los males que padecía su madre eran debidos a no poder estar con él. Incluso dio un paso más al decirle que solo su padre era el culpable de que él no estuviera con su madre. Carlos, su padre, quería tenerlo en la hacienda únicamente para él.

Tan solo él sabía que Carlos no iba a aparecer, por eso no temía las represalias de su amigo por hablarle así a su hijo, pero continuamente tenía que vigilar sus palabras para no delatarse. También tenía que atenerse a las leyes, y mientras no apareciese su cuerpo, no podrían darle oficialmente por muerto —por más que él supiera que sí lo estaba—. Primero sería declarado ausente, lo que permitiría la separación de bienes, pero tendrían que esperar diez años para que lo declarasen fallecido, si no procedían otras circunstancias, que no era el caso.

Bernardo continuó haciendo su trabajo para que todo funcionase como si Carlos estuviera allí. Eso era algo legalmente provisional, pero aceptado por todos para que nadie se viera perjudicado, principalmente el propio Carlos cuando apareciese, donde quiera que pudiera estar. A M.ª Rosa le envió tres telegramas durante la última semana de ese mes y una carta a la vez que el primer telegrama. Pero las cartas viajaban con excesiva lentitud y las explicaciones llegaron más tarde.

I Telegrama: Malas noticias. Desconocemos paradero Carlos. Prepárate venir isla. Sigue carta.

II: Telegrama: Hijo Carlos necesita madre. Prepara equipaje. Yo te acompañaré.

III Telegrama: Desaparición esposo. Habla abogado.

Y una semana más tarde recibió la carta. Con las pocas explicaciones que podía darle sin traicionarse a sí mismo.

En principio, M.ª Rosa, ya había tratado de precipitar el encuentro con su hijo, en cuanto comprendió que este seguía vivo.

No quería perder ni un segundo para ir a reunirse con él, pero necesitaba documentos que atestiguasen que era suyo. Carlos los habría necesitado para sacarlo de España. Pero él no se los iba a facilitar.

Si lo precisaba, llevaría un juez, un notario o a quien hiciera falta, tal como había amenazado a su marido cuando este se negó a tratar el tema civilizadamente.

Más tarde, cuando Carlos salió de la hacienda camino de Cádiz, M.ª Rosa comprendió que era completamente imposible un acuerdo con su marido.

Pero ella ya había estado presionando a su abogado para que acelerase la reclamación de su hijo, por lo que todo aquello ya se había puesto en marcha, antes de conocer la desaparición de su esposo.

Ahora, todo había cambiado. Al recibir el primer telegrama de Bernardo, la reacción de M.ª Rosa en un primer momento fue de incredulidad, y de duda después. Incredulidad porque no acababa de imaginar lo que el telegrama quería decir. «Desaparecido». Dudaba: «¿Estaría Bernardo demasiado bebido al enviármelo? Y, aunque sea verdad que no saben su paradero, lo que procedería sería, primero, buscarlo». Eso era lo que pensaba.

M.ª Rosa puso en conocimiento de su abogado los tres telegramas.

—Creo que se están precipitando. Hasta que no transcurra un año, no puede dársele por desaparecido —dijo el abogado—, aunque dada la situación pediré la separación de bienes, para que pueda disponer de lo necesario para vivir. Pero será Bernardo la persona a la que le concederá el juez allá, en Puerto Rico, hacerse cargo de la parte económica para que de momento todo siga como si el desaparecido viviera.

Bernardo, en la misma carta que le envió para comunicarle con más detalle la extraña desaparición de Carlos sin haber dejado ninguna nota ni rastro, se ofrecía para acompañarla en cuanto ella estuviera preparada. Mª. Rosa respondió de inmediato. Estaba deseosa de encontrarse con su hijo, aunque también le confesó su miedo por la imagen que de ella le habría dejado Carlos.

Por lo demás, todo lo de Puerto Rico quedaba en manos de Bernardo, y lo de la Rioja y Navarra, en la de sus abogados actuales. Con estos últimos preparó algunas disposiciones en previsión de lo que pudiera ocurrir. Entre otras cosas, quiso que su hermana se trasladara a su hacienda y cuidara de ella; a cambio, disfrutaría de cuanto produjese

la hacienda. En el caso de que ella o su hijo ya no volvieran, todo ello pasaría a su propiedad, y se justificaría en su herencia con la parte de libre disposición.

En sus comunicaciones epistolares ninguno de los dos hizo mención de la situación de Bernardo y la criolla, dando por supuesto él que M.ª Rosa estaba informada gracias al viaje de Carlos. En cuanto a ella, no consideró oportuno ni necesario hacer referencia a otra cosa que no fuera el encuentro con su hijo.

Fernando había seguido su trayectoria de forma muy espaciada, pues los intercambios epistolares eran sumamente lentos, pero estaba enterado de la visita de Carlos, incluso de cómo se había desarrollado, y de la ambigua situación de M.ª Rosa en estos momentos.

Fue a visitarla, para ofrecerle también su ayuda desde el primer instante, a fin de movilizar lo que fuese necesario para que ella pudiera reunirse con su hijo.

—M.ª Rosa, desconozco tu situación económica, si dependes totalmente de tu esposo o posees patrimonio propio, pero, en nombre de nuestra amistad, te ofrezco lo que tengo para que puedas viajar a Puerto Rico y te muevas con comodidad y sin escatimar gastos, hasta que resuelvas tu situación. Es algo que suele alargarse demasiado, los trámites conviene que los lleve un buen abogado y eso también supone importantes desembolsos. Es necesario que tengas liquidez y, a veces, en estas situaciones resulta muy difícil. Si me lo permites, puedo acompañarte también hasta la isla, yo me ocuparé de los pasajes, tú no debes ir sola, podrían confundirte.

—Te lo agradezco, Fernando, pero tengo un pequeño capital y, según mi abogado, si Carlos no aparece, en un año podré disponer de la parte que me corresponde. En lo que respecta a acompañarme, Bernardo me ha escrito para comunicarme que en cuanto esté preparada irá a Cádiz para encontrarse conmigo y ser mi guardián en el barco. Durante el viaje me pondrá al corriente de la situación. Mi sirvienta nos acompañará también. Me hará falta, y no solo en el viaje, allí me voy a encontrar muy perdida. Carlos ya me advirtió que su amante era la que gobernaba la casa.

—M.ª Rosa, perdóname, sé cuánto amabas a Bernardo, pero ¿crees que ahora estará en condiciones de ayudarte? Ya oíste lo que mi amigo dijo cuando te visitamos para informarte de su situación. ¿No recuerdas lo que se decía de él?

—Claro que lo recuerdo, y tienes razón, no creas que no lo he pensado, pero en los mensajes que hemos intercambiado, aunque

escuetos, me dice que confíe en su ayuda. Mi sensación leyendo lo que escribe es de normalidad, pero puedo estar equivocada.

—Mira, M.ª Rosa, lo he pensado bien y estoy decidido a acompañarte aunque venga a buscarte Bernardo. Me importa mucho tu bienestar y no quiero que la situación se complique durante el viaje, ni que te lleves un disgusto si las cosas no están como supones. Y en el caso de que lo estén y Bernardo haya recobrado la normalidad, siempre te sentirás más segura y lo estarás ante el resto del mundo, si los dos te acompañamos. Yo me tomaré unas vacaciones que aprovecharé para ver a algunos amigos, principalmente a Arturo y, sobre todo, me quedaré más tranquilo por ti.

—Me asombra tu disponibilidad y entrega tan desinteresada y de verdad que te lo agradezco de todo corazón, pero me siento un poco egoísta aceptando. Es cierto que me preocupa la actitud que pueda tener Bernardo después de saber lo que se dice de él, pero creo que te excedes al querer ocuparte de mí hasta el extremo de acompañarme en un viaje tan largo.

—Te seré sincero. Al conocerte, me impresionaron tu belleza y tu forma sencilla de proceder para adaptarte a una vida nueva en un lugar extraño. Más tarde, te he admirado por tu fuerza y resolución para afrontar cuantas circunstancias te han sido adversas. Tú sola has tenido que hacer frente a cosas horribles y muy difíciles de soportar. Y lo has hecho llena de dignidad. Yo me he estado engañando, pensando que lo que sentía por ti era solo eso, admiración, pero las últimas veces que nos hemos visto he comprendido que lo que siento por ti es algo más profundo. Siento que a pesar de todo sigues amando a Bernardo. Que no hay espacio para mí en tu corazón. Pero déjame al menos prestarte toda la ayuda que puedas necesitar, hasta que normalices tu situación. Me hace feliz poderte ayudar, protegerte, y ver que recuperas la vida junto a tu hijo; nadie más merecedora que tú de ese encuentro. Mi satisfacción sería más completa si pudiera castigar a Carlos como se merece. Pero no se trata de erigirme en justiciero, ni soy quién para hacerlo; me conformaré con ayudar a la parte que él tanto ha perjudicado.

—Es verdad que he sufrido mucho, pero siento que todo eso me ha hecho más fuerte. Me casé sin amor. Ya sé que no soy una excepción, pero ya se ha visto el resultado. En cuanto a Bernardo, lo he amado profundamente, ahora siento que hace tiempo que el amor empezó a esfumarse por ambas partes, aunque no sé cómo me sentiré en un futuro al verlo a diario.

Unas lagrimitas discurrieron por el rostro de M.ª Rosa, que,

agradecida, miró sonriente a Fernando.

—Fernando, me gustaría compensar tus desvelos como mereces, pero no puedo corresponder a tu amor. Sabes que tienes toda mi confianza y también mi cariño. En estos momentos, creo que lo que más valoro y necesito es, precisamente, un buen amigo como tú… Acepta que te quiera como a mi mejor y casi único amigo.

—Te aseguro que por el momento no espero más… Me basta con lo que has dicho.

El papel que había estado representando Bernardo desde que simuló ser Carlos el que volvía a la isla habría sido digno de un premio a la interpretación. Conocía tan bien a Carlos…, pero había otra persona que lo conocía aún mejor. Esa persona comprendía muy bien a los dos amigos, pero principalmente a Carlos; no en vano, llevaba viviendo en su casa desde que tenía siete años y lo adoraba.

Siempre había sabido que era un sueño imposible, pero hizo lo que pudo por destacar del resto de las criollas que pululaban por la casa, hasta que al fin Carlos se fijó en ella. Se convirtió en su amante y, aunque Carlos se casó con otra de su misma clase, incluso de mejor linaje, según tenía entendido, siguió mostrando sus preferencias por ella, y hasta la llamó para que fuera a su lado cuando regresó a España, y eso que iba a visitar a su mujer con la idea de lograr un heredero legítimo. También aceptó de buen grado que ella, la amante, tuviera al hijo engendrado por él. En la isla se daba con frecuencia que la amante quedara embarazada, pero los hacendados solo aceptaban a los hijos engendrados con sus esposas. La criolla se veía obligada a abortar, o a huir a otro lugar donde nadie la conociera, para poder criar a su hijo por sus propios medios.

La criolla no podía asegurar nada, pero tenía la convicción de que su última visita a España había cambiado a Carlos, no parecía el mismo. Estaba muy distante, no la requirió, ni se presentó la primera noche en su habitación, como ella esperaba, incluso la segunda noche que durmió en la hacienda la rechazó enfadado, cuando fue ella la que lo visitó sin haber sido llamada. Después había desaparecido repentinamente.

En cuanto a Bernardo, ¿dónde había estado durante al menos medio mes? Nadie había comentado nada. Había dicho que iba a Cuba a entrevistarse con posibles colaboradores, pero a su llegada, que coincidió con la de Carlos, no se juntaron en ningún momento para hablar de los resultados de ese viaje, como era su costumbre. Los dos estaban igualmente huidizos, como si no quisieran encontrarse… ni

que los encontraran.

La situación continuó sin que Carlos regresara a casa ni nadie dijera que había sido visto por alguno de los lugares que solía frecuentar en sus viajes. Bernardo se había hecho cargo de todo, incluidos ella y su hijo, como era habitual. Tenía largas charlas con el joven Carlos cuando regresaba de su trabajo. Siempre en las habitaciones que ocupaba el niño. Suponía la criolla que trataría de consolarlo por la desaparición de su padre, aunque el niño estaba acostumbrado a sus ausencias en los muchos y distintos viajes que Carlos realizaba a otras islas.

Pero la realidad era que Bernardo intentaba facilitar el encuentro entre madre e hijo. Le explicaba a su manera que sus padres lo querían tanto que los dos habían luchado por tenerlo a su lado.

—Ganó tu padre porque era más fuerte, lo que hizo que tu madre enfermara de pena, pero nunca ha estado loca, aunque te lo dijera tu padre.

—Entonces, ¿mi madre no es una enferma? —preguntaba al principio muy sorprendido, después de haber estado escuchando a su padre durante su corta vida que sí lo era.

—Tu madre es una mujer bondadosa que te adora y no soporta no poder estar contigo. Es además hermosa y muy inteligente.

Poco a poco, fue calando en el ánimo del joven Carlos aquella otra mujer tan distinta a como se la pintaba su padre. Los niños son muy intuitivos, y algo debió de sentir sobre el motivo que llevaba a su padre a hablarle de su madre de una forma tan diferente.

Consiguió Bernardo que Carlos sintiera que tenía dos madres. Le gustó la que le describía Bernardo, y cuando llegó el momento de mostrarle una pintura del rostro de su madre, Carlos le dio un beso. A diferencia de la madre de la que hablaba su padre, aquella le gustaba mucho.

La criolla continuó con la organización de la casa como siempre. Recibía el dinero para el mantenimiento y los salarios del servicio, también como siempre, por medio de Bernardo. Era igual que cuando Carlos se iba para un viaje largo, todo funcionaba perfectamente estando su amigo.

Julián era el ayudante de Bernardo y quien lo sustituía cuando era este el que salía de viaje. Era la persona a la que él había preparado para sustituirlo cuando acompañó a M.ª Rosa a España, y no lo había hecho mal. Con él comentó la criolla lo extraño que había vuelto Carlos de su viaje.

—Hubiera jurado que no era él. ¿Tú no lo veías distinto?

—Apenas tuve ocasión de hablar con Carlos. Ya sabes que yo me relaciono más con Bernardo.

—No sé, pero, o no era él, o estaba muy muy raro.

—Qué tonterías dices, estaría raro, como todos alguna vez. Cómo no iba a ser él, se te ocurren unas cosas…

Julián no tardó en comentarlo con Bernardo. En principio y delante de él, Bernardo hasta se permitió una corta risita. Pero se quedó preocupado. Si la criolla hablaba con las autoridades y él tenía que demostrar dónde había estado todo ese tiempo que pasó en el barco, podía tener problemas. Claro que su ausencia no podía asociarse con la desaparición de su amigo y jefe, ya que Carlos se desvaneció estando él en la isla, y no durante su viaje o en su ausencia. No obstante, su cabeza, empezó a elucubrar las consecuencias de que ella dudase de su personalidad, y a partir de ese momento comenzaría a buscar posibles salidas y coartadas.

—No le des vueltas, Julián —contestó en ese momento, a pesar de sus dudas—, ya sabes cómo son estas criollas. Es capaz de decir que estaba poseído por el espíritu de un antepasado.

Al recibir la carta de M.ª Rosa, se encontró estimulado de nuevo y preparó todo lo necesario para que ella se sintiera lo mejor posible cuando llegaran. Después se dispuso para a ir a buscarla a Cádiz y acompañarla en la travesía.

Bernardo quedó muy sorprendido al encontrarse con M.ª Rosa en la recepción del hotel cercano al puerto de Cádiz donde habían quedado. No estaba sola, un caballero con muy buen aspecto charlaba con ella de forma relajada. Parecía claro que no se acababan de conocer. Pronto lo identificó, incluso antes de que M.ª Rosa se lo presentara.

—¡General! No lo había reconocido sin uniforme, vestido de burgués. ¡Qué coincidencia!

—Bueno, no tanto. Me apetecía muchísimo volver a Puerto Rico, hace tiempo que tengo ganas de hacerles una visita a mis amigos de la isla y cuando he sabido que M.ª Rosa y su doncella iban a hacer este viaje, he aprovechado para disfrutar de unas vacaciones. Con la excusa de acompañarlas desde Madrid, el viaje será mucho más ameno. Sabía que también tú las acompañarías desde Cádiz, pero así van más seguras. ¿No crees?

Fernando utilizó un tono de broma, tratando de evitar una mala

reacción de Bernardo, pero él no pareció inmutarse. Saludó a M.ª Rosa en un tono más que cordial, sin poder evitar que en sus ojos se reflejara la emoción que le ocasionaba volver a verla. Ella también se manifestó algo más afectuosa de lo que parecía conveniente en aquel lugar y aquellas circunstancias, aunque menos de lo que le hubiera gustado, pero la presencia de Fernando parecía restar importancia e intimidad a aquellas muestras de contenido amor.

Embarcaron pocas horas después, el sol lucía y presagiaba buena mar. Antes de dirigirse a sus camarotes, contemplaron desde cubierta la espectacular salida del puerto del enorme buque guiado por el práctico y la despedida de los familiares. No habían pasado tantos años desde que ella contempló aquel ceremonial por primera vez, pero todo era muy distinto, incluso como espectáculo. Daba la sensación de ser todo más ligero y provisional. ¿Sería efecto de la corta duración del viaje?

Los tres camarotes que estaban en la parte más alta, como corresponde a la primera clase, se encontraban en el mismo pasillo, aunque ninguno era contiguo. Acordaron con M.ª Rosa en pasar a buscarla en una hora, para dirigirse a uno de los salones desde el que se veía la popa y el ondulante océano tras los cristales.

Al quedarse sola en su camarote, M.ª Rosa volvió a recordar su primer viaje en un transatlántico, su viaje de novios con Carlos. Parecía tan lejano… Pero el recuerdo la encontró luciendo en su rostro una medio sonrisa. Era la primera parte de su viaje lejos de su tierra y su familia, pero sabía que le había resultado esperanzador. Se borró su sonrisa al tratar de comparar aquella situación con la vuelta. La vuelta entonces fue triste, la acompañaba un Bernardo atento pero distante, y ahora… Carlos había desaparecido y Bernardo era un hombre distinto. Los surcos de su frente parecían haberlo avejentado y su sonrisa distaba mucho de la que ella recordaba, tan franca y auténtica. Incluso el tono de su voz sonaba amargo. Sintió que a pesar de todo lo amaba más que nunca, aunque también le producía una pena profunda comprobar su transformación. Seguro que también él debía de haber sufrido mucho y posiblemente hubiera sido por ella.

Tuvieron mucho tiempo para hablar los tres. Bernardo trató de ponerlos al corriente, advertido por M.ª Rosa de que Fernando estaba ya informado de todo lo que ella conocía y además completamente a su favor.

Bernardo, al oírle hablar de Fernando con tanto entusiasmo y tanta fe, sintió los pinchazos de los celos, pero se dijo que tal vez ella necesitaba un hombre como Fernando. Sobre todo si descubrían su

homicidio. Inmediatamente sintió que lo de menos era si lo descubrían o no. Estaba satisfecho de haber podido proporcionarle cumplir con su deseo más fuerte: vivir con su hijo. Y eso era algo que estaba a punto de hacerse realidad. Era todo lo que había podido hacer por ella. Carlos se había portado como un odioso canalla y no merecía más premio que el que él le había proporcionado. Pero él no podría olvidar los medios que había empleado para conseguirlo. Solo deseaba que su amada nunca lo supiera. Pero sentía que algo en su interior había cambiado, que ya no era tan digno de ella.

El crucero fue tranquilo, en alguna ocasión compartieron mesa con el capitán, en otras con algún amigo o conocido de Bernardo, o de Fernando; en ningún momento comieron o cenaron solos. Únicamente en los desayunos, para los que no había prefijada una hora para todos los pasajeros, pudieron conversar tranquilos. Ellos sí acordaban una hora para desayunar juntos y poder hablar de la situación actual, de la pasada y tratar de organizar el futuro inmediato. Hubo tiempo suficiente para hacer planes, a partir de esa situación que se iban a encontrar en la isla. No hubo ningún encuentro furtivo entre M.ª Rosa y Bernardo, a pesar de que los dos lo deseaban. Los motivos de su contención eran bien distintos, pero con el mismo efecto.

—Fernando —preguntó M.ª Rosa—. Tú no nos has hablado de los planes que tienes, solo has comentado que quieres hacer unas cuantas visitas.

—En realidad, no tengo grandes planes, solo como tú has dicho, alguna visita, pero no temáis, vosotros seréis las personas que más visitaré durante mi estancia —dijo en son de burla.

—¿No prefieres quedarte como invitado en la casa? —preguntó ella mirando a Bernardo, como esperando su aprobación.

—Claro, ¿cómo no se me ha ocurrido? —afirmó Bernardo—. En la mansión sobran habitaciones y tal vez M.ª Rosa se sienta más tranquila, sobre todo cuando sea yo el que tenga que viajar por las islas, donde, como ya sabes, tenemos algunas plantaciones.

—No pienso interrumpir el encuentro de M.ª Rosa con su hijo ni un solo minuto, y bajo ningún pretexto, al menos durante los tres o cuatro primeros días —aseguró Fernando —; son los que aprovecharé para ver a mi gran amigo Arturo, a quien seguro tu conocerás. Es el brigadier —Bernardo hizo un gesto con la mano mientras aseveraba con la cabeza, dejando claro que sabía de quién le hablaba—. Pero puede que lo acepte más adelante. M.ª Rosa necesitará dedicar todo su tiempo a su hijo, y no pienso ser yo el que le robe ni un instante. A partir del tercer día…, bueno, ya iremos viendo.

Al llegar a Puerto Rico, tanto M.ª Rosa como Fernando se asombraron del cambio experimentado por la isla. No solo sus carreteras habían mejorado, ahora podían recorrer una buena parte de la isla en ferrocarril. Parecía todo un buen augurio. No obstante, no utilizaron el tren: un coche de marca americana y de reciente adquisición los estaba esperando. La línea de ferrocarril todavía no llegaba hasta su destino. La carretera que los llevaría hasta Ponce era una de las que habían sido realizadas e inauguradas poco tiempo antes. Pero eran unos ciento veinte kilómetros de curvas.

Fernando se quedaba en San Juan. Se despidió de los dos, con la promesa de que pasados tres o cuatro días iría a Ponce a visitarlos. Una vez allí, ya decidiría sobre la duración de su estancia. Todo dependía de cómo estuviera M.ª Rosa; tal vez lo necesitara, o quizás el encuentro con su hijo, que sin duda sería intenso, apenas le dejaría tiempo para nada más. Irían viendo.

Reunirse con su hijo fue algo que llenó a M.ª Rosa de felicidad. Iba temerosa de no ser bien recibida, a pesar de que Bernardo había tratado de tranquilizarla. También se había preparado para ser paciente. «Acabará queriéndome», se decía en sus momentos más optimistas, pero no esperaba lo que ocurrió.

Carlitos se la quedó mirando, le pareció una madre muy guapa; definitivamente, le gustaba. Se dejó abrazar por ella y tímidamente sus bracitos trataron de rodearla también. Su madre no lo presionaba al abrazarlo como hacía su tata, que a veces le parecía que lo iba aplastar; su madre le daba un abrazo suave y ¡qué bien olía!, pensaba el niño. Se dejó coger en brazos, aunque eso no le gustaba demasiado, pero tampoco se estaba tan mal. Al fin, su madre lo sentó en el sillón que había más próximo y ella lo hizo a su lado, cogiéndole las manitas y besándoselas.

Sorprendido, Carlitos dejaba que su madre hiciera todas esas cosas. La miraba un poco embobado, y al fin preguntó.

—¿Ya está bien? ¿Se ha curado y se va a quedar conmigo aunque vuelva mi padre? No sé cuándo volverá.

Una sonrisa de oreja a oreja ocupaba la cara de aquella madre incrédula. Veía el gran parecido de su hijo con Carlos. Pero también descubría que algo en Carlitos le recordaba a su hermana pequeña. Lo volvió a abrazar, esta vez con más fuerza, para soltarlo enseguida y besar una mejilla repetidamente. Se retiró a su sillón. No quería agobiarlo. Pero era tan grande el deseo de tenerlo en sus brazos y no dejar de besarlo…

—Sí, ya estoy completamente curada y no te voy a dejar aunque venga tu padre. No sabes cuánto te quiero ni cuántas eran mis ganas de abrazarte. Soy muy feliz —unas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Carlitos las limpió con sus deditos y se los enseñó a su madre.

—¿Por qué llora, madre? ¿Le duele algo?

—No, hijo mío. Es de felicidad.

No fue nada fácil adaptarse a vivir en la isla. Los primeros días fueron muy intensos en todos los sentidos. Aunque, sin duda, predominaba el sentimiento de felicidad junto a su hijo.

M.ª Rosa estaba viviendo algo que pocos meses antes no hubiera sido capaz de soñar ni imaginar, por más que lo intentó en alguna ocasión. Allí, en el jardín más umbrío de su hacienda, rezando y dejando escapar algunas lágrimas, solo había podido preguntarse y pensar en cómo habría sido y qué habría hecho su hijo de haber vivido. Aquí, ahora, en una isla cálida y radiante de sol, con flores exuberantes en todo el jardín, veía a su hijo y disfrutaba de él, y no era un sueño idílico, era una realidad de la que se asombraba cada momento.

Carlitos había reaccionado y respondido muy bien desde el primer instante al amor de su madre. Le gustaba estar con ella, oírle cantar una nana antes de dormirse, o que le leyera o contara un cuento de los muchos que ella se sabía. Cada día estaban más unidos. Cada día sentía cómo demandaba más su presencia, sus caricias y besos.

Todo esto le permitía soportar otras cosas menos gratas, sobre todo la inquietud que le producía pensar que en cualquier momento Carlos, su marido, podría aparecer en la plantación y entonces… ¿Qué ocurriría? ¿Cómo reaccionaría? Por más que Bernardo tratara de tranquilizarla asegurando que ya no volverían a ver a Carlos, que había transcurrido demasiado tiempo sin saber nada de él, ni directa ni indirectamente, y que eso era una mala señal. ¡O muy buena! Pero mientras no apareciera, vivo o muerto, no habría paz para ella.

Tentado estuvo más de una vez Bernardo de confesarle su crimen, para que tuviera la absoluta seguridad de que Carlos nunca volvería y podría vivir tranquila el resto de su existencia. Pero la conocía lo suficiente como para saber que comprender la realidad le haría cargar con toda la culpa. Pensaría que ella había sido el motivo de tan horroroso crimen. Y eso sería peor que la inquietud de esperar que cualquier día pudiera aparecer, e incluso, que intentara echarla de la hacienda, o separarla de nuevo de su hijo.

Otra cosa que la inquietaba era la presencia de la criolla, a la que veía escasamente. La criolla no intentó en ningún momento hablar con ella,

y ella la esquivaba siempre que podía, pero cuando no cabía evitar su encuentro la mirada insolente de esa mujer era un cruel recordatorio de lo que habían vivido en España.

Fernando cumplió su promesa, solo se presentó en la hacienda pasados esos cuatro días que había dado de margen para el encuentro de madre e hijo. En la visita a M.ª Rosa, ella le mostró a Carlitos con una presentación bastante formal.

—Mira, Carlitos, este señor se llama Fernando Aldama. Es un militar y es amigo de tu padre y también mío, ha vivido aquí hace unos años, antes de que tú nacieras, y ahora vive cerca de nuestra casa española y quiere conocerte. Salúdale.

—Hola, señor, ¿cómo está? Yo también voy a ser militar, pero con uniforme.

—Hola, Carlos. Yo estoy bien. Gracias. Y a ti te veo magnífico, creo que serás un buen militar. ¿Sabes? Yo también me visto con uniforme, de comandante general —puso gran énfasis al decirlo, esperando ascender puestos en la estima de Carlitos—. Pero es que ahora estoy de vacaciones visitando amigos y he dejado el uniforme en casa. Espero que tengas ocasión de verme vestido con mi flamante uniforme. —Carlitos sonrío, pensando que así le gustaba más.

—¿Y tú sabes dónde está mi padre? Hace mucho tiempo que no viene a verme y que nadie lo ha visto.

—Lo siento, Carlos, también hace mucho que yo no he hablado con tu padre ni lo he visto, no tengo ni idea de adónde ha podido ir, y es extraño que nadie sepa nada de él.

Carlitos puso cara de pena, pero Fernando le entregó un paquete que había dejado sobre una butaca al entrar en el salón, diciendo:

—Toma. Es para ti, ábrelo a ver si te gusta.

Carlitos dejo que la sonrisa aflorara a su rostro y, como hubiera hecho cualquier otro niño, abrió ilusionado el paquete. Eran dos compañías de soldaditos de plomo en distintas posturas, pero todos dispuestos a la lucha, con fusiles y bayonetas unos y los otros con espadas. Carlitos los fue sacando uno a uno de sus correspondientes cajitas de cartón, ilusionado y hasta emocionado cada vez que contemplaba el nuevo soldado con su atractivo uniforme.

—¡Muchas gracias! —dijo al fin, contemplando con orgullo a los dos grupos de soldados que había colocado unos frente a otros, de acuerdo con los colores de su uniforme—. Me gustan mucho.

A partir de ese día, Fernando acudía a la hacienda casi a diario, para interesarse por M.ª Rosa y para hacerle compañía. Pero no aceptó quedarse a vivir allí. Había decidido hospedarse en un hotel de Ponce, el más próximo a la hacienda. Era el mismo en que solía pernoctar cuando vivía en San Juan, la capital de Puerto Rico, y visitaba Ponce y sus alrededores como parte de su trabajo.

Pasado un tiempo, también quedaban para visitar juntos a alguno de los amigos comunes, que ya habían pasado por la hacienda a saludarla, o a conocer cómo se encontraba con tantos contratiempos, y para preguntar qué se sabía de Carlos.

Hubo quien trató de animarla poniendo algún ejemplo. Gente que había desaparecido por culpa de un percance que le ocasionó la pérdida de la memoria y que al recuperarla regresaba a su casa, a su vida. Esto era algo que lejos de tranquilizarla la inquietaba mucho más. La mayoría era del criterio de que ya había pasado demasiado tiempo. Y que tendría que ir haciéndose a la idea de que Carlos nunca volvería.

El coche alemán de la casa Benz que Carlos había adquirido unos meses antes de visitar España le permitía recorrer en una hora lo que ocho años antes les costaba medio día. Pero no en todas las direcciones. Todavía tenían que usar el barco a vapor para trasladarse a sus plantaciones y a otros muchos sitios.

En la mayoría de las ocasiones, M.ª Rosa llevaba a Carlitos con ellos de visita. Cuando iban solos, nunca se separaban demasiado tiempo de su hijo. En esos casos, al regresar a la hacienda, siempre encontraba a Carlitos esperándola impaciente, lo que hacía que sus visitas a vecinos fueran breves.

—Así, al tiempo que saludo a viejos amigos, animo a M.ª Rosa a salir de casa y dejarse ver, porque en estos momentos se encuentra muy desconcertada con la situación que le toca vivir.

—¡Pobre M.ª Rosa! No puede comportarse como una viuda, pero tampoco sabe cuál es en realidad su situación —decía una de sus vecinas.

Fernando también rogaba a los amigos con los que hablaba que trataran de visitarla o invitarla para que no se quedase en casa pasando un luto vidual, que, al menos por el momento, no le correspondía.

Lo que Fernando más deseaba era que sus vecinos hablaran con ella para que constataran que su situación mental era sana, incluso brillante. Era algo que podía necesitar si un día aparecía Carlos y

trataba de convencerlos de que seguía loca. Ella tenía buen cuidado de no aludir a nada que tuviera que ver con los motivos que esgrimiría Carlos para justificar su actitud con ella. Los motivos que había tenido su marido para encerrarla en el manicomio.

Tampoco podía hablar de la pérdida de su hijo, al que todos conocían. Si se veía forzada a hablar de los motivos que podía tener para no estar junto al niño, ella hacía referencia a una depresión posparto que la había obligado a hacer reposo y a las dificultades para navegar durante tantos días.

—Ahora, con la drástica reducción del tiempo de navegación, me ha resultado más fácil el viaje, pero de no haber sido así, también me hubiera embarcado, para no dejar a Carlitos como si fuera huérfano. A pesar de saber que Bernardo se estaba preocupando por él como si fuera su padre. Por cierto, que ha hecho un buen trabajo con él, sustituyendo en la medida de lo posible a Carlos.

Al aludir a Bernardo, no faltó quien le hablara de los tremendos giros que había estado dando, «aunque parecía que había vuelto a ser el mismo», solían añadir.

Pero Bernardo ya no era el mismo. M.ª Rosa sentía que algo más espeso que las conveniencias se estaba interponiendo entre ellos. La situación no se prestaba para poder acudir a él de forma confidencial. El trato era tan cordial como cabía esperar entre dos personas que se habían tratado durante años, pero no como seres que en sus corazones tienen alojado el amor. Bernardo parecía cada día más lejano.

La relación de M.ª Rosa con la criolla era prácticamente inexistente. Dejaba que ella organizara la casa como lo había hecho hasta entonces, evitando tener que dirigirse a ella, y mucho menos ordenarle ningún cambio. Bernardo a veces hacía de puente para transmitir un deseo de innovación, o cualquier otra cosa que M.ª Rosa pretendiera, pero siempre comentándolo como cosa propia. La doncella que la atendía en España y que la había acompañado en la travesía se ocupaba personalmente de cuidar de ella y de su hijo, con lo que difícilmente podía chocar con la criolla, lo que no impedía que sintiese su mirada acusadora las escasas veces que coincidían.

Al otro hijo de Carlos, Vicente, lo trataba con cariño, como deferencia por ser medio hermano de Carlitos, y no tenía ningún inconveniente en ver lo bien que se entendían. Irían al mismo colegio si seguían allí cuando llegase el momento, y si su madre no se oponía.

Bernardo también facilitaba el entendimiento entre aquellos hermanos de padre y M.ª Rosa, aunque sospechaba que esto no le agradaba en

absoluto a la criolla, que según un rito local era su mujer.

Pasado el tiempo previsto, M.ª Rosa lamentaba que Fernando tuviera que regresar a España. Comprendía que lo hiciera, había cumplido con la misión que él mismo se había impuesto y todo había resultado bien, pero nada había cambiado para él.

Fernando era consciente de que M.ª Rosa no había cambiado su posición; seguía siendo adorable, pero también seguía amando a Bernardo, lo sabía muy bien, aunque ella no intentara un acercamiento y él estuviese cada vez más retraído en sus manifestaciones afectivas.

Fernando, antes de volver a España, le aconsejó que siguiera manteniendo en la isla la buena relación con sus vecinos, pues eso era algo que allí se valoraba mucho. Y más valía tenerlos a ellos y a sus vecinos, amigos y conocidos contentos, por lo que un día pudiera pasar, si a Carlos se le ocurría aparecer por sus posesiones.

—Tus vecinos entenderán fácilmente que no des fiestas ni acudas a las que te invitan, pero no perdonarán que no los invites a tomar un café o un té más o menos generoso con una tertulia amplia o reducida. Bernardo puede ser un buen anfitrión, lo he observado y parece que ha vuelto a ser el de antes. Un poco más introvertido, pero igual de amable y correcto. Su relación con la criolla parece que se limita a lo estrictamente necesario; en cambio, con su hijo, al igual que con Carlitos, se muestra muy paternal y completamente fiable.

Desde que aparecieron en los eventos sociales, sabían que la presencia de los dos juntos podía prestarse a malas interpretaciones, pero Fernando se apresuraba a comentar que tenía dos meses de vacaciones y había aprovechado la ocasión para acompañarla.

—Has sido un excelente apoyo, Fernando, y me has salvado en más de una ocasión de lo que hubieran sido fallos protocolarios, según los hacendados isleños. Sabes lo agradecida que te estoy. Te voy a echar mucho de menos, también Carlitos, estoy segura.

—Y tú sabes que si un día me necesitas, yo haré cuanto esté en mi mano para estar a tu lado, pero he de regresar a mi puesto. Han sido unos días preciosos los que he pasado con vosotros. Todo lo bueno se acaba y este viaje no es una excepción. No se te ocurra olvidarme —añadió Fernando para eliminar el dolor que le causaba su despedida.

El tiempo pasaba, y Carlos, naturalmente, seguía sin aparecer. Los diferentes papeles que les correspondían a cada uno, como si se tratara de actores de éxito que durante largo tiempo tienen su obra en

cartel, se iban afianzando, e incluso puede que se fueran transformando un poco. Nada perceptible, salvo en Bernardo, que cada día parecía ser más introspectivo, algo que M.ª Rosa deploraba. Sin embargo, tenerlo cerca, preocupado por su bienestar y el de su hijo y al cuidado de su hacienda le producía una extraña paz de la que era consciente.

Durante unos meses, ninguno de los dos hizo ningún esfuerzo para poder hablar a solas sobre ellos, sobre su antiguo amor. Pero un día M.ª Rosa, aprovechando que Carlitos había acudido junto con Vicente al cumpleaños de un amigo, paseaba sola junto al mar y coincidió con Bernardo, que acababa de desembarcar del barquito de vapor. Volvía de revisar una de las plantaciones.

La coincidencia en aquel lugar, la sensación de soledad ante la inmensa masa de agua cristalina de un verde azulado que invitaba a soñar, hizo que sus corazones palpitaran al unísono. Los dos sintieron la necesidad de mostrárselo al otro, de abrazarse y permanecer allí unidos por toda la eternidad. M.ª Rosa se sobrepuso, pensó que era ya muy tarde y solo debía saludar a Bernardo, casi sin pararse, desoyendo sus sentimientos.

Antes de que M.ª Rosa reiniciara su paseo, fue Bernardo el que se apresuró en continuar la conversación, una vez que se saludaron, sorprendidos y emocionados del casual encuentro en aquel lugar solitario

—M.ª Rosa, no te vayas todavía. Me duele no poder hablar abiertamente contigo, no poder explicarte mis sentimientos y los motivos y circunstancias por los que tuve que renunciar a ti. Tantas veces que había imaginado que nada ni nadie nos separaría cuando tú salieras de lo que yo ya sospechaba que era una encerrona.

—Lo siento, Bernardo, ya no es necesario. Supe por el propio Carlos que te obligó a casarte y a darle tu apellido a Vicente. Te estoy agradecida porque sé que te sacrificaste por mí, pero nuestras vidas en común parece que ya no tienen ninguna posibilidad, por eso es preferible que sigamos como hasta ahora. Yo sigo casada con Carlos. El hecho de que haya desaparecido solo añade inquietud a mi vida. Pero tú también has optado por seguir casado con la criolla. No sé si hubiera sido posible por tu parte darle a Carlos otra respuesta para que tú y yo hubiéramos podido volver a estar juntos. Yo lo deseaba con toda mi alma. Pero eso ahora ya no tiene importancia. Ya he comprendido que tus sentimientos han cambiado, que la vuelta atrás es imposible.

—Te equivocas, M.ª Rosa. Mis sentimientos no han cambiado en

absoluto, te sigo amando como el primer día, más si cabe. Tal vez todavía no lo sabes o no eres consciente, pero no fue mi apellido el que le di al hijo de Carlos. Primero, él me obligo a cambiarlo y a sustituirlo por el suyo alterando el orden de las palabras con el resultado de «Serradela». Ese fue el apellido que le di y es ahora el que figura como mi apellido y el de su hijo. Fue una de las formas que utilizó para ir anulándome, por haber osado amarte. Pero tienes razón, lo nuestro parece ya imposible, aunque necesito repetirte, y nunca más lo volveré a hacer, que te he seguido amando con todo mi corazón; que hubiera dado mi vida entonces y la seguiría dando hoy por ti; que es un sufrimiento verte cada día y no poder estrecharte contra mi corazón. Pero también siento la satisfacción de poder ver que eres al fin feliz, teniendo contigo a tu hijo, y eso me compensa un poco de tanta amargura. Aunque también me retrae de intentar de nuevo un acercamiento contigo. Carlitos es muy listo y tal vez dudara de mi credibilidad si descubre cuánto te amo.

—Pero si no has cambiado de sentimientos, no comprendo tu actitud tan distante, ¿a quién le extrañaría, tras esos años separados, que al volver a estas tierras estuviéramos un poco más unidos?

—Nada me gustaría más, pero han ocurrido cosas que no me atrevo a confesarte, seguramente me mirarías con reproche, o algo peor, y eso no lo podría soportar.

—Si te refieres a la vida que llevaste antes de que vinieras a buscarme a Cádiz, nada te tengo que reprochar, tomaste una deriva de la que te has enmendado.

—No es solo eso, ha habido cosas de las que debería avergonzarme, pero de las que no me arrepiento y que las volvería a hacer cien veces si hiciese falta. Aunque a ellas les debo el haberme vuelto una persona amargada, a la que pocas cosas le hacen feliz, sé que amargaría tu vida, prefiero verte feliz disfrutando de tu hijo.

—Realmente, no logro entender tu actitud, pero es cierto que soy feliz porque después de tanto sufrimiento al creer que mi hijo había muerto, ahora lo puedo abrazar todos los días.

—No volveré a hablar así contigo nunca más, pero necesitaba cerrar el círculo de mi dolor, expresándote por última vez mis sentimientos. Es algo que pensaba hacer en el barco durante el viaje de vuelta, aunque, debido a la compañía de Fernando, no me fue posible; no encontré un momento de intimidad y tampoco quería forzar la situación. Incluso al principio tuve la sensación de que Fernando era más que un amigo para ti, y eso también ahogó mi deseo de sincerarme contigo o hacerte confidencias.

—Creo que ha sido mejor así. De haber viajado solos, no sé si hubiera sido capaz de resistir tu compañía sin lanzarme a tus brazos. Así, todo se fue calmando y he palpado una realidad que no me permite engañarme con sueños imposibles. Guardaré este sentimiento en el fondo de mi corazón y será el recuerdo de días felices. ¡He tenido tan pocos! Gracias, porque casi todos te los debo a ti. Sé que el cariñoso recibimiento de Carlitos es también gracias a tu esfuerzo para que mi hijo me conociera y olvidase los comentarios que le hizo su padre sobre mí. Eso tampoco lo olvidaré nunca.

—M.ª Rosa, no sé qué nos deparará la vida, pero, aunque te sigo amando, ahora mismo no puedo aspirar a ser feliz a tu lado. Han ocurrido tantas cosas que me han obligado a desviarme de mi camino. De ese camino que yo pensaba que era mi destino. Por eso quería hablarte. Sé que Carlos no volverá, aunque no puedo decirte por qué lo sé, pero quiero que te sientas libre y encuentres a una persona que te merezca, tal vez ya lo has encontrado. Fernando es un buen hombre y parece que está enamorado de ti. Ojalá encuentres la plena felicidad que no pudo ser con Carlos y no ha podido ser conmigo. Si necesitas cualquier tipo de ayuda, siempre me tendrás dispuesto. Es lo único que ya puedo ofrecerte.

—Gracias, Bernardo, por tu generosidad. Ojalá un día pueda comprenderte y podamos volver a ser felices. Nunca podré querer a nadie como te he querido a ti. Es verdad que Fernando es un gran hombre y que sería fácil amarlo. Sin embargo, lo que nos une es solo una gran amistad, totalmente respaldada por su comprensión; sabe lo mucho que lo aprecio, pero que aún tengo el corazón ocupado. Parece estar claro que solo puedo esperar la felicidad que me proporciona estar con mi hijo, que no es poca.

No hubo abrazos ni besos de despedida, ni siquiera un apretón de manos. En ese momento que estaba plagado de emociones cualquier contacto podía haber sido peligroso. Ninguno de los dos volvió la vista atrás, solo les quedaba seguir avanzando por ese camino extraño que el destino les había señalado confusamente.

1985

Solo Salvador estaba al corriente. En esta ocasión, el viaje de Eloy tenía un destino determinado y dos propósitos. El destino era Puerto Rico, y los propósitos: en primer lugar, saber quién era el José Carlos Moluca que figuraba entre los papeles informales de las cuentas de su hermano, y qué baza había jugado en los negocios de Pablo, lo que tal vez le llevara a comprender el motivo de su ruina.

La coincidencia del nombre de José Carlos, que aparecía en los papeles de su hermano, con el del doctor que lo había atendido, y que ahora atendía al resto de su familia, solo podía ser una casualidad, una coincidencia del nombre; los apellidos no coincidían. El que aparecía en los papeles de su hermano solo tenía una V como inicial de su apellido, y el doctor se apellidaba Moluca Serrano. Pero, de cualquier manera, también trataría de saber algo sobre él. El tal doctor no le había gustado. Algo había sentido o presentido en su saludo cuando se lo habían presentado. Él poseía un sexto sentido que lo alertaba sobre las personas con las que trataba, debía de ser algo innato, pero el trato con sus ya amigos de la selva, gente primitiva, lo había agudizado.

Estaba acostumbrado a conocer a personas que se presentaban de frente, porque nadie les había enseñado a disimular. Estudiando sus actitudes y conductas, había llegado a hacerse una idea muy aproximada de cuáles podrían ser sus reacciones en un momento determinado, o en determinadas circunstancias, algo que en numerosas ocasiones le había servido para salvar su vida, para hacer amigos a sus posibles enemigos, o para comprender que nunca lograría tener de su parte a aquellos que acababa de conocer.

Si al José Carlos que había conocido en la casa de su hermano lo hubiera conocido en la selva, nunca habría intentado que fuera su amigo. No era de los que iban de frente.

A él le había pedido explicaciones para entender la precipitada muerte de su hermano. «Así funcionan los infartos», le había contestado, y él había insistido sin obtener más respuestas. Eloy se basaba en sus conocimientos empíricos, no había estudiado medicina, pero había aprendido mucho de los shuar, o jíbaros; entre otras cosas, a detectar anomalías en el cuerpo humano y a aplicar el remedio concreto, que siempre se encontraba entre las plantas de la selva. No podía entender la debilidad de su hermano y que ningún médico la detectara. Las

explicaciones de José Carlos, más bien habían sonado a excusas, no le convencían en absoluto.

Tal vez le afectó demasiado ver cómo miraba a su sobrina predilecta, o lo que sobreactuaba queriendo ganarse las simpatías de Lilian. A estas alturas no se iba a dejar engañar por los celos, sabía muy bien diferenciar ese sentimiento de sus presentimientos. Lili madre había sido la mujer más enamorada de su marido que existía, y recién enviudada, no se iba a dejar engañar por las arteras y empalagosas palabras del doctor.

En cuanto a su pequeña Lili, puede que la engañara durante un corto periodo de tiempo, para poder disfrutar de su patrimonio, aunque no creía que eso llegase a ocurrir. Pero si ocurriera, para eso estaba él, no permitiría que se dejara engañar. Y Eloy no apreciaba en la mirada de José Carlos nada que tuviera que ver con el auténtico amor. Eloy había visto las miradas de su hermano con su esposa y al contrario. También él durante años había mirado así a Lilian, cuando era «su Lili». Estaba convencido de que José Carlos solo era un oportunista.

Lo había comentado con Daniel. El nombre que aparecía en algunos papeles sueltos, dentro de los libros de contabilidad de su hermano, coincidía con el del doctor. Dudaba de que Pablo se hubiera dejado aconsejar por el doctor en un asunto que podía arruinarlo, como sucedió. Eso no casaba con su hermano. Sería mucha casualidad que hubiera alguna relación entre el doctor y ese José Carlos, además de tener en común la isla de Puerto Rico y el nombre propio.

Pero Daniel desconocía los movimientos económicos que Pablo había hecho en los últimos tiempos.

—Sé que había pedido varios créditos de cierta entidad, pero no sé cuánto ni para qué. No quise inmiscuirme demasiado en lo que mi amigo y cliente no me pedía que hiciera, aunque mi función era el asesoramiento. Sí que le pregunté en una ocasión si tenía claro lo que estaba haciendo y él me contestó: «Tranquilo, no te preocupes, ya te contaré», pero nunca me llegó a contar, no hubo tiempo.

El segundo propósito, y de menor importancia, era saber qué había sido de aquellas personas cuyo drama habían conocido, precisamente a consecuencia de la herencia ruinosa de su hermano. Tal vez pudiera llegar a deducir qué clase de parentesco los unía con los De Mendoza, su familia, para que entre sus propiedades se encontrara esa casa, que ya era conocida entre ellos como «la casa de los horrores».

De la empresa que ocasionó la ruina de su hermano tenía documentos

suficientes para dirigirse sin problemas a ella. Los hechos eran relativamente recientes, tanto como para confiar en que todo estuviera en el mismo sitio y regentado por las mismas personas, y era lo primero que pretendía hacer en cuanto aterrizase en el municipio de Mayagüez.

Primero lo haría en el aeropuerto Luis Muñoz Marín, de la capital, San Juan de Puerto Rico. Después se dirigiría en otro vuelo interno al aeropuerto de Eugenio María de Hostos, de Mayagüez, el único de aquel municipio, en el que había reservado hotel, sin otro criterio que las vistas al mar.

Conseguir el segundo propósito podría ser mucho más complicado. Los últimos datos de los que habían tenido noticia habían sido los conseguidos por Salvador, gracias al dietario de médico de familia que su abuelo había ido escribiendo y su hijo, el padre de Salvador, conservaba.

Pero todo ello se refería al año 1890, contado en 1891, cuando la esposa de Carlos de la Serra, (cuyo nombre no habían llegado a conocer) llevaba un año encerrada en un manicomio de Zaragoza. Estaban en 1985. Habían transcurrido casi cien años, por lo que tenía claro que no resultaría tan fácil seguir esa pista. Eloy estaba dispuesto a intentarlo, pero eso sería después de que solucionase el asunto de su hermano.

Todo el viaje resultó según lo planeado. El vuelo interno duró escasos cuarenta minutos. En el mismo hotel en que se hospedó y en el que previamente había reservado habitación, Eloy preguntó por la dirección de la empresa con la que Pablo había realizado aquellos negocios tan perjudiciales. Figuraba en los documentos que tenía en su poder.

Se dispuso a iniciar su cometido. Allí mismo desplegaron un mapa de los que el hotel regalaba a sus clientes para que se ubicasen en la pequeña pero complicada isla de Puerto Rico. Le indicaron y marcaron con una cruz el lugar donde se encontraban y la dirección de aquella empresa.

—Mire, aquí está, al final del municipio, linda con Las Marías y Maricao. Es la parte alta de este lugar, en general tan llano.

—¿Hay mucha distancia?

—Necesitará un taxi o alquilar un vehículo, desde el hotel hay bastante distancia y el final es de difícil acceso ya que se trata de la ladera de la montaña. En la puerta hay un taxi. ¿Desea que lo contrate

para usted? Es de toda nuestra confianza.

Miró su reloj e hizo el cálculo sobre la hora que regía en Puerto Rico, lo contrastó y, dado que era una hora más propia de comer que de visitas, pensó en llamar a la empresa y concertar una cita para la tarde, aunque posiblemente le pondrían alguna pega para no recibirlo. Al fin, decidió comer tranquilo antes de empezar con sus pesquisas. Si hoy no lo recibían volvería mañana, pensó.

—No, gracias, parece que se ha hecho tarde, iré después de comer.

Llegado el momento que consideró más oportuno, habló con el taxista que esperaba clientes en la misma puerta del hotel, le mostró el mapa y acordaron que lo llevaría y lo esperaría el tiempo que hiciera falta.

El taxista, que en todo momento se mostró amable y servicial, lo condujo de la costa oeste de la isla hacia el interior. Dejaron a su espalda el mar y, de una manera serpenteante en sus últimos kilómetros, se fueron internando y ascendiendo hasta la ladera de la montaña.

—Ya estamos —dijo el taxista parando el vehículo en la misma puerta del edificio—. Mire qué vista más bella.

El paisaje que se mostraba ante sus ojos era hermoso, sin duda, pero Eloy ya había estado recorriendo el mundo y viendo paisajes maravillosos. Ahora, el asunto que lo llevaba hasta esas latitudes le preocupaba en exceso, por lo que agradeció la buena voluntad, pero no se detuvo demasiado en su contemplación.

Una vez allí, Eloy preguntó por el gerente de la empresa, don Emilio Serradela. Una joven, con aspecto de simpática isleña, lo acompañó a una sala de espera y le pidió su nombre.

—¿Quién le digo que lo espera?

Eloy dudó un instante si sería conveniente que supiera de quién se trataba, seguía dudando si al saberlo querría recibirlo.

—Soy Eloy de Mendoza —dijo, al fin, tras un corto silencio—. Y se dispuso a esperar pacientemente. Pero el gerente no tardó en personarse en aquella salita coqueta, y de cortas dimensiones.

Eloy no se presentó con reclamaciones. Dijo que era el hermano de Pablo de Mendoza y que solo quería entender qué había ocurrido con aquellos pedidos, los que tantos trastornos habían causado y que fueron la causa principal, tal vez única, de la ruina de su hermano.

El gerente de aquella empresa era precisamente su propietario, un

hombre que parecía rebasar los sesenta años y que, de manera muy amable, se prestó desde el primer momento a dar todo tipo de explicaciones, además de manifestar que lamentaba las consecuencias que ya había conocido en su momento, aunque no se sentía en absoluto culpable.

Llamó al contable, un joven que no habría cumplido los treinta años, y se lo presentó como Álvaro, su sobrino.

—Sí —dijo Álvaro, en cuanto su tío le explicó el motivo de la visita del español en su empresa—. Fue una complicación tras otra, ya nos extrañó el pedido de caña siendo para España —aseguró Álvaro.

—Pero don Pablo de Mendoza, su hermano, mandó la parte del dinero que correspondía al pedido cursado, por los cauces habituales, y en principio no hubo ningún problema para enviarle la caña de azúcar cuyo precio ya habíamos acordado por intermediación de su representante, José Carlos.

Eloy no mostró el asombro que le causaba volver a oír ese nombre con el cargo de representante.

—Sí —continuó explicando el dueño—, no solemos tener ese tipo de pedidos desde España, normalmente mandamos el producto procesado y convertido en azúcar, pero aún quedan personas a las que les gusta procesarlo porque tienen la maquinaria adecuada desde tiempo atrás y creen que les resulta más rentable. Algo que a nosotros no nos encaja, por lo que, dado el espacio que ocupa en los contenedores, hace que aumente el precio del flete, pero el cliente siempre tiene razón.

—El problema se planteó al llegar el buque mercante a puerto, con la mercancía de caña de azúcar —habló el sobrino del gerente—. Lo que había en los contenedores no se correspondía con los datos que constaban en la aduana, ni con lo que el cliente esperaba. En ellos se hablaba de azúcar. Así que la mercancía se quedó en el puerto.

—Sí, ahí empezaron los problemas —aseguró don Emilio—. Llegado el producto a España, recibimos las quejas de don Pablo, nos costó entender la reclamación, tanto como el rechazo a aceptar la mercancía pedida, pero al fin, al preparar nuestros abogados los documentos para el litigio, comprendimos que el error estaba en los documentos. Por lo visto, él se había encargado de enviarlos y alguien había añadido con habilidad que no permitía sospechas, las palabras «caña de», al auténtico pedido de azúcar. Tratamos de encontrar la solución, pero, claro, nosotros no teníamos culpa de nada. Las opciones para don Pablo eran aceptar la mercancía o devolverla, con los consiguientes costes del flete a su costa, si la devolvía, lo que él consideraba que era

cosa nuestra. Pero nosotros nos negamos, ya que mandamos lo que se nos pidió.

Don Pablo, para no pagar el flete de vuelta, optó por tratar de vender la caña en España, concluyó su sobrino.

Como él tenía que atender los pedidos de sus clientes de grandes almacenes y no podía esperar hasta que finalizase el litigio, para dilucidar de quién era la culpa, nos volvió a hacer el pedido de azúcar, ese que creyó habernos hecho en la primera ocasión. De nuevo nos envió por adelantado la cantidad que correspondía en una carta de crédito y nosotros obviamos que todavía no habíamos cobrado lo que restaba del primer pedido de la caña, e hicimos la concesión de esperar a cobrar el resto cuando don Pablo consiguiese venderla y recuperara el dinero ya invertido, ya que para nosotros había quedado claro que todo había sido culpa de la manipulación de un tercero. Pero él nunca pudo pagarnos aquella partida, ni el resto de la siguiente, esta vez de azúcar. Murió antes de hacerlo. Fue su viuda la que nos liquidó esa deuda y paralizó todo el proceso. Dijo que no quería que el nombre de su esposo anduviera por los juzgados.

—Sí, Lilian se empeñó en vender el patrimonio familiar para pagar a todo el mundo. Pero es evidente que alguien manipuló los pedidos. ¿Quién hizo el cambio y qué sacaba él de estos negocios?

—En un primer momento, pensamos que lo había hecho para lucrarse con la diferencia del precio entre la caña sin procesar y la procesada, es decir, el azúcar, pero cuando hicimos los cálculos comprobamos que había adecuado el pago al auténtico valor de la caña enviada.

—Entonces, ¿qué pretendía? —volvió a preguntar Eloy perplejo—. ¿Solo hacerle daño en su economía?

—Es muy difícil de explicar teniendo en cuenta que se trata de… —dudó Emilio—, pero claro, para su hermano Pablo este episodio fue fatal y, naturalmente, para toda su familia. No se trataba solo de dinero. Su débil corazón no resistió tantos contratiempos que lo llevaban a la ruina.

—El corazón de mi hermano no era débil —apostilló Eloy molesto—, era un hombre sano que nunca había tenido problemas de salud. Se hacía los chequeos habituales y todas las pruebas y análisis lo confirmaban como un hombre sano. Pero supongo que el saberse engañado fue un problema que lo superó. Todavía no entiendo cómo delegó en ese representante José Carlos hasta ese punto, él que era tan meticuloso con sus asuntos.

—Disculpe, es lo que entendí cuando tratamos este tema con sus

abogados. Créame que sentimos infinito ser, sin desearlo, parte de esa trama que tuvo tan triste final.

—¿Ustedes hablaron con los abogados de mi hermano? ¿Recuerdan sus nombres?

—No los recuerdo, porque en realidad fueron nuestros abogados los que trataron directamente con los de ustedes y luego nos transmitieron cuánto habían hablado. Disculpe de nuevo, tal vez fui yo el que entendí mal lo del corazón de su hermano.

—No es eso, es que me duele que se hable de él como si hubiera sido un enfermo del corazón. Les agradezco sus explicaciones, lo que ahora no entiendo es que entre los documentos de mi hermano no se encuentre nada de ese litigio del que usted me habla. Si yo lo hubiera leído o el abogado de la familia hubiera tenido conocimiento de todo esto, yo no habría necesitado realizar este viaje, ni molestarlo para aclarar ese asunto; hubiera empezado por aclararlo con ellos.

—¡Es extraño, sí! Pero por nosotros no se preocupe y permítame subsanarlo, yo mismo le haré unas fotocopias del inicio de este litigio, que quedó sobreseído a causa de la muerte de su hermano, y el inmediato pago del montante reclamado, que nos hizo su viuda.

—Yo las haré, tío.

Emilio Serradela no dijo nada a su sobrino, pero dejó que se levantara para hacer las fotocopias. Mientras, ofreció a Eloy un café frío, que él aceptó. Muy pronto Álvaro estuvo de vuelta y entregó a Eloy los documentos fotocopiados.

—Aquí no aparece el nombre del representante José Carlos —dijo sorprendido después de revisar sin demasiado detenimiento las fotocopias—. Tampoco veo el nombre de Daniel, nuestro abogado, ni el de ninguno de los procuradores con los que él trabaja, que suelen ser compañeros de carrera. ¿Cómo es eso?

—El litigio no podía ser contra José Carlos, nada demuestra que sea él quien manipuló los documentos, aunque pudo hacerlo. A efectos del juicio, él en todo caso era un tercero. Su hermano Pablo era el responsable, ya que para él era la mercancía que no aceptó.

—Pero, previamente, debería haber quedado claro que todo fue debido a un engaño deliberado, por parte de ese individuo, que es quien realmente debiera pagar todo, aunque subsidiariamente lo pagara en principio mi hermano.

—Puede que tenga razón, pero no sabemos si fue su representante el que añadió las palabras «caña de». Eso no se ha comprobado. En

cuanto a sus abogados o procuradores, no puedo decirle nada, lógicamente no tengo ni idea de los que utiliza la parte contraria. No sé. Si usted desconoce esos nombres, es posible… No sé, tal vez los buscó también el propio José Carlos.

—Pero…, si fue él quien se ocupó hasta de buscar abogado, es que todo estaba fuera del control de mi hermano.

—Solo ha sido un pensamiento en voz alta —dijo con cautela Emilio Serradela—. Es extraño lo que me dice.

—¿Extraño? ¡Ya lo creo! —Eloy estaba molesto o más bien furioso.

—Es que, precisamente, ese añadido lo descubrieron nuestros abogados. A los originales de su hermano se había añadido «caña de». Eso fue lo que a nosotros nos mostraron cuando se estaba preparando la demanda, o en la contestación a la demanda, no lo sé exactamente. Mire a ver esos documentos, ahí se verá en qué fase se paró el proceso. La esposa de don Pablo no quería litigios ni manchar el nombre de su marido y prefirió pagar.

Eloy se llevó las manos a la frente en un gesto de agobio. Él no había estudiado Derecho y posiblemente estuviera equivocado. Aquellas personas le estaban facilitando documentos que él no había encontrado entre los de su hermano. Sería mejor dejarlo para que un entendido en leyes le diera su opinión. Tenía la sensación de que Lilian se había precipitado pagando algo sin que estuviera nada claro que fuera su hermano el deudor.

—Entonces, no se ha demostrado quién fue el culpable de ese pedido erróneo.

—No, al final no hubo juicio.

—Disculpen. Será mejor que regrese al hotel y los mire con calma, incluso que vuelva a España y lo discuta con mi abogado y no con ustedes, que han sido muy amables facilitándome estos documentos y dándome explicaciones.

—Lo siento. ¿Quiere que lo acerquemos nosotros?

—No es necesario, muchas gracias, he dejado al taxi esperando.

Lo acompañaron hasta verlo partir en el taxi. El taxista saludó a tío y sobrino, al ver que salían a la puerta de la empresa. Ellos levantaron la mano en respuesta al saludo.

—¿Por qué no le has dicho quién es José Carlos? —preguntó Álvaro a su tío.

—Me ha resultado muy difícil, tampoco lo he considerado necesario.

—Cuando lo descubran pensarán que hemos querido engañarlo.

—Tal vez no lo descubran. Y él ya no es nadie para nosotros.

—¿Te refieres al cliente o a mi hermano?

Eloy, tras despedir al taxista, subió a sus habitaciones. De su particular botiquín, sacó unos polvos del color de la ceniza que llevaba en un bote. Todo lo que contenía eran productos naturales que él mismo se preparaba en la selva, siguiendo indicaciones o ejemplos de sus habitantes. Antes de acostarse llamó a Daniel.

—Logroño es una ciudad pequeña y en la profesión todos nos conocemos, al menos el nombre y apellidos, y no conozco ni de oídas ninguno de esos nombres, tampoco el del procurador. Lo comprobaré en el libro del Colegio de Abogados y Procuradores por si hubiese alguna incorporación que desconozco. Y desde luego que no tengo noticias de ninguna demanda contra tu hermano. Tampoco yo he preparado ninguna y me extraña que él se buscara otro abogado en secreto, pronto lo hubiera sabido. En cuanto al segundo pedido de azúcar, tendría que estar almacenado en algún sitio y yo no sé nada de su existencia, lo hubiéramos podido vender, estás hablando de cantidades enormes, no hubiéramos necesitado liquidar todos los bienes de la familia. Lo iré investigando.

Los polvos que acababa de tomar habían empezado a hacer su efecto. Se dispuso a dormir sin haber cenado nada. Algo no estaba bien y no era solo aquella demanda, era algo más que había detectado en aquella salita. Cada vez le resultaba más difícil enfrentarse a lo que la mayoría de los empresarios catalogaría como problemas cotidianos. Pero después de dormir unas horas, seguro que podría enfrentarse más sereno a ellos.

Durmió de un tirón hasta la mañana siguiente. Se despertó muy pronto y con apetito. Todavía no estaba abierta la cocina del hotel. Tomó un café que hizo en la cafetera de su habitación. Se dispuso a arreglarse tras la ducha, para salir a la calle, pensando cómo dar el siguiente paso.

Llamó al único taxista que en ese momento se hallaba en la entrada del hotel. Se dio cuenta de que se trataba del mismo que el día anterior lo había llevado a la empresa de Serradela. Pensó que tal vez era el único que hacía el servicio de ese hotel. Eloy abrió la puerta delantera y se colocó junto al taxista, que lo miraba un tanto extrañado. Una vez dentro, oyó la pregunta ritual:

—¿Dónde desea que lo lleve?

—Pues verá, no se la dirección y tal vez ya ni siquiera existan las personas a las que me gustaría visitar, pero quizás, si le doy alguna pista, usted pueda saber de quién le hablo.

—¡Vale, pues vamos a intentarlo!

—Se trata de una familia que a finales del siglo XIX tenían plantaciones de caña de azúcar en la isla, El hacendado era español, se llamaba Carlos de la Serra. ¿Conoce a algún familiar de ese hacendado? ¿Sabe si todavía existe su plantación o algún miembro de su familia?

—Naturalmente, en toda la isla no habrá nadie que no conozca sus plantaciones y a esa familia.

—¿En serio? ¡Qué suerte! ¿Está cerca o lejos? ¿Puede llevarme o será mejor que me traslade en avión?

—Esa familia tiene varias viviendas en la isla, pero la hacienda principal está en Ponce. Allí vive el patriarca, Carlos de la Serra, con su familia. Un hermano vive precisamente aquí, en Mayagüez, y otro en la plantación que tienen en Cuba. Ponce está a unos setenta y cinco kilómetros, unos cuarenta minutos de vuelo. Puedo llevarlo al aeropuerto. Pero también lo puedo llevar directamente a la hacienda donde viven, en Ponce. Nos costará algo más de una hora, pero lo dejaré en la misma puerta, y si usted quiere lo esperaré. Usted decide.

—¡Genial! Será mejor que me lleve y me espere. No sé quién es su actual dueño, pero me gustaría hablar con algún miembro de esa familia.

—¡Claro! Si lo desea, saldremos ahora mismo. El actual propietario sigue llamándose como el primero, es toda una saga. ¿Es usted un familiar español?

—Puede. ¿Por qué lo dice?

—Por su parecido con un hermano, el que vive en Cuba, y con un hijo del actual dueño o patriarca.

Eloy enarcó las cejas, sin acabar de creer lo que el taxista le decía. «Esperaría mayor propina», pensó.

—¿De verdad que me encuentra algún parecido?

—Ayer su cara me resultó familiar, aunque ya se notaba que usted no había estado nunca en esta isla y yo nunca he salido de ella. Pero hoy, en cuanto me ha hablado de Carlos de la Serra, he sabido que algún

parentesco debía de tener.

—¡Curioso! —dijo Eloy por toda respuesta, procurando no tomar al pie de la letra sus palabras.

Tras un sinuoso trayecto de una hora larga para una distancia menor de ochenta kilómetros, volvieron a ver el mar. Todavía quedaban unos kilómetros para llegar a su destino, según le informó el taxista, cuando estaban llegando, y ya se veía la playa de Ponce. Eloy pidió al taxista que parase. Había divisado a su derecha, un poco más lejos, pero en la misma playa, unos chiringuitos con aspecto atractivo. Se había despertado su apetito. Recordó que solo había tomado un café. Lo invitó a desayunar o tomar algo. El taxista le dio las gracias, pero dijo que había desayunado bien y que iba a provechar para hacer una llamada.

El chiringuito que eligió disponía de frutas tropicales y su especialidad eran los batidos, zumos y helados. Encontró que también le ofrecían flan de coco puertorriqueño y arroz con dulce de boricua. Había comprobado que en toda Sudamérica, y ahora en el Caribe, la influencia de la cocina española estaba muy presente, por lo que no extrañaba ningún plato o condimento.

Disfrutó del desayuno mirando al mar. Allí se sentía más como en casa, entre palmeras y cocoteros. Al terminar su desayuno, reemprendieron la marcha. En menos de un cuarto de hora estaban frente a la casa del hacendado, que como le había advertido el taxista también se llamaba Carlos de la Serra.

Sin haber llamado, le abrieron la puerta de la cancela. Tampoco preguntó nadie nada, una vez que el taxista hubo aparcado dentro de la finca. Eloy bajó del vehículo con un gesto interrogante que arqueaba notablemente sus cejas. Resultaba un poco extraño, debían de haberlos confundido con alguien de la casa. Se les acercó el mismo hombre que les había abierto la verja.

—Buenos días, señor, ¿quiere seguirme? —se dirigió a Eloy.

—¿Puedo hablar con el dueño de esta propiedad, don Carlos de la Serra? Mi nombre es Eloy de Mendoza. Dígale que soy un español que cree tener algún lazo familiar con él.

—Venga conmigo, por favor, don Carlos lo está esperando.

Eloy lo miró sorprendido, sin dar crédito a lo que oía, reafirmándose en que debía de tratarse de un error.

En una terraza rodeada de jardines primorosamente cuidados y bajo una enorme sombrilla, se encontraba sentado un apuesto joven. Eloy

calculó que tendría pocos años más que su sobrina. Volvió a sorprenderse por el saludo que el joven le dirigió.

—Buenos días, señor De Mendoza, soy Carlos de la Serra, el último de la saga y el único que se encuentra hoy en la casa. Creo que no nos conoce, al menos personalmente. ¿Sabe? —dijo mirándolo francamente a los ojos—, es cierto que se parece un poco a mi tío, él no se llama Carlos, pero sí es un «De la Serra».

Eloy, cada vez más sorprendido, volvió a arquear las cejas y, lleno de curiosidad, indagó el motivo de estar tan bien informados.

—Buenos días, Carlos, encantado de conocerte y saludarte. Estoy desconcertado. Me gustaría saber cómo hasta el portero sabía de mi llegada. O es que aquí se comunican por telepatía. Eres, además, la segunda persona que me encuentra un parecido con un «De la Serra», créeme que me muero de curiosidad. Con todo esto creo que puedes apear el «señor» y llamarme Eloy.

—De acuerdo, Eloy. Sería estupendo poder usar medios telepáticos, pero de momento con lo que nos comunicamos es con algo tan vulgar como el teléfono, y ha sido la persona que lo ha traído hasta aquí el que ha utilizado la cabina de la playa para comunicarnos su visita. Él es un buen amigo mío.

—¡Ja, ja, ja, ha sido el taxista! Descubierto el misterio —Eloy pensó que el joven era simpático y dicharachero y no le costaría nada entenderse con él—. Así que del colegio… ¿Él estudiaba aquí o tú en Mayagüez?

—Ni lo uno ni lo otro, durante dos años los dos estuvimos en San Juan de Puerto Rico. Él estudiaba Medicina y yo Ingeniería, pero siendo los dos de Ponce hicimos amistad.

Tras una corta charla, Eloy contó al último miembro de la familia la historia que lo había llevado hasta aquella propiedad.

Le habló de los papeles encontrados en una vieja casa heredada en la que se hablaba de sus antepasados. Lo hizo sin entrar en detalles. Carlos, no tenía ni idea de aquellos parientes de los que le hablaba el visitante. Podrían ser sus antepasados, pero él nunca había oído hablar de ellos. Todo era nuevo para él. Hablaron de sus familiares, pero no encontraron nada en común. Aunque el parecido era innegable para Carlos, solo sabía que sus bisabuelos o tatarabuelos eran en parte españoles, pero dijo que desde que llegaron a Puerto Rico, toda la vida de su familia había discurrido en las islas del Caribe, principalmente en Puerto Rico.

Después, Carlos le confesó que España estaba anotada en su agenda de los viajes que pensaba visitar al terminar su máster, y que lo aprobaría ese mismo año. Prometió visitarlo cuando hiciera su ansiado viaje a España.

—Mira, Carlos, mi familia me llama «el aventurero», porque me gusta recorrer el mundo, aunque la selva amazónica es mi segunda patria, pero cuando vuelvo a la primera veo a mi familia y en pocos días salgo de nuevo a recorrer mundo. Por ese motivo, difícilmente coincidiremos, pero te aseguro que serás muy bien acogido por toda mi familia.

—¡Qué coincidencia! Esto es algo que siempre he deseado hacer. Yo pensaba que mi ansia de viajar era debido al tamaño de esta isla. A veces me siento como enjaulado, papá siempre me ha dicho que, cuando termine mi preparación académica completa, podré hacer lo que guste, pero que mientras me olvide de mis deseos de aventuras. Recorrer la selva amazónica y descubrir nuevas formas de vivir es mi mayor anhelo, aunque primero quiero conocer España y, más tarde, cuando ya haya descubierto una parte de la selva y lugares escondidos de Australia, visitaré algún lugar más del viejo continente.

—¡Ja, ja, ja!, creo que no solo nos parecemos en el físico. Así pensaba yo desde que tenía uso de razón. Pero supongo que conocerás muchos más lugares que la isla.

—Sí, claro, además de en las islas que nos rodean, he estado en varios distritos de Estados Unidos, sobre todo en Nueva York. Pero han sido visitas de turista. Lo que ocurre es que no es eso lo que pretendo. Tuve oportunidad de estudiar en varias universidades de los Estados Unidos, pero preferí hacerlo en San Juan de Puerto Rico, que es donde voy a desarrollar mi carrera de ingeniero, y donde tenemos nuestras propias tierras en las que hay mucho que hacer.

—Lo entiendo, una cosa es el trabajo y otra la aventura. Pero vamos a volver al tema que me ha traído hasta aquí.

—Sí, claro, en eso también estoy muy interesado. ¿Puedo conocer de qué más tratan esos documentos?

—En esencia, es un relato que cuenta la boda de un antepasado que lleva tu nombre y el viaje a estas tierras.

—¡Qué curioso! Por favor, cuéntame más, tal vez en algún dato reconozca a mi familia.

Eloy le proporcionó datos que no eran intrascendentes pero tampoco escabrosos.

—Sabemos que en aquel tiempo, finales del siglo pasado, los viajes duraban una eternidad. Les costó varios días atravesar la península para llegar al puerto de Cádiz, desde donde embarcaron, y unos dos o tres meses hasta que arribaron a esta isla. Debía de ser mortal viajar así, aunque, tal como lo cuentan, parece que disfrutaron del largo viaje en barco. Sabemos que tu antepasado, Carlos, volvió con su esposa a España, donde se habían construido una hermosa mansión. También que en España tuvieron el primer hijo, que ella enfermó y él se vino con su hijo a Puerto Rico y su mujer quedó ingresada en un sanatorio —evitó el calificativo de «mental»—. Después, no sabemos nada más. Pero esa casa que se construyeron está en el patrimonio de mi familia, adquirida por vía de herencia, y en uno de sus muebles se encontraron diversos documentos, entre ellos este relato, por lo que algún antepasado común debemos de tener.

—¿Y no habrá entre esos documentos algún título de propiedad? Tengo entendido que nosotros cuidamos de una finca en Mayagüez que es de alguien apellidado como usted «De Mendoza». Suponemos que es español, pero no figura nombre ni dato alguno para poder ponernos en contacto. En realidad, hace tantos años de esto, posiblemente más de un siglo, que legalmente es nuestra, pero tradicionalmente aludimos a ella como la propiedad ajena.

—Pues lo cierto es que hay entre los otros documentos alguno que no han logrado desvelar qué son. Llevan sellos que parecen oficiales, pero están tan desgastados que no tienen ni idea de a qué o con qué se corresponden. Sería curioso que se tratara de la finca a la que acabas de aludir.

—¿Por qué no viene mañana? Seguro que estará mi padre y se alegrará de poder hablar por fin con un «De Mendoza».

## LA SORPRESA

Por el camino, ya de vuelta al hotel, el taxista le preguntó si lo iba a necesitar para volver allí.

—Sí, creo que volveré, tengo que averiguar si el padre de Carlos júnior recuerda algo de sus abuelos o bisabuelos. Me encantaría saber qué ha sido de un muy buen amigo del Carlos de finales del siglo pasado.

—¿Carlos no lo conocía?

—No le he preguntado, ya que el conocimiento de los antepasados de Carlos júnior parece tener un límite en el tiempo y no tiene noción de su familia de aquella época. Me ha parecido inútil intentarlo. Tal vez su padre tampoco recuerde nada de aquel buen amigo del que, supongo, sería su abuelo o su bisabuelo. Esa persona será más difícil de localizar, ya que él no tenía hacienda propia, vivía en la de su amigo y trabajaba para él, por lo que resulta más anónimo que alguien que posee fincas vetustas por toda la isla.

—Sí, claro. Localizar a Carlos de la Serra en esta isla es una investigación sencilla.

—De cualquier manera, sí tengo que volver, no sé si mañana o pasado, porque me gustaría hablar con Carlos padre. Puede que en la época de que hemos hablado, Bernardo, que también era español, se quedara en España… y ahora ya nadie lo recuerde. Pero me gustaría intentarlo.

—Disculpe, ¿Bernardo, amigo del abuelo o bisabuelo, ha dicho? ¿No son sus descendientes los que ya visitó usted ayer conmigo desde el hotel?

—¿A quiénes se refiere?, ¿quiénes me dice que son descendientes de Bernardo?

—Hablo de don Emilio. El abuelo se llamaba Bernardo, era español, era un buen hombre y muy amigo del De la Serra de su época. Al hermano de Álvaro le gusta hablar de eso, aunque lo hace para renegar de su bisabuelo, Bernardo. Está empeñado en que su familia desciende directamente de Carlos de la Serra. Que su bisabuelo no era amigo de aquel Carlos, sino su hermano. Esto le ha ocasionado muchas burlas cuando dice que él es descendiente directo y Bernardo un impostor. Está un poco chiflado, ahora hace unos años que no sé nada de él, es algo mayor que yo y ya no está en Puerto Rico.

—¿Cómo dices que se llama ese que está un poco chiflado? —preguntó sospechando que sus conjeturas no eran infundadas.

—No, no lo he dicho. Se llama José Carlos, es el hermano de Álvaro.

La impresión que sufrió Eloy no le permitió reaccionar rápido. Pero pronto preguntó por lo que más le preocupaba.

—¿Está seguro de que Álvaro tiene un hermano que se llama José Carlos?

—¡Claro que estoy seguro! Y de que su bisabuelo se llamaba Bernardo, aunque él lo niegue. Tenga en cuenta que Mayagüez es un municipio pequeño y los De la Serra son muy importantes y conocidos, También en nuestro pueblo tienen plantaciones todavía.

—¿Sabe usted si estudió Medicina? —preguntó Eloy, convencido de cuál iba a ser la respuesta.

—Sí, pero lo dejó en tercero, cuando yo todavía no había empezado primero. Yo también lo dejé el primer año, con disgusto de mi familia, pero prefiero estar en la calle y conociendo personas de todo el mundo que viendo enfermedades y desgracias. Él no sé por qué lo dejó.

Eloy había mudado de color, le costaba creer lo que el taxista le estaba diciendo. Era verdad que conocía a Carlos, tampoco era muy extraño, dado que esa familia parecía ser una institución en la isla. Pero a Bernardo… Si era así, ¿por qué el tío o el hermano no le habían dicho quién era José Carlos? Estaba claro que, si era cierto, él tenía que acabar sabiéndolo, más pronto o más tarde. En todo momento tuvo esa extraña sensación de que algo le faltaba, pero ellos le parecieron sinceros y con ganas de ayudar. Algo en su intuición le había fallado esta vez. Emilio y su sobrino no habían sido tan honestos como a él le habían parecido. Tendría que volver a verlos, pero antes haría unas averiguaciones.

—Todavía no sé cómo se llama —dijo al taxista, a modo de pregunta.

—Me llamo Lucio, para servirle.

—Escucha, Lucio. ¿Qué te parece si te contrato mañana para que me acompañes a distintos lugares de la isla? Aquí no hay grandes distancias, pero tampoco se pueden recorrer con rapidez, y supongo que lo que me propongo me llevará por lo menos un par de días. Saldríamos mañana. Comerás conmigo y dormiremos en el mismo hotel. Ahora, con el mapa de la isla y con tu ayuda, voy a trazar el itinerario, y si estás de acuerdo, mañana te espero a las nueve de la mañana en la puerta. En principio iremos a la capital de la isla, después volveremos a Ponce.

—Encantado, lo ayudaré en lo que me pida. Pero para ir a San Juan tendremos que volver a realizar el camino de Ponce, es imposible ir al

norte desde el oeste en coche.

—De acuerdo. Pues vamos a la cafetería del hotel y allí, frente al mapa, terminamos esta negociación.

Eloy pensó que, puesto que también tenían que volver a Ponce, al regresar podría quedar con Carlos de la Serra padre. Lo llamaría esa misma noche.

—Mañana quiero que volvamos a visitar la empresa de Emilio Serradela. Pensándolo mejor, no es necesario que madrugues, te espero a las 10 de la mañana bien descansado.

A las 10 en punto se encontraron en la entrada del hotel. Lucio condujo durante más de media hora hasta la empresa. Eloy ya se había puesto en contacto con la secretaria para que lo esperaran. Había hecho bien el cálculo del tiempo que les costaría llegar teniendo en cuenta lo que habían tardado la primera vez.

Tío y sobrino salieron a recibirlo en cuanto oyeron el motor de un coche que se aproximaba. Temieron que si Eloy estaba de vuelta, sería debido a que ya había averiguado su parentesco con José Carlos.

—No han sido muy sinceros conmigo —les recriminó Eloy por todo saludo.

—¿A qué se refiere? —dijo Álvaro sin querer descubrirse todavía, por si no era lo que estaban pensando.

—¿Qué clase de relación les une con el que ustedes dicen que era el representante de mi hermano?

—¿Se refiere usted a nuestra relación con José Carlos?

—Naturalmente. ¿Creían ustedes que no iba a averiguar quién era?

—¡No sabe usted la vergüenza que nos ocasiona tener que reconocer la verdad! ¡Lo lamentable que es para nosotros tener que decir que José Carlos es nuestro sobrino y hermano! Sabemos que ha estado obrando mal, pero es mi sobrino. Y en realidad tampoco cambia nada para usted. Su hermano no va a volver, mientras que para nosotros es un duro trago reconocer que él tal vez haya sido culpable de los errores cometidos. Aunque tampoco lo podríamos asegurar.

—Tío, déjalo ya, que nosotros no tenemos la culpa de lo que él haya hecho.

—¡¿De verdad?! ¡Me cuesta creer que eso sea para ustedes una buena excusa! ¡Me indigna su planteamiento! Su sobrino causa la ruina y, lo que es peor, posiblemente hasta la muerte de mi hermano, y ustedes

hablan de él casi como de un extraño. Y ahora, cuando me entero por otros medios de quién es, me dicen que esto no cambia nada para mí. Supongo que al menos ahora reconocerán que actuó por interés, que todo lo hizo para lucrarse; a pesar de que hace tres días lo negaron tajantemente.

—¡¡¡No diga usted eso, por Dios!!! —respondió alarmado el tío—. Perdóneme, Eloy, pero en eso no le hemos mentido. Esta es la peor parte. Lo más vergonzoso y lamentable. El motivo.

—¿El motivo? ¿Quiere explicarse y hablar claro de una vez?

—La verdad es que todo aquello debió de ser muy premeditado por mi sobrino, pero lo hemos comprendido después. No fue por el beneficio de la operación. Pero no creo que él esperase que, a consecuencia de su ruina, su hermano Pablo muriese. Solo fue venganza económica. Una venganza absurda por algo que tal vez ocurrió mucho mucho tiempo atrás, con unos ascendientes de ustedes.

La sorpresa de Eloy se iba reflejando en su rostro, que iba adquiriendo tintes de un escarlata preocupante. Su hermano había sido víctima de una venganza, ¿había dicho una «venganza absurda»?

—¿Mi hermano ha muerto por una venganza absurda? —puso mucho énfasis en el calificativo—. ¿Puede llamarse absurda a una venganza cuando esta ocasiona la muerte? Y, además, ¿por algo que ocurrió con unos ascendientes nuestros, mucho mucho tiempo atrás? Me indigna usted de tal manera que me cuesta seguir escuchándolo. Pero aún necesito que me explique el motivo de esa venganza.

—Cálmese, nosotros no tenemos ninguna culpa. La culpa, en realidad, es de la bisabuela, que le llenó la cabeza de pajaritos haciéndole pensar que todo lo que tenía su familia, los «Mendoza y Marín», debería haber sido suyo. Muchas veces se lo oímos decir, pero nunca creímos que fuera capaz de estas bajezas.

—Pero ¿se puede saber de qué están hablando? ¿Qué tiene que ver mi familia con la suya?

—José Carlos nos dijo que había llegado a entenderse con el actual Mendoza Marín, don Pablo, y que ahora eran buenos amigos y lo había contratado para sus negocios con estas islas, dado que él era buen conocedor de sus gentes y de la calidad de sus productos. Tenía pensado proporcionarle también café de nuestros cafetales. Pero nos engañó a todos, no eran esas sus intenciones.

—¿Contratado por mi hermano para hacer negocios? Pero ¿me hablan ustedes de José Carlos Moluca, o de José Carlos V?

—No sabemos quién es Moluca —Emilio miró a su sobrino esperando que lo corroborase.

—Mi hermano lógicamente se apellida como yo, Valtierra, por tanto, la V responderá a la inicial de su apellido. No conozco a nadie que se apellide Moluca.

—José Carlos Moluca es el médico de familia, no el representante de mi hermano, y no he oído a nadie hablar de un representante llamado también José Carlos, aunque sí he visto esa inicial entre los papeles informales de mi hermano —se arriesgó a comentar Eloy, tratando de atar cabos y salir de dudas. Lo de los apellidos y las profesiones parecía un acertijo.

—Pues verá, nosotros hace tiempo que no sabemos nada de él. Concretamente, desde que tuvimos este problema con el hermano de usted. José Carlos nos dijo que en aquel momento estaba trabajando como bróker para don Pablo, mientras le homologaban su título de doctor.

—Entonces, ¿puede ser la misma persona?

—Discúlpenos usted, mi hermano siempre actuó de una manera poco convencional, pero esto sobrepasaba nuestra tolerancia —intervino Álvaro, bajando la cabeza, sintiéndose avergonzado—. Es inteligente, empezó la carrera de Medicina, siempre con muy buenas notas, pero se le hacía muy lento el aprendizaje. Él creía que ya sabía más de lo necesario y dejó la facultad sin terminar la carrera.

En la mente de Eloy resonaron esas palabras. ¿Se trataba de la misma persona que se escudaba tras otros apellidos?

—Seguramente, podría haber sido un buen médico. Después de dejar la facultad, hasta hizo una especialidad —añadió el tío.

—Pero eso no es suficiente para colegiarse en España y del que yo hablo ejerce la medicina —afirmó Eloy, que empezaba a tener claro que se trataba de la misma persona, a pesar de no coincidir los apellidos.

—Es posible que no sea suficiente —oyó decir a Álvaro contestando a su afirmación—, aunque seguramente él no tendrá inconveniente en falsificar la documentación necesaria si decide ejercer como médico en España. Ya lo hizo para poder entrar en la Escuela de Enfermedades Tropicales, aquí en Puerto Rico.

«En esos momentos, y desde hace dos años, ya estaba desempeñando para su familia la profesión de médico, sencillamente se había cambiado de apellido», pensó Eloy. Hizo un esfuerzo para no desvelar

nada más, todavía. Ahora quería saber más de aquel motivo que parecía haber llevado al puertorriqueño a ensañarse con su hermano hasta arruinarlo, lo que le causó un infarto. ¿Tendría ya previsto ocasionarle la muerte o fue casual como consecuencia de su ruina? «Pero si estaba ejerciendo de médico de mi hermano y ahora lo es de toda la familia, ¿cómo es posible que dejara en sus manos un negocio de esas proporciones y no le permitiera a Diego intervenir?», pensaba Eloy cada vez más asustado por lo que estaba escuchando.

—Pero ¿qué relación puede haber entre su familia puertorriqueña y nosotros? ¿Por qué y de qué quería vengarse?

—Es una larga historia que se remonta al siglo pasado, no sé si usted tendrá tiempo para escucharla, pero si no se explica desde el principio usted no lo podrá comprender.

—Le aseguro que tengo todo el tiempo de mi vida para descubrir esa venganza, y le ruego que no ahorren detalles, aunque a ustedes les parezca que «no cambia nada» para el caso que nos ocupa. Sean sinceros conmigo de una vez por todas.

Eloy recordó lo que le había contado Lucio. Tenía algo que ver con la familia de Carlos y tal vez con aquella casa de los horrores que se encontraba en su patrimonio. ¿Sería esa casa y todo lo que pasó en ella la conexión de todo lo ocurrido y de sus deseos de venganza? Pero ¿qué conexión había con su familia?

—¿Tiene esa historia algo que ver con la familia de Carlos de la Serra? —dijo Eloy tratando de comenzar por lo que él conocía.

Tío y sobrino lo miraron muy atentamente, con cara de extrañeza.

—¡De eso estamos hablando! Mi sobrino está convencido de que su bisabuelo era Carlos de la Serra, y de que tenía los derechos de bisnieto. Decía mi abuela que si él no hubiera desaparecido lo hubiera tratado como el bisnieto que era. Pero él desapareció.

—¿Carlos de la Serra desapareció? ¿Se refiere a que murió? Es natural que muriera.

—Sí, seguro que murió. De haber vivido, ahora tendría como mi abuelo, unos ciento veinte años. Pero digo que desapareció. Un día dejaron de verlo y nunca más se volvió a saber nada de su persona. Esto ocurría a finales del siglo pasado. Mi padre aún no había cumplido los cinco años. Nunca más nadie dijo haberlo visto. Desapareció de la faz de la tierra como si la propia tierra se lo hubiera tragado —corroboró Emilio tajante.

—Pero mi bisabuela siempre trataba de convencer a todos sus nietos y

a sus bisnietos de que él, Carlos de la Serra, era el padre de su hijo, nuestro abuelo.

—Y bisabuelo —intervino Álvaro—. Incluso nos ha hecho dudar en algún momento y hemos llegado a revisar documentos para comprobarlo, pero lo único que consta es el matrimonio de mi bisabuela con mi bisabuelo Bernardo. En ningún sitio se dice nada que pueda hacernos dudar. ¡Es el delirio de mi bisabuela, el que le hacía decir esas cosas!

—Entonces, ¿con quién se casó Bernardo? —preguntó Eloy, tratando de entender y conocer algo más de la historia—. ¿Quién era su abuela? Ustedes son los familiares o descendientes de Bernardo, ¡no sé su apellido! Sé que es un español que vino a la isla con su amigo Carlos. Pero no entiendo que tenga nada que ver con la venganza contra mi hermano. —Eloy recordó que Bernardo se había enamorado de la mujer de Carlos, tal vez por ahí, tirando de ese hilo…

—Sí, mi abuelo Bernardo era español, era abogado y se dedicó a llevar los asuntos más importantes de su amigo, que siempre dispuso de una gran fortuna. Pero él no tenía patrimonio, ni más dinero que el que ganaba con su trabajo, ni otra familia, hasta que se casó, que la de su amigo, el patrón don Carlos de la Serra. Debían de ser uña y carne

—¿Y su abuela? —insistió Eloy expectante.

—Mi abuela era el ama de llaves de la casa, desde antes de casarse con mi abuelo Bernardo, por lo que también vivían en la misma hacienda. Así que mi padre y el hijo del amo también se criaron juntos, como hermanos —aseguró Emilio.

—Es cierto, en los documentos que se encontraron y que cuenta su historia, hace referencia a Bernardo, también a una puertorriqueña que trabajaba en la hacienda de Carlos de la Serra. Pero nada dice sobre que ellos dos se casaran.

—Pues se casaron y, por lo que sabemos, Bernardo y Carlos continuaron siendo igual de amigos después de casados —añadió Álvaro—. Solo tuvieron un hijo. Quiero decir uno cada uno. Y ellos, sus hijos, también se criaron como hermanos. Eran de la misma edad y no tenían otros hermanos.

—¿Y su abuela siguió viviendo en la casa?

—Sí. Mis abuelos, los dos, vivieron en la hacienda de Carlos de la Serra hasta que se casó su único hijo, mi padre.

Se hizo un silencio, como para que Eloy asimilara lo que le iba contando.

—Mi padre pasó a ser el capataz de Carlos hijo, pero al casarse dejó de vivir en la hacienda, para empezar una nueva vida en su propia casa. Yo nací en 1923, después tuve una hermana y más tarde un hermano y mi abuela pronto se vino con nosotros para cuidarnos, pero fue al quedarse viuda.

—Estoy tratando de atar cabos. Hasta ahora no veo la relación de su familia con la mía.

—Pues en algún momento la encontrará —hizo una pausa como tratando de recordar algo que los llevara a conectar esas familias—. Cuando los tres hermanos crecimos, recibimos de Carlos de la Serra hijo, y de su madre, una buena cantidad de dinero y una participación en la hacienda que tenían aquí en Mayagüez. Mi abuela, lejos de alegrarse, decía que eran migajas, que nos correspondía mucho más.

Eloy, que ya tenía claro quiénes eran los Serradela, pensó que la criolla estaba en lo cierto.

—Más adelante, con ese dinero yo monté con mi hermano pequeño, el tercero, esta empresa que con el tiempo fue creciendo. El pequeño murió joven. La segunda hermana es la madre de José Carlos y de Álvaro aquí presente. Su padre es Valtierrez y no tiene nada que ver con las plantaciones de azúcar.

—¡Parece muy sorprendido por lo que le contamos, pero, al mismo tiempo, también parece conocer la historia! —dijo Álvaro.

—Pues sí. Es precisamente las coincidencias entre lo que sé y lo que usted me cuenta lo que me sorprende. Curiosamente, conozco parte de esa historia a consecuencia de la ruina de mi hermano con los negocios que hizo con ustedes. La familia descubrió su ruina total, cuando al morir recibió la herencia. La cuestión es que vendieron cuanto poseían para pagar esos créditos que mi hermano no tuvo tiempo de devolver y que, posiblemente, tampoco debía. Eso ya se verá. Solo les quedó un antiguo edificio, ya en ruina, y deshabitado desde tiempo inmemorial, nadie recuerda a sus antiguos moradores. Allí apareció entre otros documentos una especie de diario escrito por la esposa de Carlos de la Serra.

—Doña M.ª Rosa. ¿Se refiere usted a ella? —preguntó el tío, para sorpresa de Eloy.

—No sé cómo se llamaba, en ningún momento menciona su nombre. Sin embargo, sí que nombra a Bernardo, aunque no recuerdo que diga su apellido, pero coincide totalmente con los datos que ustedes me están proporcionando.

—¿Entonces? —interrogó sorprendido Emilio Serradela.

—Aunque en los documentos que encontramos no estaba su nombre, cuenta una larga y truculenta historia y nombra muchas veces a su marido, Carlos de la Serra, que tenía, al menos a finales de 1880 y principios de 1890, una plantación de caña de azúcar y una fábrica donde se elaboraba el azúcar, precisamente aquí, en Puerto Rico. También hablaba de su amigo Bernardo. Pero puede que haya más hacendados con ese nombre.

—Seguro que había más hacendados, esta es una isla pequeña cuya tierra estaba repartida entre hacendados de todos los tamaños, pero desde la guerra de Hispanoamérica, todo lo han ido adquiriendo grandes compañías americanas, aunque con el apellido «De la Serra» solo hay una familia. Ellos eran unos adelantados, y no solo tenían y tienen plantaciones en esta isla, también en Cuba y Dominica. Pero la de esta isla era y es la que más caña de azúcar les proporcionaba.

—Pues si no hay más que una familia con ese apellido, estaremos hablando de la misma. Pero ¿de dónde viene ese deseo de venganza en España, con mi familia? Aún sigo sin comprender nada.

—Yo no llegué a conocer a mi bisabuelo —añadió Álvaro—, pero tengo entendido que la desaparición de su amigo Carlos lo deprimió de tal manera que nunca se repuso y, un día que viajaba con mi bisabuela para visitar una de las plantaciones que tenía don Carlos en Cuba, se suicidó tirándose al mar desde el barco. A pesar de que lo vieron caer al agua, no pudieron salvarlo, desapareció y el mar no lo devolvió a ninguna playa. Así que mi bisabuela también se quedó sola. Creo que del suicidio de mi bisabuelo le viene toda su amargura y su supuesta demencia, porque de ese momento parten las historias que contaba a los nietos y bisnietos que la querían escuchar. Historias que nunca antes había mencionado.

—¿Bernardo se suicidó? ¿Se sabe por qué? Y entonces, ¿qué fue de M.ª Rosa?

—M.ª Rosa vivió muchos años, aunque no tantos como mi abuela. No le descubro ningún misterio si le digo que mi abuela la odiaba. A pesar de lo buena que había sido con todos nosotros, mi abuela la aborrecía, decía que le había robado a su amor. Y a veces no sabías si te estaba hablando del que fue su patrón, don Carlos, o se estaba refiriendo a su marido, Bernardo.

—Seguramente, M.ª Rosa, también quiso mucho a Bernardo. Por lo que hemos leído él la ayudó en los momentos más difíciles que tuvo que pasar, según cuenta ella misma en esos papeles que encontramos.

Posiblemente eso ocasionara celos en su abuela —Eloy no quería desvelar más, solo quería que hablaran para llegar a conocer el motivo de esa venganza.

—Posiblemente. El caso es que, al desaparecer también el abuelo Bernardo, mi abuela ya no estaba a gusto en la hacienda que cuidaba como si fuera la dueña. Así que se vino con nuestra familia, con su hijo —dijo Emilio—. Fue al poco tiempo de casarse mi padre, o cuando yo nací, más o menos. La cuestión es que sé que a mi abuela le siguieron pagando como si continuara trabajando, y mi padre ocupó el puesto del abuelo como consejero, no como abogado, aunque mi padre se las sabía todas. Él también trabajó codo a codo con su jefe y amigo, Carlos hijo. Pero mi abuela no podía ni oír nombrar a M.ª Rosa, parecía muy resentida con ella.

—Seguramente, M.ª Rosa le estaría agradecida a Bernardo por todos los servicios prestados, y tal vez esto fuera malinterpretado por tu abuela —insistió Eloy, presintiendo que algo más sabían.

—Posiblemente. Cuando mi padre tuvo el tercer hijo, fue Carlos, acompañado de su madre, quien nos repartió una parte de la hacienda y nos dio dinero. Ella dijo que quería que viviésemos como correspondía a los hijos y nietos de Bernardo.

—Pero, entonces, ¿qué os contaba tu abuela para que tu sobrino se obsesionase con mi hermano? ¿Y qué tiene que ver mi hermano con esa historia?

—Mi abuela decía que mi padre había nacido en España y que todo lo que M.ª Rosa había dejado en esa tierra tenía que haber sido de mi padre, pero que ella lo odiaba desde que nació, que incluso había querido asfixiarlo cuando era un pobre bebé recién nacido, y ellos, mi abuela y su bebé, habían tenido que salir de la hacienda a escondidas hacia esta isla para evitar que M.ª Rosa matara a su hijo, mi padre. Cuando ella vino a vivir a Puerto Rico, todo lo que tenía en España se lo dejó a una hermana, su hermana pequeña. Mi abuela insistía en que todo eso tenía que haber sido de su hijo. Claro que cuando mi abuela empezó a hablar sobre todo esto, ya habían pasado los años y todos conocían a M.ª Rosa. Nadie podía creer lo que contaba de esa mujer que era dulce y bondadosa. Pero José Carlos sí la creyó.

Eloy recordaba perfectamente la parte más terrible del relato contado por M.ª Rosa. Entendió lo que aquella criolla quería decir, aunque no fuese correcta la versión, o tal vez fuera la interpretación lo incorrecto.

—Entonces, ¿lo que su sobrino pretendía era, precisamente, que mi

hermano se arruinase o quedarse con todas sus posesiones?

—No lo sé, Eloy. Pero fueron muchas cosas las que mi abuela nos contó. Se ha fijado usted en mi apellido, el apellido de mi abuelo. Mi abuela también nos decía que, en realidad, debía ser «De la Serra» en lugar de Serradela, pero que don Carlos quiso que lo lleváramos al revés porque solo el hijo que había tenido con M.ª Rosa podía llevar su apellido. Créame, siempre pensamos que solo era una casualidad, que descomponiendo nuestro apellido y alterando su orden se pudiera formar el mismo apellido que el que llevaba don Carlos, y que ella, mi abuela, en su desvarío a causa de la edad, o del suicidio de su marido, había llegado a esa conclusión. Mi abuelo fue Bernardo Serradela. Y ellos eran amigos, muy amigos pero sin ningún lazo de sangre. Aunque mi abuela insistía en que el hijo que ella había tenido era de su amo, y que el apellido estaba invertido. Para mi sobrino esto era una demostración más de que él era un De la Serra.

—¡Qué historia! —añadió Eloy, recordando los documentos encontrados en aquel secreter, y asociándolos con la hermana pequeña de M.ª Rosa, que fue la que, según Emilio, heredó la casa de los horrores.

—Mi abuela también fue muy longeva, tuvo a mi padre antes de cumplir los diecisiete años, murió con noventa y ocho. Así que aún tuvo tiempo de contar las cosas, cada día más deformadas, incluso más terribles, a sus bisnietos. Sin embargo, no creo que nadie más la creyese. Mi sobrino José Carlos fue el único en el que logró inculcar todo su odio por esa familia, y desprecio al mundo entero.

—Una suerte para nosotros que solo él la creyera —ironizó Eloy

—Su bisabuela le decía que le habían puesto ese nombre por su bisabuelo Carlos y que tenía que vengarse de los descendientes de la malvada que había intentado matar a su hijo. Y él siempre le decía que no se preocupase, que él encontraría a la familia de M.ª Rosa y se vengaría en su nombre. Nadie se preocupó por esas palabras por más que las repitiese con frecuencia ante ella.

—¿Cuánto hace que murió?

—Catorce años, creo. Ustedes deben de ser descendientes de M.ª Rosa, o de su hermana pequeña, que fue la que, por lo visto, se quedó con todo lo que ella tenía en España, y José Carlos lo descubrió, aunque no nos dijo nada cuando lo supo. Pero está claro que en cuanto los localizó y tuvo ocasión, intentó vengarse. Es lo que parece más lógico sin ningún ánimo de justificar su venganza, y menos en unos descendientes de tercera o cuarta generación. Pero hay que tener en

cuenta que la abuela intentó grabarle, o sugestionarlo con su necesidad de venganza, por creer que quería deshacerse del bisabuelo para no tener que repartir su fortuna con el otro hijo de Carlos.

—Toda nuestra familia le está agradecida a M.ª Rosa y a Carlos de la Serra. Todos menos mi hermano José Carlos —añadió Álvaro—. A él le gustaba presumir de que era un «De la Serra» y culpaba únicamente a M.ª Rosa de lo que consideraba «nuestra ruina».

—Hasta que he hablado con ustedes, desconocíamos hasta el nombre de M.ª Rosa, pero creo que la casa heredada que nadie quiso ocupar nunca era la casa de ella. Parece que esa ruinosa casa es el punto de unión, aunque nada de eso justifica una venganza con mi familia.

—¡Por supuesto que no! —aseguró Emilio Serradela.

Al terminar la visita, acordaron que pondrían el asunto, nada claro, en manos de sus respectivos abogados. No podrían hacer que Pablo volviera a la vida, pero al menos aclararían aquel desastroso negocio.

—No serán los abogados elegidos por José Carlos Valtierra —apuntó Eloy, para dejar clara su postura. Nada de lo instruido en aquel contencioso podía tener validez ya que los abogados, si los hubo, los habría elegido el único culpable de la desgracia de su hermano.

Después de esta visita y durante dos días Eloy, acompañado de Lucio, recorrió las carreteras de Puerto Rico, visitó lugares como la Facultad de Medicina y la Escuela de Medicina Tropical, habló con profesores y estudiantes de Medicina que habían coincidido en sus estudios con José Carlos, y que Eloy consideraba fundamentales. Desde la isla se puso en contacto en unas cuantas ocasiones con Salvador, que recibió y dio instrucciones.

A su vuelta se detuvo en el municipio de Ponce y visitó de nuevo la hacienda de Carlos de la Serra, que también apreció el parecido de Eloy con su primogénito. Quedaron en que volverían a verse para cotejar aquellos documentos y leer la historia de sus antepasados. Cuando regresaron al hotel, tenía un aviso de España. Salvador le había llamado con urgencia. Inmediatamente se puso en contacto telefónico con él. Le pidió que regresara cuanto antes a casa, con lo que ya hubiera conseguido. La siguiente llamada fue para reservar un billete de avión a San Juan y otro a España. Después se puso en contacto con Lucio para la hora de llevarlo al aeropuerto.

## EL AVENTURERO REGRESA

Calandra, 1985

Mi tío regresaba a casa y yo daba gracias al cielo porque fuera así, mi madre seguía empeorando, a pesar de tener a José Carlos y a su amigo y colega muy pendientes de ella.

En cuanto oímos el ruido de un motor de coche, que imaginamos era el taxi que traía a nuestro tío, las tres salimos al porche apresuradas.

A la vez que lo abrazábamos y mostrábamos lo importante que era tenerlo con nosotras en esos momentos, le informábamos de los vaivenes de la salud de nuestra madre, que un día parecía que había mejorado y al siguiente se despertaba con fiebre y se sentía muy cansada y sin apetito. No llegaba a restablecerse del todo.

—Ha perdido mucho peso —apuntó Carolina.

—Y no tiene apetito —añadió Lucía.

—Ahora están viéndola los doctores, también Salvador ha estado ocupándose de ella, pero no a la vez.

Mi tío no pareció cambiar el gesto, pero yo estaba segura de que no le daba igual lo que le decíamos, por lo que era fácil deducir que ya estaba enterado del gráfico que Salvador llevaba, con exquisita exactitud, de la rara enfermedad de mi madre.

Mi tío quiso pasar a verla. Estaba en su habitación y en esos momentos José Carlos y el especialista en anemias salían de su dormitorio. Se saludaron al cruzarse sin mucho entusiasmo. Ellos dijeron que tenían que hablar con nosotras, nos esperaban en el salón.

Pero de repente todo se precipitó, un volantazo en el rumbo de nuestras vidas que nos iba a convulsionar inmediatamente. Antes de que a mi tío le diera tiempo de entrar a ver a nuestra madre, sonó el timbre de la puerta, y aunque inmediatamente pensé que era Salvador, que sabía que esa mañana llegaba nuestro tío, y, en efecto, era Salvador el que estaba en la puerta, no venía solo: cuatro policías lo acompañaban para sorpresa mía y de mis hermanas.

La sorpresa cortó de golpe la tranquilidad que me producía tener de nuevo a mi tío en casa.

—Buenos días. Venimos buscando a José Carlos Moluca. ¿Se encuentra aquí? —preguntaron los policías.

Carolina, que les había abierto la puerta, los invitó a pasar al interior. Los dos amigos que esperaban poder hablar con nosotras del estado de nuestra madre escucharon la pregunta. Ninguno de los dos mostró indicio alguno de haberse asustado por aquella intromisión.

—Yo soy José Carlos Moluca. ¿Qué ocurre, por qué preguntan por mí?

—¿Es usted el doctor que está atendiendo a la enferma doña Lilian, viuda de Mendoza?

—En efecto, así es.

—Queda usted detenido. Tiene derecho a guardar silencio, cualquier cosa que diga puede ser empleada en su contra.

—Ahora, ¿podemos pasar a la habitación de la enferma? —intervino otro de los agentes.

Me extrañó que el policía se dirigiera a Salvador con esa pregunta. Él no dudó un momento y les indicó que lo siguieran.

—¿Quiere usted acompañarnos a la habitación de su paciente? —se dirigía a José Carlos—. Le extraeremos sangre para analizarla. Otro policía, que se identificó con su placa como de la científica, siguió también a Salvador, que los condujo a la habitación de nuestra madre. Solicitaron su permiso para hacerle una extracción de sangre. Mi madre miró a Salvador esperando su opinión.

—Permite que lo hagan, Lilian. Ella dio su consentimiento e inmediatamente pasaron a la acción. El de la científica, al finalizar la extracción, dio las gracias y salió del dormitorio acompañado o custodiado por otro compañero. Mientras, yo, que no comprendía nada, no sabía a quién preguntar qué estaba pasando. Salvador salió con ellos y firmó algunos papeles que le presentaron ya en el salón, antes de marcharse de nuestra casa. Otro de los compañeros se dirigió a José Carlos.

—Tenemos orden de llevarlo preso, por intrusismo profesional, falsificación de documentos y otras causas que luego le dirán.

Estaba claro que estábamos asistiendo a una parte ya avanzada de una investigación, cuya actividad daba como resultado la culpabilidad de José, pero aún aumentó nuestro asombro cuando preguntaron al que decía ser especialista en anemias, su amigo:

—¿Benito Gómez?

—Soy yo —respondió el otro galeno.

—¿Es usted Benito Gómez, apodado «el Mago»? —Y ante el silencio y

pasividad de este, que tan solo había movido ligeramente la cabeza afirmando, también comenzaron a ponerle las esposas y a leerle sus derechos—. Lo apresamos en calidad de cómplice y colaborador del señor Moluca…

El desconcierto no me permitía abrir la boca. Supongo que a mis hermanas les pasaba lo mismo. Nos miramos y miramos a nuestro alrededor. Yo en concreto fui dirigiendo la vista a los policías y después busqué a mi tío.

—Señor agente, ¿nos puede decir qué está ocurriendo y por qué detiene a los doctores? —me dirigí al que estaba más cerca.

A nuestras preguntas, mientras los policías procedían a llevarse a los doctores esposados, solo obtuvimos la respuesta de Salvador.

—Tranquilas, ahora os cuenta Eloy, mientras yo atiendo a vuestra madre.

—Sí, por favor, José Carlos no ha tenido tiempo de decirnos cómo se encontraba hoy. Pero ¿qué le pasa a mi madre? ¿Y por qué se los han llevado esposados? Los han acusado de falsificar documentos y de otras cosas… ¿Lo he oído bien?

—Sí, lo has oído perfectamente. Creemos que ellos son los culpables de la enfermedad que padece vuestra madre —explicó Salvador escueto.

—¿Ellos los culpables? —dijimos asustadas y casi a la vez las tres hermanas—. ¿Qué quieres decir?

—Ahora lo comprobará la policía. Tu tío empezó a sospechar que algo raro ocurría con José, ya antes de irse de viaje a Puerto Rico.

—¿A Puerto Rico? — de nuevo las tres preguntamos como un eco, y volvimos a poner caras de tontas por la sorpresa.

—Me costó creerlo —continuó Salvador mientras se encaminaba hacia la habitación de nuestra madre, sin atender nuestras redundantes preguntas. Pero tenía razón.

—Hola, Salvador, habéis llegado muy a tiempo —saludó mi tío, que ya estaba saliendo de la habitación—. Pasa, yo voy al salón con mis sobrinas, mientras tú haces lo que tengas que hacer. Nos vemos ahora. —Al decirlo se dieron unas palmadas en la espalda y mi tío le entregó una caja. Salimos con él de la habitación.

—Tío, ¿es cierto que vuelves de Puerto Rico? Lo rodeamos como polluelos en torno a la clueca.

—Sí, de Puerto Rico —dijo mi tío mientras sonreía viendo cómo lo mirábamos pasmadas—. Había varias cosas que no me acababan de encajar, por más explicaciones que recibía —continuó—, tanto en la salud de mi hermano, que yo creía de roble, como en las cuentas. La casualidad de que José Carlos fuera de ascendencia caribeña y, sobre todo, ver su nombre en alguna oferta de azúcar, con números chocantes por la proporción de las operaciones, fueron como unas campanadas que no sonaban bien.

—No entiendo qué tiene que ver un médico con las operaciones de mi padre con el azúcar.

—Para empezar, José Carlos no es médico. Sí que comenzó la carrera de Medicina, en una facultad convencional, la de Puerto Rico, la única Escuela de Medicina en el sistema universitario, pero no la terminó. Pasó a la Escuela de Medicina Tropical, inicialmente creada por normas puertorriqueñas, pero es una escuela de grado. Por tanto, sus cursos se imparten para quienes han terminado Medicina. Él falsificó sus notas, para poder graduarse. Aun así, se trata de un título no homologable en España. Pero eso no le ha impedido ejercer saltándose de nuevo las normas. Lo he sabido en este viaje y ahora todo parece encajar.

—¡Ah, por eso lo de la falsificación de documentos! —dijo Carolina antes de que yo preguntara lo mismo.

—Sí, por eso era importante que los cogieran aquí, haciendo su visita en calidad de médicos, esto es intrusismo profesional, pero solo es el comienzo de otras acusaciones más duras. Fui reuniendo datos hasta que comprendí que había mucho que aclarar. Con todos los datos que pude reunir me fui a Puerto Rico. Solo Salvador sabía mi destino, no quería inquietaros más. Allí estuve indagando hasta que todo encajó. Pero primero vamos a ver qué opina Salvador del estado de salud de vuestra madre y luego os explico cómo fue todo, y el porqué de las actuaciones delictivas de José Carlos.

Salvador ya salía de la habitación de mi madre; en su rostro no se apreciaba preocupación.

—Tranquilos, estamos a tiempo de recuperarla por completo. No haría falta ingresarla. Una vez que sabemos lo que le ocurre y por qué, todo será más fácil. No obstante, la ingresaremos ahora mismo, para mayor agilidad en su recuperación. Le harán en el día todas las pruebas pertinentes para reafirmarnos en que padece anemia por anquilostomiasis o leishmaniasis. Así, el tratamiento será más acertado.

—¿Y eso qué es? —preguntó Lucía.

—Sabéis que José nos hablaba de anemia, sin apellidos —explicaba Salvador dirigiendo su mirada a las tres hermanas—, pero hay muchas clases de anemias y alguna de ellas es mortal. Yo, con el permiso de tu madre y a espaldas de José Carlos, le he estado haciendo pruebas, para detectar, o al menos descartar, alguna de ellas. Pero José Carlos la tenía muy bien controlada por los motivos que Eloy os contará.

Miramos a Eloy esperando sus explicaciones, pero fue Salvador el que continuó.

—Lo curioso —dijo él— es que precisamente lo que padece vuestra madre es un tipo de anemia que la produce un parásito llamado *Leishmania* y la transmite un mosquito que se llama *Lutzomyia*. Ni el parásito ni el mosquito se encuentran aquí ni en toda Europa, sino en los países cálidos y húmedos, y es una de las enfermedades tropicales que había estudiado José Carlos.

—Entonces, estaba en buenas manos, ¿no? —preguntó Carolina.

—Pero vuestra madre no ha viajado en mucho tiempo. Por lo que resulta más difícil que pueda contraer esa enfermedad —nos recordó nuestro tío.

—Aunque os sorprenda, es él quien podía inocularle a vuestra madre la enfermedad, yo le he estado haciendo pruebas cada vez que Lilian me decía que le habían inyectado algo, pero José la ha estado controlando de la forma más conveniente para que esta enfermedad no avanzara incluso comenzara a curarse y de nuevo se agravase. Medía su fuerza para que resistiera, para que no muriera de repente, pero que tampoco terminara de curarse. Esto hacía que cada día estuviera más débil —afirmo Salvador.

—Pero eso es… es… increíble… —Carolina no encontraba un calificativo adecuado y, sinceramente, yo tampoco.

—Salvador os ha explicado esta parte mejor de lo que podría hacerlo yo, a mí me corresponde hablaros de lo que pretendía. Pero eso será en otro momento. Ahora atendamos a vuestra madre. Vamos a preparar un poco de equipaje. —De nuevo nuestras miradas de sorpresa.

—Sí, ahora llegará la ambulancia, llevaremos a vuestra madre a Pamplona, ya la están esperando con todo preparado, para confirmar lo que os he dicho. Ellos ya tienen su historial, el que yo he ido preparando de acuerdo con lo que Eloy me indicaba desde Puerto Rico y lo que desde la clínica me pedían.

La ambulancia llegó unos minutos más tarde para llevarse a nuestra madre. Sus hijas la rodeábamos muy preocupadas, a pesar de las palabras de Salvador, que trataban de ser tranquilizadoras.

Yo subí con Salvador a la ambulancia, mientras Eloy llevaba a mis hermanas siguiéndonos. Fuimos a la Clínica Universitaria de Pamplona, que contaba en sus laboratorios con la investigación del parásito que afectaba a nuestra madre.

Una vez ingresada en el hospital, e instalada en una de las habitaciones que daban a la entrada de la clínica, todos nos sentimos más tranquilos. Un rayo de sol penetraba por el balcón de la habitación; lo consideramos una señal de bienvenida y esperanza.

Pronto, varios doctores de distintas especialidades fueron rodeando a la enferma, mientras nosotras salíamos de la habitación, tal como nos habían pedido. Salvador se quedó con ellos, mostrándoles el gráfico que había confeccionado a lo largo de los últimos días, e informándoles de cuanto sucedía, gracias también a las investigaciones que Eloy le había ido transmitiendo desde Puerto Rico, y a sus propias conclusiones, que, a partir de esos conocimientos, había conseguido establecer.

En la salita de descanso Eloy retomó la conversación iniciada en casa:

—Tengo algunos datos de la historia de Carlos de la Serra y su esposa, la que escribió su diario. Ella se llamaba M.ª Rosa —seguro que el tío pensaba en distraernos, mientras los sesudos doctores llegaban a algunas conclusiones.

—Qué bien —dije con ánimo de no decepcionar a mi tío, pero inquieta por lo que aquellos doctores pudieran decir de nuestra madre. La gravedad de la situación parecía terrible. Supongo que a todas se nos pasó por la cabeza la idea de que ella, nuestra madre, podría morir. ¿Cómo podíamos prestar atención a otra cosa que no fuera conocer concretamente en qué estado de riesgo se encontraba nuestra madre?

Un camillero interrumpió nuestros pensamientos al entrar en el aposento, pasó ante nosotros con un saludo, para salir enseguida con la camilla de mi madre. Salvador iba con ella y nosotras la acompañamos hasta el ascensor. En el trayecto nos dijeron que tenían que hacerle placas y radiografías, que esperáramos en la habitación.

¡El tiempo, que es tan arbitrario, se nos hizo larguísimo! Nuestro tío había dejado de intentar distraernos, convencido de la inutilidad de su intento. Pero todo llega en esta vida si sabes esperar y en este caso también llegó el tan ansiado momento. Al oír el ruido de la camilla

acercarse, salimos al pasillo. Esperamos fuera mientras el camillero atravesaba las dos estancias y dejaba acomodada a nuestra madre, ocupando el mismo lugar que unas horas antes.

—Buenas tardes, familiares de doña Lilian —nos saludó uno de los doctores, como portavoz del grupo que había parado ante nosotros.

Entonces sí que pusimos toda nuestra atención al servicio de lo que íbamos a escuchar. Un silencio elocuente animó al doctor a continuar.

—Sé que están muy preocupados con la salud de doña Lilian —dijo, seguro ya de haber captado nuestra atención—, pero quiero tranquilizarlos, porque, aunque es cierto que se encuentra en un estado de suma debilidad, sabemos que puede recuperarse. Ahora hay que intentar mantenerla estable mientras le aplicamos la medicación que corresponde a los distintos órganos afectados. Tenemos en nuestro equipo a especialistas muy autorizados en esta enfermedad propia de países tropicales. Tengo que decirles que, en efecto, todas las pruebas se corresponden con la leishmaniasis, pero aquí no existe el mosquito conocido como *Lutzomyia*, y a doña Lilian no la volverá a molestar otro mosquito como ese, a menos que se anime a viajar a esos países donde abundan.

La última frase la dijo mostrando una ligera sonrisa, como queriendo quitar importancia a lo que ocurría.

—Esta misma noche empezaremos a aplicarle el tratamiento que necesita. En estos momentos el principal problema es que está muy débil y hay que evitar hasta un sencillo catarro, porque ahora mismo no tiene defensas para combatirlo. Pueden pasar a verla de dos en dos y poco tiempo. No la cansen. Tendrán ocasión de aburrirla, pero piensen en lo que les he dicho. Está muy débil.

Le dimos las gracias. Habían transcurrido muchas horas de reloj, aunque yo me sentía como si lleváramos días esperando.

Pasamos a la habitación de nuestra madre, que estaba casi dormida, con ánimo de seguir al pie de la letra las sugerencias del doctor. Le dimos cada una un beso y volvimos a la salita contigua, para acomodarnos entre el sofá y la cama supletoria y dejarla descansar. Hablábamos bajito con miedo a molestarla, hasta la hora de cenar.

A mi madre le proporcionaron la cena, un batido de vitaminas. No necesitó apetito ni esfuerzo para ingerirlo.

—Chicas, tendríais que ir a cenar —dijo el tío. Yo me quedo aquí, aunque no creo que haga falta, pero estaremos todos más tranquilos. Acompáñalas tú, Salvador, y vuelve a tu casa cuando acabéis. Toma,

Lili invita a Salvador —dijo mi tío dándome unos billetes.

—¿Qué dices? Deja que las invite yo. Ya habrá tiempo de que me invitéis a una buena comida cuando Lilian se reponga.

Nosotras hablamos de turnarnos para ir a cenar, pero Eloy se impuso, dijo que él se quedaría allí. Y no se habló más. Realmente, no nos apetecía alejarnos de nuestra madre, así que no salimos del edificio, a pesar de que muy cerca había restaurantes para poder elegir. Nos quedamos en la cafetería de la clínica. Antes de terminar, pedí un bocadillo de jamón con tomate para el tío y una cerveza fría.

Salvador se despidió en cuanto abonó la frugal cena. No consintió que utilizara el dinero que el tío me había dado. Nosotras volvimos a lo que ahora era nuestro nido.

—La habitación solo tenía encendida una luz indirecta, suficiente para comprobar el tranquilo sueño de nuestra madre. Nuestro tío, en silencio, velaba su sueño.

Ya han transcurrido cuatro días y mi madre ha empezado a comer algunas cosas suaves que le apetecen. Todos estamos animados y esperanzados. Carolina y Lucía regresaron hace dos días a casa, aunque deseaban continuar junto a mamá, pero ahora somos Eloy y yo los que nos turnamos durante el día, ya no necesita que nos quedemos por la noche. Aunque yo prefiero quedarme en la cama supletoria. Por las noches las enfermeras pasan varias veces, le toman la temperatura y le cambian la bolsa del líquido que la alimenta. No ha vuelto a tener fiebre. Cuando viene Eloy, yo bajo a desayunar a la cafetería de la clínica. Mañana vendrán Carolina y Lucía a pasar el día con nosotros. Se pondrán muy contentas cuando vean cómo ha mejorado.

—Sí, he hablado con ellas y les he prometido que mañana por la mañana las llevaré y las devolveré a casa a media tarde —comentó Salvador, que llamaba por teléfono todos los días a primera hora—. He quedado con uno de los doctores del equipo para cuestiones más técnicas relacionadas con esta enfermedad, en la que yo no soy un experto… hasta ahora —creo que quiso darle un tono de broma.

El día transcurrió satisfactoriamente.

A la mañana siguiente los tres estaban junto a la cama de nuestra madre. Lucía no pudo contener las lágrimas y lloró acurrucada en su cuello. A Carolina se la veía a punto, pero supo contenerse. Yo retiré con mimo a Lucía, que se abrazó a mí y continuó llorando en mi hombro, ya más suavemente. Nadie le dijo que dejara de llorar, solo mi madre trataba de animarla diciendo que se encontraba bien.

Salvador, además de darle un par de besos, le hizo algunas preguntas que denotaban deformación profesional. Las respuestas de mamá parecieron satisfacer sus expectativas.

Pasado el primer momento de emoción, mis dos hermanas nos pusieron al corriente de lo que había ocurrido en casa, durante esos dos días que solo habían estado con la tata; una tata muy apesadumbrada, pero que, tan generosa como siempre, había procurado darles caprichos en la comida para conseguir que se alimentaran. Yo ya lo sabía, también con ella hablaba todos los días, para tenerla al corriente de la salud de mamá.

Cuando pasaron visita, Salvador se quedó en la habitación y los acompañó. Al salir, sus caras, aunque no reían, parecían lo suficientemente animadas como para pensar que todo iba bien; aun así, cuando un doctor lo confirmó, respiramos más sosegadas.

—¡Tranquilas, todo va bien y según lo esperado! Ninguna novedad.

Rodeamos a mamá satisfechas. Carolina y Lucía se sentaron a los pies de su cama. Entonces fue Carolina la que preguntó a nuestro tío por su viaje a Puerto Rico.

—No nos has contado nada —dijo casi como un reproche—. Eloy la miró moviendo la cabeza, con su entrañable sonrisa que tanto favorecía a su rostro.

—¡Estabais vosotras para escuchar historias! —ironizó nuestro tío—. Créeme que en algún momento intenté desviar vuestra atención de la situación de vuestra madre contándoos algo de ese viaje, pero fue inútil. Cuando queráis, continuo con la historia, pero tendremos que evitar cansar a vuestra madre.

—¿Qué dices, Eloy? ¿Qué me vas a dejar a mí al margen de la historia? Anda, acomodaos todos alrededor de mi cama, ahí tenéis, dos sillas y una butaca, sentaos a los lados.

En esos momentos llamaron a la puerta y pasaron con un carrito; le traían la comida a mamá. Las tres nos dispusimos a ayudarla: la una cogió el mando y le subió la cabecera de la cama hasta donde mamá consideró necesario, la otra le puso la servilleta a modo de babero, Lucía cogió la cuchara con intención de darle la crema.

—¡Gracias, Lucía, pero puedo comer solita! Solo estoy débil, pero no tanto como para no poder sostener la cuchara —rio levemente mamá, y le dedicó una sonrisa. También comió un poco de pescado y una naranja que Lucía le peló de forma casi profesional y con gesto autosuficiente.

En cuanto se llevaron la bandeja, mamá se apresuró a decir:

—Supongo que a estas horas será pronto para que vayáis a comer, aquí nos dan la comida casi a la hora que desayunamos en casa.

—Yo no tengo hambre —dijo Lucía. Ninguno la tenía.

—Pues, Eloy, ya puedes empezar con la historia. Acomodaos como ibais a hacer antes de que me trajeran la comida.

Eso hicimos. Cogimos la silla que había en la otra habitación y Eloy se sentó en el brazo de mi butaca.

—¿No prefieres descansar primero un poco? Una siestecita te vendría muy bien —le aconsejó Salvador.

—No te preocupes, tengo toda la tarde para dormir.

—Pues bien —comenzó Eloy después de acomodarnos y de que un gesto de Salvador le indicara que ya podía seguir—, quedamos en que ya sabía el nombre de la que escribió el relato. Se llamaba M.ª Rosa. Recopilando, lo último que supimos era que todo el drama fue una puesta en escena, un engaño de Carlos, para llevarse a su plantación de Puerto Rico al hijo que había tenido con su esposa, y dejar al hijo de la criolla en su lugar. Sabéis por el dietario del abuelo de Salvador que, cuando ella intentó asfixiarlo, Carlos decidió irse con sus dos hijos, e ingresó a M.ª Rosa en un manicomio, y también nos cuenta más tarde que ya había salido de esa institución. Lo que no sabíamos era que Bernardo, aunque estaba enamorado de M.ª Rosa, según ella misma contaba, se fue también a Puerto Rico, y poco después se casó con la criolla, y todos vivieron juntos en la hacienda. Además, Carlos nunca reconoció al hijo de la criolla como suyo. Fue Bernardo el que le dio su nombre.

—¡Qué decepción! —comentó Carolina aprovechando la pausa de Eloy, y poniendo cara de besugo—. ¡Con lo romántica que parecía esa pareja!

—¡Ya ves, para que te fíes! —dije yo con un poco de guasa.

—Entonces, M.ª Rosa, ¿qué hizo cuando salió del manicomio? —volvió a preguntar Carolina—. ¿Perdonó a su marido?

—Pues verás, cuando ella salió de la casa de locos, debió de volver a vivir en su finca, pero al poco tiempo, cuando los hijos tenían cinco años, Carlos desapareció y nadie volvió a saber nada de él. No sé sabe cómo, pero al desaparecer Carlos, M.ª Rosa regresó a Puerto Rico para cuidar de su hijo, Carlitos. Bernardo hizo las veces de padre con los dos niños, pero ya estaba casado con la criolla, así que siento

decepcionarte, Carolina, pero ella no recuperó a su amor. ¡Ah! Y lo que es más asombroso. Años más tarde, cuando los hijos de Carlos ya estaban en edad de casarse o casados, Bernardo se suicidó tirándose por la borda del barco en el que navegaba a Cuba.

—¡Buah! Sigue el dramón. Pero ¿todo eso es verdad? —dije pensando que si fuera una película creería que se habían excedido en el drama —. ¿Por qué se suicidó?

—Seguro que estaba arrepentido de no haber esperado a M.ª Rosa y haberse casado con la criolla —siguió mi hermana con su rollo romanticón.

—Cuando Bernardo se suicidó, la criolla, que nunca había contado nada de lo que le ocurrió aquí, empezó a contar a sus nietos primero, y a sus bisnietos después, la historia que nosotros ya sabemos, tratando de inculcar el odio, precisamente, hacia M.ª Rosa.

—¡Anda! con lo mucho que ella había sufrido. ¡Qué pobre!

—Pero ella contaba su verdad, que M.ª Rosa había intentado matar a su hijo. Por eso se tenía que vengar en sus descendientes. Como sabéis, la historia es rocambolesca, tanto que nadie la creyó. Tal vez el haber callado durante tantos años y hablar a partir del suicidio de Bernardo, dio motivo para considerar que desvariaba, lo cierto es que solo José Carlos la creyó y le juró que se vengaría de esa familia.

—¿José Carlos es bisnieto de la criolla? —preguntó Lucía, muy pispa ella.

—En efecto, hijo de una nieta y, además, sobrino del empresario con el que tu padre hizo negocios ruinosos.

—¿Quieres decir que esto que le ocurre a mamá y lo que le ocurrió a papá es una venganza? —pregunté tan sorprendida como mis hermanas.

—En efecto. Es a causa de una venganza.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con esa familia de M.ª Rosa?

—Por lo visto, somos herederos.

—¿Herederos? Ellos tenían un palacio aquí, en Viana. ¿Dónde está ese palacio? —preguntó Lucía, lo que nos hizo reír a todos.

—¿Eso es lo que más te preocupa, Lucía? —ella nos miró y se puso roja al darse cuenta de lo que parecía una frivolidad en aquellos momentos.

—Yo no me acabo de enterar, parece que nosotros somos familia de la tal M.ª Rosa, pero tendría más familia… ¿Por qué nosotros concretamente? —esta vez fue Carolina la que hizo la pregunta.

—Primero, voy a contestar a Lucía, que es también la primera que ha preguntado. Tenemos una casa en el centro de Viana, ¿verdad?, pues eso es una tercera parte de un palacete, que fue la herencia de tres hermanas: M.ª Rosa, Blanca y Yolanda. ¿A alguien le suenan los nombres?

—A mí sí, Yolanda era la pequeña de tres hermanas y la abuela de tu padre, vuestro abuelo —dijo mi madre mirándonos, y dando pruebas de que sabía de esa familia tanto como Eloy.

—En efecto. M.ª Rosa —lo sabemos ahora—, era la hermana mayor de vuestra bisabuela, la hermana que se fue a vivir a Puerto Rico, y, posiblemente, nunca volvió. La otra hermana de la bisabuela creo que vivió en Vitoria, pero siempre he oído decir a mis padres que su abuela Yolanda quería seguir viviendo allí, en el palacete. Por eso decidieron dividirlo en tres partes, una para cada hermana. La parte que le correspondió a Yolanda acabaron heredándola mis abuelos y luego mis padres.

—Vale, pero tenía otra hermana, ¿qué le ha hecho a la familia de ella? —fui yo la que preguntó.

—Es que la casa donde nacieron los hijos de Carlos sabemos que es la casa de los horrores y esa casa se la dejó M.ª Rosa a su hermana Yolanda, y ha ido pasando de generación en generación sin que nadie la tuviera en cuenta. Los primeros ya sabemos por qué.

—Y los abuelos, ¿por qué no la utilizaron nunca? —quiso saber Lucía.

—Ya os dije la primera vez que me enteré por vosotras de que mis padres tenían esa casa, que yo no recordaba haber oído hablar de ella. Sin embargo, sabéis que vuestra madre, y después también vuestra tía, la asoció con algo que había oído de pequeña. Sin duda, se referían a todo lo que parecía que había ocurrido en aquella mansión.

Eloy calló durante unos instantes, pero Lucía, impaciente, lo apremió.

—¡Venga, sigue contando!

—La criolla le decía a su familia, con algo de razón, que aquella casa, aquellas propiedades, tenían que haber sido de su hijo, que a ese acuerdo había llegado con Carlos: ella y su hijo se quedarían en esa casa, él como hijo de M.ª Rosa y ella para estar cerca y criarlo. Pero ya sabéis lo que pasó. Tuvieron que volver todos a Puerto Rico. Así que el hijo de la criolla no heredó de M.ª Rosa, al final lo heredamos

nosotros. Y la criolla también fracasó en aquel intento de que su hijo fuera reconocido como hijo de Carlos de la Serra. Porque, como ya os he dicho, fue Bernardo el que le dio su apellido.

—Y por hoy ya vale de dramas, vamos a dejar que descanse vuestra madre, hoy podemos comer todos juntos mientras ella duerme —dijo Salvador de forma que nadie fue capaz de protestar.

Durante la comida ya no hablamos más de este asunto. Nuestro tío pasó a contarnos, a su estilo, anécdotas de Puerto Rico. No hubo sobremesa. Volvimos pronto para comprobar que nuestra madre estaba profundamente dormida.

Eloy se llevó a mis hermanas a dar una vuelta por Pamplona y a tomar un helado, Salvador y yo permanecimos en la salita, en silencio. Así que en ese ambiente y tras la comida los dos nos quedamos un poco traspuestos.

—Lili —dijo Salvador de pronto, sacándome de mi adormecido descanso—. Creo que lo que resta por contar no debería escucharlo tu madre, al menos por ahora.

—¿Qué me quieres decir, Salvador? ¿Hay alguna sorpresa todavía más desagradable? Mamá está al tanto de todo.

—Sí, tu madre sabe que el objetivo de José Carlos al venir a España era vengarse, acabar con el patrimonio de vuestro padre. O tal vez quedárselo él. Quiso arruinarlo, a él y a toda la familia. Pero suponemos que hay más y tenemos que probarlo. Es muy extraño que tu padre no se diese cuenta de lo que pasaba y pensamos que posiblemente emplearon algún tipo de argucia, más bien algún producto, para poder actuar impunemente, incluso puede que él llegara a sospecharlo o a descubrirlo, y eso acelerase su muerte. No me parece el momento de comentarlo con ella.

—¡Me espanta lo que dices, Salvador! ¡Por supuesto que nuestra madre no debe escuchar eso! No puedo creer que José haya ido tan lejos, que haya sido capaz de ponerlo en peligro de muerte, de forma deliberada, ¡qué crueldad! Pero… tienes razón, cuando vuelva tratamos de comentarlo con mi tío, por si tiene intención de darnos más detalles en presencia de mi madre.

—Tal vez lo mejor sea que termine de contarte la historia cuando nosotros nos hayamos ido y tu madre esté dormida, tampoco creo que, por el momento, ellas necesiten saber más.

Dije que me parecía bien, pero me quedó la duda de si lo que faltaba era algo más que lo que acababa de insinuar ¿Podía haber algo más fuerte o más grave que eso?

Volvieron mis hermanas con Eloy cuando ya mi madre se había despertado. La charla se generalizó un rato, pero Salvador, que estaba

muy pendiente de ella, dijo que debían volver a casa. Mis hermanas remolonearon un poco.

—Hay que dejar descansar a mamá, por hoy ya ha tenido bastante, dejaremos pasar otros dos días antes de volver a verla. Ya veis qué bien le han sentado estos días de descanso. Seguramente, en la próxima visita nos dirán cuándo puede volver a casa.

—Pero también le sienta bien ver a sus hijitas, ¿verdad, mami? —dijo mimosa Lucía al tiempo que la abrazaba.

—Pues claro, veros a las tres es mi mejor medicina —respondió mi madre, con la voz un poco más apagada. Tenía razón Salvador, había que dejarla descansar.

Aunque me había quedado un poco preocupada por lo que me pareció un bajón en la mejoría de mi madre, ella se despertó muy bien al día siguiente. Durmió toda la noche de un tirón, las enfermeras hicieron su ronda, pero por primera vez sin darle ninguna medicación. Pasaron a primera hora de la mañana a tomarle la tensión y enseguida le sirvieron un desayuno bastante completo. Lo comió con gusto, tomó sus pastillas y una sonrisa de satisfacción inundó su rostro.

—Me siento muy bien, Lili, creo que me estoy recuperando de verdad.

—¿Qué quieres decir?, ¿no pensabas que te ibas a recuperar?

—¡Ay, hija! Han sido tantos días recuperándome y recayendo que ya pensaba que nunca saldría de ese círculo. Empiezo a tener esperanza.

—¡Qué dices, mamá!

La abracé llena de cariño.

—¡Claro que te vas a poner bien!

—¿Qué pasará cuando vuelva a casa?

—¿Qué piensas que te puede pasar? Que estaremos todos muy contentos de que vuelvas a tu vida de siempre.

En ese momento entraba mi tío. La abrazó con mucha ternura.

—Te he oído al entrar, Ya sabes que ha pasado el peligro, que aquí no existen esos insectos, así que solo te queda comer bien y descansar todo lo que puedas.

Pasó la mañana más o menos como todas las anteriores. Durante la siesta de mamá, después de haber comido, bajamos al restaurante. Al pedir los postres, le pregunté a mi tío:

—¿De qué forma José Carlos pensó arruinar a mi padre?

—Por lo visto, él simuló que representaba a tu padre.

Eloy fue desgranando el cúmulo de circunstancias que, gracias a la intervención de José Carlos sufrió su hermano, mi padre.

—Estas cosas, aunque se solucionen, son lentas y costosas, el dinero que había pedido a los bancos en dos ocasiones para las cartas de crédito, de importación de azúcar, quedó retenido hasta que se aclarasen las discrepancias documentales. Tu padre no sabía cómo ni a quién vender la caña que llegó sustituyendo al azúcar, y ya la había pagado. Tampoco tenía un espacio donde depositarla, no estaba preparado para llevársela del puerto ni la podía devolver. Tenía que pagar el flete de vuelta, si no se la quedaba. Pero, además, los que se la habían vendido se negaban a recogerla, alegando que ellos habían cumplido con el contrato. Cuando se desestiba cobran también por ello y por todo el tiempo que permanece la mercancía en el puerto ocupando un espacio hasta que lo retiran o lo queman, si nadie se hace cargo. En fin, todo eran gastos sin ningún beneficio.

Yo lo escuchaba sintiendo la angustia que sin duda había tenido que pasar mi padre sin contarnos nada. ¡Pobre papá!

—El montante de todos esos costes fue ascendiendo. La mercancía se estropeó en su mayor parte mientras permanecía dentro de los contenedores en el puerto; las pérdidas fueron excesivas. Pero cuando llegó el azúcar, gracias a un nuevo y millonario crédito, las grandes superficies negaron que aquellos pedidos fueran auténticos. A José Carlos, ninguna empresa le había pedido ni un gramo de azúcar, todo estaba encauzado a arruinar a vuestro padre, como así ocurrió. No obstante, vendiendo el azúcar aún hubiera podido hacer un gran negocio, pero no sabemos qué ha pasado con esa enorme partida de azúcar. Se sabe que fue retirada del puerto, de nuevo falsificando documentos, pero nadie sabe dónde se encuentra y José asegura que no sabe nada.

—¡Pobre papá, debió de ser todo muy duro para él!

—Por lo visto, José Carlos es un maestro de las falsificaciones. Ninguno de los pedidos era cierto. Todos los créditos habían sido para nada. Tendría que empezar a buscar compradores, para el azúcar…, si ese azúcar hubiera existido. Pero la cuestión es que nadie sabe nada de dónde fue a parar. A Daniel le conté todo esto, pero le sonaba y le sigue sonando a chino. Le envié los documentos de un expediente que en teoría eran una demanda y la contestación a la demanda, para determinar quién debía pagar el primer error, y tampoco sabe nada,

dice que le parece que también esos documentos son falsos y que nunca ha oído hablar de una partida de azúcar. Veremos qué hay de todo ello, pero, sin duda, tu madre os hubiera hablado de que, en algún lugar, había una partida muy importante de azúcar, y yo no he oído ni leído nada de que esté almacenado en lugar alguno.

—Imposible, tío, con las vueltas que dimos para ver de dónde podíamos sacar algo de dinero para subsistir. Si hubiera habido lo que tú dices…

—Daniel era ignorante de todas esas operaciones, hasta que volví de Puerto Rico. También de que se había empezado a litigar sobre quién había cometido el error del azúcar añadiendo la palabra «caña». Te puedes imaginar que si el propio José Carlos buscó a los abogados, no se iba a inculpar él mismo. Pero la muerte de tu padre y el posterior pago por parte de tu madre, dejo todo solucionado por desistimiento. También pensamos que a tu padre tuvieron que hacerle o suministrarle algo para que no interviniera. Según la policía me comenta, el amigo que acompañaba a José Carlos ha estado varias veces en la cárcel acusado de hipnotizar a algunas personas contra su voluntad, también de proporcionar plantas adormideras con graves resultados. Posiblemente, tu padre en algún momento fue consciente de lo que estaba pasando y debió de pensar en denunciarlo, pero no le dio tiempo, murió, sin poder llevarlo a efecto. Esto último son especulaciones mías.

—Algo me adelantó Salvador sobre vuestras sospechas.

—Respecto a vosotras, seguramente no hubiera intentado nada más si hubierais continuado arruinadas para toda la vida. Pero al no ser así y comprobar que económicamente todo seguía como antes, él consideró que no se había vengado lo suficiente. Ahora, por lo visto, quería acabar con tu madre, y por cómo se ha comportado, quería hacerlo con el tiempo adecuado para tratar de conquistarte a ti, Lili, y una vez casada, seguramente hubiera intentado desposeerte de todo lo que cree que no os pertenece, que le pertenece a él.

—¿Crees que él contaba con que yo le iba a decir que sí?

—Por supuesto, contaba con su habilidad engañosa para saber atraerte.

—¡Qué horrible y desgraciada historia la nuestra!

—Puede que tu padre lo descubriera.

—Pero no estás seguro, ¿verdad?

—No, solo lo sospecho. Pero teniendo en cuenta su historial médico,

¡estoy seguro de que no lo mató un infarto por exceso de disgustos ante la evidente ruina! Es muy grave la acusación que hago, pero estoy convencido de que el propio José Carlos se encargó de ocasionarle el infarto. Si no lo confiesa, habrá que exhumar a vuestro padre para comprobar de qué murió exactamente, ya que fue el propio José Carlos quien dictaminó su muerte por infarto. La policía está en ello y comparten mi criterio. Están intentando hacerle declarar y le han dado un plazo para evitar exhumar el cadáver. Confío en que, en esta ocasión, su inteligencia esté del lado práctico y declare para que su condena sea más corta.

—¡Ay, tío, qué espanto! Es peor de lo que creí entender a Salvador. ¿Y todo está relacionado con la casa de los horrores? —Sentí un estremecimiento y un deseo muy fuerte de volver junto a mi madre. Todo aquello me había sobrepasado.

—En efecto, parece todo muy complejo y sin duda horrible. Tuve que ir anotando toda esa relación entre las distintas personas que forman parte de este entramado. Lo he dejado todo escrito para no hacerme un lío con estas familias. Complementan lo que ya hemos ido conociendo gracias a lo que parece un diario de M.ª Rosa.

—¿Por qué no subimos a la habitación? Mamá seguirá durmiendo y me lo podrás leer mientras vigilamos que está bien. Ya sé que no hace falta, que está muy bien cuidada por esas enfermeras tan eficientes, pero creo que los dos estaremos más tranquilos estando cerca de ella.

Por toda respuesta, mi tío se levantó de la mesa y me dio un fuerte abrazo.

—¡Eres maravillosa!, la mejor hija que uno puede tener.

Le correspondí con un beso en la mejilla.

Mi madre dormía como un angelito. Nos sentamos en el sofá de la otra habitación, desde donde podíamos verla. Mi tío me leyó aquella especie de ficha que se había confeccionado, tanto para que la policía entendiera aquella enrevesada trama, como para no liarse él mismo.

Mi madre sigue con su mejoría. Mis hermanas, pasados dos días, vuelven; ellas son las que más aprecian los avances de nuestra madre, que va cogiendo fuerza y confianza reafirmándose en su recuperación.

Hoy hemos tenido noticia de la Guardia Civil. El que conocen como «el Brujo» ha decidido hablar.

—Ha declarado que él solo hacía unas sesiones de hipnotismo para

José Carlos y que no estaba cuando a don Pablo le dio un infarto, pero que estaba dispuesto a hablar. Ha firmado una declaración con este contenido, pero tendrá que mantenerla en el juicio, lo que no nos permite tener la seguridad de que no se volverá atrás, alegando que había firmado aquella declaración bajo presión de la Guardia Civil. No iba a ser el primero que se retractara de lo ya declarado y firmado. De cualquier manera, son demasiadas pruebas las que tenemos para que no pueda salir de la cárcel en una buena temporada —explicó el sargento.

Cuando leímos su declaración, nos pareció terrible la manipulación que había sufrido nuestro padre, pero nos alegró saber que nada había ocurrido porque él hubiera dejado de ser el hombre aventurero de los negocios que siempre conseguía los beneficios esperados. No había sido consciente del juego que José llevaba a cabo tratando de arruinarlo, con la ayuda del Brujo.

—No creo que el culpable tarde en hablar teniendo en cuenta que lo va a hacer su amigo, el Brujo, pero si no lo hace, los someteremos a un careo. Los dos son muy conscientes de que la pena que le va a caer al Brujo va a ser muchísimo más leve, sobre todo si colabora, que la que tendrá que soportar José Carlos. Pero nosotros tratamos de que confiesen sobre la muerte de don Pablo, para no tener que exhumarlo.

Al escuchar esto del sargento, sentí unos deseos inmensos de enfrentarme a José. Estaba rabiosa. Nunca podría perdonar el engaño al que nos había sometido a todos, desde que Salvador, creyendo auténtico su currículo, nos aseguró que estábamos en buenas manos. Salvador no podía estar más abrumado de lo que estaba por todo esto, pero eso de nada servía. En realidad, nada podía hacer que el tiempo fuera hacia atrás y nos dejara en la víspera de conocer a José Carlos «Moluca», pero habían hablado de exhumar a mi padre, la sangre me hervía y los deseos de hablar con él me podían. Sin pararme a pensar si era un despropósito lo que iba a pedir, dije con toda la firmeza qué sentía realmente.

—Por favor, sargento. Necesito mirar a José cara a cara, es importante que vaya a la prisión y hable con él. ¿Podría usted conseguir que lo hiciera?, se lo ruego —pregunté, consiguiendo con ello que mi tío me mirase de forma desaprobatoria—. Lo siento tío, pero me gustaría preguntarle directamente por qué se ha ensañado con mi madre, si no ha tenido bastante con ser el causante de la muerte de mi padre.

—¿Qué pretendes conseguir?, ¿que te diga lo que hizo y por qué? ¿Tú crees que una persona como él se va a conmover con las palabras de una joven, por mucho que le gustes?

—No es eso, tío, solo quiero ver su cara cuando le pregunte. ¿Por qué ha puesto en peligro la vida de mi madre, si ya había arruinado a mi padre y tal vez hasta había sido él su asesino?

—Lo siento, señorita De Mendoza, no creo que usted consiga nada que no sea su desahogo personal. No obstante, intentaré conseguirle un pase, tampoco vamos a perder nada por ello. La tendré al corriente de lo que decida el juez.

Pocos días más tarde, el sargento de la Guardia Civil se puso en contacto conmigo para decirme que me concedían una visita de un cuarto de hora.

Cuando estuve frente a José, no perdí ni un minuto, me dirigí a él sin preámbulo alguno. El dolor y la indignación me daban fuerzas para poder mirarlo de frente. Además, quería sorprenderlo.

—José, ¿qué te hizo mi madre, además de tratarte con respeto y hasta con afecto? ¿No te pareció suficiente el sufrimiento de dejarla sin su gran amor y en la ruina? Ella no tenía ningún parentesco con M.ª Rosa —recalqué el nombre—. ¿Por qué te ensañaste con ella? ¿Pensabas matarla también?

Él me miró auténticamente sorprendido. Seguro que no esperaba que supiéramos la historia de su familia. Sin duda, sabía que eso significaba que la justicia ya tenía el móvil de su crimen. Cambió su expresión y se mostró airado y casi con desprecio, lo que aumentó mi deseo de enfrentarme a él, pero tuve que oír cómo se burlaba de mí. Sus falsas palabras me alteraban más y más.

—¿Por qué has pensado que te iba a confesar mis pecados, si los hubiera cometido? ¿Porque te dije que te quería? Yo no he hecho nada, solo he cuidado de tu madre, de no haber sido por mí estaría muerta. ¡Así me lo pagas! Con denuncias falsas.

—José, el que tú llamabas «especialista en anemias» es, como tú —dije con rabia—, ¡un fracasado! Tú eres un fracasado en medicina y él en psiquiatría. Pero él ya ha declarado cuál ha sido su papel y cuál el tuyo. Será suficiente para que pases tu vida en prisión, pero yo ahora solo quiero saber por qué también querías que muriese mi madre.

—¡Tu madre! ¡Tu madre! Ella ha pasado su vida gastando mi dinero. El dinero que tu padre estaba usando para mantener a su familia era mío, ¡mío!, y lo había sido desde que nací. Mi bisabuelo nunca se lo hubiera dado a su mujer, M.ª Rosa —pronunció el nombre con desprecio—. Porque ella era mala, tan mala que quiso matar a su hijo, cuando nació. Él era mi bisabuelo. ¿Acaso ella no merecía un castigo? Me llamas fracasado. Si ella no hubiera intentado matar a mi

bisabuelo…, yo hubiera sido ahora el dueño de todo lo que habéis estado disfrutando toda vuestra vida. —Había ido subiendo la voz, estaba muy alterado.

—Pero mi padre ni siquiera conoció a M.ª Rosa. No sabía ni que había existido.

—¡Ja, ja! ¿Qué crees que hizo tu padre cuando se lo conté? ¡Él se rio de mí!, me dijo: «¿Qué cuento chino me estas contando?». ¡Cuento chino! Entonces le clavé la jeringuilla en la vena yugular con el líquido que tenía dentro. Estaba preparado solo para adormecerlo, pero si en esos momentos hubiera tenido un cuchillo, también se lo hubiera clavado.

Miró a su alrededor asustado. Seguro que sintió que se había excedido en sus explicaciones, había hablado demasiado. Se tranquilizó viendo que seguíamos estando solos. Pero, sin yo saberlo, una grabadora estaba en marcha.

—Hemos vivido como miserables toda la familia cuando deberíamos haber disfrutado de una fortuna… —continuó—. No soportaba ver los dispendios que hacíais todos con mi dinero, por eso me empeñé en que no os quedara ni un céntimo.

—Y así fue, nos quedamos prácticamente en la calle, con esa casa destartalada sin arreglo y sin un céntimo. ¿No fue suficiente para ti?

—Cuando tu tío os devolvió todo lo que habíais perdido, echando por tierra mi triunfo, decidí que esta vez sería más inteligente y pasaría vuestro dinero a mi bolsillo, y aún me deberíais los intereses de tantos años. Pero tuvo que venir de nuevo ese aventurero a estropearme todo lo que tanto tiempo me había costado conseguir. —Miró a su alrededor como buscando a alguien, pero solo estaba yo. Continuó mostrando cada vez más rabia—. No tendría que haberme andado con tanta delicadeza, me los tenía que haber cargado a todos, al aventurero el primero. —Me miró, parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas—. ¿Sabes que si él se pudo dedicar a recorrer el mundo también fue gracias a mi dinero? Y tú, ¡qué orgullosa te sentías de tu tío! Sin embargo, yo no te parecía digno ni de mirarte, ¿o crees que no vi tu desinterés por todo lo que te decía? Solo atendías mis palabras cuando hablaba de tu madre. Me dio la espalda y ya no dijo nada más.

Todo había quedado grabado. Realmente, yo no pensaba conseguir ninguna confesión, creo que lo que deseaba era escuchar sus palabras de arrepentimiento. Que mi padre pudiera descansar tranquilo en su

tumba. Solo esa era la finalidad que me empujaba, lo que me movía a enfrentarme con él. Bueno, también la rabia de habernos dejado engañar toda la familia, con resultados tan terribles y monstruosos, como la muerte de mi padre y el intento de hacer lo mismo con mi madre.

Hoy he recibido una petición de José Carlos. Antes de que lo trasladen de celda a otra prisión dice que necesita hablar conmigo. No deseo verlo y tampoco siento la necesidad de ser caritativa con él. No sé si pretenderá pedirme perdón; de ser así, no creo que sea capaz de concedérselo. He dicho que lo pensaré.

—Lo comprendemos, es usted muy libre y no creo que sea de su agrado después de lo que escuchó el otro día, pero si decide verlo, llámenos para confirmarlo y hacer las gestiones oportunas, el juez ya ha dado su visto bueno, pero usted necesita confirmar que acudirá.

—Gracias, lo pensaré —dije—, por no asegurarles que no deseaba verlo más.

Sin embargo, esa misma tarde confirmé mi asistencia y recibí instrucciones precisas. Estaría su abogado y yo podía ir acompañada del mío o de un familiar próximo. Me advertían que parecía un tanto desequilibrado y, aunque era imposible que me atacase, no querían que me hiciera pasar un mal rato.

Llegada la hora, allí estaba yo, ante un José Carlos aparentemente normal, que me miró con un gesto bastante humano, incluso diría que con algo de pena, no sé si por él o por mí. La conversación fue una auténtica sorpresa, sobre todo por lo inesperado del tema. Pero también por su actitud tan lúcida y calmada.

—Hola, Lili. Me alegro de que hayas decidido venir, ya no puedo negar la realidad de los hechos consumados y he pensado que me gustaría contarte una parte desconocida, porque si yo no la descubro, morirá conmigo. Deseo que sepáis que no era mi bisabuelo tan mala persona, ni Bernardo tan bueno.

Han sido muchos días de escuchar vuestras elucubraciones sobre los documentos que encontrasteis en la casa que mi familia debía haber disfrutado. Nunca me lo habéis contado a mí, pero tampoco os ha preocupado que yo os escuchara. Yo podía haberos sacado de muchas dudas y casi de primera mano. Solo a mí me contó mi bisabuela la parte de la historia que desconocéis. Esta vez no me importa que alguien tome notas o que quede grabada mi voz con esta confesión, que solo va a servir para que completéis esa terrible historia, que es la

mía y la de mi familia, y es también la vuestra. Aunque solo vosotros os habéis aprovechado de ella, a nosotros solo nos ha tocado sufrir. Hasta que yo he equilibrado un poco la balanza.

»Carlos de la Serra fue el marido de M.ª Rosa, pero a quien amó de verdad fue a mi bisabuela, la que vosotros llamáis de forma despectiva "la criolla".

»Lo que más sorprendió de Bernardo a quienes los conocían de cerca fue que él no decidiese separarse de derecho de la criolla, porque, de hecho, nunca habían estado juntos. Era extraño, pero pasaba el tiempo y no trataba de unirse a M.ª Rosa, ya viuda. Durante años mi bisabuela lo vigiló. Siempre pensó que Bernardo se había deshecho de su amigo para poder estar con M.ª Rosa, de la que ella lo veía muy enamorado. Pero no ocurrió. Pasados los años, Bernardo, seguramente acuciado por la necesidad de confesar su crimen, se lo contó a M.ª Rosa. Mi bisabuela, que siempre estaba muy pendiente de ellos, en la sombra prestaba oídos a sus escasas conversaciones. Lo escuchó con total claridad. Escuchó precisamente la respuesta a lo que tan a menudo ella le preguntaba: ¿cómo lo había hecho?, ¿cómo había conseguido deshacerse de su amigo sin dejar rastro? Y aunque él siempre lo negaba, aquel día se lo confesó a M.ª Rosa: Bernardo decidió asesinarlo porque quería que ella se reuniera con su hijo y esa parecía la única posibilidad de que lo consiguiera.

Solo hubo un silencio por respuesta, José Carlos continuó hablando.

—Yo siempre he renegado de Bernardo, él no era nada mío. Era un asesino. Quiero que lo sepáis todos. Él explicó con todo lujo de detalles cómo se deshizo de su amigo Carlos tirándolo por la borda del barco en que volvía a Puerto Rico. Le confesó que desde entonces no había tenido paz, que no quería seguir viviendo con tanta angustia, que él deseaba tener la misma muerte, pero que le faltaban las fuerzas para suicidarse. Mi bisabuela no oyó que M.ª Rosa le contestara, pero pensó que ella estaría encantada de facilitarle su muerte. Y así lo hizo cuando él menos lo esperaba.

»Según mi bisabuela, fue su única satisfacción desde que desapareció su gran amor, mi auténtico bisabuelo, Carlos de la Serra. Ella lo acompañó en un viaje con alguna excusa y lo empujó por la borda del barco, sin que él opusiera resistencia. Gritó: «Hombre al agua». No pudieron hacer nada. Cuando mi bisabuela terminó este relato, me hizo un encargo que juré solemnemente cumplir.

»"Yo ya hice justicia con el que me privó de mi auténtico amor. Ahora te toca a ti hacer justicia con los herederos de M.ª Rosa. Júrame que no te temblará la mano cuando los encuentres, y no olvides que entre

los dos os negaron todos los derechos a ser lo que realmente debíais ser, los hijos y nietos de Carlos de la Serra".

El círculo quedaba cerrado, la desaparición de Carlos de la Serra y el suicidio de Bernardo ya tenían explicación. Aunque es difícil llegar a comprender por qué Bernardo no recuperó a M.ª Rosa, después de todo lo que fue capaz de hacer por ella. Parece que su integridad le llevó a desmoronarse al sentir el peso de su conciencia llamándole asesino.

Naturalmente, no ha terminado todo, queda mucho por hacer hasta conseguir una sentencia condenatoria, pero no habrá que incomodar a mi padre en su descanso eterno. No soportaba esa idea. Disponemos de tiempo y paciencia para que la muerte de mi padre y el peligro de muerte de mi madre no queden impunes. Hay demasiadas pruebas que lo incriminan.

La Guardia Civil ha dicho que también investigarán esas entregas de azúcar que no han aparecido por ningún lado. Tal vez José las escondió en algún lugar para venderlas más tarde. Pero eso será secundario. Al fin y al cabo, es dinero, y ahora nuestra situación económica no es tan desesperada, pero nosotras nos hemos quedado huérfanas de padre y si no hubiera sido por la sagacidad de mi tío, seguramente también lo seríamos de madre, y a saber qué más hubiera conseguido ese digno descendiente del indeseable Carlos de la Serra.

## EPÍLOGO

Han pasado diez años. La casa de los horrores luce espléndida. Guarda la esencia de finales del siglo XIX, pero por sus salones, por sus pasillos y habitaciones y, sobre todo, por sus jardines corretea la vida plena.

Hoy la casa se viste de fiesta como siempre que regresa de uno de sus viajes el aventurero. Pero en esta ocasión se celebrará aquí, en la casa de Lili. Los dos pequeños de cinco y cuatro años que corretean por el jardín detectan que algo bueno o divertido está a punto de ocurrir. Ellos saben que viene su tío abuelo Eloy y que les traerá muchos juguetes.

Aunque él ya ha estado dos veces en esa casa, ellos no lo recuerdan, pero acudió a sus bautizos. Ellos creen que se acuerdan de ese abuelo porque en esa casa se habla mucho de los dos abuelos, lo que ocurre es que solo viene el tío abuelo aventurero.

La abuela Lilian y sus tías, con la tata, ya están ayudando al servicio con las viandas y adornando la mesa del jardín. Se esmeran y contemplan el efecto de cada detalle decorativo que añaden.

Si echamos un vistazo a la casa, podemos reconocer algunas cosas, como las elegantes y sempiternas escaleras, que tanto llaman la atención de las visitas. También algunos muebles restaurados, como el secreter del dormitorio principal. Pero hay algo que es para Lili lo más importante, lo más preciado, aunque pocas personas lo aprecien ni entiendan qué hace allí, en esa preciosa vitrina, rodeado de piezas importantes y bellas. Está protegido por una especie de campana de cristal que deja verlo y apreciar sus tonos verdosos y marrones y su forma de palo mal tallado. Lili lo llama «su amuleto».

Carolina celebrará allí su boda. Se casa con el arquitecto que ha restaurado aquella preciosa mansión, aprovechando que su tío piensa permanecer allí al menos medio año, algo realmente excepcional para el aventurero. En cuanto a la pequeña Lucía, tal vez se atreva a presentar a su familia a su novio, un compañero de la universidad.

¡Ah!, otro dato importante. El padre de esos niños y marido de Lili es Carlos de la Serra. Desde que visitó España, que era su asignatura pendiente, y conoció a Lili, ya no quiso dejarla. Es un padre magnífico y un buen esposo.

Carlos espera también con ilusión reencontrarse con el aventurero. Gracias a él disfrutó de un año de aventuras por la Amazonia, en su

compañía y después conoció a la que sería su esposa. Y ya no quiso más aventuras que las que pudiera proporcionarle su matrimonio con Lili.

Lili es sumamente feliz. Está esperando su tercer hijo.

La casa de los horrores ha pasado a ser la mansión de la felicidad

## *AGRADECIMIENTO*

*Agradezco como siempre a toda mi familia el estímulo que supone su alientoy confianza, incluso su entusiasmo.*

*Tengo también que dar las gracias al párroco de Viana, Arzobispado de Navarra; al sacerdote de La Redonda y al Archivo Histórico Diocesano de Logroño, por las útiles explicaciones de cómo funcionaba la búsqueda de las partidas de matrimonio pertenecientes al siglo xix.*

*Gracias también a Ana Lena Rivera, por sus consejos amistosos y profesionales que siempre dan impulso a mis historias, y por los elogios que tuvo a bien dirigir a esta mi última obra.*

*Todos los datos que aparecen a lo largo de la novela han sido debidamente contrastados: los hoteles (abundaban las posadas en todo el territorio y las fondas en las grandes ciudades) y restaurantes (se empezó a usar este nombre en la década de 1780), el primer hotel con luz eléctrica (Gran Hotel Inglés, en la calle Lobo número 10); la velocidad de las calesas (200 km en un día); el lugar de donde salía la diligencia en Logroño; la ópera que estuvo en escena durante esos días de 1886… Pero también me he permitido algunas licencias, como la invención del pueblo de Calandra, la decoración del Palacio de Medinaceli o el cambio en el nombre del comandante general del cuerpo de Ingenieros de Puerto Rico, Fernando Aldama, que desde 1580 políticamente se había convertido en una Capitanía General.*